ROBERTO LEVILLIER

LOS INCAS



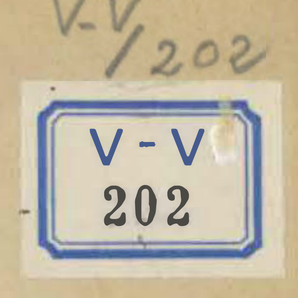
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO - AMERICANOS DE SEVILLA

LOS INCAS

PUBLICACIONES DE LA
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE SEVILLA

XCII
(N.º general)





ROBERTO LEVILLIER

LOS INCAS



SEVILLA
1956

Primera edición de 1.000 ejemplares

G. E. H. A. - Alfonso XII. 12. - SEVILLA

INDICE

Páginas

I.—Extensión y límites del Imperio Incaico 3

II.—Usos, ritos y costumbres 33

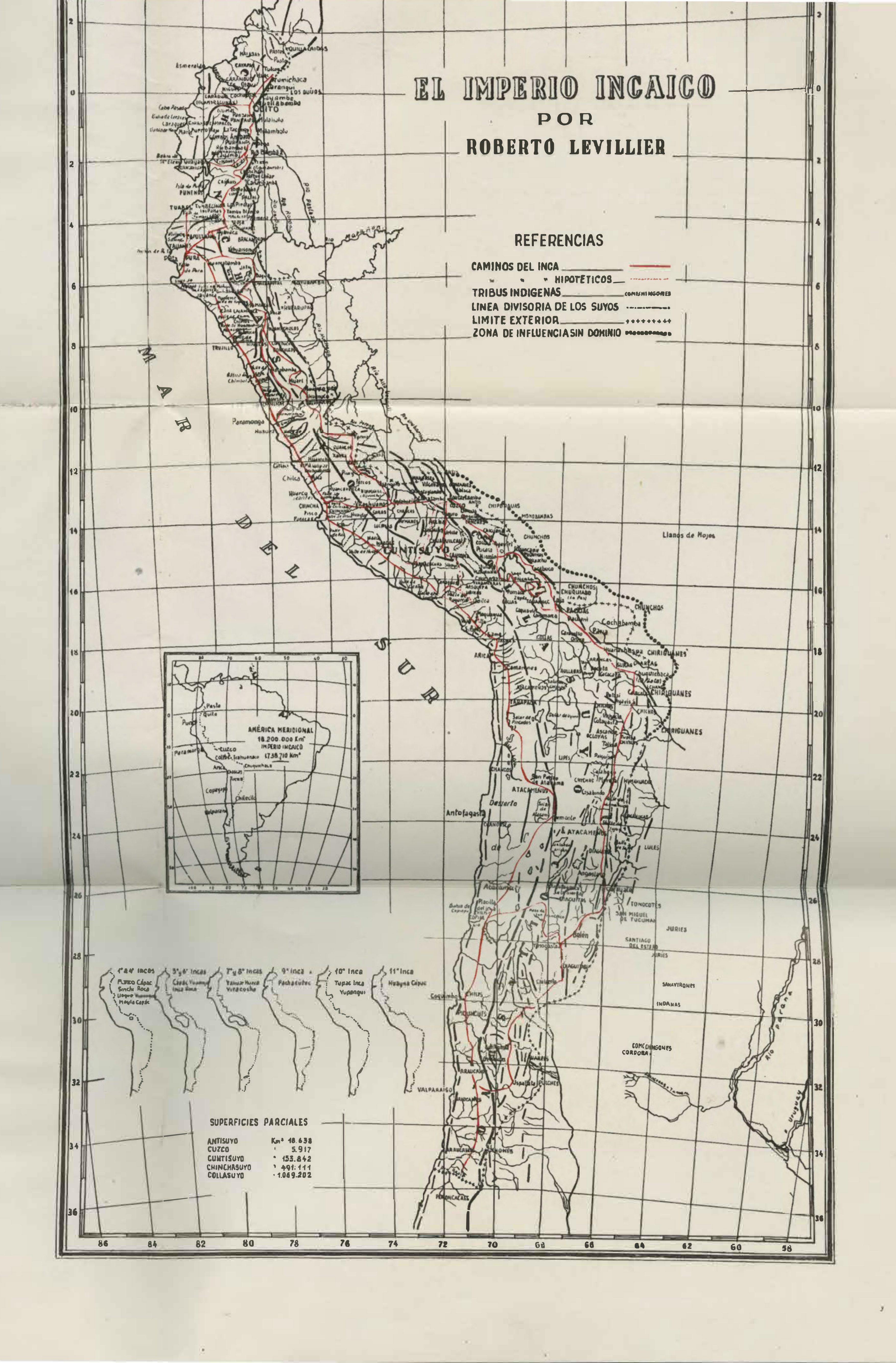
III.—El linaje de los Incas y sus conquistas 75

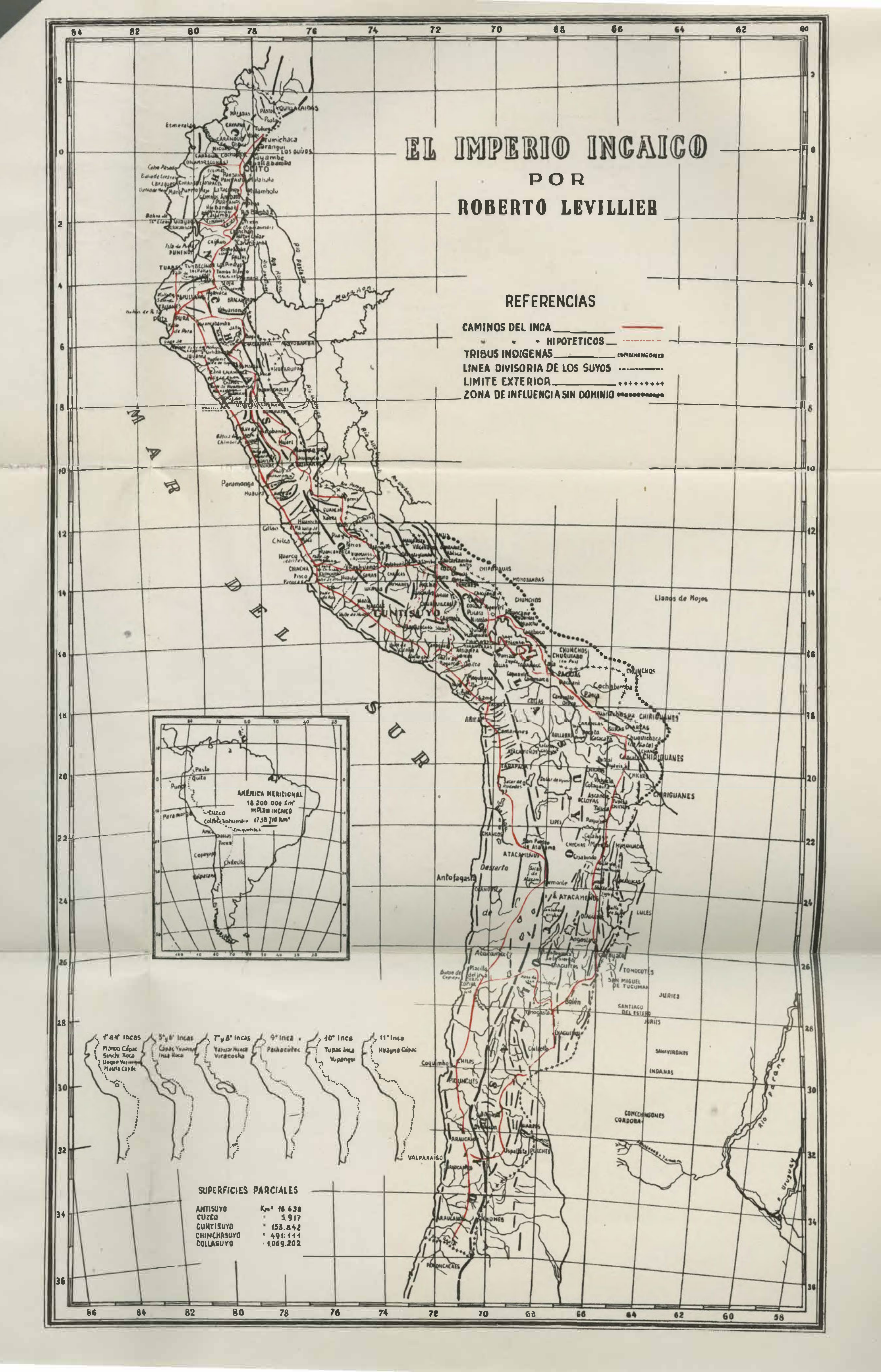
Garcilaso y su novelación de los Incas. – *Historia Indica* de Sarmiento de Gamboa.

IV.—Conclusiones 241

Bibliografía 255

Crónicas y relaciones utilizadas (por orden cronológico). – Autores contemporáneos.


EL IMPERIO INCAICO
POR
ROBERTO LEVILLIER
REFERENCIAS
CAMINOS DEL INCA
" " HIPOTETICOS
TRIBUS INDIGENAS
LINEA DIVISORIA DE LOS SUYOS
LIMITE EXTERIOR
ZONA DE INFLUENCIA SIN DOMINIO
MAR DEL SUR
AMÉRICA MERIDIONAL
18.200.000 Km²
IMPERIO INCAICO
1.738.710 Km²
1° a 4° Incas
3° y 6° Incas
7° y 8° Incas
9° Inca
10° Inca
11° Inca
Pachacútec
Tupac Inca Yupanqui
Huayna Cápac
SUPERFICIES PARCIALES
ANTISUYO Km² 18.638
CUZCO " 5.917
CUNTISUYO " 153.842
CHINCHASUYO " 491.111
COLLASUYO " 1.069.202
Esmeraldas
QUITO
Panamonga
Chilca
Huarco
CHINCHA
Pisco
CUNTISUYO
Llanos de Mojos
CHUNCHOS
Cochabamba
CHIRIGUANES
ARICA
Antofagasta
ATACAMEÑOS
Desierto
LULES
TONOCOTES
SAN MIGUEL DE TUCUMAN
JURIES
SANAVIRONES
COMECHINGONES
CORDOBA
VALPARAISO
Coquimbo
Río Paraná
Río Uruguay


EL IMPERIO INCAICO
POR
ROBERTO LEVILLIER
REFERENCIAS
CAMINOS DEL INCA
" " HIPOTETICOS
TRIBUS INDIGENAS
COMECHINGONES
LINEA DIVISORIA DE LOS SUYOS
LIMITE EXTERIOR
ZONA DE INFLUENCIA SIN DOMINIO
MAR DEL SUR
AMÉRICA MERIDIONAL
18.200.000 Km²
IMPERIO INCAICO
1.738.710 Km²
1° a 4° Incas
Manco Cápac
Sinchi Roca
Mayta Capác
5° y 6° Incas
Inca Roca
7° y 8° Incas
Viracocha
9° Inca
Pachacútec
10° Inca
Tupac Inca
Yupangui
11° Inca
Huayna Cápac
SUPERFICIES PARCIALES
ANTISUYO Km² 18.638
CUZCO " 5.917
CUNTISUYO " 153.842
CHINCHASUYO " 491:111
COLLASUYO " 1.069.202
QUITO
CUNTISUYO
Paramonga
Chilca
Chincha
Pisco
Arica
Antofagasta
Desierto
Coquimbo
Valparaiso
Cochabamba
CHUNCHOS
CHIRIGUANES
Llanos de Mojos
ATACAMEÑOS
TONOCOTES
SAN MIGUEL DE TUCUMAN
JURIES
SANTIAGO DEL ESTERO
SANAVIRONES
INDAMAS
COMECHINGONES
CORDOBA
Rio Parana
Rio Uruguay
PROMAUCAES

1. Extensión y límites del Imperio Incaico.

Desde nuestras primeras publicaciones, utilizamos la geografía para interpretar el fenómeno histórico. Así se acude en el océano a las cartas de marear y en el campo al análisis de las tierras. Nos fué dado así puntualizar en la *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán,* con más de doscientos mapas, fotografías y esquemas, los cambios de curso de ciertos ríos y lagos en diferentes épocas, el rumbo, por tal causa, mal juzgado de algunas conquistas, el área de distribución de los aborígenes, el contenido de ideologías creadoras, los límites de jurisdicciones en pleitos provinciales y la posición primitiva de desaparecidas poblaciones.

No podemos menos de lamentar que tantos autores se hayan desinteresado, en pasados tiempos, de la geografía, pues cuando se desarrolla la historia primitiva, en ambientes desconocidos, vuélvese sin ella ininteligible el relato. Pero peor que la omisión de un mapa o de un croquis, es la formulación de juicios sobre hechos lejanos, sin reparar en distancias y superficies, accidentes de terreno, condiciones de fecundidad o de esterilidad del suelo, clima y posibilidades de vida humana, en las regiones en que éstos transcurrieron. Con esos factores inmutables, podrá el historiador discriminar y juzgar adecuadamente; sin ellos, serán sus conclusiones ambiguas, inseguras o erróneas.

El mapa aquí incluído, dedicado a los maestros y estudiantes de Historia de América, cuyas patrias, o parte de ellas, dependieron de la gran monarquía indígena, es una *Summa* de conocimientos de geografía física y política, de etnografía e historia de esa zona de la América Meridional,

compuesta gracias a la colaboración a través del tiempo, de infinitas pesquisas y buenas voluntades, desde los viejecillós que con sus quipus en la mano, evocaban, por orden de Vaca de Castro, en 1542, las hazañas de los Incas, hasta la extensa información sobre los aborígenes del reino de Quito, del ilustre antropólogo e historiador ecuatoriano, don Jacinto Jijón y Caamaño.[1]

---

1 En ella escribe: "He revisado muy cuidadosamente el mapa que usted me envía, especialmente en lo que corresponde al Ecuador o Reino de Quito. En él he señalado con número los Tambos y aposentos mencionados por Cieza de León y he trazado con tinta roja el Camino Real de los Incas; para hacerlo me he basado no sólo en lo dicho por los cronistas y en el conocimiento del terreno, sino también en el emplazamiento de los restos que de él quedan. en línea roja de puntos figuran cuatro caminos, a saber, de norte a sur: a) una vía que partiendo probablemente del Nudo de Tropullo sigue por la Cordillera Oriental hasta el territorio de los Pastos; esta parece haber sido la ruta empleada por Huayna Cápac para vencer las dificultades que le opusieron los Caranquis. Hay muchos baqueanos de la Cordillera que aseguran haber usado este camino; b) el camino que va de Otavalo a Cayambe y de allí al Quinche y valle de Tumbaco, distinto del descrito por Cieza, que pasaba por Cochasqui; de este camino existen claras huellas y en él hay fortalezas importantes, como las de Cangagua. No sé si es con la existencia de estas dos vias, o de una tercera más al occidente por San José de Minas, que fugó Banalcázar, por burlar la vigilancia de Gonzalo Pizarro y poder llegar a Quito, salvando el impasable paso de Guallabamba, antes de la batalla de Iñaquito; c) la ruta que desafía las inclemencias del Azuay, en la que están las minas de Tambo de Paredones; d) la que sube de la zona interandina por la hoya del Chimbo que fué la que siguió Benalcázar después de la batalla de Tiocaxas.

La Cordillera de Cóndor, que en algunos puntos tiene más de 4.000 metros de altura, es la que hace que río Zamora, que nace en Loja, después de romper lo que llamamos la Cordillera Oriental, corra primero al SE. para luego virar su curso al NNE. hasta la confluencia del Upano en que toda dirección S. Esta cordillera tiene gran interés bajo el punto de vista geográfico y geológico, y juega papel muy importante en la formación de las culturas pre-incaicas.

Otra cordillera, que pudiera llamarse sistema de colinas, si se compara su magnitud con la de los Andes, es la que a falta de otro nombre, llamo, siguiendo a Cabello de Balboa, de los Campaces. He señalado su prolongación; tiene influencia en la etnografía.

He indicado con distintos colores el área ocupada por las distintas naciones indias al tiempo de la conquista incaica. Los Pastos pertenecian a la misma raza que los Barbacoa, pobladores de las hoyas de San Juan y del Patia y eran parientes de los Colimas, residentes en el alto Danle, si bien es

La posición exacta de las cadenas de montañas, de los ríos principales, de las regiones ocupadas por las tribus, del trazado de los caminos del Inca, de los aposentos y pueblos,

posible que, por efecto del medio, haya existido alguna diversidad en la cultura de los Pastos del Callejón Interandino y los de la Costa.

Los Quillacingas ocupaban una pequeña porción del Callejón Interandino entre el Río Juanambá —el divortium aquarium entre éste y el Mayo, el Guáytara y el Teller o Guapuscal—. Su verdadero territorio estabá al lado de los Andes, en los orígenes del Putumayo y Caquetá.

Los Caranquis o Huambracunas, vivían entre el Chota y Guallabamba, la Cordillera Occidental y la Oriental. Próximos parientes de los Caranquis —hablaban casi un mismo idioma— eran: los Cayapas, en la hoya del Río Santiago; los Niguas en el Alto Esmeraldas y los Campaces, o Colorados, en las de Mabahoyo y Danle.

En el alto Danle vivían los Colimas que parece estaban emparentados con los Barbacoas y Pastos. Los Caraques establecidos en Bahía de Caraques son probablemente los Esmeraldeños. Su territorio debió comprender fuera de la hoya del Chone, los montes que separan la hoya del Esmeraldas de las de los ríos menores que desembocan en el Océano. Los Malabas en la región del Río Mataje. Los Bumbos en los declives occidentales de la Cordillera antes de llegar a la parte baja de la costa.

La filiación étnica y lingüística de Malabos y Yumbos nos es desconocida. Los Chonos, de que habla Lizárraga y que vivían en el sistema fluvial del Guayas, eran probablemente los mismos Campaces y Colorados.

Los Puneños, distintos de los Hancavilcas, moraban en la Isla de la Puná y —quizás— en la ribera oriental del Golfo de Guayaquil, que compartían con los Cañaris. Afines de los Huancavilcas y Puneños, eran los indios que dice Cieza se labraban el rostro, que yo suelo llamar, a falta de mejores nombres, "Manteños" o "Confederación de Mercaderes"; su territorio iba el Río Santiago (que debe ser el Mira) hasta el Cabo Pasao y desde los Cerros de Bálsamo hasta la Cordillera de Colonche. En la sección septentrional el territorio de estas gentes era muy angosto; en el sur llegaba hasta la Cordillera del Danle.

Los Panzaleos vivían en el Callejón Interandino, entre el río Guallabamba y el Nudo de Sanancajas. Los Puruhaes ocupaban la hoya del Chambo, la del Chimbo y una pequeña parte de la del Chanchán.

Los Cañaris vivían en la mayor parte de la hoya del Chanchán, en la del Cañar, el Pante y el Jubones, y por la del segundo, o Naranjal, llegaban hasta la orilla del Golfo.

Los Paltas y Malacatos pertenecían a la misma nación que los Jíbaros. Los primeros ocupaban la hoya superior del Catamayo y la del Zamora; los segundos la superior del Tumbes (Valle de Zaruma); los últimos desde el divortium aquarium del Napo y el Pastaza por el Norte hasta el del Marañón y el Huallaga a la altura de Chachapoyas, por el Sur, desde la Cordillera hasta la hoya del Pastaza que comparten con los Murato.

Los Jíbaros, emprendedores y guerreros, eran invasores relativamente recientes en los valles de Loja, Catamayo y Zaruma (por la época de Tiahua-

la división de los *suyos* y el emplazamiento de las ciudades de significación histórica o de posición estratégica con su doble nombre, indígena y castellano, nos preocupó particularmente.[2]

Una serie de gráficos representa la progresión territorial de las conquistas, de acuerdo con una interpretación nuestra de las versiones de los Quipocamayos de Vaca de

naco); mantenían, al tempo de la conquista incaica, guerras con los Cañaris; habían invadido Puruhá poco antes (época de Huavalac) y, según las tradiciones Panzaleas, habían incursionado también en el territorio de éstos. De allí que constituyeran una preocupación para los Incas que —repetidas veces— quisieron someterlos, pues para mí, los Jíbaros son los Bracamoros, si bien cuando se usa este nombre se habla del territorio meridional de estas gentes.

Según Salinas de Loyola, en la Gobernación del Piura había "tres naciones naturales diferentes en el habla y en los hombres. De éstas la una era la de los serranos que —quizás— hablaría alguna de las lenguas usadas en Jaén; los otras dos naciones eran yungas. Oviedo afirma que en el río que llaman de la Pira (Piura)... hay una lengua e llámanse "Tallanes" y que "en otras ochenta o noventa leguas que hay deste aqueste río hasta la villa de Tuxillo hay otras lenguas que llaman mochicas".

Las dos naciones yungas de Salinas habrían sido, pues, la Tallana o Sec y la Mochica, Yunga o Chimú.

Casi todos los cronistas están de acuerdo en que el dominio de los Incas llegaba al río Angasmayo; pero lo difícil es el identificar este curso de agua; creo yo que es el Mayo.

Los Incas construyeron fortalezas en los caminos que iban hacia la selva Amazónica, en el territorio cañari y palta; pero nunca se internaron en el bosque tropical, dejando sus guarniciones más avanzadas en la boca de la montaña. Por el Occidente, como los Cañaris llegaban a la orilla del mar, en el Golfo de Guayaquil —ribera oriental del Golfo— y la penetración incaica fué tan completa en el país cañari, dominaron los Incas en buena parte de la actual provinca del Guayas y desde allí ejercieron influencia hasta Manta —en donde encontró un fragmento de vaso incaico y un edificio, al parecer construído bajo el influjo cuzqueño— y la isla de la Plata. No puede —ello no obstante— hablarse de dominación incaica en la costa ecuatoriana; pero es seguro existieron funcionarios del imperio de las excursiones guerreras de Túpac Yupangui y Huayna Cápac.

Los Incas, por lo menos en el Ecuador, procedieron en sus conquistas del modo siguiente: primero, siguiendo las cordilleras avanzaban hasta puntos estratégicos sin entrarse a los valles donde estaba el núcleo de la población aborigen; en segundo lugar dominaban algunos de los pueblos autóctonos de más importancia, donde establecían tambos y guarniciones; por último extendían las conquistas a los otros pueblos más apartados.

2 Véanse las fuentes indicadas en el mapa anexo.

Castro, Cieza de León, Sarmiento de Gamboa y Cabello de Balboa. Hemos añadido una pequeña carta de América, correlacionada con dichos gráficos, en la que aparece el Imperio, en el sitio que ocupara en el Continente, de 1.738.710 Km², o sea menos del 10% del total de 18.200.000 Km². [3]

Concretados así los conocimientos alcanzados, hemos de facilitar al lector su mejor comprensión, con una glosa de las fuentes.

* * *

Aprovechamos cartas oficiales de los Ministerios de Guerra del Perú, Bolivia, Chile y Argentina, como base para la línea de la costa, la posición de las ciudades actuales y la de los ríos, valles, lagos, desiertos, montañas, salares y punas. Para la articulación de las montañas del Ecuador, deficientemente señaladas en los mapas modernos, e incompletas en el de Blaew, hemos acudido a otros antecedentes. [4]

Los límites orientales fueron, de norte a sur, los contrafuertes de los Andes, siendo unánimes al respecto los cronistas. Llegaron los Incas, siguiéndolos desde dentro, hasta el Angasmayo, río que hoy se cree pueda ser el Mayo, en la vecindad de los Quillacingas, en Colombia, aborígenes que Huaya Capac no pudo doblegar definitivamente.

La cordillera baja desde la línea equinoccial a lo largo del Meridiano 78, hasta los Chachapoyas, en 6° al Sur, sin que haya memoria de que los cuzqueños hayan fundado pue-

3 Esta es la superficie de América Meridional, como se desprende de la siguiente información, proporcionada por representaciones diplomáticas, después de los últimos arreglos concertados entre Bolivia y Paraguay, Perú y Ecuador, y Colombia y Venezuela. Brasil: 8.511.000 kilómetros cuadrados; Argentina: 2.800.000; Chile: 752.000; Paraguay: 400.000; Bolivia: 1.150.000; Perú: 1.250.000; Ecuador: 537.000; Colombia: 1.139.000; Venezuela: 912.000; Guayanas: 488.000; Panamá: 74.000; Uruguay: 187.000. Total: 18.200.000 kilómetros cuadrados.

4 Wolf: *Geografía y Geología del Ecuador*. Leipzig, 1892.

blos en las llanuras tropicales situadas al oriente. Explica muy claramente Jijón y Caamaño, cómo procedieron los Incas en esa región: "primero, siguiendo las cordilleras, avanzaban hasta puntos estratégicos, sin entrar a los valles donde estaba el núcleo de la población aborigen; en segundo lugar, dominaban algunos de los pueblos autóctonos de más importancia, donde establecían tambos y guarniciones; por último, extendían las conquistas a los otros pueblos más apartados. Construyeron fortalezas en los caminos que iban hacia la selva amazónica en el territorio Cañari y Palta; pero nunca se internaron en el bosque tropical, dejando sus guarniciones más avanzadas en la boca de la montaña". [5]

Desde los Chachapoyas y prescindiendo de Moyobamba, situada en un ramal menos elevado, corre la Cordillera paralela a la costa, en diagonal, hasta los Huánucos en 10°. En ese recorrido queda el Río Huallaga con su boya a considerable distancia de la montaña, y por lo tanto *fuera* de los límites del imperio. Unicamente por Huánuco se echa un río en el Huallaga. La cordillera baja luego en zig-zag hasta el límite con el Cuntisuyo, dejando también fuera del feudo incaico el curso principal de los ríos Petené, Ene y gran parte del Mantaro y del Apurimac. Sigue después este límite natural por los Manaríes, provincia de salvajes, al norte de Macchu Pichu y Vilcabamba, entre los cuales alcanzaron Martín García de Loyola y Sarmiento a Tupac Amaru. Contornea a Paucartambo, el río y el pueblo, que fueron por muchos siglos, mojones del lado oriental del Cuzco; pero desde las jornadas de exploración de Tupac Inca, las guerras de Huayna Cápac por esas tierras, y la erección de puca-

5 Estas obras: Jijón y Caamaño: *Notas acerca de los Incas en el Ecuador*. Quito, 1918; *Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura*. Quito, 1920 (refiérese a las luchas de Huayna Cápac con los Caranquis); E. Pape: *Karte von Müttel und Nord Perú und Ecuador*. Hamburgo, 1930.

raes, la montaña no fué ya, en la región del Cuzco, el límite definitivo. Hemos señalado en el mapa una línea de cruces, por cierto hipotética, de la cual nos ocuparemos al tocar el problema del Antisuyo.

La cordillera vuelva a marcar el oriente del imperio desde la unión del meridiano 70 con el paralelo 14, y sigue siéndolo hasta Chuquiabo (La Paz), donde se extiende una línea que responde a las conquistas de los tres últimos emperadores, por los ricos valles de Cochabamba y su comarca. En Charcas, a la altura del paralelo 18, es nuevamente limítrofe y atraviesa, casi en línea recta, los Chanes, los Chichas, los Humahuacas y los Diaquitas hasta el paralelo 29, donde la frontera del imperio pasa tierra adentro, muy pegado al camino, hasta reunirse con la Cordillera Occidental en el paralelo 34 y terminar en 36°, en el río Maule en Chile.

La línea de costa ha sido para los cronistas irremisible fuente de errores. Cieza habla a menudo de 1.200 a 1.300 leguas de largo; Sarmiento se equivoca de igual manera; Lizárraga hace lo propio; Garcilaso usa la misma cifra y esto sigue hasta nuestros días. El único en acertar es el Padre Cobo, al estimarla en 800 leguas. En efecto, según cálculos hechos a compás, la longitud de costas "siguiendo más o menos lo que podría ser una línea de navegación medida gráficamente, resulta de 5.076 Km.", o sea a razón de 17 y 1/2 leguas por grado geográfico, 802 leguas.[6]

---

6 Tal es la información del Ingeniero Mercau: "...la longitud de costas siguiendo más o menos lo que podría ser una ruta de navegación, medida gráficamente resulta de 5.076 Km. La superficie situada al Sur del paralelo 19 resulta de 836.660 kilómetros cuadrados, medida también gráficamente en el plano. La longitud del arco de un grado de meridiano a la latitud de 15 grados, o sea a la altura media del mapa, es de 110.638 metros. A los 45 grados de latitud, esa longitud es de 111.132 metros. Si se admite

Veremos más adelante que estas medidas tienen su importancia en la apreciación de los factores históricos, por lo que sepa excusarlas el lector, si las halla fastidiosas.

* * *

Puntualizamos simultáneamente, en encarnado, gracias al mapa de Blaew, a los itinerarios de Vaca de Castro, de Cieza de León, del Licenciado Matienzo y del Padre Lizárraga, y a las infinitas referencias incluídas en las probanzas

---

como longitud del arco de un grado de meridiano la de 110.638 a los 15 grados de latitud, la longitud de una legua, a razón de 17'5 por grado, sería de 6.322 metros, igual a $\frac{110.638 \text{ m.}}{17'5}$ y por tanto, dividiendo la antedicha longitud de línea de costa de 5.076 Km. por 6.322 se obtendría como longitud de aquella línea expresada en leguas, la de 803 leguas aproximadamente.

$$\frac{5.076 \text{ Km.}}{6.322 \text{ m.}} = 802'9 \text{ leguas"}.$$

Creemos oportuno añadir algunos antecedente históricos acerca de la longitud del antiguo grado español en el siglo XVI. Tenía diez y siete y media leguas lineales contadas sobre el Meridiano. Esta relación entre los grados y las antiguas leguas españolas, se halla comprobada por un gran número de autoridades:

Oviedo, hablando de la distancia al Estrecho de Magallanes, dice que cada grado contenía diez y siete leguas y media.

Fray Tomás Durán y los pilotos Sebastián Gaboto y Juan Vespucio manifestaron en un parecer dado el 15 de abril de 1524 a la Junta de Badajoz, sobre la pertenencia del Maluco, que según el uso común "los marineros, ansí en Portugal como en Castilla, dan a cada grado del cielo diez y siete leguas y media".

Herrera, tratando de las desavenencias de Pizarro y Almagro, consigna loc dictámenes de los pilotos Hernando Galdín y Juan Roche, quienes afirman que cada grado contiene diez y siete leguas y media. En la información hecha en Los Reyes, en septiembre de 1537, por Bernardino de Balderrama en nombre de Francisco Pizarro para fijar el término de sus 270 leguas de gobernación, declararon verbalmente dichos pilotos y Gaspar Alvarez, que el grado debía calcularse a razón de "diez e syete leguas y media".

En 1549, el 28 de Enero, el Licenciado La Gasca, escribía al Consejo de Indias informándole acerca de los distritos de las gobernaciones de Pizarro, Almagro y Sanabria. Al referirse a la primera, decía: "porque dando a cada grado de los del meridiano 17 leguas y media, parece que montarían 16 grados". Más adelante, en la misma carta, aludiendo al distrito de Almagro, repite:

de conquistadores y cartas de Cabildos, los caminos del Inca y las tribus de aborígenes entre las cuales pasaban.

Cieza y el Padre Lizárraga son los mejores guías en la región que sigue, pues la recorrieron palmo a palmo, así por la sierra como por la costa, La descripción de los caminos tiene gran sabor: "en este lugar daré noticias del gran camino que los ingas mandaron hacer por mitad dellos (los llanos) el cual, aunque por muchos lugares está ya desbaratado y deshecho, da muestra de la grande cosa que fué y del poder de los que lo mandaron hacer. Guaynacapa y Topainga Yupangue, su padre, fueron, a lo que los indios dicen, los que abajaron por toda la costa, visitando los valles y provincias de los yungas, aunque también cuentan algunos dellos que inga Yupangue, abuelo de Guaynacapa y padre de Topainga, fué el primero que vió la costa y anduvo por los llanos della; y en estos valles y la costa los caciques y principales, por su mandado, hicieron un camino tan ancho como quince pies, por una parte, y por otra dél iba una pared mayor que un estado, bien fuerte; y todo el espacio deste camino iba limpio y echado por debajo de arboledas, y destos árboles por muchas partes caían sobre el camino ramos dellos cargados de fruta, y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros y pa-

---

"Porque dando las dichas 17 leguas y media a cada grado del meridiano, 11 grados que desde los 14 hay hasta los 25, montan 192 leguas y media". Varias veces, en dicho documento, calcula el grado geográfico a razón de 17 y media leguas.

En diciembre de 1586, el gobernador de Tucumán, don Juan Ramírez de Velasco, nos proporciona idéntica información. En la carta que escribe al Rey acerca de una "noticia" que tenía, llamada de los Césares, "que venía Norte-sur, desde Córdoba hasta el estrecho de Magallanes", se ofrece para hacer la jornada, manifestando que "desde Córdoba hasta el Estrecho de Magallanes hay veinte grados, que son trescientas y cincuenta leguas", es decir, 17 y media leguas por grado.

Vargas y Ponce, enseña lo mismo. Dice que las leguas de que usaban los españoles en tiempo de Pedro Sarmiento de Gamboa eran de diez y siete y media el grado.

pagayos y otras aves; en cada uno destos valles había para los ingas aposentos grandes y muy principales, y depósitos para proveimientos de la gente de guerra". [7]

Con los cronistas citados, hemos llegado hasta Chincha y marcado un camino de allí a Andahuaylas por Vilcas. Con las mismas fuentes hemos incluído una vía que habría conducido de los Nazcas al Cuzco por los Parinacochas y los Quinchuas. Las *Ordenanzas para las postas del Perú*, de 1779, nos han permitido proponer otro camino del Inca, que saliendo del Cuzco por Paruro habría cruzado los Chumbivilcas para alcanzar Arequipa y seguir por Sama hasta Tacna. Desde allí bajaba por Tarapacá y Atacama, pero ningún cronista dió detalles, ni enumeró las tribus de la región. San Román fué el primero, en 1883, en indicar que después de atravesar los despoblados de Tarapacá, pasaba el camino al Sur del salar de Pintados, se metía tierra adentro, desembocaba al oriente del salar de Atacama y desde Tilemente bajaba en diagonal hasta Copiapó, evitando así el paso por el desierto de Atacama. [8] Los señores Bomán y Latcham han señalado la posición de los Atacameños y su área de dispersión, que era muy extensa. A ello debemos asimismo la posición de Changos. [9] El señor Latcham hace mención

---

7 Cieza de León (Pedro de): *La Crónica del Perú*, Cap. LX y Lizárraga (Fray Reginaldo de): *Descripción breve del reino del Perú*, & capítulo XII y siguientes.

8 "Revista Chilena de Historia y Geografía", 1912. Véase también *Desierto y Cordilleras de Atacama por el Ing. Francisco de San Román*, 1883.

9 Boman (Eric): *Antiquités de la Región Andine*, pág. 30, París, 1908. Sobre este punto escribe el señor Ricardo Latcham: "hay grandes zonas donde las influencias de la cultura incaica no entraron, o bien se hicieron sentir de una manera ínfima. Una de tales zonas la forma el territorio atacameño, al sur de Tacna y Arica, incluyendo las Punas de Atacama y Jujuy y la Quebrada de Humahuaca. Aquí son muy escasas o faltan por completo todos aquellos artefactos, comunes en otras partes, que se pueden atribuir a influencias cuzqueñas. Parece que los Incas no se preocuparon de la conquista de toda esta zona de páramos y desiertos, escasamente poblada, conformándose

de los Diaguitas de Chile; pero hemos preferido conservar allí, como en toda otra oportunidad, el nombre que les dieron los cronistas del tiempo, de manera que figuran con el de Chillis. [10]

El camino del Cuzco al Collao, que desciende después por Charcas, Tucma y Chile, ha sido descripto en los itinerarios de Vaca de Castro, de Cieza y de Matienzo, en relatos de jornadas al Sur. Lo ha sido también en probanzas de las ciudades de Tucumán, cuando esta provincia pidió en 1552 al Rey depender en lo judicial de Charcas, y no de Chile, en razón de las distancias y por las fatigas que acusaba la travesía, de la Cordillera Nevada. [11] Bordeada por ambas márgenes, al Titicaca, seguía desde Calamarca hasta la Chuquisaca virreinal, bajaba en línea recta por los Chichas y por los Diaguitas, y desde Cafayate atravesaba las llanuras de Belén, en Catamarca, para subir por el Noroeste hasta el Cerro de San Francisco, cruzar la Cordillera y penetrar en Chile, a la altura de Copiapó, donde se reunía con el camino de la costa. No se interrumpía, sin embargo, la vía anterior. Desde Tinogasta seguía entre los Diaguitas de La Rioja, pasaba por Chilecito y Calingasta y a la altura de lo que hoy es Mendoza, entraba por el Puente del Inca, en

con mantener abiertas y defendidas las dos grandes rutas de comunicación con las colonias chilenas de más al Sur". *Deformación del cráneo en la región de los atacameños y diaguitas*. Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales, pág. 120. Buenos Aires, 1937.

10 "Los atacameños... ocupaban las actuales provincias de Tacna, Arica, Tarapacá y Antofagasta, y habitaban además las punas de Atacama y Jujuy hasta el valle Humahuaca... Al sur de los atacameños, por el lado chileno y separado de ellos por el desierto de Atacama, se encontraba un pueblo al cual por falta de otra denominación hemos llamado diaguitas chilenos. Este pueblo, antropológica, lingüística y culturalmente pertenece al mismo grupo que los diaguitas y argentinos". *La agricultura precolombina en Chile y los países vecinos*, pág. 29 y sigs. Chile, 1936.

11 Vaca de Castro: *Ordenanzas de Tambos*, 1543. Cieza: Pb. cit. Matienzo (Lic. Juan de): *Gobierno del Perú*. Buenos Aires, 1910. Levillier (R): *Audiencia de Charcas*, tomo I, pág. 588.

Chile, frente a Santiago. El camino de Chile bajaba de Copiapó a Coquimbo y pasaba entre los Araucanos para detenerse en el Maule, límite donde resolvió colocar al Inca sus mojones meridionales, al regresar del Bio-Bio, vencido por los Poromoacaes.[12]

* * *

La tradición atribuye al Tahuantisuyo cuatro grandes provincias, y no nos hemos apartado de ella. Sí, creemos conveniente señalar al Cuzco, en el mapa, una región, la que debió tener, al delinear Pachacútec el imperio, y asignar una jurisdicción a la capital, mucho mayor, seguramente, que la

12 Muy poco ha trabajado la ciencia histórica, en la evocación de lo que fué el imperio incaico, y menos aun los geógrafos en la ubicación de las tribus que poblaban. No sólo es escasa la cartografía, sino que es muy pobre la parte de esclarecimiento etnológico.

Blaew fué el primero en el tiempo, y es digno de hacerse presente que él trazó desde 1660, la línea de pueblos del antiguo Perú, siendo sorprendente su coincidencia con la *Descripción de Cieza,* al punto que debió usar los antecedentes proporcionados por ese gran viajero-cronista. Tiene sus errores, algunos bien grandes, y detiene el Collasuyo en el paralelo 26; pero puede utilizarse ese mapa del Perú, como indicio de lo que era el pensamiento científico del siglo XVII con relación al Imperio.

Raimondi incluyó en 1874, en su gran obra *El Perú,* un mapa que dedicó a la historia de la geografía de ese país, y en el cual se preocupó de indicar las fechas de fundación de cada antiguo pueblo y los caminos del Inca. Tomó poco en cuenta el factor etnográfico del cual sólo se ocupó en Cuntisuyo. No coloca a las tribus en el Chichasuyo, ni en el Collasuyo, interrumpe los caminos del Inca en forma errónea, en la costa, y no traza toda la extensión meridional del imperio.

Markham viajó mucho por el Perú, y después de sus expediciones por el Antisuyo, una de ellas en busca de cascarilla, para aclimatarla en la India, trazó un pequeño croquis del Perú Central y otro del Cuzco y de la región de Vilcabamba, bien estudiados, salvo en la parte etnográfica, en que parece más exacta la concepción de Raimondi. Los publicó en 1907 en la edición inglesa de la *Historia Indica.*

El señor Horacio Urteaga compuso en 1926, por donación generosa del señor Rafael Larco Herrera a las escuelas del Perú, un mapa del Tahuantinsuyo. Es, en realidad, el primero completo, geográficamente, pues abarca la total extensión del imperio, siendo así que los tres antes citados eran fragmentarios. Veremos, más adelante, que no sólo incluyó en su trabajo, los límites verdaderos, sino que los dilató más allá de la realidad geográfica.

de Manco Cápac. Saldrían los cuatro caminos de la ciudad misma, como dicen los cronistas; pero respetando los propios, destinados a alimentar la población. No creemos que fijar por límites al Cuzco, las cuatro grandes fortalezas de Paucartambo, Urcos, Limatambo y Ollantay, que en los puntos cardinales la protegían, sea una hipótesis muy alejada de la realidad.

El nombre de Tahuantinsuyo fué evidentemente una coronación, algo así como una cúpula. Debió precederlo la posesión de las infinitas tribus con las cuales compusieron ellos las cuatro grandes divisiones. Así, el Collasuyo sería primero la región de los Collas; pero tomó nuevo sentido al incluir a los Charcas, los Chichas, los Diaguitas y los Chilenos. El Chinchasuyo sería en primer término el reino de los Chinchas, y fué después un conjunto territorial que añadió a éstos, los Chimús de los Llanos, y los indios de las sierras desde Huamanga hasta Pasto. El Contisuyo tomó su nombre de una pequeña provincia vecina del Cuzco, y fué el gran suyo occidental después de vencer los Incas a las Chancas de Andahuaylas, a los Aymaraes y Quinchuas, Chumbivilcas, avanzar hacia la costa y someter a Soras, Lucanas, Nazcas, Prrinacocha, Yanahuaras y Ubinas.

El Antisuyo era a la vez muy grande y muy pequeño. De la región nos ocuparemos aparte.

Santillán indica la época del nuevo orden: "... *Topa Inga Yupangui... lo primero que hizo fué dividir todo lo que estaba debajo de su señorío en cuatro partes o reinos*: el uno fué Chinchasuyo, que comienza desde Vilcaconga, por Llanos, hasta Quito; el segundo se llamó Collasuyo, que comienza desde Urcos y llega hasta los Charcas (olvidó Tucumán y Chile): el tercero se llamó Andesuyo, que comienza desde Abisca por todo lo despoblado y cordillera de los Andes; el cuarto se llama Condesuyo, que va desde el Cuzco

hasta Arequipa e incluye toda la sierra que está hacia aquella banda, lo cual hizo dividir y amojonar y señalar muy distintamente.[13]

Y va de sí que esto se pudo hacer porque databa de esa época, o de poco antes, el señorío del Inca sobre todas estas tierras.

El Cuntisuyo comenzaba en las sierras de Vilcaconga, que rodean al Cuzco, y terminaba en la costa, entre los valles de Huari y de Ica. Por el Sur era su límite el valle de Quilca, a poca distancia de los términos de Arequipa. Al Oriente lo separaba del Collao la cordillera central. Por el Norte, le tocaba la vecindad de los indios de guerra de los Andes, particularmente Los Maraníes que vivían en la proximidad del Apurímac. Los Nazcas han sido colocados en el mapa de acuerdo con los cronistas. Raimondi, a pesar de omitir las tribus de Chinchasuyo, situó no obstante, las naciones autóctonas del Cuntisuyo, con precisión.[14]

El Chinchasuyo arrancaba de los términos septentrionales del Cuntisuyo, o sea Huamanga del 13° al Sur del Ecuador, por la sierra y el valle de Ica alrededor de 15°, por la costa, y terminaba en el Norte por el Angasmayo, a la altura del paralelo 2, sobre el Ecuador. La Cordillera oriental, paralela al mar, sólo acordaba a esta larga faja de tierra, un ancho que oscilaba entre 100 kilómetros en la parte más angosta, frente a la isla de Puna, y 450 en la más amplia a lo largo del paralelo 6 y de los Moyobambas.[15]

---

13 Santillán (Lic. Hernando de): *Relación*, &, pág. 16.

14 El señor Urteaga parece haber seguido a Raimondi, en el trazado del camino del Inca, de la costa, y como él, se equivoca al interrumpirlo por el Río Acari, pues, según Cieza y el Padre Lizárraga y otros investigadores, continuaba sin interrupción hasta el Sur de Chile.

15 El señor Urteaga, olvidando que el límite oriental es en todo lo largo del Chinchasuyo, la Cordillera, salvo en Moyobamba y Huánuco, añade erróneamente a esa jurisdicción el Río Huallaga y su huya, reitera al Norte su confusión, al incluir en ella el Río Santiago y sus afluentes, y comete la

Cieza ha descripto en forma tan vívida el reino del Perú, o sea la tierra comprendida entre Quito y Chuquisaca, y se aplica tan perfectamente cuanto dice sobre el sistema de cordilleras y la vida que ellas determinaban, al Chinchasuyo, que no resistimos al deseo de transcribir algunos párrafos:

"Esta tierra del Perú son tres cordilleras o cumbres desiertas adonde los hombres por ninguna manera podrían vivir. La una destas cordilleras es las montañas de los Andes, llenas de grandes espesuras y la tierra tan enferma que si no es pasado el monte no hay gente ni jamás la hubo". Esta es la "montaña", que fué la frontera oriental del imperio incaico.

Describe luego la Cordillera del centro: "La otra es la serranía que va de luengo desta cordillera o montaña de los Andes, la cual es frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve, que nunca deja de caer. Y por ninguna manera podrían tampocó vivir gentes en esta longura de sierras, por causa de la mucha nieve y frío y también porque la tierra no da de sí provecho...". Entre estas dos cordilleras corría el camino llamado de la sierra, y en los valles situados entre ellas vivían las poblaciones gracias a la posibilidad de utilizar las abras y los arroyos para sus cultivos.

La tercera cordillera que halla Cieza "es los arenales que hay desde Túmbez hasta más adelante de Tarapacá, en los cuales no hay otra cosa que ver que sierras de arena y gran sol que por ellas se esparce, sin haber agua, ni hierba, ni árboles, ni cosa criada, sino pájaros...". Y estampa enseguida esta frase, que varios cronistas confirmaron más tarde, como expresión de verdad geográfica y muy íntima intepretación de la historia peruana: "*Siendo tan largo aquel*

---

misma al agregar al imperio los Ríos Mantaro y Apurímac, Petene y Ene, siendo así que únicamente corresponde la inclusión de los trozos que corren *dentro* de la Cordillera, o sea los que se hallan *dentro* de los límites incaicos.

reino que digo, hay grandes despoblados por las razones que he puesto". Explica Cieza cómo gracias a las quebradas, muy espaciosas, a los ríos y a la fertilidad de la tierra, se extendía la vida en estos valles. Sólo en ellos había grandes poblaciones, que llegaban hasta los espesos arenales, donde gracias a la humedad de los ríos se criaban grandes arboledas y se hacían sementeras, sacando acequias de los ríos que regaban las tierras.

De este fenómeno geográfico, reiterado en todo el Perú, derivamos esta consecuencia estratégica y política: *quien se apodere de los valles centrales será dueño de todo, pues, al cortar el agua, obligará a las naciones de la costa a entregarse sin lucha,* y si las serranas resistieran, fuerza les sería vencer o morir, pues como lo explica Cieza: "aunque he figurado al Perú ser tres cordilleras desiertas y despobladas, dellas mismas, por la voluntad de Dios salen los valles y ríos que digo: fuera dellos por ninguna manera podrían los hombres vivir *que es causa por donde los naturales se pudieron conquistar tan fácilmente, y para que sirvan sin se rebelar, porque si lo hiciesen todos perecerían de hambre y de frío".* No tenían donde huir, sino para helarse en las nieves, perderse en las selvas, o caer por falta de agua, en la costa.

Tampoco les fué fácil, más tarde a los castellanos alejarse de la Cordillera, y dominar las tribus de las llanuras orientales. Y así entre otras muchas fracasaron desde Rupa-rupa, Huánuco, Loxa y Jaén, las expediciones de Gómez Arias Dávila y Juan de Salinas.

El Antisuyo merece estudio especial en razón de una complejidad de factores sobre la cual no han creído necesario detenerse los cronistas, ni los historiadores, ni los geógrafos. Sin embargo, existe y conviene esclarecerla en lo posible, por ser de interés general y justificar el punto de vista, expresado en nuestro mapa.

Antisuyo presenta al investigador dos acepciones. Fué para los Incas, a la vez la pequeña extensión situada a poca distancia al Norte y al Oriente del Cuzco, que le costó a Túpac Inca Yupangui conquistar, y que al fin él y Huayna anexaron. Allí hubo pueblos, como Vilcabamba y Macchu Pichu, Abisca y Apolobamba, depósitos y pucaraes, ley incaica y dominio imperial efectivo.

La otra acepción es: la tierra de los Antis que se extendía al Oriente de todo el imperio y cuyo contenido queremos someramente precisar en términos geográficos modernos. Era al Este de Cochabamba, a 500 kilómetros de distancia a vuelo de pájaro, como todas las medidas aquí expresadas, los llanos de Chiquitos; al Este del Titicaca, a 750, los llanos de los Guarayos y al Este del Cuzco lo que hoy es Madre de Dios, a 300; el Río Beni a 500 y los llanos de Mojos a 900. Más al Norte, frente a Moyobambas y Bracamoros, a 250 y 300 kilómetros de distancia, las Pampas de Sacramento y Loreto y más al Norte aún, frente a Zamora, Río Bamba y Pastos, las tierras muy despobladas del Napo, del Pastaza y del Putumayo.

Todo este mundo, desde la altura de Cochabamba hasta el paralelo 12, ese mundo que vivía en las florestas tropicales y en las montañas boscosas que se extendían al Este de la cadena oriental, todos eran para los Incas, en una denominación simplista: o Antis o Yungas. Cuando salían a conquistar, regresaban con mejor conocimiento de las tribus. Supieron distinguir entre Manaríes Opataríes, Chiponauas, Monobambas, Chuchos, y Mojos en el centro; Chiriguanaes en el sur; Ruparupas, Chachapoyas, Bracamoros, Paltas, Pastos y Quillacingas en el Norte. Su tierra no tuvo para los Incas límites precisos, ni formas como las impone una montaña o un gran río o el mar. Se abría sobre el infinito. Todo lo situado al Oriente de la Cordillera fué *el gran* Antisuyo el

mundo de los Yungas, y solar incaico llamado Antisuyo, sólo fué algo así como una región defensiva de paragolpes y fortificación erguida contra esas tribus indómitas, con las cuales, a veces, llegarían del Brasil peligrosas invasiones.

Tuvimos en nuestro viaje al Cuzco, en 1923, la visión de lo que fueron aquellos espacios, con asomarnos a los valles y las quebradas de Paucartambo. Tan presente es la impresión, como en el momento en que nos fué dado contemplar el grandioso y sorprendente paisaje, de cerros que parecían haber trepado unos sobre otros, para descender en la llanura que se extendía a pérdida de vista, uniéndose a lo lejos a través de la neblina con el Cielo. A pesar de la altura, el aire era cálido y perfumado por innumerables plantas olorosas.

Nadie ha definido mejor que Raimondi, los diferentes aspectos perceptibles en lo alto de la cordillera oriental, desde la de Carabaya hasta la del Ecuador, y los paisajes que los continúan al internarse. Bien notará el lector por sus descripciones, que los Incas, serranos, jamás pudieron establecerse ni siquiera permanecer mucho tiempo en climas tan húmedos y calientes. [16]

---

16 Raimondi (Antonio): *El Perú*, tomo I. Lima, 1874. "Subí pues poco a poco la gran cadena, cuyo aspecto se hacía cada vez más imponente, hasta que pasada la primera cumbre y pisando el cuerpo de estos gigantes, halléme en una glacial región, en medio de numerosas lagunas, dominadas por elevados barrancos de cristalino y azulejo hielo; abriéndose a mis pies unas angostas gargantas cortadas entre cerros de roca negra salpicados acá y allá de blanca nieve, y el todo envuelto por una espesa neblina que cubría como de un misterioso velo la profunda y obscura hoya del valle". (Cap. V, página 178 y siguientes).

"...Desde este lugar elevado (tambo de Quiton-Quiton) se domina toda la región de los bosques que se extiende abajo hasta perderse en el horizonte; pero esta región amanece casi siempre cubierta de densos vapores, y mirada desde el tambo se presenta a los pies del espectador en un verdadero océano vaporoso, en el que se descubren unos raros islotes, formados por la cumbre de los cerros cubiertos de bosques... Siguiendo el camino en constante descenso, y descansando en varios tambos, llegué a la hacienda de San José de Bellavista, situada en el límite de los terrenos habitados por los salvajes,

En los tres últimos reinados, se introdujeron varias veces en esas tierras adyacentes, sin éxito, pues surge de las crónicas que los Antis no perdieron su independencia y que el Antisuyo fué las antípodas, o sea los confines del Imperio.

---

que en varias ocasiones la han invadido causando algunas desgracias... Muy largo sería describir aquí los trabajos y penalidades de esta marcha a pie por un terreno sin camino de ninguna clase; teniendo a veces que fabricar escaleras de palos para subir a elevados barrancos cortados a pique; haciendo marchas casi aéreas por terrenos de rápida pendiente, pasando a vado una infinidad de arroyos y ríos; atravesando tupidos bosques de plantas espinosas por donde teníamos que adelantar lentamente, abriéndonos el paso a golpe de machete; pernoctando en la playa del río en continuo peligro de ser sorprendidos por los salvajes, y careciendo en una ocasión hasta del diario alimento...".

"Casi todo el año está envuelto (Ituaua) en una espesa capa de vapor acuoso; y si acaso se halla despejado el cielo en el pueblo, no lo está por cierto en la quebrada que pasa al pie, la cual aparece como un mar de densos vapores, que se mueven a manera de olas, no dejando distinguir objeto alguno situado en el plan de la quebrada...".

"Los que no han viajado por las montañas del Perú, difícilmente podrán formarse una idea del camino que conduce desde Versalles a las minas de oro de Challuma, el que se hace en gran parte por el cauce del mismo río, entrando a cada rato en el agua para pasarlo y repasarlo todas las veces que se presenta algún obstáculo. A pesar de que en 1851 se abrió un camino con los soldados del batallón Yunguay, esto no duró sino pocos meses, y actualmente está en completo abandono. Poco después se abrió otro que, por las numerosas vueltas que da, se llama de la Moyoca, que en lengua quechua quiere decir vuelta. Este camino es tan malo, que cuando el río no está crecido se prefiere marchar por largos trechos en el cauce y pasarlo a vado cada rato...".

"En este lugar (Isilluna) fuí desalojado del tambo por una invasión de hormigas del género *Eciton*, las que entraron en grandes falanges y tomando por asalto las puertas, palos y trechos del tambo, acabaron en un momento con las cucarachas, arañas y otros bichos que habían fijado en él su mansión, y hubieran esqueletizado mi cuerpo si hubiese permanecido allí".

"En Huacaychuro me alisté, para emprender una campaña en los bosques vírgenes de la quebrada de Tamo-pata, la que había sido visitada en parte por el botánico Weddell en 1846 y por don Clemente Markham en 1860; el primero con el objeto de estudiar las cascarillas en su lugar natal; y el último con el de recoger un gran número de estas plantas para introducir su cultivo en la Indias".

"Pasé el riachuelo de Huaynapata y seguí por la orilla del río principal, marchando en gran parte sobre peñascos, donde era preciso agarrarse con las manos, y poco después llegué a la cueva de Casasani, la que consiste en un gran hueco en la peña, situada en la misma orilla del río y que sirve de abrigo para pasar la noche. Aquí empieza la subida al temible mal paso

Construyeron los Emperadores sus fuertes en las bocas de las montañas y guarnecieron los pasos; tuvieron amistad con algunas tribus y consiguieron que dos o tres acompañasen a Huayna Cápac a las guerras de Quito; pero los Antis no

---

que lleva el mismo nombre de la cueva, donde se trepa sobre la peña cortada a pique, apoyando los pies sobre algunos palitos tendidos y amarrados con bejuco. Desgraciado del viajero que dé una falsa pisada o al que se le rompa un palo bajo el peso de su cuerpo, pues caería irremediablemente desde lo alto de la peña hasta un profundo precipicio".

"En la hacienda de Huadquiña vi una enfermedad bastante común en aquel lugar, donde se conoce con el nombre de Tiacaraña y que consiste en una llaga de aspecto y carácter canceroso, que se desarrolla en varias partes del cuerpo y principalmente en las partes blandas de la cara, como en el tabique o las ternillas de la nariz y en los labios. Dicha llaga, muchas veces refractaria a toda curación, invade y destruye la carne, produciendo los más horribles resultados. Esta enfermedad es común a muchos otros puntos del Perú y Bolivia, donde se le conoce con distintos nombres, entre los cuales el más general es el de huta. En las montañas de Andamarca de la provincia de Huancayo se le llama la Llaga; en la quebrada de Abancay del departamento del Cuzco es designada con el nombre de quepo; y en los valles de Bolivia es conocida con el nombre de Espondia. Todavía no se sabe positivamente la causa que produce esta clase de llaga, y comúnmente se atribuye a la picadura de un insecto venenoso; pero nunca he visto de un modo patente ese insecto".

"Desde la cumbre de la Cordillera continué por un camino bastante quebrado hasta bajar al pueblo de Mollepata; de donde salí con dirección a Limatambo, pasando en el camino por la hacienda de Sauceda, célebre por sus intermitentes de carácter maligno, las que muchos individuos adquieren tan sólo con descansar una noche o simplemente con pasar después de una pequeña lluvia".

"Desde el lugar de Tres Cruces... principié a bajar por un terreno muy inclinado. A trechos el camino se hallaba profundamente envasado en el terreno, y las ramas de los árboles cruzándose en su parte superior, formaban una verde y espesa bóveda que no dejaba pasar un solo rayo de luz; de modo que marchaba casi en la obscuridad, apareciendo el camino como un socavón subterráneo. Llegué por fin, al día siguiente, a la región de los llanos... región que ha sido más tarde teatro de sangrientas luchas, por la invasión de los salvajes Huachipairis y Tuyeneris, quienes dieron lugar a horrorosas escenas y destruyeron en pocos días el trabajo de muchísimos años, por no decir de dos o tres siglo... la barbarie ha invadido a la civilización, recobrando la naturaleza su antiguo dominio. Planté mi campo de exploración en la hacienda de Cosnipata, la única que ha escapado de la acción devastadora de los salvajes... Recorrí esta hacienda viendo sus cultivos, donde los operarios que trabajan en los cocales están siempre acompañados de hombres armados, para defenderse de alguna impensada agresión de los salvajes; vi sus miradores llamados castillos, de cuya elevación se puede

se sometieron a la fórmula de los Incas, y cuando éstos insistían, huían, llevando hacia la muerte a sus perseguidores. [17]

Por las razones dadas, hemos indicado en el mapa el Antisuyo que estimamos propiamente incaico, agregando a modo de hipótèsis una zona que se habría extendido desde los Chiriguanaes en el paralelo 21 hasta el Río Paucartambo por el 13 en un ancho de unos setenta kilómetros y a veces más, donde a orillas del Collasuyo, principalmente por los Chuchos y Opataríes y frente al paso de Carabaya se habría hecho sentir de continuo el influjo incaico.

Ampara esta conjetura el Padre Cobo, cronista-geógrafo por excelencia, que escribió: "Para tan largo distrito como tenía este reino, era muy angosta su latitud pues por donde más ensanchaba *no pasaba de cien leguas desde el mar hasta las provincias de los Andes*". En efecto, si medimos en el mapa en el paralelo 14, que es una de las anchuras mayores, la distancia del mar al Antisuyo, descubrimos que

---

descubrir lejos el menor movimiento de los Chuchos y prever un asalto... Llegué a Marcapata, pueblo situado sobre una meseta elevada, en el ángulo formado por la confluencia de dos ríos. La constante neblinas que envuelve a esta población hace que su atmósfera sea muy húmeda, y que todo se marchite y pudra en brevísimo tiempo. Pan, carne, cueros, etc., todo se pone verde en muy pocos días; la sal se licúa y el chocolate resuda el azúcar bajo la forma de pequeñas gotas, y se vuelve amargo. En las mismas casas, principalmente en el interior, las paredes se cubren de un tapiz de verdura y no es raro ver levantarse pequeñas plantas".

17 No tenían gente con la cual poblar el inmenso Antisuyo, y no lo hicieron. En la actualidad, gracias a las búsquedas de los antropólogos, como antes a los estudios de los cronistas, se sabe que el imperio no arrancó muy fuera de la Cordillera. No hay, pues, razón para que el señor Urteaga incluya en Antisuyo toda la hoya del Beni y el Amarumayo, como si la efímera jornada de Alvarez Maldonado, tan funesta como infecunda, hubiese sido la conquista real y positiva de algún Inca. Es menos explicable aún que incluya toda la región del Cuzco y gran parte del Collao, hasta Pipica, en el Antisuyo. La coloración del mapa nos lleva a suponer que en uno y otro caso se trata de un error material de imprenta. Al absorber el Gran Mojo el Imperio, se hubiese dilatado al Oriente al punto de alcanzar un ancho de 1.500 kilómetros. Lo habrían observado los cronistas y no habrían hecho referencia, como el Padre Cobo y otros, a 100 leguas (o sea 600 kilómetros) como anchura méáxima.

apenas pasa de las cien leguas expresadas. Además, coincide con Cieza, que escribió: "tiene este reino... por lo más ancho de levante a poniente poco más que cien leguas y por otras partes a cuarenta ya sesenta, y a menos, y a más...". No ha de estar, pues, nuestra línea oriental muy lejos de la realidad. Y volviendo el Padre a ocuparse de las provincias de los Andes, ratifica que "*fragosidad y aspereza, más que la multitud y esfuerzo de sus moradores, habían refrenado la ambición y codicia de los Incas, para que no dilatasen su reino por aquella parte, como deseaban y varias veces lo intentaron.* Porque, dado que los habitadores de aquellas sierras y montañas son pocos en número, y esos muy bárbaros, de naciones diferentes, divididos en cortas behetrías y sin la industria y disciplina que los vasallos de los Incas, con todo eso, ayudados de la espesura y fragosidad de sus arcabucos y montañas, y de los muchos ríos y ciénagas, que en ellas hay, eran bastantes a resistir a los poderosos ejércitos de los Incas, a cuya causa ganaron muy poca tierra por aquella parte". [18]

Nos enseña la historia posterior, castellana, que no era extraño hubieran fracasado los Incas en subyugar esas naciones que preferían la muerte a la sumisión y mataban a sus invasores atrayéndolos a regiones de malezas inextricables, pantanos y fiebres. Idénticos resultados sufrieron en esas regiones durante siglos las expediciones españolas mejor equipadas que las suyas para vencer. Realizáronse las jornadas de Pedro de Candia, de Pedro Anzúrez, de Juan Nieto, de Antón de Gastos, de Diego Alemán, de Luján y de Juan Alvarez Maldonado, dirigidas al fabuloso Eldorado de la leyenda, al mito del Paititi o del Gran Mojo. [19] Pero que

18 Cobo (P. Bernabé): *Historia del Nuevo Mundo*, vol. III, cap. XXII. Sevilla, 1892.

19 Finot (Enrique): *Historia de la Conquista del Oriente Boliviano.* Buenos Aires, 1939.

salieron del Cuzco o de Camata, por el Río Tono o por Cochabamba, y que llegaron al Gran Mojo o que alcanzaron los Chuchos o los Chiquitos, poco variaban los resultados: o perecían a manos de los indios, o por no sufrir el clima regrescaban diezmados. Y sólo nos referimos a los principales intentos del siglo XVI desde el Perú, infructuosos como las entradas de Irala, de Cabeza de Vaca y de Chaves desde el Paraguay.[20] Tan penoso era el clima y tan belicosa la gente que los sólo los Jesuítas pudieron reducir y civilizar algunos.

Las tribus vecinas del Cuzco, a pesar de la cercanía, tampoco fueron dominadas. Leemos en un mapa de la Intendencia del Cuzco de 1786, de Pablo José Uncayn esta anotación, al oriente inmediato del Río Paucartambo: *Fronteras de los indios bravos.* Allí, a tiro de cañón de los castellanos, en acecho, e indómitos, estaban los vástagos de los Antis que los Incas no habían logrado asimilar. Allí estaban, dando guerra, temidos y libres.

Por las crónicas de Cieza, Sarmiento y Cabello de Balboa, parece que Túpac Inca Yupangui hubiese alcanzado los llanos de Mojo, situados, como puede verse en los mapas de Bolivia, en una latitud levemente inferior a la del Cuzco, por 14°, y a vuelo de pájaro, a unos 900 kilómetros de distancia de esa ciudad. Todos ellos refieren la expedición a los Opataríes, Chuchos y Mojos, pero con reticencias. Cieza hace presente que fué con gran trabajo y sólo conquistaron algunos pueblos de los Andes; declara Cabello que la expedición de Túpac Inca no fué siempre victoriosa, y al recordar la reiterada intentona de Huayna Cápac, dice: "proyectada una expedición a Mojos y Chiriguanaes; pero habiendo tenido la

20 Domínguez (Dr. Manuel): *El Chaco Boreal.* Asunción, 1925. Véase Gandía (Enrique de): *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay.* Buenos Aires, 1931.

noticia de la pobreza y ferocidad de esas naciones abandonó su proyectada conquista". Luego no eran suyos. Los Quipocamayos atribuyen a Pachacútec haber puesto fortalezas en los Opataríes, Chuchos y Mojos, y presumimos que fueron limítrofes y defensores. Como jornada gloriosa, sólo existe la invención de Garcilaso, según la cual habría realizado el Inca Yupanqui, supuesto hijo de Pachacútec, la conquista de los Mojos.[21]

El Collasuyo fué de las divisiones del imperio, la más larga y la más ancha; pero en el hecho la menos densa y poblada y la menos aprovechada por los Incas, particularmente en su faja argentina y chilena. Comenzaba en Urcos, al Sur del Cuzco, a pesar de abrirse étnicamente el Collao más al Sur, por Ayaviri. Allí desaparecen los cerros cultivados, los vergeles y los valles floridos con sus tupidos maizales. Brota el ichu, la paja-puna, rasa y rala, y ocre como la arena, y se ensancha la pampa en su desnudez. El altiplano colla es un páramo sin arboledas, ni espigas verdes. La yareta, planta combustible, salva la vida en el trecho de setecientos kilómetros que separa la tierra incaica de Charcas. Termina la aridez de la puna en los ricos valles de Mizque, de Cochabamba y de Tomina, pero desde Ayaviri hasta Charcas, sólo existían poblaciones en pequeños oasis, a ambos lados del Titicaca.

Al Sur del Cuntisuyo, por la costa, desciende el Collasuyo hacia Copiapó por los desiertos de Tarapacá y de Atacama. En la misma dirección, en la inmensa superficie de las actuales provincias de Oruro y Potosí, se extiende el altiplano, páramo sin cultivo, cubierto por tolas y cactáreas,

21 Raimondi, con toda buena fe, reproduce en su mapa el derrotero de esa conquista que llegó al Río Beni, mas *no* a los llanos de Mojos y sospechamos que atribuyó equivocadamente a ese Rey la fracasada expedición de Pedro de Candia a dicho río, en 1538, o la de Alvarez Maldonado a la misma región, con regreso, por San Juan de Oro y Sandia, en 1569.

que alcanza hasta el sur del paralelo 2.º Entre las dos Cordilleras, sucédense unos a otros los inmensos solares de Coipasa, de Uyuni, de Pintados, de Pastos Grandes, de Atacama, de Arizaro, del Hombre Muerto, de Antofagasta de la Sierra y cientos más pequeños. Toda esa superficie resultó inservible a los Incas.

Los cronistas no mientan largas y reiteradas guerras entre los Incas y los indígenas del Collasuyo central, como son los Chipas y Lipes, que tampoco fueron agresivos, después, con los españoles. Los Diaguitas, más belicosos, que ocupaban los valles interiores de la Cordillera Oriental, cedieron el paso a los Cuzqueños, por sus caminos, y si no se mezclaron con ellos, tampoco fueron hostiles, de modo que los Incas transitaron a lo largo de esas poblaciones, para alcanzar a los Chillis y Araucanos de las provincias de Copiapó y de Coquimbo. En las calzadas construían depósitos de abastecimientos y armas, y en las cumbres pucaraes cuyas ruinas aun se hallan dentro de la gran cordillera que les sirvió de resguardo oriental. [22] Si los espacios ocupados por los desiertos de Tarapacá y de Atacama, hubiesen sido apro-

22 El señor Urteaga amplía en varios miles de kilómetros cuadrados la frontera oriental del Collasuyo al Sur del paralelo 20. En ningún caso, en esa larga y muy despoblada región, franquearon los Incas la Cordillera. Como tuvimos oportunidad de indicarlo en 1926, en la *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán,* antes que él publicara su mapa, el límite seguía el camino. Toda esa gran extensión sólo fué ocupada por soldados, para proteger el tráfico con Chile. La línea que traza el señor Urteaga habría atribuído, a los Incas, el salto de la Cordillera y el establecimiento de sus guardias en llanos que no ocuparon.

El camino de Tucumán a Soconcho, Salavina y de allí a Catamarca, fué el que indicamos en la citada obra (pág. 116, lámina XXI) con rumbo probable de Diego de Rojas en su famosa jornada. Atravesó el Tucumán, colocó su real en Soconcho y después de morir en Salavina, siguió Mendoza con la tropa otra vez por los Diaguitas de la otra falda de la Cordillera; pero es un error incluir ese camino entre los del Inca.

Asimismo prolonga el señor Urteaga el imperio hasta el Bio-Bio, siendo unánime la opinión de cronistas e historiadores acerca del verídico límite, que fué leguas más al Norte: el Río Maule.

piados como vías de comunicación, es probable que los Incas habrían desatendido por brevedad la región interandina, que no tenía oro, que utilizaron sin guerrear, y que fué más bien para ellos un desocupado puente de travesía, que una región políticamente unida al imperio.

* * *

Aludíamos al comienzo a la necesidad del conocimiento de los factores geográficos para apreciar las circunstancias históricas, y volvemos a ello, aquí. Mucho se ha fantaseado sobre las "enormes" dimensiones del Imperio, sin que cronistas, historiadores modernos o geógrafos hayan tomado la decisión de comprobar: 1.°, cuál era la superficie; 2.° cuánto era materialmente inhabitable; 3.°, cuánto era susceptible de utilización humana; 4.°, cuál era el saldo aprovechable.

La superficie de la América Meridional suma, como hemos dicho ya, 18.200.000 Km^2. y el imperio incaico que acabamos de decsribir alcanza a 1.738.710 Km^2. Representa, pues, que el 10% más o menos del Continente. Podría sorprenderse el lector, si no hubiese leído la explicación de Cieza respecto a las tres cordilleras y no tomase en cuenta, en consecuencia, el hecho de que el imperio constituía una estrechísima franja en la parte chilena, que se ampliaba en la región del noroeste argentino y aún más al englobar a Charcas, que se mantenía en una anchura de cien leguas a la altura del Cuzco para adelgazarse definitivamente en toda la extensión del Chinchasuyo hasta Pasto. El "enorme imperio" de Huayna Cápac, vemos, pues, que no era tan considerable. Pero no hemos concluído, pues entrando más a fondo en los factores naturales, en la relación con el esfuerzo que esas realidades impusieron o no impusieron a los conquistadores incaicos, ofrecemos un elemento más de juicio para apreciar la importancia de la conquista y juzgar si fué "un prodigio" o una hazaña plausible.

Asentamos en primer término que no debe medirse la trascendencia de la obra que afrontaron y cumplieron los Incas, por la superficie de la tierra visible en el mapa. La calidad climatérica y física de cada parte de ellas como el problema del agua, son factores de interés para apreciar, si cada kilómetro cuadrado fué habitado y dió lugar a guerras, o si hubo puntos negros, es decir espacios nominales, inútiles, por malos, usados solamente como puentes de paso. La verdadera superficie del imperio no es el total de kilómetros cuadrados que él contuvo, sino la que dió lugar a luchas de conquista y la que representa una expresión permanente de vida y de arraigo humano. Todas las fajas de tierras señaladas en el mapa *no* dieron trabajo. Miles y miles de kilómetros cuadrados fueron ganados en *una* batalla, como el extenso feudo de los Charcas a raíz de la derrota de sus cinches; como con la toma de una pieza se rinde a veces, en ajedrez, el jugador; otros lo fueron por voluntaria sumisión al modo de Lipes y Chichas, y otras que entraron en el imperio por consecuencia indirecta cualquiera, no significaron esfuerzo de conquista.

No debe tampoco incluirse bajo la acción avasalladora incaica, la superficie de las estepas desiertas, los páramos, las punas estériles, los salares, las selvas, las cordilleras nevadas y los arenales que corren por la costa del Ecuador y Túmbez hasta Arica. Consiguieron los Chimus y los Chichas hacer acequias para las aguas que fertilizaban sus sembríos, en toda la región de los Llanos; pero los pueblos eran pocos, en esa larguísima franja de tierra arenosa que terminaba en las estribaciones de la Cordillera. Al Sur, por los desiertos de Tarapacá y de Atacama, no había agua, ni crecía yerba, ni existieron pueblos. Los naturales de las costas vivieron, pues *exclusivamente* en los valles.

Desde el Cuzco hasta Charcas, sobre todo hasta La Paz,

estaban reconcentradas todas las tribus, dentro de una inmensa pinza, entre la Cordillera Oriental y la Cordillera Occidental, principalmente a ambos lados del Titicaca; y entre la Cordillera Central y la Oriental, desde el Cuzco hasta Ayaviri. Otra línea de población, la serrana, podría señalarse con estos puntos: Cuzco, Huamanga, Jauja, Huánuco, Huarás, Cajamarca, Ayavaca, Tomebamba, Río Bamba, Quito y Pasto. Los Incas, que conocían bien las diferentes regiones, concretaron sus propias posibilidades, en los caminos que hicieron entre los pueblos donde era probable que prosperara la vida. Como resultado de sus últimas adquisiciones, agregaron el camino que siguiendo el del Collao y de Charcas, los valles de Tarifa y de Casabindo, atravesaba las provincias norteñas argentinas por Humahuaca, Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja y San Juan, para terminar por dos ramales, en Copiapó y en el Maule.

Otra gran región del imperio, fuera de los arenales, los tablazos, las punas, las montañas nevadas, las sierras y las arideces estériles del Chinchasuyo y del Cuntisuyo, tampoco puede considerarse efecto de conquista; es la parte Sur del Collasuyo. Si se tira por el paralelo 19 una línea, se observará cuánta tierra de esa provincia debe dejar de computarse en el esfuerzo incaico. Chile, aun cuando hiciera tambalear al principio el poder del Inca Túpac Inca, fué después de dos años de lucha, anexado y el indígena sirvió tributo. Huayna Cápac repitió el paseo, reforzó las guarniciones de los caminos y cambió los gobernadores, de manera que esa gran faja territorial permaneció en el imperio sin causar dificultades. Además, debe descontarse del esfuerzo de tal conquista los desiertos de Atacama y de Tarapacá, de más de 400.000 Km^2.

Y en eso no es todo. Los Incas consiguieron que los Diaguitas se plegaran a ellos, y en virtud de esa amistad,

ocuparon como dijimos, los bordes del camino que construyeron para ir de Charcas a Chile. Ni los Lipes y los Chichas, al Sur del inmenso salar de Uyuni, al este del de Atacama o al norte del de Arizaro, provacaron lucha. La puna de Atacama no tiene desagüe y cuenta con poca agua corriente, la erizan cardones pelados, y cortan sus valles, inmensos e innumerables salares. Es en realidad un desierto con vegatación raquítica y suelo de médanos, en medio de volcanes de más de 6.000 metros. La sierra de Aconcagua, cubierta en el oriente de selvas impenetrables, presenta en su vertiente occidental un paisaje de estepa con matas espinosas y pasto duro, y se abre al pie de ella el camino de Arenal, que es un perfecto Sahara. La sierra de Famatina sigue luego, alcanzando por 29°, cumbres imponentes de más de 6.000 metros, en un ambiente de silenciosa desolación, pues no hay árboles, ni praderas verdes, ni hombres, ni animales, que aguanten el mal clima de esa región. [23]

Guerras duras, fuertes, difíciles y de continuo renovadas, dieron los Chancas de Andahuaylas, los Nazcas y los Soras y Lucanas del Cuntisuyo; los Canches, Canas y Collas del Collao, los Chinchas, los Chimús, los Charcas, los Chiriguanaes y los Chuchos. Los Huancas, Huánacos, Chachapoyas, los Paltas, Cañares, Cayambes, Quitus, Caranquis y Pastos no fueron dominados sin largas luchas. Los Antis, Bracamoros y Quillacingas, nunca. Bien pues; si descontamos del imperio las regiones desérticas, estériles o inhabitadas, que dieron poca guerra a los Incas, y no les exigieron vigilancia, deberemos sustraer unos 800.000 kilómetros cuadrados del área total del 1.738.710 Km²., y quedaría así una superficie de conquista y dominio imputable de verdad a los Incas, de aproximadamente 900.000 Km².

23 Kuhn (Dr. Franz): *Fundamentos de Fisiografía Argentina*, Biblioteca del Oficial. Círculo Militar. Buenos Aires, 1952.

Es evidente que con el influjo del Cuzco sobre los millares de vasallos que le respondían, la estrategia militar de Pachacútec, su creación de mitimaes y la erección sistemática de fortalezas, calzadas y depósitos de armas, ropa y alimentos, no necesitaron los Incas de "súbito milagro" para someter, perder, reconquistar y por fin constreñir a la obediencia en 130 años, los habitantes de una superficie comparable a la de Venezuela.

El título de una nación a ser considerada, no radica en la extensión de la tierra que domina, sino en la superioridad mental exteriorizada por ella, en las normas de gobierno, en su visión del porvenir, y en la acción civilizadora desenvuelta con eficacia dentro y fuera de casa. Así los Incas, figurarán siempre entre los grupos primitivos más notables de la historia, por su calificado espíritu organizador, su alto sentido político y la personalísima obra social que idearon y supieron difundir.

II. Usos, ritos y costumbres

Nos hemos extendido en otra oportunidad en algunas de las teorías jurídicas de la época para destacar el punto de partida del pensamiento del Virrey Toledo. El Padre Vitoria había insistido en la importancia de que los indios fueran *dueños verdaderos,* de tal manera que, por el hecho de serlo y de haber ocupado *siempre* las tierras que poseían al llegar los españoles; o de *no* serlo y de *no* haber ocupado *siempre* dichas tierras, dependía que su título en tal sentido fuera *legítimo* o *ilegítimo.*[1]

Al ver Toledo a los yungas en su travesía de Piura a Lima, y al enterarse de que los Incas no eran originarios del Cuzco, sino que se extendieron en paulatinas conquistas hasta apoderarse de los valles comarcanos, dilatándose en el siglo anterior a la llegada de los españoles, hasta Pasto en el Norte y Chile en el Sur, desconfió de la legitimidad de su título; pero de nada servían dudas; tampoco aprovechaban versiones de cronistas, como se nota en su crítica a Las Casas y al Palentino.[2] Resolvió, pues requerir testimonios directos de los propios indígenas para reconstituir la línea y sucesión de sus soberanos, con los hechos de cada gobierno. Esto lo encomendó a Pedro Sarmiento de Gamboa, y él, por su parte intensificaría la encuesta en otros puntos sobre la formación del imperio y la organización social, religiosa, política y administrativa de los Incas. De la inteligencia de

1 *Don Francisco de Toledo, Supremo Organizador del Perú.* Madrid, 1935, tomo I, libro II.

2 *Papeles de Gobernantes del Perú.* Colección de la Biblioteca del Congreso, vol. IV y V. Cartas del Virrey Toledo.

los antecedentes históricos de la dinastía sometida y de la prueba de legitimidad o ilegitimidad de su título de propiedad, había él de deducir lo que llamara "la claridad del señorío" de los Reyes de España en el Perú.[3]

Esta averiguación enlazaba su curiosidad científica y sus propósitos prácticos a finalidades morales de persuación, y en tal sentido era tardía. En España controvertían los teólogos sobre el derecho de España; pero los reyes europeos apenas; lo que hicieron fué armar a los Cabotos, a los Cartiers, a los Villegagnons y a los Robervals; encubrir a los Gourgues y los Sores; entonces había campo libre para Hawkins, Drake y Cavendish; más tarde para Eilbert, Raleigh, Champlain y otros fundadores de Nueva Inglaterra y Nueva Francia. Era *esa* su manera de burlar en la práctica los efectos de la radical exclusión pontificia. Los resultados directos de la encuesta de Toledo sólo habrían de beneficiar a los reyes en su aplicación al Perú, y sólo en esa parte podían constituir una interpretación de los principios del Padre Vitoria. Al dilucidar así problemas de positiva trascendencia del mecanismo de la vida incaica, pudo Toledo conocer costumbres de los indios desde sus orígenes y proponer reformas adecuadas.

Bien sabía que el conquistador se impone por la fuerza y luego adapta la estructura de su régimen político al que antes rigiera en la tierra que usurpara. Tal hicieron los romanos en Galia y en Iberia; los godos en Italia; los normandos en Inglaterra y los propios Incas en las naciones que sujetaron. Era, pues, primordial, para un ajuste definitivo entre blancos e indios, el apurar la verdad acerca de los usos del pasado. No pretendió el Virrey forzar al americano a españolizarse; vió al contrario, y fué profético,

3 *Don Francisco de Toledo,* tomos II y III.

que el español se iría americanizando en vida, en su descendencia mestiza. Dijo que fatalmente, por ese hecho, vendría la hora para Castilla de perder lo ganado, y acertó. Sólo esperaba organizar entre ambas razas, humanitaria convivencia, sin que los indios convertidos al catolicismo y congregados el modo de antes en comunidades, dejasen de tomar parte en las labores y obligaciones colectivas, como en el tiempo del Inca; y sin que el poblador abusase en lo físico y en lo moral de los conquistados.

Demuestra la rectitud de sus intenciones, su penetración psicológica y el valor de sus métodos, el hecho de que en una época en que nadie exigía a los cronistas citar fuentes, y en que éstos usaron y abusaron de esa libertad, no intentara él obrar a modo de *Magister dixit,* dejando caer de lo alto de su experiencia y en cartas privadas u oficiales, sus juicios sobre los Incas, sus orígenes, conquistas y costumbres. Por el contrario, no formula conclusiones personales hasta no haber acudido a testimonios públicos; deja a los declarantes la paternidad de revelaciones cuya veracidad se había de aquilatar en la dilatada prueba en que tomaron parte doscientos indios de los más autorizados, en Jauja, en Huamanga, en cuatro tambos del camino, en el Cuzco y en Yucay. El formula las preguntas y en un lugar son cinco testigos los que responden, elegidos entre los más antiguos caciques; en otro son nueve; en otro, quince; en otro, hasta noventa y cinco. Aquí son del pueblo de su residencia. Quien deseara que fuera posible más tarde dirigirse a cada testigo y averiguar la libertad con que virtieron sus réplicas, no hubiese procedido más abiertamente. Quiere que la prueba sea irrecusable, y para satisfacer tan natural aspiración rodea el acto de garantías. Median tres intérpretes (no uno, como se creyera), y son el Padre Ruiz Portillo, Provincial de los Jesuítas; Juan de Ynestrosa y Gon-

zalo Gómez Jiménez. Por fin, terminadas las informaciones y pintados los paños en que se figuraba la sucesión de los Incas y los hechos principales de su historia, se muestran y se leen a representantes de los doce ayllos imperiales, descendientes directos de esos Reyes, para que desmientan, corrijan o confirmen. Así lo hacen unos para los paños y otros para la *Historia Indica,* garantizando con su palabra de autóctonos la autenticidad de la historia escrita por españoles sobre sus orígenes, reyes y costumbres. Cerrada la encuesta entre los indígenas, son los vecinos de posición más independientes del Cuzco, los más conocidos en España, cuatro compañeros sobrevivientes de Pizarro: Pancorbo, Mesa, Carrasco y Mansio Serra de Leguizamo, quienes atestiguan que lo dicho es lo que ellos oyeron dar por verdad en la tierra. Sólo se añade un jurista a este grupo, el Licenciado Polo, autor de trabajos escritos por él años antes de la llegada de Toledo, y garantía de saber y de competencia que no era posible mejorar en ese tiempo.

Verificadas las informaciones y la *Historia Indica,* las manda llevar al Rey por el Capitán Jerónimo Pacheco, con una carta suya de marzo de 1572. Sobre este punto, deseamos formular un distingo, que de haber sido hecho antes, hubiese evitado confusiones: esto es, que no deben considerarse como piezas de equivalente objetividad e importancia: I, el contenido de las informaciones: II, las resultantes directas que de ellas sacara Toledo en dicha carta; III, las opiniones que, a modo de sugestiones o de consejos *personales,* ofreciese al final de la misma al Soberano.

En lo primero no era Toledo responsable, sino de las preguntas, siendo las respuestas de la incumbencia de los indios. En las resultantes hay derecho a considerársele autor de la interpretación y a exigirle lógicas y exactas deducciones. Lo mismo es puramente subjetivo. Dejando a un

lado el Virrey los documentos y las consecuencias que de ellos sacara, pero apoyándose en éstas, formula normas, ofrece advertencias y orientaciones; poco falta para que mande proyectos de cédulas ya redactadas al efecto de aprovechar en forma práctica la experiencia adquirida. Hay derecho a rechazarlas, como en su mayoría las dejaron caer los Reyes; *pero esto no afecta el valor de las informaciones,* ni la veracidad de las resultantes que percibiera y concretara imparcialmente Toledo. Tal es el distingo a que aludimos, descuidado desgraciadamente por algunos autores que pretendieron invalidar las *Informaciones* y la *Historia Indica* al atribuirles la deliberada intención de difamar a los Incas.

La idea de un propósito de censura asoma en Mendiburu, en una breve insinuación desprovista de fundamento o pruebas. Markham y Riva Agüero añadieron nuevas vehementes fulminaciones a bese de *inferencias,* e insistimos en el término *inferencia,* para marcar que usaron de deducciones personales y de suposiciones únicamente. Era el Virrey, según las filípicas de sus acusadores, el organizador oficial y solapado de una farsa destinada a deprimir la cultura incaica, a presentar a los Incas como monstruos de crueldad, a falsear su historia y sus costumbres y a negar los títulos de los soberanos incaicos al señorío del Perú, todo ello para fortalecer los derechos de España y abusar de los indios libremente. Alegaron que las informaciones debían repudiarse porque ciertos testigos (elegidos por viejos precisamente para que alcanzara más lejos su memoria) estaban chochos o eran timoratos y serviles; otros repetían una lección y cuando decían la verdad, intervenía el intérprete *único* para torcer las respuestas, traduciendo, cuando conviniera: *sí* por *no,* o *no* por *sí.* [4]

4 Mendiburu (M. de): *Diccionario Histórico-biográfico del Perú.* Lima, 1885, vol. VIII, pág. 22 a 71. Markham Cl.: *History of the Incas,* by

Parece, sin embargo, que si los doscientos testigos fueron inadecuados o mintieron; si los descendientes de los Incas mintieron; si los intérpretes, que fueron *tres*, mintieron; si testigos españoles respetables, como Pancorbo, Mesa, Carrasco, Serra de Leguizano y Polo de Ondegardo mintieron; si Toledo mintió, si las informaciones eran falsas y si las resultantes obtenidas en ellas también lo eran, algún día había de descubrirse la colosal y cínica superchería. Más aún: antes de poner fin el Virrey a tan grotesca parodia, repetida en Jauja, en Huamanga y en cuatro tambos, en el Cuzco y en Yucay, no hay duda de que hubiesen llegado a España denuncias de las trampas con que se había querido engañar al Rey: acusaciones del Arzobispo, de los Cabildos, de las Audiencias, de los conquistadores mismos, y quejas de anónimos, análogas a las que existen en los archivos contra el Doctor Loarte y contra el intérprete Ximénez por la actuación abusiva de ambos en el proceso contra algunos Incas del Cuzco, por la alegada complicidad de éstos en la rebeldía de Túpac Amaru. ¿Es admisible, en un medio tan reducido y entre tantos odios como los que cercaban a Toledo, que se hubiese ejercido públicamente coacción sobre los curacas de decenas de poblaciones indígenas, traídos de leguas a la redonda de tambos y ciudades, sin que trascendiese, entonces y después? Es el caso que la lectura de los orígenes, costumbres, acontecimiento y sucesión de los Incas, hecha a los principales de los doce ayllos, a los vecinos más antiguos del Cuzco y a una autoridad como Polo de Ondegardo al efecto de que corrigiesen sus errores, no corresponde al modo de proceder de quien se propone descaradamente falsear la verdad por medio de trapisondas de intérpretes y de indignas connivencias con

Sarmiento de Gamboa. Prólogo. Londres, 1907. Riva Agüero (José de la): *La Historia en el Perú*, 1910.

testigos cohechados. Declaramos no haber descubierto en los archivos una sola denuncia de hecho de esa naturaleza en cuanto atañe a las informaciones del Virrey o a la *Historia Indica,* y no deben haberlas hallado sus acusadores cuando las condenan con presunciones desprovistas de toda prueba. Pero no quisiéramos sacar partido de esta circunstancia, o incurrir en la debilidad de abrir controversia oponiendo solamente razonamientos, a las deducciones y suposiciones que rechazamos. Pretendemos *probar,* y esto ha de alcanzarse por otra vía que la dialéctica. Toledo puso preguntas *concretas.* Los testigos dieron respuestas que él condensó, en su carta al Rey, en dieciséis conclusiones también concretas. El Perú no comenzaba, ni terminó, con Toledo y sus años de gobierno, y, por consiguiente, los mismos temas que tocara en las *Informaciones* y en la *Historia Indica* lo habrían sido antes y lo serían después, en memorias y cartas de autoridades y en obras de cronistas.

Existían ya publicadas esas fuentes, o a lo menos la gran mayoría de ellas, en la época en que impugnaban los críticos citados la obra de Toledo y de Sarmiento. Hubiese sido más probatorio prescindir de opiniones esencialmente apoyadas en pálpitos personales y buscar cuál era la veracidad de las resultantes de las informaciones, confrontándolas con las referencias que sobre los mismos dieciséis puntos diesen autoridades consagradas. No nos ofrecía esa comparación una prueba irrefutable y definitiva de lo que fueron todos los aspectos de la historia y todos los hechos de la vida de los Incas, pero sí una certidumbre acerca de la honestidad del Virrey, pues si hubiese disimulado o torcido la verdad sabida, apartaríase fundamentalmente su versión de la que en general aportasen antecesores y sucesores reputados de buena fe.

Sobre todo, hubiese sido justo conocer, las informacio-

nes completas, *antes* de juzgarlas tan severamente. Proviene la campaña contra éstas por la excesiva fe de Markham en la imagen idealizada que del imperio incaico trazó Garcilaso, tan diversa en mil aspectos de que emana de los demás cronistas, de las *Informaciones* y de la *Historia Indica;* y procede también de su insuficiencia, documental pues creía conocer las *Informaciones,* y sólo había leído fragmentos insignificantes.

Lo que conocieron los historiadores citados no alcanza a una cuarta parte del total de las informaciones, y si a la insuficiencia de esa fuente fragmentada se añade que no separaron en sus críticas las opiniones personales del Virrey, de las resultantes de dichas informaciones, bien se comprende cómo con tan pobres recursos para juzgar, creyesen en la verosimilitud de una difamación premeditada, organizada por Toledo para deprimir a los Incas y a la cultura incaica.

Para oponer estos errores la verdad sobre los propósitos, los procedimientos y la rectitud del Virrey, adquiriendo a la vez seguridades de que el material histórico reunido por él y Sarmiento es uno de los más valiosos que exista para apreciar la vida de los Incas y sus antecesores en el Perú, hemos reunido los elementos de juicio a que antes aludíamos y comparado los frutos de ambos estudios con lo que dijeran las autoridades más conocidas sobre los mismos temas, antes y después de Toledo. En ese trabajo encontrará el lector una edición de las informaciones sacadas de los archivos y por primera vez completa; una nueva edición de la *Historia Indica,* cuyo original leído por nosotros en Gottenburgo carece de toda interpolación. Añadimos una prueba del acierto del Virrey y de Sarmiento en sus encuestas por la comparación de sus juicios con los de Cieza,

Estete, Cabello de Balboa, Ondegardo, Santillán, Cobo, Valera, Morúa, Betanzos, Poma de Ayala y otros.

Las informaciones del Virrey Toledo son once:

1.ª En Concepción de Xauxa, el 20 de noviembre de 1570, sobre el derecho de los caciques y sobre el gobierno que tenían aquellos pueblos antes que los Incas los conquistasen.

2.ª En Huamanga, el 14 de diciembre de 1570, sobre el gobierno que tenían los pueblos del Perú antes de que los Incas los conquistaran.

3.ª a 6.ª En los tambos de Vilcas, de Pina, de Limatambo y de Mayo entre el 27 de enero y el 10 de febrero de 1571, sobre Túpac Inca Yupanqui, los curacas, su sucesión, los cincheconas y la manera de conquistar de los Incas.

7.ª En el Cuzco,entre el 13 y el 18 de marzo de 1571, con el mismo interrogatorio utilizado en las cuatro informaciones anteriores.

8.ª En Yucay, de marzo 19 a julio 2 de 1571, con el mismo interrogatorio utilizado en las cinco informaciones anteriores.

9.ª En Yucay, a 2 de junio de 1571, seguida en el Cuzco desde el 19 de ese mes hasta el 5 de septiembre, sobre costumbres religiosas, sacrificios, idolatrías, manera de enterrarse los Incas y modos que tenían éstos de gobernar, aplicando a los indios al trabajo para que no se hiciesen ociosos.

10.ª En el Cuzco, de 4 de enero a 27 de febrero de 1572, sobre que los primeros indios sujetados por los Incas habitaban en el sitio ocupado después por la ciudad y su comarca, y no se sometieron de buen grado al dominio de los invasores.

11.ª En el Cuzco, a 22 de febrero de 1572, entre los primeros conquistadores, sobre lo que supieran del estado

del Perú antes que lo conquistasen los Incas; el establecimiento de curacas, unus, huarancas, pachacas, mitimaes, y de cómo extendió Túpac Inca Yupanqui el imperio hasta Chile y Quito.[5]

Indicaremos ahora cómo se realizaron bajo el mando de Toledo, los principales.

El texto de las preguntas, la forma a veces contradictoria de las respuestas, el número, la calidad y la independencia de los declarantes, la ratificación ante los príncipes incaicos, curacas y españoles de nota, la variedad de los interrogatorios y la coincidencia de las resultantes del Virrey con los testimonios recibidos, revelan pesquisa objetiva, prurito de exactitud, y la manera de pensar de los testigos llamados a deponer.

Salió Toledo para Jauja el 22 de octubre de 1570, después de once meses aproximados de permanencia en Lima. Abrió información el 20 de noviembre. Esta pieza histórica revela en su preámbulo una de las finalidades de la encuesta. Toledo había procurado tanto en Lima como en otras ciudades enterarse del antiguo gobierno de los pueblos del Perú antes y después de que los Incas los señorearan, y lo había hecho con personas legas y eclesiásticas versados en cosas de la tierra, además de leer relaciones curiosas. No obstante, deducía del resultado alcanzado "que a Su Magestad hasta ahora nó se ha hecho verdadera relación del gobierno antiguo que en estas partes había antes que Su Magestad lo redujese a su obediencia y servicio real, de que ha resultado mucho escrúpulo a la conciencia real de Su Magestad y aun impedimento para acertar en el gobierno espiritual y temporal deste dicho reino", por lo cual había mandado, para evitar las confusiones anteriores, y para que

5 *Don Francisco de Toledo,* tomo II.

el Rey, enterado de la verdad, pudiera mejor gobernar, que se hiciese información sobre este asunto, examinándose para ello "los viejos indios más antiguos y de mejor entendimiento y razón que pudieran ser habidos por todas las partes por donde Su Excelencia fuere haciendo la dicha visita general".

Seguían quince preguntas, las mismas que habían de servir para Huamanga. Eran, reduciendo su texto, las siguientes: I: ¿Descendía el testigo de caciques o capitanes antiguos? ¿Cuál era su calidad? II: ¿Sabía cómo era el gobierno de los pueblos del reino del Perú, antes que los Incas los conquistasen y sometiesen? III: Antes que éstos los gobernasen, ¿pagaban contribución a algún rey o señor de grandes provincias, o vivía cada pueblo a modo de behetría o comunidad, sin reconocer a otros? IV: Gobernándose cada pueblo por sí a manera de behería, ¿había en cada uno un principal o capitán que los regía en tiempos de paz y de guerra, o era otra la forma seguida? V: A esos capitanes o principales, ¿los elegían los pueblos por reconocerles valentía y entendimiento, o tiranizaban ellos mismos a esos pueblos y se hacían mandones? VI: ¿Expiraba el oficio o tiranía de esos capitanes con su muerte? ¿Qué se hacía en esto? VII: ¿Tenían paz o guerras con los lugares comarcanos? VIII: Cuando en una guerra vencía un pueblo a otro, ¿qué señorío adquiría? IX: ¿Cuáles eran los usos y cuáles las costumbres de gobierno que practicaron antes que el Inca los sujetase? X: ¿Cuál fué el primer Inca que señoreó ese reino y cuáles su origen y descendencia? XI: ¿Lo recibieron ellos voluntariamente por señor y le dieron obediencia, o les conquistó por fuerza, con guerras, muertes y otras opresiones? XII: ¿Cuántos Incas hubo desde el primer Inca que conquistó la tierra el gobierno de caciques, indicando las provincias y el número de indios que habían

de gobernar, nombrándolos de entre los capitanes que le habían servido, o eligiendo a los allegados que quisiera? XIV: ¿Acostumbraba el Inca que nombró caciques, y los que siguieron, quitarlos cuando les parecía y poner a otros en su lugar, o una vez provistos quedaban en los cacicazgos perpetuamente, sucediéndoles sus hijos o nietos? XV: A la muerte de los caciques, ¿ponía el Inca que gobernaba, otro a su gusto, tomándolo de la parentela del difunto, por afición, amor y obligación que tenía a aquel linaje, no mirando si era tío, hermano, hijo o sobrino del muerto, o elegía por cacique a hombre que no fuese deudo del muerto?

Presentáronse cinco testigos de los pueblos de Tuna, Purificación de Huacho, Santa Ana, Santa Cruz y Mataguasi, todos viejos y principales, o de casta de caciques de la provincia. Duró la encuesta desde el 20 hasta el 24 de noviembre, actuado de intérprete el Padre Gonzalo Ruiz Portillo. Salvo algunas disidencias, contestaron todos que antes de conquistar Túpac Inca Yupanqui esas provincias, vivían en comunidades, sin señor en tiempos de paz; pero que en casos de guerra elegían un cinchecona, o sea, tomaban un jefe al que conceptuaban el más capaz y valiente y le obedecían, volviendo éste después de las contiendas a ser como los demás del pueblo.

Dijeron algunos que los hijos de los cincheconas no heredaban el cargo; pero declaró diferentemente un Diego Lucana, manifestando que eran preferidos los hijos y que en caso de guerra los elegían por cincheconas cuando eran hábiles y valientes. Más aún; añadió "que cuando eran chiquitos los hijos de los tales cincheconas, nombraban otros hasta que eran grandes". En igual sentido expresóse Alonso Cama, manifestando que cuando un cinchecona dejaba algún hijo valiente, le elegían a él. Según los testimonios de los declarantes fué Túpac Inca Yupanqui quien aseguraba el

dominio incaico en la región de Jauja. Pachacuti había encomendado a su hijo Cápac Yupanqui conquistase hasta Vilcas; pero yendo éste más allá, enardecido por sus triunfos, mandó al segundo, Túpac Inca, le buscase y matase, lo cual hizo. Definen muy bien los testigos, y con muy pocas diferencias, la manera de proceder de los Incas, en la dilatación de su señorío. Quien mejor lo describe es el primer testigo Alonso Pomaguala, principal de Tuna. Refiere que "cuando vino el dicho Inga a conquistar y señorear esta tierra, se puso en un cerro en este repartimiento con la gente que traía, que serían diez mil indios de guerra, que en su lengua se llama este número *uno,* y que allí se fué su bisabuelo deste testigo, que se llamaba Apoguala, el cual le dió obediencia y le mochó, y que había llevado consigo diez indios soldados, porque él era uno de los cincheconas deste valle y había dicho a los indios que le respetaban por ser su cinchecona, que se estuviesen escondidos, porque él quería ver si el inga le hacía algún mal tratamiento o le mataba, e que ansi oyó decir a los que dicho tiene que el dicho bisabuelo llegó a hablar al dicho inga y a subjetársele y que los demás indios que llevaba consigo llegaron con él y los otros se quedaron escondidos y el dicho Topa Inga oyó decir este testigo que había dado al dicho su bisabuelo unas camisetas y mantas galanas y unos vasos en que bebiese, que llaman entre ellos aquilla, y que con esto había vuelto a los indios que estaban escondidos, los cuales se habían holgado mucho de ver lo que el dicho Inga había dado al dicho su bisabuelo, y que cuando le vieron venir entendieron que era el inga que los venía a matar, y cuando le conocieron que era su cinchecona se holgaron mucho, y como les halló con miedo les dijo que no temiesen y que fuesen con él a darle obediencia al Inga porque le había preguntado por ellos, y ansí el dicho cinchecona su bisabuelo deste testigo llevó consigo

todos sus indios al dicho Inga y le dijo ¿qué quería que hiciese con ellos?, y el dicho Inga le dijo que fuese con él hasta Quito, y que oyó decir que allí dieron obediencia, y que a otros que no le obedecían ni le venían a mochar les hacía guerra y les subjetaba matando a algunos dellos y tomándoles sus tierras y a otros que venían a darle la obediencia los recibía".

Añade Diego Lucana a esta deposición, que de esa manera fué Túpac Inca Yupanqui conquistando el Perú desde el Cuzco hasta Quito. Son unánimes los testigos en revelar que fué ese Inca quien puso en el Perú los curacas, estableciendo con ello el orden que habían de encontrar los españoles más tarde. Ya los cincheconas, llámense curacas o caciques, dejaron de ser elegidos por las comunidades o ayllos, y los que actuaban entonces de jefes dejaron de serlo, salvo aquellos que hubiesen venido a someterse al Inca y que por tal razón recibieron esa jerarquía de sus manos. Luego se asentaron muchos mandones de diferente gradación. Hubo un cacique para cada cien indios: *pachaca;* ya no para cada comunidad. Así es como existían varios en un solo pueblo, fragmentándose con ellos el poder. Precedíanles en importancia los caciques de quinientos: *piscapachaca,* y los de mil: huaranga; y los de cinco mil: *piscahuaranga,* y finalmente, los de diez mil: *unos.* Y hubieron para cada diez y hasta para cada cinco. Fueron unánimes los testigos en reconocer que el Inca escogía de entre sus mejores capitanes, sin tomar cuenta de los hijos de los cincheconas, y que a medida de producirse las vacantes proveía a los que quería particularmente los que juzgaba de mayor habilidad, si bien algunas veces el afecto que tuviese al cacique desaparecido, nombraba en su reemplazo un hijo suyo sin tomar en cuenta que fuese o no el mayor. Añadieron todos "que *en vida de los*

dichos caciques muchas veces los removía por sola su voluntad cuando no usaban bien sus oficios...".

Sin duda por ser Túpac Yupanqui el primer conquistador de esa región, no concieron bien los indios a los indios anteriores. Había llegado hasta ellos la leyenda de Manco Cápac, salido de una cueva, que fué extendiendo su poder hasta el Cuzco. Siguieron luego Pachacuti, sus hijos Cápac y Túpac Yupanqui, el hijo de este último, Huayna Cápac, y sus dos hijos Huáscar y Atahualpa. Omitían los testigos a los Incas comprendidos entre Pachacuti y Manco Cápac. Unicamente Hernando Apachín, cacique de Santa Cruz, mencionó después de Manco, a Viracocha.

* * *

A principios de diciembre estaba Toledo en Huamanga. Quedó en esa ciudad tratando de minas, de reducciones y de indios, cerca de dos meses.

Nada nuevo revelan los testimonios de los declarantes en la información levantada a base del mismo interrogatorio usado en Jauja. El Padre Gonzalo Ruiz Portillo no pudo detenerse con el Virrey y se adelantó al Cuzco, siendo sustituído en la tarea de interpretar los dichos de los indios por Juan de Ynestrosa.

El testigo don Antonio Huaman Cucho, cacique principal del pueblo de Chirua, manifestó que a la muerte del cinchecona criaban los vecinos al hijo mayor "entendiendo que saldría valiente como su padre", y mientras creciera, obedecían a otros cincheconas; pero si dichos hijos eran tan valientes como su progenitor, los respetaban y seguían, y si no, no. Para él, también fué Pachacuti, hijo de Viracocha, quien estableció el orden de las pachacas y de los caciques en la forma en que los hallaron los españoles. Otro

testigo ofreció el dato de que Pachacuti había llegado antes que Túpac Yupanqui, hasta los Soras, términos de Huamanga, y fué cuando despachó a Cápac Inca al conquista de Vilcas.

Concuerdan los declarantes con los testimonios de Jauja acerca de la falta de derechos de los caciques ante la justicia del Inca, pues "los que eran bellacos o trataban mal a los indios, les quitaban los cacicazgos que tenían y los daban a otros indios cuales les parecía que tenían habilidad, aunque no fuesen sus hijos, hermanos y parientes".

En cambio, afirman que cuando moría algún cacique, nombraba el Inca en su reemplazo a uno de los hijos del muerto, y si no tenía descendencia a un miembro de su familia. Despréndese de estos antecedentes, contrarios a los testimonios de Jauja, que se trataba, no de un derecho, sino de una tradición; pero es evidente que la costumbre de transmitir el cacicazgo de padre a hijo se hizo inveterada, creando una casta de caciques entre los cuales se perpetuó el privilegio.

Salió de Huamanga hacia mediados de enero de 1571 con rumbo al Cuzco. En cuatro tambos del camino, los de Vilcas, Pina, Limitambo y Mayo, se detuvo Toledo con su comitiva lo suficiente para levantar informaciones entre caciques y principales de la región. No utilizó el mismo interrogatorio usado en Jauja y Huamanga, sino que preguntó a los testigos si tales o cuales hechos (recogidos por él en las respuestas de la encuesta anterior) eran exactos.

Por ejemplo, él no mencionó antes a Túpac Inca Yupanqui. Ahora verifica si era verdad que fuera *él* quien conquistara hasta Quito y quien introdujera el orden que encontraron los españoles en los caciques, sus jerarquías, trato y sucesión. Venían así las réplicas a corroborar o desmentir las respuestas antes recibidas y a descubrir si los hechos

fueron iguales o no en todas las regiones. Las nuevas preguntas eran: I: ¿Conquistó Túpac Inca Yupanqui, hijo de Pachacuti, esos reinos? II: ¿Fué él quien estableciera los curacas e instituyera las guarangas y pachacas? III: Antes de los Incas, cuando no había curacas, ¿mandaban unos capitanes valientes llamados cincheconas, que les gobernaban en tiempo de guerra; pero en tiempos de paz eran como los otros, aunque todos les guardasen respeto? IV: ¿A éstos los elegían, o por mostrarse ellos valientes en las guerras, les seguían? V: ¿Ponía el Inca los curacas como *le parecía* y según las condiciones que descubría en ellos para el gobierno, de manera que si había muchos hijos daba el cargo a quien conceptuaba mejor? VI: Cuando no había entre los descendientes del curaca persona que satisfaciese al Inca, ¿se le entregaban los indios por temor, o los ganaba por fuerza de armas?

Ante el secretario Diego López de Herrera, y actuando Gonzalo Gómez Jiménez de intérprete, se presentaron en los cuatro tambos nueve testigos, todos antiguos caciques o principales. Don Alonso Caquia Huanaco, cacique de Parinacocha, ofrece el dato nuevo de que cuando los principales tenían hijos los enviaban "a que se criasen en la Corte Inga, los cuales ocupaba el dicho Inga en diferentes oficios y ejercicios". Añade que cuando no tenían esos jóvenes habilidad suficiente para suceder a su padre, les daba "algún carguillo" y en el puesto vacante nombraba a un hermano del difunto, o a otra persona cualquiera. Don Juan Chanca Vilca, cacique de Parinacocha también, es el primero que añade a lo ya dicho un antecedente histórico importante, informando que Túpac Inca Yupanqui, no sólo conquistó desde el Cuzco hasta Quito, sino hasta Chile. En lo demás se ajusta al testigo anterior. En el tambo de Pina, recoge el Virrey otro antecedente. Declara el cacique de Lurin Chanca,

don Pedro Asto que fué Pachacuti quien comenzó la conquista de esos reinos y después la consumó Túpac Inca Yupanqui. El cacique de Andahuaylas, don Cristóbal Huamán Arcos, fué el único categórico acerca del derecho de sucesión, asegurando que en la primera elección de curacas que hiciera el Inca, nombró a quien le pareciera; pero que después "siempre proveyó a sus hijos aunque en esto no tuvo cuenta si era el primero, porque si éste no le parecía que era para gobernar, lo daba a otro cual le parecía". Y aun cuando nombrara a otras personas fuera de la familia, siempre "tuvo cuenta con los descendientes del tal curaca, así fuese en esos cargos o en otros". Don Cristóbal Cusi Huamán, que se decía de la casta de los Incas, fué más explícito que los demás testigos y confirmó desde el asiento de Limatambo, sin conocer las respuestas anteriores, lo que dijeron Juan Chanca Vilca en el tambo de Vilcas y Pedro Asto en el ambo de Pina, o sea que Túpac Inca Yupanqui había conquistado hasta Chile, y que fué Pachacuti quien comenzó las grandes conquistas e introdujo el sistema de curacazgo que el dicho hijo había proseguido. Repitió lo que dijeron otros testigos en las informaciones de Jauja y Huamanga, "que los dichos Ingas quitaban y ponían los dichos caciques cuando querían y ponían otros, aunque fuesen caciques y curacas grandes, si no obedecían sus mandamientos, y ponían otros a quienes querían, como dicho tiene, que fuesen sus deudos o que no lo fuesen..." Declaró el cacique don Juan Pyuquin que Pachacuti conquistó desde el Cuzco hasta los Soras (términos de Huamanga) e instituyó los curacas y el orden de gobierno que su hijo Túpac InInca Yupanqui continuara después. Roldán, cacique principal de Cotabamba, nada añadió a lo ya sabido, como tampoco lo hizo Juan Sona, si no es declarar que Pachacuti,

antes de conquistar hasta los Soras, había dominado el Cuzco y sus naturales.

Como habrá podido notar el lector en lo que llevamos analizado de las *Informaciones,* no existe sospechosa unanimidad de pareceres entre los testigos; por el contrario, a veces se contradicen, difieren levemente o se complementan; algunos saben más y mejor que otros, si bien, aun en esa región tan vecina de la capital no conocían tan a fondo los indios la historia de los Incas, sus conquistas y costumbres, como los testigos que habían de responder a las preguntas hechas, y a otras nuevas, en el Cuzco y en Yucay. Tampoco asoman, en los resultados obtenidos en los interrogatorios, conceptos o críticas que puedan revelar por parte de los organizadores de la encuesta, o por voz de declarantes, la menor intención de deprimir la cultura incaica y denigrar a sus reyes. Sí se advierte la insistencia en fundar lo que se iba descubriendo, o sea que *los Incas no fueron señores naturales de todo el Perú, sino conquistadores,* que, salidos de un punto de la región del Cuzco, fueron avasallando las tribus vecinas hasta establecerse en la tierra y usurpar más tarde la inmensa faja costeña comprendida entre la cordillera y el mar, desde Quito a Chile.

Se percibe igualmente la prueba en vías de hacerse, que el curacazgo fué el cargo dado en premio a los fieles y una evolución razonada y metódica de los cinches de pueblos vencidos y jefes de las naciones, voluntariamente sometidos después a los Incas. El cinche, jefe provisional en caso de guerra, de cientos o miles de hombres, vió su autoridad, mermada, por lo menos en extensión, pues estableciendo los vencedores diferentes jerarquías con las pachacas y huarangas, quedó fraccionado su antiguo poder que alcanzaba antes a *toda* la comunidad. Dicho cinche, transformado en curaca, tuvo, sin embargo, una compensación, que fué la de

poder transmitir el cargo a uno de sus hijos, si en vida hubiese él dado satisfacción al Inca, y si entre ellos hubiese uno hábil y adecuado para desempeñar el curacazgo. No era *obligatoria* la sucesión dentro de la familia; pero ésta se hizo consuetudinaria, y así nació el privilegio de casta. Las *Informaciones* no disimulan el hecho; antes bien lo revelan y ratifican, señalando a la vez que cuando un curaca no obedecía los mandamientos o perdía la confianza del Inca, era de inmediato removido y reemplazado por otro, generalmente elegido por el rey, de entre los propios hijos del destituído.

Cerrada la información de Tamo de Mayo en el valle de Xaquixaguana, marchó Toledo con su comitiva hacia el Cuzco.

De sus informaciones llevaba ya el Virrey la seguridad de que los Incas ganaron su reino por fuerza de armas o por presiones de desbordamiento; *no* eran señores originarios de la costa; tampoco lo eran de Charcas, Tucumán y Chile; y el Collao lo arrebataron a los Collas. No fueron, pues, como había creído el Padre Vitoria, dueños verdaderos, *veri domini,* del Perú. Tampoco dudaba ya de que para el bien de los indios, tal como eran ellos, indolentes, fatalistas, menos inteligentes que los europeos, nada codiciosos y fáciles de engañar, debería conservarse la institución caciquil, perfeccionándola, para que tuviesen los naturales, dentro de su propia raza, defensores capaces, amparados a su vez por leyes y ante los tribunales castellanos, contra las exigencias de encomenderos, mineros, tratantes, soldados y eclesiásticos.

Pasada la noche de Siquillapampa, emprendió el Virrey con su escolta la marcha hacia el Cuzco.

En las informaciones de Jauja, Huamanga y en los tambos, había iniciado el Virey la verificación de los títulos

de los Incas al señorío del Perú, indagando también cómo se había formado la casta de los curacas. Avanzando en su encuesta, formuló nuevas preguntas destinadas a comprobar la exactitud de los testimonios antes recibidos. Los dos interrogatorios que presentó en el Cuzco y en el Valle de Yucay, poco después de llegar, en 13 y en 19 de mayo de 1571, refiriéronse, como los anteriores, a la acción guerrera de Túpac Inca Yupanqui, a la manera de conquistar de los Incas, a la creación de los curacas de diferentes jerarquías, y a su derecho de sucesión. Contestaron 41 testigos al primero y 42 al segundo, y por auto del Virrey fué ratificado este último ante el doctor Loarte, en el Cuzco.

Confirmaron unos y otros, con pequeñísimas variantes, lo que le habían asegurado al Virrey los indios en los tambos y en Huamanga y Jauja, o sea que fué Túpac Inca Yupanqui quien llevó la conquista desde donde la dejó Pachacuti hasta Quito y Chile; que en tiempos de él y de su padre se estableció el orden de los curacas; que al proveer el Inca a los curacas, nombraba a las personas más capacitadas para el gobierno, "y si había muchos hijos, hermanos y parientes en un ayllo daba los dichos cargos al que tenía más partes y habilidad para gobernar", y declararon que vieron a Huayna Cápac y más tarde a Huascar seguir seguir esa misma práctica. Pero, añadían, si no hubiese entre los descendientes del curaca muerto persona que satisfaciese al Inca, "nombraba en el dicho cargo otro cual le parescía, ora fuese su deudo o no lo fuese"; y de igual manera, si algunos desgobernaban, o no sabían mandar, o eran desleales, o corrompidos, "los desprivaban los dicho syngas del cargo y lo daban a quien querían". Si los Incas no hubiesen hecho sentir fuertemente su autoridad, en sus dilatados dominios y entre tan diversa gente, en la cual no faltarían elementos inferiores e inmorales, pronto hubiesen sido los curacas

obstáculos a su poder, al modo de los señores en la época feudal europea. Repitieron también los testigos que cuando Túpac Inca Yupanqui conquistaba tribus extrañas, se sometían muchas de éstas por terror, pues si peleaban, siendo vencida su resistencia por la fuerza, eran después asolados Pretendía el Inca con el ejemplo del castigo reducir sin guerra a las naciones que apetecía someter, método economizador de sangre, muy antiguo y muy moderno. Dijeron algunos haber conocido a Huayna Cápac, hijo de Túpac Inca Yupanqui, muerto en Quito unos diez años antes de la conquista castellana.

Entre las respuestas de interés, se destacaba la de Juan Gualpa, que dijo ser de noventa años, pertenecer a la casta de los Incas orejones, y haber sido veedor de la ropa de Huayna Cápac, para quien cotejaba "si la dicha ropa se hacía del largo y medida que era menester". Refiriéndose, conjuntamente con otros testigos, a la manera de Túpac Inca Yupanqui de ganar la buena voluntad de las tribus sometidas, dijeron todos cinco, de común acuerdo, que "cuando los que venían de paz y le daban la obediencia sin que les hiciese guerra, hallara entrellos algunos indios hábiles para gobernar, los proveía por curacas y les daba ropa e mujeres públicamente, para que, viendo esto, otros le vinieran a dar obediencia...". Francisco Taraunanta Chilche, cacique principal de Yucay, dió un dato curioso en la información levantada en el Valle en marzo y mayo de 1571. Reveló que en el Perú (como en Nueva España), se confederaban entre sí, de buena voluntad, algunas tribus débiles con otras más fuertes para atacar a viejos enemigos, aun cuando implicara esa unión momentánea la pérdida posible de su independencia más tarde. Dijo el tal Chilche que "si entre dos o tres pueblos había diferencias, el uno a los [¿o dos?] dellos daban la obediencia al Inga para que los

favoreciese para destruir a sus contrarios...". Como en la antigua fábula, y gozando de las divisiones para reinar, alcanzaba el Inca con el dominio de todos los pleitistas sin mayor esfuerzo.

Hallamos una variante pequeña, en la que se ve a ciertos testigos ampliar los antecedentes dados anteriormente por otros, contrariándolos, sin que por tal motivo se dejasen de consignar. Atribuyeron casi todos los indios las conquistas esenciales a Tupac Inca Yujanqui; pero algunos recordaron que antes de él había dilatado Pachacuti los dominios incaicos. Unos dijeron hasta los Soras; los de Yucay declararon que llegó hasta Vilcas, treinta y cinco o cuarenta leguas del Cuzco. Pedro Sarmiento de Gamboa, en la *Historia Indica,* destinada, como las informaciones, a reconstituir la evolución de las conquistas, la sucesión y los títulos de señorío de los reyes incaicos, debió de acudir a mejores fuentes que los testigos de Toledo, pues revela en forma precisa, no sólo cuáles fueron las extensas conquistas de Pachacuti, sino también las de Mayta Capaz y Viracocha. Una obra venía, pues, *por distinto conducto,* a complementar la otra en el esclarecimiento de la verdad histórica.

Esta información es una de las más instructivas que haya levantado el Virrey, pues se refiere a las costumbres religiosas, sacrificios e idolatrías, manera de enterrarse de los Incas y modo que tenían de gobernar, aplicando a los indios al trabajo para que no fuesen ociosos. Contenía el interrogatorio diecinueve preguntas, de las cuales se conectan algunas con los principios del padre Vitoria, como ser las relativas a idolatrías, sacrificios humanos, antropofagia y pecados contra natural. No dieron, sin embargo, lugar estos puntos a revelaciones de interés, pues ya en ese tiempo era bien sabido por cronistas y conquistadores que los Incas practicaron idolatrías y sacrificios humanos, como se sabía

que no fueron caníbales, ni vieron con indiferencia la sodomía en las tierras de su jurisdicción. Y como las informaciones eran verídicas, fueron las respuestas afirmativas en los dos primeros casos, y negativas en los dos últimos, haciendo los testigos la salvedad de que tribus ajenas a los Incas habían usado de esos pecados.

Los temas de principal trascendencia fueron, entre otros varios, los que tocaban al problema del trabajo de los indios, acerca de los cuales había planteado el Virrey varias preguntas a los noventa y cinco testigos consultados. Eran, si sabían, I: "que los Ingas procuraban que los indios no estuviesen ociosos, porque con la ociosidad no se hiciesen holgazanes, sino que los hacían trabajar y los ocupaban, porque esto era el mejor modo de gobernador, y cuando no había en qué, les hacían hacer caminos y otras cosas inútiles, para sólo ocuparlos; II: que la condición y naturaleza de éstos es llevarlos con algún temor y sujeción, y que de otra manera nunca harían nada, sino estarse ociosos y perdidos, y que así lo sentían los Incas que los gobernaban, y hoy en día saben que por bien no hacen nada; III: que es gente que han menester curador que los guíe y gobierne en cosas graves, porque si no lo tuviesen, los engañarían y se perderían, como gente que no se sabe gobernados por sí solos que les conviene a sus almas, bienes y haciendas; IV: que en tiempos de los Incas se labraban minas de oro y plata e ysma en esta tierra".

Despréndese de las respuestas a las preguntas primera y segunda, que, efectivamente, ocupaba el Inca a los indios para que no estuviesen holgando y no tratasen de rebelarse. Parecen atribuir los testigos a Huayna Capac la idea de mandarles hacer cosas inútiles, con tal de tenerlos ocupados, y algunos citaban el caso del río que pasaba antes por una parte del valle de Yucay, y que ese rey hizo echar por

otro lado, "para lo cual hizo mucha junta de indios de todas las provincias del Perú, y sólo esto hacía a fin de ocuparlos...". Otros, añadieron a ese ejemplo el terraplenar cuestas y derribar peñas, allanar sierras, hacer paredes en los caminos, o construir escaleras innecesarias de piedra.

En su testimonio, que fué el último, dijeron los descendientes de los Incas, don Alonso Tito Atauchi, don Agustín Conde Mayta, don Juan Conde Mayta, don Gonzalo Cusi Roca Inga, etc., que, en efecto, tenían los Incas "muy gran cuidado de ocupar a los indios para que no estuviesen ociosos, y que por esta causa los hacían trabajar y los ocupaban, y que esto entendían que era el mejor modo de gobernarlos..."

La mejor respuesta, o sea la más detallada, la dió un grupo de veintidós testigos que declararon el 28 de junio, ya en el Cuzco. Ellos manifestaron, como lo habían dicho antes otros caciques, que los naturales se inclinaban a la holgazanería, y fué por eso razón, dándose cuenta de ello, por lo que Túpac Yapanqui, y después Huayna Cápac, "dieron orden cómo hubiese entre ellos personas que los hiciesen trabajar". Pero no se limitan los testigos a esa explicación, que era ya de por sí interesante, sino que, dando por ejemplo los tiempos suyos, presentes, para mostrar que los indios y los métodos no habían cambiado, añaden: "Ahora para hacerles trabajar se guarda la costumbre de los Ingas, porque para este propio efecto tenían puesto a diez indios, y aun a cinco indios un mandón, y que si los dichos mandones y sus caciques y otras personas no los llevasen con algún temor y rigor al trabajo, no lo harían, porque es su propia inclinación vivir con ociosidad..."

Añadió otro grupo que no tenían cuidado de sus propias haciendas, y que por la mayor parte eran las mujeres quienes hacían las sementeras y otras muchas cosas. Recor-

daron otros testigos que los caciques necesitaban reñir y castigar a los indios para que trabajasen, y que si no se les compeliese no lo harían, pues a las buenas nada podía conseguirse, dado lo holgazanes que eran.

A la pregunta tercera contestaron los interrogados, en un más, en un menos, que los indios necesitaban de curadores que los guiasen y gobernasen en lo relativo a sus haciendas, bienes y negocios, y asimismo en lo que tocaba a su alma, y que si no los tuviesen sería fácil engañarlos, porque ellos no se sabían gobernar, ni entendían lo que les convenía.

En realidad, no les faltaba a los indios discernimiento ni perspicacia; pero el trato que recibieron de los Incas por varias generaciones en el régimen comunista y de dominio absoluto, en que estuvieron supeditados a la voluntad del jefe en los menores detalles de su existencia, no era de los más apropiados para proveer a la raza de armas en la lucha por la vida, mano a mano con blancos. Y esto lo puntualizó muy bien en sus respuestas un grupo de doce testigos, repitiendo que los naturales tenían gran necesidad de que hubiese entre ellos personas que los gobernasen, pues tenían poco entendimiento, y si lo hubiesen tenido, "serían todos ricos como los españoles, *porque los españoles en esta tierra, de pobres vienen a ser ricos, y los indios, de ricos a pobres, por no saber guardar ni granjearse con sus haciendas...*" No hay duda que *esos* indios *no* carecían de entendimiento ni de valentía, y que no debían de sentirse cohibidos en sus palabras, ni temer que sus declaraciones fueran alteradas o suprimidas cuando se atrevían a acentuar una verdad tan molesta y positiva.

Los juicios de los testigos parecen depresivos para los indígenas, y no lo eran. Reflejan un momento de transición. ¿Qué pudieron saber estos pobres en tiempo de los Incas, de compra, venta y beneficios? No conocieron entonces el peli-

gro de ser explotados, ni el riesgo de perder o de ganar en un negocio: jamás hicieron uno. Bastábales acatar los mandatos del Inca y sus curacas. Con tal docilidad, asegurada quedaba la subsistencia diaria, y con ella excusábase la necesidad de precaver o pensar. Ningún bien tenían, pero de ninguno podían ser desposeídos, y las tareas, como las tasas, los deberes o placeres, venían reiterándose tan regularmente como los períodos lunares. Al establecerse de pronto las encomiendas, y al recibir las comunidades, con la libertad de producción, la posibilidad de vender ganando, sintieron necesidad de defensa contra las codicias de tratantes sin escrúpulos y las exigencias de encomenderos, mineros, soldados y doctrineros necesitados, no porque fueran ellos idiotas, sino porque no estaban hechos a ese juego astuto de persuadir para consacar ventajas en que el europeo les llevaba siglos de experiencia aprovechada. Por esa razón recomendaron *buenos* religiosos, gobernadores, oidores y virreyes que los indios fueran protegidos como menores; por tal motivo les dió Toledo corregidores en los pueblos, protectores en las minas y defensor en las Audiencias.

Acerca del trabajo de los indios en las minas, o sea en respuesta a la pregunta cuarta, fueron unánimes las contestaciones en el sentido de que los Incas hicieron labrar las de oro, plata y otros metales dondequiera que las hubiere. Algunos lo hacían remontar al tiempo de Tupac Inca Yupanqui; otros, al de Muayna Capac. Cuanto se sacara era del Inca, salvo lo que se ofrecía a Viracocha, a las huacas y a los ídolos. No era novedad para los indios trabajar en ellas; sabían que desde muchas generaciones lo habían hecho sus antepasados. La diferencia estaba, sin embargo, en que el interés de los Incas por el oro y la plata no fué tan grande como la apetencia de los españoles, ya que en el primer caso sólo era buscado para decorar templos y palacios, y en el

segundo era tenido por un medio de un valor universal de fuerza adquisitiva. Reflejóse este sentimiento en la vehemencia con que se pusieron los últimos llegados a buscar las minas. Pudo Toledo amparar a los indígenas con sus Ordenanzas y en forma personal; pero conservó siempre escrúpulos de haber ejecutado la resolución de las Juntas, y de buena gana hubiese librado a los indios de ese trabajo penoso, si la vida económica del Perú lo hubiese permitido. El problema era complejo. Sin minas, evidente era que el Rey quedaría sin quintos; en cambio, si buscando recursos para los colonos de Indias se autorizaba el desarrollo de las industrias locales, corrían las manufacturas de la metrópoli el peligro de quedar sin compradores... Siguieron, pues, las minas americanas abiertas, como abiertas estaban desde siglos con mano de obra europea, africana y asiática, igualmente desventurada, las del Tirol, de Ukrania, del Ruhr, de Gales, de Guinea, de Mysore...

* * *

A fines de 1571 estaban terminadas las informaciones destinadas a reflejar el estado del Perú antes de que los Incas lo conquistasen y suministrar antecedentes sobre el origen de pachacas, huarangas y curacas, las costumbres religiosas y la extensión que dió Tupac Inca Yupanqui al Imperio, todo ello testimoniado por descendientes de los reyes y de los naturales. Quiso Toledo, sin embargo, corroborar lo que se le había revelado acerca de que los Incas habían fundado el Cuzco en el valle de ese nombre, desalojando, para establecerse, a sus primitivos habitantes, los huallas, y a los indios de los cinches, Sauasiray, Quizco y Ayarucho. Debía servir tal prueba para establecer que fuera de haber conquistado por las armas el territorio comprendido desde la región serrana hasta Quito y Chile, habían usurpado antes

las tierras del Cuzco. Las respuestas de los 29 indios, pertenecientes a los diez ayllos de la descendencia ofrecen gran interés para la historia de los orígenes del Cuzco.

Se les preguntaba: I: De qué ayllos eran, y dónde vivieron sus antepasados en tiempos antiguos; II: Si eran de esos mismos ayllos desde el tiempo de las behetrías, antes de los Incas; III y IV: Si era verdad que Manco Cápac hizo guerra a los pobladores del Cuzco; matándolos y quitándoles sus tierras, y si era verdad que los demás hicieron lo mismo, hasta que el cuarto Inca, Mayta Capac, los acabara de sujetar, usurpando sus tierras y desterrando de ellas a sus antepasados donde entonces se encontraban, a un tiro de arcabuz de la ciudad; V: Si era verdad que los descendientes de los desterrados quisieron libertarse de esa tiranía, y cuántas veces lo intentaron; VI: Si era verdad que nunca por su voluntad reconocieron a los Incas por señores, y que sólo los obedecían por temor a sus crueldades; VII: Si era verdad que ellos no los eligieron por Incas y señores, sino que se mantenían en su tiranía por fuerza de armas y violencias.

Despréndese de las respuestas que Savasiray, fundador del ayllo de su nombre, fué un cinche con otros indios de Sutic Toco, a siete leguas de distancia del Cuzco. Descubrió un sitio en ese asiento, llamado en tiempos antiguos Quinticancha, denominado Kiricancha por Pachacuti, y donde los españoles emplazaron el monasterio de Santo Domingo. En la cercanía, "hacia donde sale el Sol a la ladera de la cuesta", vivían los huallas; pero el lugar mismo no era habitado.

Quizco, cinche del ayllo de los antasayas, vino después de Savasiray con sus indios, ocupó el barrio donde se construyó después el monasterio de monjas de Santa Clara, y le puso el nombre de Cuzco.

Ayarucho, cinche de los alcabizas, se estableció con sus indios en Pucamarca, hallando ya chozas pobladas

por los guallas y los que seguían a Savasiray y a Quizco. Vivían los tres ayllos con sus parentelas, sin reconocer señor en común, cuando llegó Manco Capac, quien, según los testigos, "entró con mañas donde los dichos tres ayllos estaban y tenían sus asientos, halagándolos con palabras, y con gente que iban trayendo de otras partes y metiéndola de noche se les iba entrando por fuerza en las tierras que tenían, y que diciéndole los dichos indios que no se les entrase en sus tierras, les respondían que callasen, que todos eran hermanos; y como los dichos indios los iban resistiendo, el dicho Manco Capac y su gente los comenzó a matar, de noche, secretamente". A juzgar por el relato, el Inca habría logrado su propósito, completando sus sucesores la conquista, particularmente Mayta Capac, quien había desterrado a los sobrevivientes a poca distancia del Cuzco, desde donde le tributaban por miedo.

Pequeña variante hubo en la declaración de los quince descendientes de los huallas. Manifestaron ellos que sus antepasados vivían en el pueblo de Patatusa, "que es a las espaldas de San Blas en esta ciudad hacia adonde sale el Sol por la acera de los andenes que salen de San Blas hacia las salinas, y que han oído decir a sus padres y antepasados y a muchos indios viejos, que los dichos indios guallas, de donde ellos descienden, estaban poblados en el dicho sitio antes que viniese ningún Inga a el sitio donde agora está la ciudad del Cuzco, cerca del cual ellos vivían ..." No reconocían señor aun cuando tuviesen un cinche "que era valiente entrellos", llamado Apo Quiavo. Así fueron viviendo, mientras se establecían en el sitio del Cuzco los otros indios llegados antes de Manco Cápac. Los presionó el Inca, primero por maña y luego por fuerza, hasta que huyeron con su cinche, abandonando sus tierras. A consecuencia de la invasión de Manco, continuada en sus efectos hasta Mayta Capac, fueron los

savasirayes, antasayas y alcabizas a vivir en los alrededores de sus antiguas posesiones, y los primitivos ocupantes, a sentar sus reales a veinte legua de distancia, en un lugar que llamaron como ellos: Guallas. Ni unos ni otros reconocieron de buen grado el señorío de los Incas, y les tributaron por temor. Recordaron los declarantes que aun después de haberse alejados, como lo hicieron, para conservar su libertad, fueron nuevamente sujetados por Tupac Inca Yupanqui.

Como rasgo curioso de rencor secular, merece citarse el recuerdo que hicieron los descendientes de los alcabizas de sus represalias contra los Incas al entrar los españoles en son de invasores. Entre el nuevo conquistador —blanco— y el antiguo —indígena—, no vacilaron estos naturales. Por haber sufrido del despojo primitivo y del trato durísimo que recibieron después, ayudaron "a los Viracochas". Un Gualpa Roca "hizo sacar de sus guacas e depósitos y escondrijos que tenían el oro y plata que pudieron dar a los españoles porque les ayudasen *contra los Ingas,* de quien tanto mal habían recibido, y los libertasen dellos, y les hiciesen volver las tierras que eran de sus antepasados..." El rasgo es igual al de las tribus de Cempoalla, Tlaxcala y Tepeaca, que facilitaron a *Cortés* recursos y hombres para luchar contra el *azteca* que los tenía sujetos. Si pasamos de la noción de patria a la de religión, no difiere mucho del gesto del católico Francisco I después de Pavía, al enviar un anillo en señal de alianza al bárbaro Solimán, convidando con ello al *musulmán* a enviar sus hordas de jenízaros contra las poblaciones cristianas de Hungría y de Austria. Tampoco se aleja sensiblemente del acto desesperado de los protestantes germánicos al ofrecer las plazas *alemanas* de Metz, Toul y Verdún a Enrique II para que este rey *francés* se uniese a ellos contra Carlos V, su rey y *emperador.*

Encontraríamos otros ejemplos en épocas más inmedia-

tas, y seguirán descubriéndose hasta el fin del mundo, porque el odio tiene buena memoria, y la venganza, dicen los rencorosos, es placer de dioses. Nada de extraño tenían, pues las represalias tanto tiempo contenidas de los alcabizas, despojados de sus tierras, sometidos a un señorío extraño y librados a la merced de sus adversarios. Los Incas se mostraban benignos con los hombres de *su* raza y con los pueblos sometidos a *su* ley; pero eran inflexibles con jefes y pueblos que persistían en su enemistad, y lo eran asimismo con traidores; de otra manera, no hubiesen llegado a formar imperio, ni después a mantener su autoridad sobre los vastos dominios que rigieron.

Alcabizas, savasirayes y guallas afirman rotundamente en sus testimonios que los Incas fueron crudelísimos con ellos; pero no debió de ser muy despiadada la persecución, pues, siendo aquéllos tan poderosos y éstos tan débiles, una palabra bastara —palabra de Inca que nunca fué desobedecida— para que de esos desdichados no quedara uno. Para ejemplo, basta recordar cómo despachaban los Incas a sus propios hermanos o hijos cuando les desacataban, la dureza de Pachacuti y Tupac Inca Yupanqui con los collas y los yungas, la crueldad de Huayna Capac con los pastos y cayambis y las atrocidades de Quizquiz por orden de Atahualpa contra la descendencia de Huáscar. Descontando cierta exageración de los descendientes de savasirayes, alcabizas, ayaruchos y guallas acerca del trato de los Incas, reconozcamos, no obstante, el valor histórico de sus testimonios, pues a ellos se debe lo más seguro que hoy se sabe de los orígenes preincaicos del Cuzco.

No estaba satisfecho el Virrey con el material probatorio acumulado, aun cuando se añadiesen a las informaciones directamente dadas por testigos indígenas, los memoriales que alcanzó Sarmiento de Gamboa por otras vías. Dice bien

claramente el cosmógrafo cronista en las primeras páginas de su obra, que él recopiló su historia "refiriendo las declaraciones y dichos de unos a sus enemigos —digo, del bando contrario, porque se acaudillan por bandos— y pidiendo a cada uno memorial por sí de su linaje y del de su contrario. Y estos memoriales, que todos están en mi poder, refiriéndolos y corrigiéndolos con sus contrarios, y últimamente ratificándolos en presencia de todos los bandos y ayllos en público, con juramento por autoridad de juez y con lenguas expertas generales y muy curiosas y fieles intérpretes también juramentados, se ha afinado lo que aquí va scripto". Esos memoriales eran el resultado de su propia encuesta. Basta comparar ambas obras para advertir que él sólo usó de las *Informaciones* en parte. Su documentación era mucho más extensa, y revela distintas fuentes. Al quedar terminados estos trabajos, quiso Toledo dar a las pruebas mismas una garantía de exactitud, ajena a la suya y susceptible de añadirle autoridad.

Simultáneamente casi, en 14 de enero y 22 y 29 de febrero de 1572, reunió a los descendientes de los doce ayllos para que viesen el árbol genealógico pintado, y se les leyese la *Historia Indica* y lo escrito sobre los cuatro paños preparados para enviar al Rey como un resumen de los hechos y de la sucesión de los Incas. Sobre los mismos puntos había de consultarse a los más conspicuos vecinos y al licenciado Polo de Ondegardo. Y para concretar se hizo una nueva información, a la que fueron convocados únicamente los primitivos conquistadores, y a ellos se volvió a pedir testimonio sobre lo que sabían y habían oído decir a los indios desde cuarenta años que vivían en el Perú.

En resumen, comparecieron conjuntamente ante el Virrey y ante el doctor Loarte, en sesión solemne, treinta y siete príncipes, caciques o principales, descendientes de los In-

cas, veinte de los cuales contaban menos de cincuenta años de edad. Algunos de los diecisiete restantes eran de sesenta, setenta, ochenta y hasta noventa y nueve años. A ellos, al licenciado Polo y a los primitivos conquistadores les fueron mostrados los paños, y se les leyó en alta voz por Gonzalo Giménez lo que en ellos iba escrito, siendo de notar que algunos de los príncipes y principales sabían el castellano, y que el Licenciado Polo, Sarmiento de Gamboa y los conquistadores, más que rudimentos tendrían para esa época de la lengua general en que se hiciera la traducción a los indios. Declararon éstos que cuanto veían y oían acerca del origen y sucesión de los Incas era "y es la verdad realmente, y lo que entrellos está averiguado y se trata y siempre ha tratado por cosa muy cierta, y ellos lo saben porque así se lo dijeron sus padres, abuelos y otros sus antepasados, que decían que ellos lo habían oído de los suyos para que tuviesen memoria dello, y lo fuesen diciendo a sus hijos y descendientes".

Una carta al Consejo de Indias[6] de un sacerdote llamado Juan de Vera revela detalles de lo ocurrido, hasta ahora desconocidos. No sería prudente fiarse totalmente de este clérigo, por la pasión con que se expresa contra el Arzobispo y el Virrey a raíz de haber sido procesado por vía de Inquisición por delitos de que él se declara inocente; pero las escenas que describe son verosímiles y substancialmente curiosas.

Refiriéndose al acto en el que el Virrey hizo mostrar los paños en que estaban pintados los Incas con sus mujeres legítimas y las cenefas en que figuraba la historia de la sucesión, escribe el padre Vera que Toledo "mandó juntar a todos los Ingas principales de la sucesión de Guayna Cápac a los que les dijo por una lengua y por parecer del doctor

6 Carta del clérigo Juan de Vera al Consejo de Indias. Cuzco 9 de abril de 1572. A. G. I., inédita (Lima, 270).

Loarte, alcalde de Corte que se halló presente, que los Ingas que habían sido señores deste reino y les llamaban ellos: *reyes,* que no se lo podían decir ni habían sido reyes dél, sino *tiranos,* por lo cual los Incas, sus deudos y nietos se enfadaron con él, y para mitigarlos les volvió a decir que no se maravillasen de ello, porque el rey de Castilla tenía muchos reinos de otros, *ganados por fuerza de armas,* y que también los había tomado como los Incas, y que no se enojasen por haberles dicho *que no eran reyes, sino tiranos*". Tendrá, por lo menos, esta querella la virtud de definir lo que era en 1572 el valor de la palabra *tirano,* pues así como lo hemos subrayado e indicado más arriba, no significaba, como ahora, un déspota cruel, sino un usurpador que se hubiese apoderado de reinos y señoríos por *fuerza de armas.* Veremos, al profundizar la definición de este término, en el análisis de la obra de Sarmiento, y comparándola con la que le dieron algunos de sus críticos, que esa precisión no es tan baladí como a primera vista pudiera parecer.

Prosigue el P. Vera en su carta con otra escena igualmente sabrosa. Refiere que Toledo, en los lienzos que enviaba al Rey, había colocado a Paulo Inca, padre de Don Carlos, en un lugar más aparente que el de Tito Cusi. "Viendo esto, doña María Cusi Guarcai, mujer del Inca que murió [Sayre Tupac] a la cual hizo el Virrey casar contra su voluntad con un soldado pobre, hermana legítima de Tito Cusi Yuqanqui, en casa de Juan Maldonado, donde los paños se pintaban, y viendo que una hija de Paulo Inca, llamada doña Juana, estaba pintada encima de la dicha doña María, se enojó y dijo allí: *cómo se sufre que el padre de don Carlos y él estén* [*en*] *más preminente lugar, y su hermana siendo bastarda, que mi padre* [*Manco*] *mi hermano Tito Cusi e yo, siendo legítimos y ainsi se fué con otros yngas sus deudos a quejarse al Virrey sobre eqo, el cual res-*

pondió: no ves tú doña María, que don Carlos y su padre sirvieron al Rey, y tu padre y hermano han sido tiranos y siempre han estado metidos en la montaña, lo cual ella respondió: pues tú dices que mi padre y hermanos han sido traidores no siéndolo; si han estado retirados, ha sido porque no les han dado de comer, siendo señores de este reyno, pues tú lo verás". Sobre esa amenaza terminaría esta querella de precedencia, y en eso quedaría probablemente, aun cuando añade Vera *su* conclusión sacada de ese hecho, o sea que por ese incidente despacharon los deudos de doña María mensajeros a Tito Cusi, provocando con ello el motín de los Incas del Cuzco y la rebeldía de Vilcabamba. Ignoraba el sacerdote al escribir su carta y añadir su interpretación a los hechos, que Tito Cusi en esa época había muerto ya.

En este mismo acto público del 14 de enero declararon, después de los descendientes de los Incas, el Lic. Polo de Ondegardo y Alonso de Mesa, Mansio Serra, Juan de Pancorbo y Pedro Alfonso Carrasco, los cuatro conquistadores sobrevivientes que entraron en la tierra con Francisco Pizarro. Manifestaron éstos que siempre habían oído decir a los indios del linaje de los Incas que éstos fueran doce, y que así se veía en la historia y en los cuadros; ahora bien, añadían, "si la pintura conforma con ellos, podrían decir los indios, que podían tener más particular noticia...". A esta declaración evasiva, pero honesta de hombres que no conocían bastante la historia de tan lejanos hechos, añadió Polo de Ondegardo que él había tratado desde muchos años de la genealogía de los Incas, y que la tenía escrita "por averiguación de todos los más viejos para diferentes efectos, así para lo que toca a la religión como para el gobierno, y para según como está pintado en los dichos cuatro paños...". Recordó luego cómo doce o trece años antes (1558-1559), para evitar los males que procedían de conservarse con idolatrías y sa-

crificios los cuerpos de los Incas, los había buscado y encontrado, removiéndolos de donde estaban, para enterrarlos en lugares secretos. Volviendo al final a la pregunta originaria, certificó "que la genealogía e historia le parecen a este testigo verdadera según la que tiene averiguado, en todo lo cual no se acuerda haber oído cosa en contrario...".

Acerca de la tiranía de los Incas, o sea la conquista que hicieran del Perú por fuerza de armas, contestaron los cuatro compañeros de Pizarro que habían oído decir a los indios que fué Tupac Inca Yupanqui, padre de Huayna Capac, el que se enseñoreó de todo el Perú, desde Chile hasta Pasto, pues antes de estos reyes se gobernaban las otras naciones indígenas por behetrías independientes. Siguieron Huayna Capac, Huascar y Atahualpa en dicha usurpación, hasta que, muertos ellos y su descendencia legítima, se acabó la sucesión. "Conforme a esto, añadieron, les parece que la pintura estaba buena y verdadera conforme a los hechos que han entendido y oído de lo antiguo, y vieron después que entraron en esta tierra...".

Sin duda no satisfizo al Virrey la brevedad de las respuestas de los conquistadores, y ya que ellos insinuaban no saber de los tiempos primitivos, quiso que se explayaran, por lo menos, en la época que conocían. Hizo levantar para ellos el 22 de febrero una información —hasta ahora inédita, salvo un trozo de algunas líneas de la respuesta de Alonso de Mesa— en la que presentó un interrogatorio análogo al que había usado en los cuatro tambos y en el Cuzco con los indígenas.

Poco es lo nuevo que revelan estos hombres, residentes desde cuarenta años en el Perú. Bien se echa de ver que los absorbieron, primero sus guerras, y luego, sus intereses de encomenderos, no dándoles tiempo a enterarse de la historia primitiva de la raza desplazada. Dijeron todos, en un

más en un menos, que cuando los Incas iban ocupando tierras y no se rendían los pueblos, los asolaban, o desterraban a sus habitantes. Por otra parte, sus aspavientos sobre crueldades en las conquistas y el despojo por parte de los Incas del señorío de otras naciones indígenas, evocan el dicho de "la paja en el ojo del vecino y la viga en el propio", y suenan hueco, aun cuando los hechos en sí, confirmados por los conquistadores, fueran verídicos.

Precisaron el trato de los enemigos vencidos, convertidos en mitimaes; puntualizaron las penalidades de niñas y niños menores separados de sus padres para ser sacrificados, y la situación de jóvenes destinadas a engrosar los depósitos de mujeres del Inca. Recordaba Pancorbo la alegría de los indios del Cuzco al entrar los españoles en la ciudad. Debió de ser verdad que ellos "daban grandes loores y gracias al Sol, diciendo que el Sol había traído aquí a los españoles para su remedio, e quitallos de la tiranía de los incas...". Eran los partidarios de Huascar, temerosos de Atahualpa, y espantados con dos castigos recientes impuestos por Chalcochima y Quizquiz a los parientes, curacas y súbditos de ese desgraciado Inca, y serían también los alcabizas, los guallas, los savasirayes y antasayas, que antes habían expresado su odio rencoroso; mas ellos no representaban a toda la nación incaica. Además, si esas alegrías oyó Pancorbo, ¡seguramente las oiría también transformarse más tarde en gritos de rabia al tener que sufrir saqueos, violencias y desprecios inmerecidos! El limitaba su respuesta al momento a que se refería la pregunta, y no más. En tal sentido, no faltaba a la verdad: cuando entraron los primeros españoles en el Cuzco, fueron mirados y tratados como salvadores providenciales.

Nada nuevo añade Alonso de Mesa, si no es detallar cómo fabricaban los Incas los tambores humanos a que hace

varias veces referencia Sarmiento. A los enemigos fieros, vencidos, cuando eran jefes de nota, los mataban. Dejando la cabeza y los brazos enteros, cortábanle las piernas, y "sacándoles los huesos de dentro e hinchándolos de ceniza, y de la barriga hacían atambores, y las manos y la cabeza les hacían poner sobre el propio atambor, porque en dando el viento en ellos, se tañían ellos propios"...

Estuvieron los conquistadores de acuerdo en que fué Tupac Inca Yupanqui el que extendió los dominios incaicos hasta Pasto en el Norte y Chile en el Sur, y él y su padre Pachacuti, quienes establecieron el orden de las guarangas y los curacas. A la pregunta de: ¿cuándo moriría Huayna Capac?, contestó Alonso de Mesa que fué cuatro o cinco años antes de que llegasen los españoles a la bahía de San Mateo; Pedro Alonso Carrasco, que tres años antes de entrar en Cajamarca, y Mansio Sierra, seis o siete antes de que conquistasen la tierra, aproximaciones que no mejoran los antecedentes ofrecidos por algunos príncipes en referencias anteriores.

* * *

Una semana después, el 29 de febrero, tuvo lugar el acto público de certificación de la *Historia Indica* ante cuarenta y dos testigos descendientes de los doce ayllos, casi todos distintos, salvo tres o cuatro, de los que figuran en la verificación de los paños el 14 de enero.

En la petición que presentó Sarmiento aparece dicha historia como procedente de las "informaciones y otras averiguaciones que por mando de V. E. se han hecho en el valle de Xauxa y en la ciudad de Guamanga y en otras partes por donde V. E. ha venido visitando". El subalterno dejaba a un lado para enaltecer la obra del jefe, lo que dijera dentro de su libro, o sea que pidiendo memoriales a cada linaje,

los coleccionaba, repitiendo a unos y otros lo que los contrarios habían dicho, para sacar de sus argumentos y réplicas un término aceptable. Como antes lo expresamos, no fueron, ni pudieron ser, las *Informaciones,* la fuente única de la *Historia,* pues el material de ésta difiere del que ofrecen aquéllas, y cuando toca los mismos temas, va más allá en profundidad de investigación y de análisis, como obra coherente, concebida y ejecutada por un hombre que volvía a someter las respuestas recibidas en sus interrogatorios a las críticas de otros testigos. Manifestó el Virrey, que habiendo querido averiguar el origen de los Incas y referir los hechos en que cada cual hubiese meditado, había encomendado a Sarmiento la historia y "porque Su Excelencia está informado que los ayllos y descendientes de cada uno de los doce ingas han conservado entre sí la memoria de los hechos de sus pasados, y son los que mejor podrían entender si la dicha corónica está verdadera o defectuosa, los ha hecho juntar aquí para que en su presencia se lea y dé a entender y ellos entre sí platiquen sobre lo que se les leyere y declarare por la dicha lengua, y vean si es conforme a la verdad que ellos saben...".

Sin duda, fué aquella reunión algo así como una Junta histórica de varios días, pues no era posible leer la obra y comentarla de una vez. En efecto; duró hasta el 2 de marzo. Conferían los indios sobre cada capítulo, y se hacían las enmiendas que ellos indicaban, después de lo cual dijeron de común acuerdo: "que la dicha historia está buena y verdadera, conforme a lo que ellos saben e oyeron decir a los dichos sus pasados, porque lo han conferido y tratado entre sí y averiguádola desdel principio hasta el fin, y que creían que ninguna otra historia que se haya hecho será tan cierta y verdadera como ésta, porque nunca se ha hecho tan dili-

gente examinación ni se les ha preguntado a ellos nada, que son los que pueden saber la verdad".

Don Carlos no fué llamado a la certificación, atendiendo tal vez a su situación especial de indio españolado; pero estaba enterado de cuanto había hecho el Virrey en materia de informaciones, pues en 1571 escribía al Rey:[7] "...ques cosa maravillosa que aunque los que han gobernado este reino lo han hecho muy bien, ninguno con tanto celo como él [el Virrey] lo hace, viendo y tratando por su persona el aumento dellos [los naturales] y destos reinos, lo cual entenderá Vuestra Magestad claramente por la averiguación y muestra que ha hecho de la descendencia e origen de mis antepasados que envía a Vuestra Magestad...". Y si se sospechara de la libertad de don Carlos para expresarse como le pareciera sobre la actuación del Virrey, bastaría para persuadirse de que la tenía, leer las cartas que escribió contra él después del motín del Cuzco.[8]

En 10 de marzo de 1572 despachó el Virrey a Felipe II, por manos de su hombre de confianza, Gerónimo Pacheco, la *Historia Indica,* con los paños pintados y las *Informaciones.*

7 Carta de don Carlos al Rey. Probablemente de fines de 1571. Inédita, A. de I. (Lima, 270).

8 Carta al Rey enviada de Lima en 1573. A. de I. (Lima, 270). Véase Toledo I, pág. 422 y sigs.

III. El linaje de los Incas y sus conquistas

Extenderse en el espacio es norma de los fuertes ambiciosos, que siempre surgen en esta humanidad inmutable. Resueltos a ampliar los límites de su solar, comienzan por organizar sus fuerzas y acrecentar sus reservas, luego negocian alianzas y crean división entre los pobladores adversarios para prevenir antagónicas confederaciones. Buscan puntos de apoyo en las disidencias de los partidos o de los caudillos dentro de cada uno de esos pueblos, para deslizar mejor los primeros avances, mientras aquéllos discuten, y luego irrumpen desembozadamente. Frente a esos embates, yérguense los heroicos, que defienden lo suyo y prefieren morir con honra a vivir esclavizados; los que acogen al vencedor, ganados a su causa por afinidad o interés y los que ceden antes de luchar, desalentados, persuadidos de la inutilidad de la resistencia. Otros, por haber negado el peligro, se hallan de pronto ante la agresión consumada, clavados por el terror.

Maquiavelo extrajo de su experiencia un tratado por el cual enseñaba a los Príncipes a encauzar ventajosamente los negocios del país. Así podría componerse, libando en la Historia Universal, una *Summa* que representara para los estadistas con vocación de emperadores, la técnica de la conquista. Analizar las odiseas de los superhombres, que en diferentes latitudes encaramaron a su patria momentáneamente sobre las demás, bastaría para captar la sustancia de dicha desalmada técnica, como basta un alga marina para descubrir los elementos de la naturaleza oceánica. Las ideas se renuevan; pero la conducta usada antes de acudir a las ar-

mas y después, fué siempre la misma; sigue siendo la astucia, que organiza por años, y prepara en silencio el triunfo del cálculo y de la fuerza. Sólo varían los elementos de ataque, la velocidad con que éstos recorren el espacio, la intensidad de sus efectos y los progresos alcanzados por la defensa contra las nuevas armas.

Veremos aquí cómo jugó la antigua palanca de Arquímedes en manos de los Incas, por qué, pusieron bajo su dominio en algunos siglos, tantas naciones indígenas, encerrándolas dentro de un marco social, uniforme, hasta constituir el engranaje comunista que asombró, con razón, a los cronistas castellanos.

Garcilaso y su novelación de los Incas

Las Casas y Garcilaso disfrutaron de una influencia insuperada en la opinión pública, en todo lo relativo a América. Mientras el primero llevaba a lo dantesco la dramaticidad del encuentro de blanco y naturales, ambos, al exaltar líricamente a estos últimos, deformaban por siglos la imagen de la verdad.

Las Casas presentó al público una serie de figuras angelicales de los indios americanos, atribuyéndoles todas las virtudes. Lejos estuvieron éstos de holgar en el edén de ociosos recostados que el Padre inventara, y era falso el tétrico cuadro que su imaginación delirante trazó. Pero en Europa, cuando cayeron a mediados del siglo XVI esas sorprendentes noticias, era de todo punto imposible verificarlas. Y puesto que satisfacían el gusto de la gente por lo maravilloso, y que además halagaban las prevenciones de Francia e Inglaterra contra los poseedores de un Nuevo Mundo que a ellas se les vedaba, ¿por qué dudar? ¿por qué no dar fe a la existencia de indígenas siempre trabajadores, comunicativos, ingenuos y generosos en la paz; clementes, amables y con-

siderados en la guerra? ¿por qué no aceptar la realidad de castellanos exclusivamente codiciosos, crueles, falsos, destructivos e indolentes? ¿por qué no creer, en las piramidales matanzas descritas por Las Casas en 1552, calculadas por él a ojo de buen cubero, en *quince millones* de indios, o sea, un poco más de un millar diarios, sin parar un sólo día, durante 40 años...?

El odio destilado, tuvo inmediatos clientes y corredores. Tradujeron éstos de prisa, *La Destrucción de las Indias* y la divulgación en latín, en flamenco, en inglés, en alemán, en francés y en italiano. Así pudieron invocar los enemigos de España, la autoridad de un español, para esparcir en tierras europeas, con subtítulos fascinantes, la visión de millones de muertos, de nuevos mundos devastados y de paraísos transformados en infiernos: leyenda negra que había de emponzoñar por siglos la historia. [1]

* * *

Entre 1602 y 1615, viviendo en España desde 1560, compuso Garcilaso —nacido en el Cuzco en 1539— una extensa historia del Perú, concordante en su pasión por los cuzqueños, con la de su ya lejano, pero siempre leído, predecesor. [2] Atacando con otro estilo y más de soslayo a los castellanos, trazaba en cambio, de los Reyes Incas, efigies de santos. Complació el tema. La mezcla sutilmente dosada de ficción y realidades, deleitó a novelistas y filósofos. Asombraron las descripciones de una sociedad primitiva ideal, con reyes indígenas que lejos de ser codiciosos, duros o crueles, salían a campaña al modo de abnegados cruzados, para sacar

1 *Don Francsco de Toledo,* vol. I, págs. 141 y sigs, y *Las Casas,* conferencia pronunciada en la Sorbona y publicada en "Revue d'Histoire Moderne", París, 1932.

2 Garcilaso de la Vega: *Primera parte de los Comentarios Reales,* Lisboa, 1609, y la *Historia General del Perú,* Córdoba, 1616.

a salvajes de la barbarie e iluminarlos con sus doctrinas apostólicas.

Las apreciaciones de Garcilaso sobre los naturales, ratificaban bajo muchos aspectos las del Padre Las Casas, y en consecuencia se entreapoyaban, otorgando la concordancia valor de oro de ley a mera chafalonía. En Francia dió impulso la traducción de estas invenciones a las veleidades histéricas de "retour à la nature" y de amor al "bon sauvage" de Rousseau, cuyos ecos recogió Marmontel en su llorona novelita incaica,[3] Raynal en su pomposa generalización humanitaria[4] y Chateaubriand en "Les Natchez". Muchos otros después, aprovecharon al Garcilaso de 1609 y 1616, en las ediciones francesas de 1633, 1650, 1704, 1706, o en las inglesas de 1625 y 1688. En cambio, ignoraron las crónicas fidedignas que hubiesen podido servirles de guía, pues aparecieron, siendo previas, *siglos después.*

Las circunstancias que rodean la desdichada precedencia editorial de *Los Comentarios,* es curiosa. Mucho antes de que Garcilaso los publicara, habían compuesto otros autores, en el *Perú,* —valiéndose de descendientes, testigos e indios viejos del tiempo del imperio— crónicas detalladas relativas a las conquistas de los Incas, a sus costumbres y al gobierno de sus dominios. Las obras a que aludimos fueron escritas y documentadas *allí,* y *entonces,* es decir, en el siglo XVI; pero quiso el destino dejarlas dormir en archivos y sólo llegaron a imprimirse a fines del siglo XIX o principios del XX. Entre los que se ocuparon con detenimiento de las guerras y conquistas de los doce Incas, encuéntranse en esa situación: los Quipocamayos de Vaca de Castro, que

3 Marmontel (J. F.): *Les Incas ou la destruction de l'Empire du Pérou,* París, 1777.

4 Raynal (Abbe): *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes,* París, 1770.

terminaron su estudio en 1542, no siendo éste publicado hasta 1892; Betanzos escribió en 1551 y su obra, en parte perdida, se editó en 1880; Cieza de León publicó en 1553 su *Descripción del Perú*, escrita entre 1547 y 1550, pero la crónica relativa a las conquistas, escrita en 1552, sólo apareció en 1880. Sarmiento de Gamboa envió su libro al Rey en 1572 y se divulgó en 1906. Y suma y sigue: Cabello de Balboa, 1576-1860; Morúa, 1590-1911; todas ellas anteriores a Garcilaso. Unos contemporáneos suyos, como Santa Cruz Pachacuti y el Padre Oliva, escribieron sus trabajos en 1613; pero el primero vió luz en 1879 y el segundo en 1895. Otras historias algo posteriores, como la de Montesinos, redactada en 1644, la del Padre Cobo, escrita en 1653, la de Poma de Ayala, compuesta entre 1580 y 1620, sólo aparecieron en 1882, 1893 y 1936 respectivamente. Y durante los siglos en que permanecían ignoradas estas obras, Garcilaso, todopoderoso, sentado en primerísimo término en la bibliografía incaica, imperaba, gracias a su casual prioridad, a su aureola de fuente autóctona, y además —à tout seigneur tout honneur—, a su ordenada técnica, a su ingenio y al encanto de su estilo.

La cuantiosa documentación histórica sacada de los archivos en la segunda parte del siglo pasado, fué el primer gran golpe asestado a su autoridad. Despabilaron esas colecciones a Prescott, Jiménez de la Espada, Menéndez y Pelayo, y Mendiburu; pero así, vagamente, por instinto, en bloque, como antes habían creído los antepasados, en bloque, en cuanto avanzara el comentarista. A principios de este siglo,[5] y recientemente,[6] rectificaron algunos autores, inexactitudes suyas. A la espera de una edición crítica, total

5 Riva Agüero, José de la: *La Historia en el Perú.* Tesis para el doctorado en Letras. Lima, 1910.

6 Riva Agüero, José de la: *Civilización Peruana.* Curso dictado en la Universidad Católica del Perú. Lima, 1937.

y definitiva, queremos llevar nuestro análisis a la estructura y a las fuentes de los Comentarios y señalar, bajo la coloreada y vívida piel de su estilo, los sutiles artificios de que usó su autor para modelar a su gusto la tradición, descalificar las versiones conocidas de los cronistas e imponer fe en esa historia suya, que él sabía novelada.

* * *

Desde el proemio, desde el nombre de "Inca" pegado al suyo, sugiere tácitamente fueros de autor excepcional. Después de la irrupción de varones castellanos entre las indiecitas de los harems, casas del Sol y aldeas del imperio, formaron éstos, al azar, asociaciones precarias con legítimas o ilegítimas descendientes de los Incas. Ninguno de los mestizos nacidos de esos contactos eventuales usó el título de Inca. Francisco Pizarro, Betanzos, Mancio Serra de Leguizamón, Martín García de Loyola, y tantos otros, se unieron a hijas, hermanas o sobrinas de Incas; pero los descendientes de reyes por línea de mujer "no tomaban de los apellidos de la sangre real, ni se llamaban incas, ni pallas, sino del apellido de sus padres". Garcilaso —él mismo lo dice— sabía esto, y al atribuirse ese rango exótico en la cubierta de su libro, sólo quiso, pues, iluminar su autoridad de golpe y encumbrarla sobre todas las demás, al sugerir que poseía, para conformar a la posteridad, una fuente inmejorable exclusivísima, digna de su alta alcurnia. Era, por otra parte, la repetición de lo que hiciera años antes, al iniciarse ante el público español con la *Florida del Inca,* su primer ensayo literario-histórico.

Mucho debió pensar el cuzqueño en la manera de presentar sus *Comentarios,* pues de hecho se oponían hartos obstáculos al plan que acordara para satisfacer sus sentimientos de hijo de india. Llegado del Perú a España, de

veinte abriles escasos, no era verosímil conservara en el recuerdo, después de cuarenta y tantos años pasados en ambientes distintos, detalles nimios de las copiosas fábulas de los Incas, sus ritos, costumbre y religión, la sucesión de sus campañas y la formación geográfica del imperio, ni era plausible que pudiera trazar a pulso una nueva imagen de la conquista de Pizarro. Aducir la memoria, pasaría, aun cuando usara de ella pródigamente; pero no bastaba. Dejar las autoridades a un lado, o no citarlas, podría acarrearle el cargo de fabuloso. Usar de ellas, sin mejorarlas, sería innocua repetición. Innovar sin atribuir un origen superior a sus relatos, sería estéril esfuerzo persuasivo. Las utilizó, pues, pero con miras a encauzar hacia él la fe del público, descalificó las versiones contrarias a la suya, oponiéndoles, a falta de pruebas, denegaciones de su crítica, de eximia apariencia, y además —no era efecto de la casualidad—inconfrontables.

Cieza de León, que recorrió toda la tierra desde Panamá hasta Charcas, sirvió a Garcilaso para la precisión de lugares y de tribus, que aprovechó a su antojo sin citarlo, o citándolo según el caso, y desatendiendo otras muchas indicaciones que no convenían a su idealización. López de Gomara le fué asimismo útil para las costumbres y el P. Acosta en lo concerniente a religión e historia natural. Conoció y cita a Polo de Ondegardo y al Padre San Román. Zárate y el Palentino fueron aprovechados por él, particularmente en su Segunda Parte, donde refiere los hechos de los castellanos. Conjuntamente con esas obras acudió a los manuscritos del P. Valera y nadie jamás podrá revelar hasta qué punto interpretaba fielmente el latín de ese historiador apasionado y de escaso sentido crítico, si nos atenemos a lo poco conocido que se le atribuye.

Es nuestra impresión, ante numerosas "coincidencias"

existentes entre la versión de las conquistas de los Quipocamayos de Vaca de Castro y la suya, que conoció esas declaraciones y que usó de ellas a su albedrío, para dar verosimilitud a su relato, pero sin jamás nombrarlas, pues si lo hiciera, no hubiese podido justificar las arbitrarias discrepancias que de pronto, y a menudo, lo alejan de ellas.

El mayor error cometido al juzgar a Garcilaso, fué deducir de su origen incaico, que había tenido acceso a "archivos" exclusivos, antes desconocidos, de la historia peruana. Claro está que hizo cuanto fué en su poder para infundir tal creencia y en ella radicó la supuesta calidad de sus fuentes; pero su posición era en realidad desfavorable y dificilísima. Los cronistas citados habían trabajado *en el terreno* antes que él y escuchado relatos de testigos de los hechos de Huayna Cápac, y de hijos y nietos de testigos de esa época, en todo el Perú. A él, hijo de un secuaz del revoltoso Gonzalo Pizarro, le habían negado en España mercedes: era poco probable que le abrieran las puertas de los archivos y el guarda-joyas del Rey, donde sólo tenía acceso el celoso Cronista Mayor... ¿Cómo documentarse contra tantos obstáculos?

Explica Garcilaso, con esa pseudo humildad eclesiástica levemente risueña que caracteriza sus autobiográficas alusiones, los escrúpulos que —dice— magitaban su conciencia al emprender su obra: "Después de haber dado muchas trazas y tomados muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos, y a otros sus mayores, acerca deste origen y principio; porque todo lo que por otras vías se dice dél, viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias

palabras que los Incas lo cuentan, que no por las de otros autores extraños".

Así el "yo lo oí", "yo lo vi", "yo lo conocí", ha de volver de continuo a ponerse, con superiores expresiones atribuídas a los Incas, a las interpretaciones de los cronistas castellanos, que él tacha de inferiores e incompletos. No será distinta su versión, según él; pero traducida más exactamente la verdad, estará más cerca de la ingenuidad autóctona, revelará pequeñas nuevas faces de la historia en su contacto con testigos de vista, de palabra autorizada. Todo lo que él añada, corrija o quite, se deberá al honorable origen de lo que oyó a su tío, en la casa de su madre, o era lo que se decía en el Cuzco en su tiempo en las tertulias de su padre, y no serán sólo hechos trascendentales que pudiesen haber impresionado su espíritu de niño: son descripciones extensísimas, temas complejos, distingos sutiles, lugares y leguas; coloquios confidenciales, oraciones y discursos atribuídos a parientes o personajes ya difuntos. Es aun, hoy, difícil desmentir que efectivamente vió, oyó y conoció lo que dice haber visto, oído y conocido; tan verosímil lo presenta. Pero cuando escribía, pensó que la duda era posible, y que no convenía un recurso único. Lo que oyó o lo que vió era, en fin de cuentas, directamente relacionado con él y exclusivamente dependiente de él, como oyente y vidente. El sujeto era él solo. Estimó indispensable acentuar la impresión de verosimilitud y acudir a otras fuentes que, sin perder su ventajosa lejanía y su anominato, diesen alcurnia a los testimonios. Y para anticiparse a la objeción del tiempo pasado y a la tacha de memoria envejecida, necesitaba informaciones de discreta procedencia... más y más informaciones, igualmente inconfrontables.

Fué acaso en uno de esos largos soliloquios, en que la mente creadora reclama al subconsciente una salida feliz,

cuando entreviera el comentarista, en la poética y soñolienta Córdoba andaluza, la ingeniosísima solución apetecida; agregaría a trozo de cronistas, tradiciones verbales que él traería a colación oportunamente, oídas o no en su niñez; informaciones epistolares directas y anónimas de anónimos condiscípulos y parientes. Utilizaría además en forma variada su facundia de novelador. Sus recuerdos de escolar, por ejemplo, servirían para ambientar las descripciones, darles un sello de cosa vivida y envolverlo todo en un aroma de persuasiva autenticidad. Así, y a pesar del modesto título de *Comentarios,* legaría al mundo una nueva, personal y romántica historia de sus antepasados. Esta es la nueva fuente:

"Sin la relación que mis pariente me dieron de las cosas dichas y sin lo que yo vi, he habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos Reyes: porque *luego* que propuse escribir esta Historia, *escribí a los condiscípulos de escuela y gramática* (tendrían entonces entre 60 y 70, los que sobrevivieran) encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber, de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres; porque cada provincias tiene sus cuentas y nudos con sus historias anales, y la tradición dellas, y por esto retiene mejor lo que en ella pasó, que lo que pasó en la ajena. Los condiscípulos, tomando de veras lo que les pedí (cuarenta años después de dejarlos) cada cual dellos dió cuenta de mi intención a su madre y parientes; los cuales, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escribir los sucesos de ella, *sacaron de sus archivos* (sic) las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron; y así tuve la noticia de los hechos y conquistas de cada Inca, que es la misma que los historiadores españoles tuvieron, sino que ésta será más larga, como lo advertiremos en muchas partes della".

¡Qué simpática y emotiva es esta llana explicación! ¿No infunde su candor la idea de que pedía esos datos al llegar a España, jovencito como cuando holgaba con sus condiscípulos, y gozando las madres de plena lozanía? La da por cierto; pero la realidad es otra, y allí, en ese punto, radica el artificio. Era, al estampar esas frases, sesentón o septuagenario. Sus recuerdos serían imprecisos por fabulosos, y más inseguros aun que los de sus amigos de cuarenta años atrás. Si algo llama la atención en los *Comentarios,* es la solidez de la composición, la ausencia de contradicciones en los conceptos, y sobre todo, la calidad superior del intelecto que pesa, mide y condimenta su personalísima paella. La unidad psicológica de los dos tomos es perfecta, y responde al hecho de que Garcilaso escribía alejado de dudas, al usar de la imaginación como lazarillo de su voluntad. La vida es desigual, y las guerras y los reyes, necesariamente varían en una historia de siglos. Pero él todo lo uniformaba con normas inflexibles, que contrariando las versiones conocidas, ajustaban rígidamente las conductas y las costumbres a las características fijas prestadas por él de una vez para todas y desde el principio del régimen incaico, a los reyes y a la nación, a sus costumbres y a sus modos de conquista. Esa coincidencia arbitraria, nacida del deliberado propósito de embellecer, debía necesariamente disentir de las crónicas hechas sin tendenciosa finalidad. Pero volvamos a la explicación.

Ninguna de las fuentes invocadas, de por sí, sospechosas, resulta tan inadmisible como estas relaciones sacadas por las madres y los parientes de *sus archivos de familia.* ¿Qué *archivos* habían de tener en el Perú, en tiempos de Garcilaso los páuperos indios, o vagos parientes a que alude? Y si algunos Quipocamayos quedasen en esa época, ¿qué paciencia y qué cultura no requerirían los parientes de Gar-

cilaso para afrontar, al final de su vida, el titánico, y para ellos novísimo trabajo de reconstruir la cronología de los reyes, uno por uno, anotar cómo fueron sus guerras y sus actos políticos, ordenar lo relativo a idolatrías, gobierno, costumbres de las diversas tribus del Perú, y luego de recibir esa copiosa información, por el oído, ya que no existían rastros escritos, interpretarla y transmitirla a meses de distancia, en extensas cartas, al antiguo camarada, que, después de casi medio siglo de ausencia, y sin haber hecho nada notable que le diera fama entre los suyos, caía del cielo para solicitar, de pronto, ese ingente esfuerzo mental, ese desgaste de tiempo, ese agobiante trabajo?

Y con una azarosa correspondencia marítima de esa naturaleza, y pareceres que habían de variar según la manera de pensar, la cultura, la inteligencia, el abolengo y la provincia de cada cual, ¿construiría él una crónica de composición homogénea y de perfecta unidad como la suya? Dejamos al que resuelva, pues tanta insistencia de Garcilaso en lo que recibió, vió, oyó y conoció, puede satisfacer a quienes quieran a todo trance salvarlo, pero no a quienes lo leen con sentido crítico, después de conocer las demás crónicas..

Fué indudablemente un hombre previsor y pensó largamente en el éxito de su obra y en el porvenir de su nombre. Se advierte en las sutilezas de la prudencia con que enaltece su propio trabajo, en su afán persistente de convencer que era, ante todo y en sumo grado, verídico, y en las precauciones tomadas por su egolatría para asegurar su fama póstuma.

La aprobación del censor eclesiástico portugués, de la primera parte de los *Comentarios,* publicada en Lisboa, fué breve y sencilla, como lo eran todas ... ¡cuando no las preparaba el autor! Así escribía Fray Luis dos Anjos, en

Lisboa, en 26 de noviembre de 1604: "... me pareceo obra muito curiosamente escrita, E digna de saberem, que nelles se relatão, como po la pouca noticia que ca temos de todas ellas, o que tudo o Autor trata con grande diligencia E curiosidade".

Tal era en la época el tenor usual de las aprobaciones, y a veces resultaban aun más cortas. Pero en 1613, Garcilaso ha terminado la Segunda Parte de los *Comentarios,* y se presenta, solicitando el Imprimatur ante el Obispo de Córdoba. Don Fray Diego de Mardones, que habría tenido más de una vez en su tertulia, este ameno y culto indiano, manda al Padre Francisco de Castro, de la Compañía de Jesús, que vea la obra y dé su parecer. Y éste arroja fuegos artificiales más propios de un autor enamorado de sí mismo, que de un Reverendo Padre, poco conocedor seguramente de la historia peruana, y en todo caso, con pocos medios a su alcance, en esa época, para certificar, como lo hace, *la veracidad* de una versión de hechos extraños a su competencia.

La aprobación está bien escrita; trasciende aplomo, conocimientos y entusiasmo; es una síntesis ilustrativa y perfecta de todo lo que Garcilaso quiso que se creyera; es el resumen de todos los esfuerzos puestos en juego por él en el libro, para infundir fe, precisamente lo que no merecía, y que sabía no merecer. El Padre Castro —al afirmar candorosamente que la historia sería "muy creída por ser *muy verdadera*"—, fué la primera víctima de Garcilaso. Véase "Los ocho libros de esta segunda parte de los Comentarios Reales que ha escrito el Inca Garcilaso de la Vega, he visto por orden de V. S. y me parece la historia muy agradable, por ser de cosas grandes, nuevas, admirables y de grande honra para nuestra nación: muy breve, porque no tiene digresiones, ni superfluidad de palabras, no sobra de razo-

nes, muy clara, porque guarda el orden de los tiempos, sin confusión de personas, ni equivocación de sentidos; *muy verdadera, porque el autor es en sí, y parece en su estilo digno de toda fe, ajeno de toda pasión, y que se halló en mucho de lo que escribe, y lo demás lo oyó a quien lo vido, a quien lo pasó, a quien lo hizo; y guarda también todas las circunstancias de la narración verídica, que ellas mismas publican ser verdad lo que se cuenta.* Por todo lo cual *me persuado que ha de ser* muy acepta, por ser tan gustosa; muy sabida, por ser tan breve; muy entendida, por ser tan clara; *muy creída, por ser tan verdadera;* muy estimada, por ser de tanto crédito para España, y de tanta honra para sus esforzados y valerosos hijos; y sobre todo muy segura, por no tener cosa contra la fe, ni buenas costumbre. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre, en este Collegio de la Compañía de Jesús de Córdoba, a 26 de enero de 1613 años".

Francisco de Castro.

No hemos de analizar siquiera, este efusivo panegírico, que en pocas líneas usa, con inquietante prodigalidad, de las palabras "verdadera", "verdad" y "verídica", ni detenernos ante la sorprendente confianza del Padre Castro, sólo salvada, en un lugar, por un prudente "parece" introducido antes de "digno de toda fe..." pues preferimos hacer partícipe al lector de la sospecha que la aprobación fué preparada por el propio Garcilaso. Tres razones nos asisten para pensar que él haya colocado en el pórtico de su obra ese imponente "Botafumeiro": la semejanza del estilo, claro, elegante y persuasivo; la improcedencia del incienso y un gran amor de sí mismo, de su obra y de su futura fama que concuerda con otro hecho revelador de su compleja personalidad.

En la mezquita de Córdoba, puede leerse, en la hermosa capilla que preparó Garcilaso para guardar sus restos, este

sugestivo epitafio: "El Inca Garcilaso de la Vega, *varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas,* hijo de Garcilaso de la Vega, de las casas ducales de Feria e Infantado, y de Elisabeth Palla, hermana de Huayna Cápac, último Emperador de Indias. Comentó "La Florida", tradujo a León Hebreo y compuso los "Comentarios Reales". Vivió en Córdoba *con mucha religión. murió ejemplar;* dotó esta capilla; enterróse en ella; vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del Purgatorio; son patronos y perpetuos el Deán y Cabildo de esta Santa Iglesia. Falleció a XXII de april de MDCXVI".

Y bien, preguntará el lector. ¿Qué tiene esto de particular? Nada, en efecto, pues de esta auto-aprobación de su vida, la merece cien veces más que la loa del Padre Castro, pero ilumina claroscuros de su poco analizada psicología, porque como es público y notorio, preparó él mismo su tumba, eligió él mismo el suntuoso lugar, lo dotó de fondos, designó patronos perpetuos y escribió él mismo el epitafio...

De allí se desprende, que si la muerte no puso pudor en su buril, cuando esculpía su imagen en postura ventajosa, para el goce de la posteridad, menos reparos hubo de sentir en sugestionar al Censor de su obra, y al amparo de su prestigio moral, presentarse con suprema autoridad ante los lectores de su tiempo.

Garcilaso fué el precursor de la historia novelada, y sus cualidades de inteligencia y sus títulos de estilista son asaz considerables para que se le juzgue el primer clásico de América; pero fué además, y esto importa mucho para interpretar su versión, un maestro en el arte de la publicidad personal, destinada, en su caso, a imponerse al lector. Esto explica el perpetuo ensalzamiento de su buena fe y su esfuerzo incesante para persuadir que era él sólo dueño de la verdad.

Nada omite desde las primeras páginas para atraer la confianza. Dos de sus leit-motivs son: 1.°, destacar la superioridad de conocimientos que afirma haber adquirido desde su infancia, y 2.°, rebajar las versiones de los cronistas conocidos, imputándoles incomprensión o ignorancia. Sus estratagemas son numerosas, más no infinitas, y por lo tanto se repiten, todo lo cual se observa leyendo el libro muchas veces. Así hemos llegado a clasificarlas, como al clasificar los huesos dispersos de un vertebrado se reconstituye el esqueleto. En el caso presente, demuestra su reiteración el deliberado propósito de expulsar de la historia incaica o alterar en ella todo lo que impida acreditar la versión enaltecedora apetecida. La manera de Garcilaso de presentarla, no obstante la lentitud de su desarrollo y el comedimiento de su diatriba, es a menudo jactanciosa. No alza la voz, no se deja llevar por arrebatos líricos, ni protesta con apasionada indignación; lo esencial corre por dentro, persistente, parejo y claro como el ininterrumpido rumor de los manantiales subterráneos, canto leve, sí, pero que llena el valle.

En las primeras páginas, ha trazado su plan de campaña espiritual; confió al lector su proyecto de esclarecer la historia del Perú, gracias a circunstancias felicísimas que le concedían superioridad sobre los demás cronistas. Y ahora pone en obra su maliciosa política de descalificación.

Quiere pasar por dueño de secretos, gracias a los cuales corregirá y ampliará lo que aquéllos —según él— dejaron imperfecto. "Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú, y las de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la *relación entera* que de ellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cuzco... *tengo más larga y clara noticia*

que la que hasta ahora los escritores han dado. Verdad es que tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo; pero escríbenlas tan cortamente, que aún las muy notorias para mí, (de la manera que las dicen) las entiendo mal"... Más lejos repite: "En el discurso de la Historia, protestamos la verdad de ella, y que no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo: que mi intención no es contradecirles, sino servirles de comento y glosa, y de intérprete en muchos vocablos indios, que *como extranjeros en aquella lengua interpretaron fuera de la propiedad de ella*"...

Describe en forma despreciativa el modo de proceder de los cronistas: "La manera que nuestros españoles tenían para escribir sus historias, era que preguntaban a los indios en lengua castellana las cosas que dellos querían saber. Los farautes, por no tener entera noticia de las cosas antiguas, y por no saberlas de memoria, las decían falsas y menoscabadas, o mezcladas con gábulas poéticas o historias fabulosas, y lo peor que en ello había, era la poca noticia y mucha falta que cada uno dellos tenía del lenguaje del otro para entenderse al preguntar y responder; y esto era por la mucha dificultad que la lengua indiana tiene, y por la poca enseñanza que entonces tenían los indios de la lengua castellana; lo cual era causa que el indio entendiese mal lo que el español le preguntaba, y el español entendiese peor lo que el indio le respondía; de manera que muchas veces entendía el uno y el otro en contra de las cosas que hablaban... En esta confusión tan grande, el sacerdote o seglar que las preguntaba tomaba a su gusto y elección lo que les parecía... Y así, interpretándolas a su imaginación y antojo, escribieron por verdades, cosas que los indios no soñaron...".

Esta acusación no se justifica, pues fuera de que en

tantos años de viajes y de contacto con los indios, algo de los idiomas habían aprendido los cronistas, tuvieron a mano doctrineros y obispos de larga residencia que les ayudaban en la interpretación de vocablos y en la apreciación de las versiones lugareñas de la historia. Pero como lo habrá observado el lector, la crítica, que va muy a fondo, es comedida en la forma. Garcilaso no se irrita contra los que, sin conocerse unos a otros, dijeron la verdad, explica a qué se debe la errada versión de ellos, protegiéndolos desde lo alto de su origen y de su saber. Hicieron lo que pudieron; pero desgraciadamente, según él, ignoraban el idioma, no entendieron lo que les decían los indios, y así su relación es imperfecta.

Raras veces golpea; insinúa; y su insidia es circular, sin violencia, como la goma que borra lo escrito. Todo lo hace *sotto voce*, así, en tono confidencial de chisme, sin dar trascendencia a la falta, ni cargar al culpable, cuyos galones no arranca: los desconoce.

La indignación ante la falsedad dañina, alza sin querer, la voz, y cae su condena con acentos de calor. Garcilaso es muy distinguido, sabe contenerse y disimular. Además, ¿por qué bullir, sabiendo que cuanto repudiaba era verídico o plausible? Bástale desmentirlo, y su calma parece digno comedimiento, elevada imparcialidad, fórmula muy asiática de la acción, por la que se exige estrangular con un pañuelo de seda, sin que la sonrisa se aparte de los labios.

El mayor empeño y más constante de Garcilaso es desacreditar a los cronistas. Así, refiriéndose a la batalla que atribuye a Viracocha contra los Chancas, cuenta la fábula que hicieron circular los incas, que el Sol convertía las piedras y matas de aquellos campos en soldados que les ayudasen a pelear, añadiendo que sobre esto también escribió el P. Acosta "aunque abreviada y confusamente,

como son casi todas las relaciones que los indios dan a los españoles, por las dificultades del lenguaje, y porque tienen ya perdidos los memoriales de las tradiciones de sus historias. Dicen en confuso la sustancia dellas sin guardar orden ni tiempo. Pero como quiera que la haya escrito, huelgo mucho poner aquí lo que dice *para que se vea que no finjo fábulas,* sino que mis parientes las fingieron y que también las alcanzaron los españoles, mas no en las mantillas, ni en la leche, como yo". Fuera de la jactancia pueril según la cual sería una superioridad aprender las fábulas en el seno materno, es digno de notarse que él no hace sino repetir lo que el P. Acosta escribió sobre ese particular ¡unos veinticinco años antes! Pero como no se trata de ampliar o esclarecer lo conocido, sino de negar autoridad a los cronistas, sigue abatiéndose sobre ellos la fórmula descalificadora: "no escribiré novedades que no se hayan oído, sino las mismas cosas que los historiadores españoles han escrito de aquella tierra y de los reyes della, y alegaré las mismas palabras dellos donde conviniere para que se vea que no finjo ficciones en favor de mis parientes, sino que digo lo mismo que los españoles dijeron; sólo serviré de comento, para declarar y ampliar muchas cosas que ellos asomaron a decir, y las dejaron *imperfectas,* por haberles faltado relación entera. Otras muchas se añadirán que faltan de sus historias y pasaron en hecho de verdad, *y algunas se quitarán, que sobran, por falsa relación que tuvieron, por no saberla pedir el español con distinción de tiempos y edades, y división de provincias y naciones;* o por no entender al indio que se la daba, o por no entenderse el uno al otro por la dificultad del lenguaje...".

La historia, al novelarse, forzosamente se encoge en unas parte, deformándose o abultándose en otras. La ficción exige, en efecto, libertad para quitar, poner y alterar;

pero cuando se desea que ella pase por historia de verdad, entonces nace el empeño de justificar los añadidos: será para dar la relación *por entero*... o las supresiones, porque la relación *fué falsa en esa parte*... o las modificaciones, porque los españoles *no entendía la lengua*... Y terminamos con estas citas breves:

"seguiré el camino que las historias de los españoles llevan, sirviéndoles, como atrás dije, de comento donde fuere menester, y *de añadidura* donde hubiere falta, que *algunas cosas dejaron de decir*. Quizá fué, como es verosímil, porque no llegaron noticia de los escriptores.

"cuando los historiadores españoles van tan asidos a la verdad de la Historia, huelgo más de repetir sus palabras, sacadas a la letra, que no escribir las mías, por hablar como español y no como indio; y así lo haremos siempre, *si no fuere donde faltare algo que añadir a la relación que tuvieron*.

"...no decíamos cosas nuevas, sino que como indio natural de aquella tierra, ampliamos y extendemos con la propia relación *la que los historiadores españoles, como extranjeros, acortaron, por no saber la propiedad de la lengua, ni haber mamado en la leche aquestas fábulas y verdades, como yo las mamé*

"Doy testigo tan fidedigno, porque ni en abono ni en mal suceso de nadie pretendo adular a quienquiera que sea añadiendo o quitando de lo que fué y pasó en hecho de verdad". Verdad, verdad y verdad es la palabra que más vuelve bajo su pluma, al punto que recuerda el refrán: "Dime de qué blasonas y te diré de qué careces". Y lo ratifica este epílogo: "Hemos dicho estas particularidades, no por abonar a mi padre, que ya eso está pasado en cuenta, como en otra parte dijimos, sino *por decir verdad en todo suceso,* contándolo por sus días, horas y momentos, que no

pretendo agraviar a nadie quitándole su lugar y poniendo otros en él, que no hay para qué hacerlo, que *no es de historiadores, sino decir verdad llanamente*".

No es fácil presentarse bajo más ventajosos auspicios, ni escarnecer con más cortesía a los predecesores, ni disimular con más cautela una novelación sistemática, ni infundir más importancia a las propias versiones. Según él, los españoles escribieron sin entender lo que tenían entre manos y sólo dejaron nociones parciales o confusas de la verdad. El, gracias a su origen indio y a lo que vió, oyó y conoció en el Cuzco, hace cuarenta años, ampliará y corregirá los escritos que ellos dejaron imperfectos en 1550, 1570 ó 1590, por haberles faltado en el Perú, que recorrieron palmo a palmo, *relación entera y comprensión del idioma.*

Cuando los autores conocidos calificaron las modalidades o las grandes figuras incaicas de modo halagüeño, usa prestamente de comillas, pero cuando exponen costumbres crueles, refieren actos bárbaros cometidos por quienes él afecciona, o elogian a los que él odia, evoca para desmentirlos, cuentos del tío en la casa de su madre (tema de los Incas) o acude a recuerdos de la casa del padre (tema de los conquistadores) y de esos arsenales saca inagotables recursos para redargüir.

No limita Garcilaso su prodigiosa capacidad inventiva al arte de quitar y poner; hace en otros casos de abuelo benévolo, y se felicita, muy sonriente, de que sus nietos (la verdad consistía en decir: sus antecesores) *también* lo hayan dicho. Sin declarar de dónde extrae su relación, presenta el orden invertido, como para que el lector se extasíe ante *la casualidad*. Por ejemplo: cita trozos de Gomara, de Zárate, de Cieza, acerca de la creencia de los indios en la resurrección de las almas, y agrega, refiriéndose a esas au-

toridades: "...después de haber escrito yo lo que en este particular tuvieron mis parientes en su gentilidad, holgué muy mucho con ellas, porque cosa tan ajena de gentiles como la resurrección, parecía invención mía, no habiéndola escrito algún español. Y certifico que las hallé *después* de haberlo yo escrito; porque se crea que en ninguna cosa de éstas sigo a los españoles, sino que cuando las hallo, huelgo de alegarlos, *en confirmación de lo que oí a los míos de su antigua tradición*". No es, pues, *su* versión, hija de las crónicas de Cieza, de Gomara, de Zárate; ni procede de ellas; gracias a sus recuerdos, coincide. Es una mera coincidencia.

Refiere el milagro ocurrido en el sitio del Cuzco: la aparición salvadora del Apóstol Santiago y de la Virgen, y se reproduce "la casualidad": "Siempre que me acuerdo de estas maravillas y de otras que Dios Nuestro Señor obró en favor de los españoles en aquel cerco y en el de los Reyes, que adelante veremos, me admiro de que los historiadores no hiciesen mención dellas, siendo cosas tan grandes y tan notorias, que en mis niñeces las oí a indios y a españoles, y los unos y los otros las contaban con grande admiración...".

Más lejos añade: "Muchos días *después* de haber escrito este capítulo, hojeando el libro del Padre Maestro Acosta, se me ofreció al encuentro lo que su Paternidad dice, de muchos milagros que Cristo Nuestro Señor y la Virgen María, Reina de los Angeles, su Madre, han hecho en el Nuevo Mundo en favor de su Santa religión. Entre los cuales, cuenta los que hemos dicho que pasaron en el Cuzco, de que recibí el regocijo que no puedo encarecer: que aunque es verdad que me precio de escribirla, porque es la parte más principal de las historias, todavía quedo encogido cuando en las cosas grandiosas no hallo que las hayan tocado los historiadores españoles en todo, o en parte,

para comprobarlas con ellos, porque no se imagine que finjo fábulas, por cierto las aborrezco...".

Al referirse a la ley que castigaba a los que se atrevían a cortejar a las vírgenes del sol o a las mujeres del Inca, cita un párrafo de Zárate, y en seguida, agrega: "Hallélo *después* de haber escrito lo que yo sabía della; holgué mucho hallar la ley tan copiosamente escrita por un caballero español, por abonarme con su autoridad...".

No parecen estas "casualidades" reiteradas confirmar el "aborrecimiento de fábulas" de que tanto se precia Garcilaso. Sin embargo, golpeándose el pecho por el imperio de la verdad en la historia, consiguió difundir, durante siglos, entre ingenuos admiradores, la certeza de que era efecto de la bondad providencial haber llegado *después* de cronistas extraños e imperfectos, para enmendarles enhorabuena la plana.

* * *

Una de sus artimañas es repudiar las afirmaciones formuladas por otros cronistas acerca de cualquier práctica familiar, social, guerrera o religiosa que alterara la noción de pureza perfecta que él pretendía imponer a sus antepasados. Daremos algunos ejemplos. Era de pueblos bárbaros consentir sacrificios humanos, y él no había de tolerar que tales delitos fuesen imputados a los incas. Los niega, afirmando *que los quitaron* a las tribus conquistadas: "...no conforme a las supersticiones que en algunas provincias había, *las cuales vedaron los Incas, como sacrificar hombres y mujeres y niños...*".

"En ambas provincias (de los Chancas) sacrificaban niños a sus dioses en sus fiestas principales. Lo cual sabido por el Inca, les hizo una plática persuadiéndoles adorasen al Sol y quitasen aquella crueldad de entre ellos" ... "en

los sacrificios fueron los Incas casi o del todo semejantes a los indios de la primera edad; sólo se diferenciaron en que no sacrificaron carne ni sangre humana con muerte, antes lo abominaron y prohibieron, como el comerla; y si algunos historiadores lo han escrito, *fué porque los relatores los engañaron* por no dividir las edades y las provincias, dónde y cuándo se hacían los semejantes sacrificios de hombres, mujeres y niños...".

Y por sobre estas negaciones, que sabe falsas, ocúrresele en mala hora, para robustecer la fe del lector en ellas, invocar a la autoridad de su padre y de gente que conoció en el Perú. "Yo soy testigo —dice— de haber oído vez y veces a mi padre y a sus contemporáneos, cotejando las dos repúblicas, México y Perú, hablando en este particular de los sacrificios de hombres y del comer carne humana, que loaban tanto a los Incas del Perú porque no los tuvieron, ni consintieron, cuanto abominaban a los de México porque lo uno y lo otro se hizo dentro y fuera de aquella ciudad".

Más lejos añade, para que no haya confusión: Volviendo a los sacrificios, decimos *que los Incas no los tuvieron ni consintieron hacer, de hombres o niños...*". Al invocar Garcilaso el testimonio del padre, desbarata toda posibilidad de error de buena fe. Antes de salir de la ciudad imperial, hubo a la fuerza de saber, como lo sabían los españoles, sus compañeros y toda la población del Cuzco, que los sacrificios de hombres, mujeres y niños eran corrientes entre los incas. Y véase todavía este apóstrofe del Inca Viracocha a Yahuar Huacac, inventado de todas piezas: "Inca... ¿Cómo se sufre que dejes entregada la casa del Sol, tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados y hagan en ellas las abominaciones *que tus antepasados les quitaron, de sacrificios de hombres, mujeres y niños,* y otras grandes bestialidades y sacrificios?" Jamás pudo

pronunciar un Inca palabras tan opuestas a la realidad de las prácticas usadas. Por otra parte, la histriónica exaltación es innocua; condenan sus negaciones, múltiples autoridades, entre las cuales éstas:

Quipocamayos de Vaca de Castro: "Fué éste (Pachacútec) el primero que inventó sacrificios al Sol de criaturas y niños y mujeres y doncellas y mozuelos de ocho o diez años, y no habían de tener lunar ni cosa señalada, para los sacrificios".

Betanzos: "Ansimismo fueron sacrificados muchos niños y niñas, a los cuales enterraban vivos muy bien vestidos y aderezados, los cuales enterraban de dos en dos, macho y hembra".

Cieza de León: "...mataron muchos animales y aves, con algunos niños y hombres para aplacar a sus dioses". "... en este cerro (Huanacaure) ...en algunos días se sacrificaban hombres y mujeres...". "Las mujeres que sacrificaban iban vestidas asimismo ricamente con sus ropas finas de colores y de pluma, y sus topos de oro".

Polo de Ondegardo: "...se mataban destas doncellas por su orden, y tenían por requisito necesario que fuesen vírgenes, sin otros muchos sacrificios extraordinarios que se hacían, como por la salud del Inga si caía enfermo, o si fallecía para enviarle para su servicio, o si iba personalmente a la guerra para que tuviese victoria, o si había notable eclipse del sol o de la luna, o si temblaba la tierra, en aquella fiesta principal a que ellos llamaban Tyry, que por esta razón se hacía, o por la pestilencia, o por otras muchas ocasiones que el demonio, por sus viejos y hechiceros, les decía tener necesidad de estos sacrificios...".

Sarmiento: "En Inga... juntó gran número de gente, y hechos sus sacrificios y calpa, y enterrando algunos niños

vivos a que llaman capac cocha, porque sus ídolos favoresciesen en aquella guerra...".

Juan de Pancorbo: "...tomaba (el Inca) ... las hijas para tenellas por mancebas y para sacrificar en las guacas a sus diablos, y que la madre de su hijo, dende a dos o tres días que entraron los españoles en esta ciudad (Cuzco) la quitaron unos yanaconas suyos deste que declara, y entre ellos un hermano de la india, de que la llevaban a sacrificar al Guanacauri, guaca principal de los ingas, y se la trajeron diciendo su hermano que la llevaban a hacer sacrificio...".

Pedro Alonso Carrasco: "...les quitaban las mujeres e hijas e hijos para sacrificarlas al demonio y que así lo oyó decir a los dichos indios antiguos, y hoy día la oye decir a muchos indios viejos de los que quedan, y que esto hacían diciendo que por las victorias que habían los sacrificaban".

Lic. Santillán: "...y algunas veces en el Cuzco y en Pachacama ofrecían doncellas y las enterraban vivas; esto era pocas veces".

P. Molina (del Cuzco): "La capacocha inventó también Pachacuti Inga Yupangui, la cual era desta manera: Las provincias de Collasuyo y Chinchaysuyo y Antisuyo y Contisuyo, traían a esta ciudad, de cada pueblo y generación de gentes, uno o dos niños y niñas pequeños y de edad de diez años, y traían ropa y ganado, y ovejas de oro y plata, de mollo, y lo tenían en el Cuzco para el efecto que se dirá. Y después de estar todo junto, se asentaba en la plaza de Aucaypata el Inga, que es la plaza grande del Cuzco, y allí aquellos niños y demás sacrificios andaban alrededor de las estatuas del Hacedor, Sol, Trueno y Luna que para el efecto ya en la plaza estaban. Y daban dos vueltas, y después de acabado, el Inga llamaba a los sacerdotes de las provincias y hacía partir los dichos sacrificios

en cuatro parte para los cuatro suyos: Collasuyo, Chinchaysuyo, Antisuyo, Contisuyo, que son las cuatro partes en que está dividida esta tierra y les decía: "Vosotros, tomad cada uno su parte de esas ofrendas y sacrificios y llevadla a la principal huaca vuestra, y allí los sacrificad". Y tomándolos, llevaban hasta la guaca y allí ahogaban a los niños y los enterraban juntamente con las figuras de plata de ovejas, y de personas de oro y plata...".

P. Cabello de Balboa: "Deseando enseguida (Inca Yupanqui) apaciguar a los ídolos mediante un sacrificio, hizo degollar una inmensa cantidad de niños...". "Entró triunfante en el Cuzco como la primera vez; pero añadió una ceremonia desconocida hasta esa época. Había tomado prisionero a Collao Cápac, jefe de la provincia del Collao y lo hizo inmolar al Sol. Fué el primer sacrificio humano que los Ingas ofrecieron con ocasión de sus victorias".

P. Acosta: "En el Perú hubo muchos monasterios de doncellas... parte dellas se diputaban... para los sacrificios ordinarios que hacían de doncellas, y otros extraordinarios por la salud, o muerte, o guerras del Inga... A ningún padre era lícito negar sus hijas... y aun muchos ofrecían sus hijas de su voluntad, pareciéndoles que ganaban gran mérito en que fuesen sacrificadas por el Inga" ... "en el matar niños y sacrificar sus hijos, los del Pirú se aventajaron a los de México".

P. Morua: "Esta (el Trueno) es huaca general a todos los indios, y ofrécenle diversos sacrificios, y en especial se suele sacrificar en esta ciudad niños, como al Sol..." "Las cosas que sacrificaban estos indios a las huacas eran diversas: la primera y principal, niños de diez años para abajo, y esto para negocios de mucha importancia y no tan comúnmente; ahogábanlos y enterrábanlos".

Santa Cruz Pachacuti: "en tiempo deste (Cápac Yu-

panqui)... inventaron el sacrificio de capac hucha cocuy, enterrando a los muchachos sin mancha, y con oro y plata".

Poma de Ayala: "...al sacrificio llamado Capacocha... enterraban a los niños inocentes, quinientos, y mucho oro y plata y mullo..." "... en este mes (diciembre) hacía grandes sacrificios al sol, mucho oro y mucha plata y vajillas, que entierran quinientos niños inocentes y niñas".

P. Arriaga: "...al asiento de Hunoyan... Estaban... dos famosas huacas, y tan temidas, que les sacrificaban muchos niños...".

P. Calancha: "... en el Cuzco se le sacrificaban (al Rayo) niños, como al Sol".

Lic. Montesinos: "Los indios dieron gritos llamando a su padre el sol; hicieron grandes sacrificios para aplacarlo, ofreciendo muchos corderos y doncellas y mozos...".

P. Cobo: "La derrama deste tributo infantil que mandaba el rey hacer cada año, era sin más limitación que las demás contribuciones, en la cantidad que le placía. Habían de ser todos estos niños de nueve a diez años para abajo, y cuantos varones así se recogían, eran sacrificados; y matábanlos ahogándolos con un lazo, o dándoles garrote, y luego los enterraban, y a veces los embriagaban antes de hacerlos morir".

* * *

Salta a la vista, ante el número y la calidad de los cronistas, coincidentes en la versión recogida, a pesar de las diferentes épocas en que escribieron, que Garcilaso tuvo la misma información y prefirió contrariarla.

Repite el mismo procedimiento a menudo. Así es como altera la finalidad de las vírgenes depositadas. Mucho antes que Garcilaso, trataron los cronistas de los harems de los reyes, en los cuales correspondía a las niñas menores la

tarea de ayudar en el servicio del culto. Esas serían las únicas vírgenes, debido a su corta edad. Entre las púberes tenían los incas sus favoritas, y estresacaban otras que, de su propia mano y por vía de premio, acordaban a sus mejores capitanes, sacrificando también parte de ellas a sus deidades. Estas muchachas no eran siempre de linaje real, siendo escogidas en todas partes del reino por su belleza, y enviadas al Cuzco para el Inca.

Según Garcilaso, "vivían en perpetua clausura hasta acabar la vida, con guarda de perpetua virginidad; no tenían locutorio, ni torno, ni otra parte alguna por donde pudiesen hablar, ni ver hombre, ni mujer, si no era ellas mismas unas con otras, porque decían que las mujeres del Sol no habían de ser tan comunes que las viese nadie..." y en su afán de magnificarlo todo añade: "Y esta clausura era tan grande, que aun el propio Inca no quería gozar del privilegio que como rey podía tener, de las ver y hablar". Podía; pero no quería. Elevado y romántico escrúpulo de conciencia del Inca, y delicadeza emocionante, digna de un Manrique, pero contraria a la mentalidad indígena, a las costumbres y a las tradiciones que de ella se posee.

Vuelve a las andadas, al pretender que no existió el politeísmo incaico, y empéñase en persuadir que viviendo en el Curzo hasta 1560, hubiese ignorado las idolatrías. Asegura que los Incas veneraban al verdadero y único dios, supremo sustentador del Universo, semejante al de los cristianos, lo que resulta un repudio de la verdad sabida. El hombre que recordaba con precisión lo que conociera, oyera y viera entre sus cuatro y veinte años —salvo los sacrificios— no podía haberse olvidado de las comparaciones que harían los religiosos en el Cuzco desde el púlpito o en sus clases de catecismo, entre el dogma cristiano y las supersticiones e

idolatrías que los doctrineros seguían combatiendo a su tiempo, en la propia ciudad y en sus alrededores.

¡Cómo no habían de hablarle sus parientes indios, y su madre, de su veneración por Viracocha, Con, Inti, Pachacama y Guanacaure; de sus ritos, huacas, adoratorios y sacrificios! Es imposible suponer que no lo hicieran. Sin embargo, ataca a propósito de este punto a los historiadores, particularizándose con Cieza de León, el P. Gerónimo Román y Agustín de Zárate, siempre con el mismo argumento, protestando que "los españoles aplican otras muchas cosas a los Incas, por no saber dividir los tiempos y las idolatrías *de aquella primera edad, y las de la segunda,* y también *por no saber el lenguaje,* para saber pedir y recibir la relación de los indios, de cuya ignorancia ha nacido dar a los Incas muchos dioses, o todos *los que ellos quitaron* a los indios que sujetaron a su imperio...".

El discurso fingido es otro de sus grandes ardides. Contradice en los comentarios que dedica a las entrevistas de Pizarro y del P. Valverde con Atahualpa, las cartas más conocidas de conquistadores, relatores y testigos de vista y oído que consignaron, desde distinos lugares y en diferentes épocas, los hechos, y funda su fantástica y solitaria versión en decirles que oyó a indios y a españoles... anónimos. En cuanto a los cronistas contemporáneos, estima que recibieron orden de callar lo ocurrido y de dar falsas noticias a los que escribieron posteriormente, de modo que nadie sino él, unos setenta años después, revela la verdad de lo que pasó.

Así va hilvanando su entretejido: "Lo que dijere será *de relaciones de muchos españoles que se hallaron en el hecho, a los cuales se lo oí* en muchas conversaciones que *en casa de mi padre* todo el año tenían, porque allí eran sus mayores entretenimientos y sus pláticas, las más veces, eran de las conquistas pasadas. *También lo he oído a muchos indios*

que visitando a mi madre le contaban aquellos hechos, particularmente los que pasaron por Atahuallpa, hasta su fin y muere, como diciéndole que tomase sus desdichas y fallecimiento en satisfacción de las crueldades que con los suyos había hecho. Sin esto, *tengo relaciones que los condiscípulos me han enviado, sacadas de las cuentas e historias anales de las provincias de donde eran sus madres naturales,* como a los principios lo dije. A estas relaciones se añade la que hallé en los papeles del muy curioso y elegante Padre Blas Valera que fué hijo de uno de los que se hallaron en la prisión de Atahuallpa, y nació y se crió en los confines de Cassamarca, y así tuvo larga noticia de aquellos sucesos, sacados de sus originales, como él mismo lo dice". No falta ninguno de sus respaldos usuales: ¡mal síntoma!

Y aquí aparece la malicia. Presenta en forma opuesta a los demás cronistas la actitud del Padre Valverde con Atahualpa y presta al Inca en su réplica conceptos de Derecho de gentes tan majestuosos, como inverosímiles: "...porque habiendo de tratar paz y amistad, y de hermandad perpetua y aun de parentesco, como me dijeron los otros mensajeros que fueron a hablarme, suena ahora en contrario todo lo que este indio me ha dicho, que nos amenaza con guerra y muerte a fuego y sangre, y con destierro y destruición de los Incas y de su parentela, y que por fuerza o de grado ha de renunciar mi reino y hacerme vasallo tributario de otro. *De lo cual colijo una de dos: o que vuestro Príncipe y todos vosotros sois tiranos que andáis destruyendo el mundo quitando reinos ajenos, matando y robando a los que no os han hecho injuria ni os deben nada,* o que sois ministros de Dios, a quien nosotros llamamos Pachacámac, que os ha elegido para castigo y destruición nuestra. Y si es así, mis vasallos y yo nos ofrecemos a la muerte y a todo lo que de nosotros quisiéredes hacer, no por temor que tengamos de

vuestras armas y amenazas, sino por cumplir lo que mi padre Huayna Cápac dejó mandado a la hora de su muerte, que sirviésemos y honrásemos una gente barbuda, como vosotros, que había de venir después de sus días; de la cual tuvo noticia años antes que andaban por la costa de su imperio; díjonos que habían de ser hombres de mejor ley, mejores costumbres, más sabios, más valerosos que nosotros".

Más adelante, añade, torciendo la versión generalizada: "Al P. Fr. Vicente de Valverde levantan testimonios los que escriben, que dió arma, pidiendo a los españoles justicia y venganza por haber echado el Rey por el suelo el libro, que dicen pidió al fraile; y también levantan testimonio al Rey como al religioso; porque no echó el libro ni le tomó en las manos. Lo que pasó fué, que Fr. Vicente de Valverde se alborotó con la repentina grita que los indios dieron, y temió no le hiciesen algún mal, y se levantó apriesa del asiento en que estaba sentado, hablando con el Rey, y al levantarse soltó la Cruz que tenía en las manos y se le cayó el libro que había puesto en su regazo, y alzándolo del suelo se fué a los suyos, dándoles voces, que no hiciesen mal a los indios, porque se había aficionado a Atahuallpa, viendo por su respuesta y preguntas la discreción y buen ingenio que tenía; e iba a satisfacerle a sus preguntas cuando levantaron la grita, y por ella no oyeron los españoles lo que el religioso les decía en favor de los indios. El Rey no dijo lo que escriben los historiadores, que dijo: Vosotros creéis que Cristo es Dios, y que murió; yo adoro al sol, y a la luna, que son mortales, ¿y quién os enseñó que vuestro Dios era el Hacedor del Universo?, y que Fr. Vicente de Valverde respondió, que aquel libro; que el Rey le tomó y lo hojeó, y puso al oído, y como vió que no le hablaba, lo echó en tierra; y que entonces Fr. Vicente de Valverde lo alzó y se fué a los suyos, diciendo: Cristianos, los Evangelios hollados: jus-

ticia y venganza sobre ellos. Ea, ea, destruidlos, que menosprecian nuestra ley, y no quieren nuestra amistad".

Según Garcilaso —que no vacila en contrariar infinitas declaraciones de testigos presenciales, actores y cronistas de los hechos—, el espíritu de este discurso atribuído por los escritores pero en forma muy distinta, a Atahualpa, no representa la realidad.

"Soy libre, no debo tributo a nadie, ni pienso pagarlo, que no reconozco por superior ningún rey. Yo holgara ser amigo del Emperador, porque muestra su gran poder en enviar tantos ejércitos a tierras tan alejadas; empero, lo que decís, que debo dar obediencia al Papa, no me está bien, porque el hombre que procura dar a sus amigos lo ajeno, y manda que yo dé y renuncie (a quien no conozco) el reino que hube por herencia, no muestra ser de buen juicio; y lo demás, que es trocar mi religión, sabiendo que es santísima, sería torpeza y muy grande ignorancia poner en cuestión y duda la que tanto me agrada, y la que por antiquísima tradición y testimonio de mis mayores está aprobada".

"Todo lo cual es fabuloso —protesta Garcilaso— *y lo compuso la adulación y la mala relación que dieron a los escritores*: que Atahuallpa no negó *el derecho de tributo*, sino que insistió en que le diesen la causa y la razón dél; y a esta coyuntura fué la grita que los indios levantaron. El general español y sus capitanes escribieron al Emperador la relación que los historiadores escriben, y en contrario, con grandísimo recato y diligencia *prohibieron entonces que nadie escribiese la verdad de lo que pasó, que es la que se ha dicho;* la cual, sin la tradición de los ñudos historiales de aquella provincia de Cassamarca, la oí a muchos conquistadores que se hallaron en aquella jornada; y el P. Blas Valera dice, que uno dellos fué su padre, Alonso Valera, a quien se la oyó contar muchas veces".

Nada de esta mezcla heterogénea de puyas, inventaba el Comentarista para excusar a Atahualpa, que odiaba; decía con sus palabras lo suficiente para contrariar a sus predecesores, imponer su propia versión, e insinuar a los reyes de Castilla sin que pudieran molestarse, lo que *él* pensaba del trato dispensado por la Corona a las naciones indígenas vencidas. Pero no le parece suficiente su propia autoridad; levanta una segunda línea defensiva entre él y las posibles represalias de la censura española: es *Valera* quien lo dijo. Además —agrega— oyó esa relación de los hechos "¡a *muchos* conquistadores anónimos!".

Atahualpa no es el único Inca capaz de emitir conceptos admisibles en labios del Mentor de Telémaco; el bárbaro Manco, que cercó el Cuzco y acabó asesinado en su guarida andina, revela una retórica digna de un moderno maestro de Derecho de Gentes, en una exhortación a los suyos:

"Hijos y hermanos míos: nosotros vamos a pedir Justicia a los que tenemos por hijos de nuestro dios Viracocha; los cuales entraron en nuestra tierra publicando que el oficio principal dellos, era administrarla a todo el mundo. Creo, que no me la negarán en cosa tan justificada como nuestra demanda; porque (conforme a la doctrina que nuestros mayores siempre nos dieron) les conviene cumplir con las obras, lo que han prometido por sus palabras, para mostrarse que son verdaderos hijos del Sol. Poco importa que los tengamos por divinos, si ellos lo contradicen con la tiranía y maldad. *Yo quiero* fiar más de nuestra razón y derecho, que no de nuestras armas y potencia. Quizá, pues dicen que son mensajeros del Dios Pachacámac, le temerán; pues saben (como enviados por él) que no hay cosa que tanto aborrezca como que no hagan justicia los que están puestos por Superiores para administrarla, y que en lugar de dar a cada uno lo que es suyo, se lo tomen para sí. Vamos allá, armados de justa

demanda; esperemos más en la rectitud de los que tenemos por dioses, que no en nuestras diligencias; que *si son verdaderos hijos del Sol, como creemos, harán como Incas;* darnos han nuestro imperio, que nuestros padres, los reyes pasados, *nunca quitaron los señoríos que conquistaron por más rebeldes que hubiesen sido sus curacas*".

¡Sólo falta al Comentarista agregar que en los señoríos, incorporados uno tras otro al Imperio por Pachacútec, se formaban estados unidos, libres y autónomos, que actuaban de igual a igual con el Inca, en la Confederación peruana!

* * *

Garcilaso, en el volumen primero consagrado a los antepasados de su madre, había de afrontar dos temas: 1.º, la obra civilizadora de los Incas, o sea la difusión de sus costumbres generales, tradiciones, modalidades y manera de legislar; 2.º, sus conquistas, o sea la vida de cada uno de los doce reyes, dentro del territorio y fuera de él.

Teniendo ya premeditada la idealización de sus parientes, niega sistemáticamente la existencia de prácticas que en Europa se estimaban bárbaras y las atribuye, junto con muchas otras peores, a las naciones pre-incaicas o a las que los Incas iban anexando en sus guerras. Además, de rebajar así el nivel de los vencidos, conseguía, gracias a esa creación personal de diferentes dimensiones, elevar la estatura de los Incas hasta lo gigantesco; y quiso aun más.

Como hemos visto en páginas anteriores, los cronistas y ciertos trabajos oficiales primitivos, nos han dejado información abundante, fidedigna y coincidente sobre la obra social de los tres últimos Reyes; Inca Yupanqui (Pachacútec); Túpac Inca Yupanqui y Huayna Cápac, y podemos así determinar el saldo que aproximadamente corresponde a los primeros, si bien con inseguridad de discriminación

acerca de lo que hizo *cada uno* de estos Incas, Garcilaso resuelve, distribuir el bien y el mal a su voluntad. Retrotrae las costumbres superiores y las prácticas sociales introducidas por los últimos reyes, a los tiempos de Manco Cápac e inmediatos sucesores. Al suprimir así todo lo que lógicamente fué en los comienzos, bárbaro y primitivo, y al trasladar el progreso alcanzado en el ejercicio del gobierno y en la táctica de las conquistas, siglos atrás, presenta —y esto es lo que él quería— una sociedad precozmente perfecta desde el nacer; pero falsea el carácter del núcleo fundador, y trastorna el ambiente de la historia, a costa de lo que fué la vida ascendente y la evolución natural de la raza.

Según los *Comentarios,* aparece la dinastía incaica en tierra cuzqueña con una civilización ya superior. Esta fábula de Garcilaso, contraria a la tradición de los quipos y ayllos y a los aportes de tumbas y ruinas, le obligó por lógica a negar todo lo que no concordaba con la jerarquía social y moral insensata, por él sostenida. Al exagerar lo grande y bueno, había de suprimir correlativamente lo que pudiera comprometer el efecto deseado. Hemos visto anteriormente el desparpajo con que negara el uso de sacrificios humanos y el politeísmo, y la unanimidad de los cronistas en sentido opuesto; hemos demostrado también que cuando no puede abolir lo que recoge la historia, lo imputa a la incomprensión castellana o a la época anterior a los incas, a cuya gente carga con todas las fallas imaginables.

En tan antojadiza fabulación, aparece el legendario Manco Cápac al borde de una época de caos, en postura de Creador. Echa a rodar el mundo incaico y establece el orden moral sin choques ni discordancias: Viviendo, o muriendo aquellas gentes que hemos visto, permitió Dios Nuestro Señor que dellos mismos saliese un Lucero del alba que en aquellas oscurísimas tinieblas les diese alguna noticia de

la Ley Natural y de la urbanidad y respeto que los hombres debían tener unos a otros, y que los descendientes de aquél, procediendo de bien en mejor, *cultivasen aquellas fieras y las convirtiesen en hombres, haciéndoles capaces de razón* y de cualquiera buena doctrina...".

"Es de saber —dice— que en aquella primera edad y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que bestias mansas, y otros muchos, peores que fieras bravas; y principiando de sus dioses, decimos que los tuvieron conforme a las demás simplicidades y torpezas que usaron; así en la mansedumbre de ellos, como en la vileza y bajeza de sus dioses, era también la crueldad y barbaridad de los sacrificios de aquella antigua idolatría; pues sin las demás cosas comunes, como animales y mieses, sacrificaban hombres y mujeres de todas edades...

"En la manera de sus habitaciones y pueblos, tenían aquellos gentiles la misma barbaridad que en sus dioses y sacrificios. Los más políticos tenían sus pueblos poblados sin plaza ni orden de calles ni de casas, sino como un recogedero de bestias... En aquellos pueblos y habitaciones gobernaba el que se atrevía a los vasallos con tiranía y crueldad, sirviéndose dellos como de esclavos, usando de sus mujeres y hijos a toda su voluntad, haciéndose guerra unos a otros... Vivían en latrocinios, robos, muertes, incendios de pueblos... En otras partes vivían sin señores que los mandasen, ni gobernasen, ni ellos supieron hacer repúblicas de suyo... para dar orden y concierto en su vivir".

En suma, los indios que los incas conquistaron, del Cuzco a Pasto, de Charcas a Chile, vivían según Garcilaso, mal y sin ropa; aullaban; comían carne humana; sacrificaban hombres y mujeres a sus dioses; adoraban lo que temían y lo que más querían: el trueno, el rayo, yerbas, cerros, cuevas, halcones, culebras, el aire, la tierra, la Cordillera, el

mar, los peces, y practicaban todos los vicios. Sus pueblos carecían de plazas y calles y eran recogedores de bestias. Otros vivían en riscos, se aislaban en peñas altas y desiertas, entrematándose por pastos o aguas. Veremos enseguida las exageraciones de esta descripción.

En realidad, eran poco encarnizadas las rivalidades, y se limitaban a que el más fuerte exigiera del vencido lo sirviera en sus sementeras o le diese mantas o llamas. Algunas confederaciones habían ido formándose como la de los Collas, la de los Chinchas, la de los Chimus y la de los Quitus; pero, según expresa Santillán: "en general, ninguno se apoderó, ni redujo la tierra a modo de reino o imperio", y así las guerras no eran de exterminio ni muy largas.

En tiempo de Viracocha, y particularmente de su hijo, consiguieron los Incas sojuzgar comarcas distintas y sujetar los pueblos anexados por medio de fuertes, calzadas, y cierta uniformidad en traje, religión, lengua y costumbres, que facilitó el prepotente absolutismo del Inca. Además, al organizar las jerarquías dentro de los núcleos formados, como al apoderarse el Estado de todos los frutos de la producción y el trabajo, distribuyéndolo a su modo y quitando las libertades anteriormente existentes para imponer normas coercitivas, supeditadas a la vigilancia de los curacas, dieron los Incas a su organización económica y social, compacta solidez y un orden implacable, que a la vez respaldaba y favarecía la simultánea progresión territorial del Imperio. Todos los autores convienen en que pasaron muchas generaciones antes de implantar los reyes tal sistema de gobierno; pero esa lentitud, lógica en la evolución, no era suficientemente admirable para la política de enaltecimiento de Garcilaso, de modo que retrotrae al tiempo de Manco Cápac algunas instituciones que sólo existieron en los últimos reinados y otras que jamás fueron conocidas.

Así es como al describir la justicia incaica, nos habla de fiscales, de acusadores y de jueces de apelación, y pondera que "no fuese menester ir con cada delito a los jueces superiores con apelaciones una y más veces; y de ellos a los jueces supremos de la Corte. Decían (¿quiénes?) que por la dilación del castigo se atrevían muchos a delinquir, y que los pleitos civiles por las muchas apelaciones, pruebas y tachas se hacían inmortales y que los pobres (no había pobres) por no pasar tantas molestias y dilación, eran forzados a desamparar su justicia y perder su hacienda (no tenían hacienda) porque para cobrar diez (no había moneda) se gastaban treinta". Cada parte de esta frase es un desatino, pues si bien es verdad que los incas tuvieron una justicia, era primaria, cruel y simplista, sin apelaciones, ni tachas, ni dilaciones, ni Corte suprema, ni rudimentos siquiera de las prácticas que insinúa el Comentarista. Y las penas consistían en muerte a pedradas o encierro en casas de fieras. El aparato judicial de pruebas, sentencias y recursos evocado, suena a burla en aldeas del Perú de la época medieval. Y no exhibimos estos anacronismos infantiles para discutirlos; prueban la deliberada voluntad con que Garcilaso altera el auténtico nivel de cultura de la república incásica para atribuirle instituciones y leyes que desfiguran su verdadera fisonomía.

Alude a "maravillosas" vajillas de oro y plata y fingiéndose deslumbrado, añade: "El servicio y ornamento de las casas reales de los Incas, reyes que fueron del Perú, no era de menos grandeza, riqueza y magestad que todas las demás cosas magníficas que para su servicio tenían; antes parece que en algunas dellas, como se podrá notar, *excedieron a todas las casas de los reyes y emperadores que hasta hoy se sabe hayan sido en el mundo*". Otro mito. No tenían los Incas cama, ni mesa, ni muebles, ni tapices; no conocieron

los finos lienzos de hilo, ni la seda. La "increible magnificencia" a que alude Garcilaso, consistía en el abundante empleo del oro como materia prima, metal que buscaban por su resplandor, y los objetos fabricados con él y con plata, propiamente incaicos, encontrados en las tumbas, no resisten comparación, en cuanto a su belleza estética, con los que labraron los artífices de la costa. Los palacios de la región, que se creyeron entonces obra incaica, tuvieron por sola grandiosidad sus amplias dimensiones, el tamaño ciclópeo de las piedras de su base y la justeza con que, revistiendo las más diversas formas, encajaban unas con otras en los paredones; pero los artesanos de semejantes labores fueron anteriores a los Incas. Se sabe perfectamente que éstos prefirieron cortar las piedras de sus edificios, como los castellanos, en forma rectangular, y sin duda alguna tenían también su hermosura. Lo que propiamente se llama belleza artística, y que consiste en emplear en las mansiones del tiempo, mármoles y jaspes, mosaicos y alabastros, y hierros forjados, no existió. Los tejidos finos de lana, los bordados, los bajo-relieves, la piedra esculpida y la maravillosa cerámica, puede hoy asegurarse que no era de procedencia incaica como él lo aseguró, sino principalmente de poblaciones costeñas, en cuyas tumbas siguen hallándose esos objetos. Las excavaciones se han encargado de corregir los meridionales ditirambos de Garcilaso, revelando la desnudez en que vivieron los Incas, causa probable, si no efecto, de su rústica hombría.

No hay duda de que los Incas encontraron en sus andanzas tribus verdaderamente salvajes como los chiriguanaes, los antis, los chuchos, los bracamoros, etc., y que intentaron, sin éxito, sujetarlos a un régimen de vida estable. Pero existían desde siglos, sobre todo en la costa, sociedades, grandes algunas y pequeñas otras, de larga y apreciable

civilización. Garcilaso las vilipendió injustamente. Todas eran para él gente rústica, sin gobierno, ni ley, ni religión, ni república. Y así, en esa extensa región de yungas que gobernó el Gran Chimú, en el Norte, y el cacique de Chincha, en el Sur, entre esas tribus de artistas que levantaron los palacios de Chanchán y los templos de Pachacámac, dejándonos las preciosas cerámicas, telas y orfebrería de Ica, Nazca, Paracas, Lambayeque y Mochica, sostiene que "se trabajó más en doctrinarlos (sic) y reducirlos a urbanidad y policía, que en sujetarlos". Y cuando lee en crónicas fidedignas que los Chinchas tuvieron grandezas y potencia, y llegaron a veces en sus correrías hasta los Collas, afirma con su usual aplomo, carente de fundamentos o pruebas: "Todo es falso". En esa tierra que vivían del riego y se señalaba desde siglos en el tejer y bordar, el esculpir y labrar, mucho antes de que se adiestraran en esas artes los Incas, enseñaron éstos —según él— a hacer de vestir y calzar a los yugas, y a cultivar la tierra, haciendo andenes y sacando acequias para fertilizarla. Categóricos desmentidos han dado a esta fábula, cronistas y arqueólogos. Para no alargar, sólo mencionaremos testimonios de los primeros.

* * *

Los Quipocamayos, analistas indios que dieron su relación a Vaca de Castro sesenta años antes de que Garcilaso escribiera, declararon que Chimo Cápac fué señor de los Llanos, en la costa del mar, desde *la Nazca hasta Puerto Viejo,* infinito tiempo. Según ellos, estos yungas servían con respeto a Chimo Cápac, como habían servido a sus antecesores "*señores naturales y antiquísimos, mucho más que los incas, con más de veinte vidas más*".

Esto, pudo no saberlo Garcilaso, aun siendo raro que muchos otros cronistas alcanzaron esos conocimientos sin

disponer, como él, de "relaciones de parientes", de "recuerdos" de la casa de la madre, de "cartas de condiscípulos" y de antecedentes extraídos "de archivos de familia". Pero a Cieza lo leyo. Nos referimos a la *Descripción del Perú,* escrita entre 1547 y 1550, editada en 1553 y citada por él de continuo. La usa, la glosa y la reproduce. ¿Por qué pasa por alto los capítulos relativos a los chimus, a los chinchas, a los chachapoyas y a los collas que Cieza, por cierto, no trata de salvajes?

"Cuatro leguas más adelante está el valle de Chimo, ancho y muy grande y adonde está edificada la ciudad de Trujillo. Cuentan algunos indios que antiguamente, antes que los ingas tuviesen señoríos, hubo en este valle un poderoso señor a quien llamaban Chimo como el valle se nombra ahora, el cual hizo grandes cosas, venciendo muchas batallas *y edificó unos edificios que aunque son tan antiguos, se parece claramente haber sido gran cosa.* Como los incas, reyes del Cuzco, se hicieron señores destos llanos, tuvieron en mucha estimación a este valle de Chimo...".

Más lejos añade: "El valle de Santa fué en los tiempos pasados muy bien poblado *y hubo en él grandes capitanes y señores naturales;* tanto, que a los principios osaron competir con los Incas".

Refiriéndose al templo de Pachacámac, dice: "Este valle es deleitoso y frutífero, y *en él estuvo uno de los suntuosos templos que se vieron en estas partes,* del cual dicen que no embargante que los reyes ingas hicieron, sin el templo del Cuzco, otros muchos y los ilustraron y acrescentaron con riquezas, *ninguno se igualó con este de Pachacámac...* Pues como los incas, señores tan principales, señoreasen el reino y llegasen a este valle de Pachacámac, y tuviesen por costumbre mandar por toda la tierra que ganaban que se hiciesen templos y adoratorios al sol, viendo la grandesa

deste templo *y su grande antigüedad* y la autoridad que tenía con todas las gentes de las comarcas y la mucha devoción que a él todos mostraban, pareciéndoles que con gran dificultad lo podrían quitar, dicen que trataron con los señores naturales y con los ministros de su dios o demonio, que este templo de Pachacámac se quedase con el autoridad y servicio que tenía con tanto que se hiciese otro templo grande y que tuviese el más eminente lugar, para el sol".

Describe Cieza el valle del Guarco, añadiendo: "En este valle dicen los moradores que hubo en los tiempos pasados gran número de gentes y que competían con los de la sierra y con otros señores de los llanos. Y que como los ingas viniesen conquistando y haciéndose señores de todo lo que vían, no queriendo estos naturales quedar por su vasallos... sostuvieron la guerra y la mantuvieron con no menos ánimo que virtud, más tiempo de cuatro años..." pero "fueron vencido y puestos en servidumbre del rey tirano y que no tenía otro derecho a los señoríos que adquiría más que la fortuna de la guerra".

Refiriéndose a los naturales del valle de Chincha, escribe: "... crecieron tanto en poder y en gente estos indios, que los más de los valles comarcanos procuraron de tener con ellos confederación y amistad, a gran ventaja y honor suyo, y que *viéndose tan poderosos, en tiempo que los primeros incas entendían en la fundación del Cuzco,* acordaron de salir con sus armas a robar las provincias de las sierras y así dicen que lo pusieron en obra y que hicieron gran daño en los soras y lucanas, y que llegaron hasta la gran provincia de Collao...".

Por toda la costa halla Cieza rastros de gente que *no* era salvaje. "En este valle de Ica hubo antiguamente grandes señores y fueron muy temidos y obedescidos".

Llega a la conclusión en la sierra y en el altiplano. Refiriéndose a Caxamalca, escribe:

"Cuentan los moradores de Caxamalca que fueron muy estimados por sus comarcanos antes que los ingas los señoreasen, y que tenían sus templos y adoratorio por los altos de los cerros... Y cuando celebraban sus fiestas *se juntaban número grande de gente en plazas limpias y muy barridas adonde se hacían los bailes y areytos...* Ganada y conquistada esta provincia de Caxamalca por los incas, afirman que la tuvieron en mucho y mandaron hacer en ella sus palacios... Y son de grande ingenio para sacar acequias y para hacer casas y cultivar las tierras, y criar ganados y labrar plata y oro múy primamente. *Y hacen por sus manos tan buena tapicería como en Flandes* de la lana de sus ganados...".

Refiriéndose a los chachapoyas escribe: "*Antiguamente tuvieron templos y sacrificaban a los que tenían por dioses* y poseyeron gran número de ganado de ovejas. *Hacían rica y preciada ropa para los ingas* y hoy día la hacen muy prima y tapicería tan fina y vistosa que es de tener en mucho por su primor".

La tierra de los collas le merece sagaz observación: "Tiaguanaco no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver... de presente no se ve más que una muralla muy bien obrada y que debe de haber muchos tiempos y edades que se hizo... *yo para mi tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú; y así, se tiene que antes que los ingas reinasen con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios destos;* porque yo he oído afirmar a indios que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo; y aun dicen más: que los primeros ingas pla-

ticaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco... por lo que también dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres bárbaros y haber hecho el edificio de Vinaque semejantes gentes, digo que por ventura pudo ser *que antes que los ingas mandasen, debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos,* venida por alguna parte que no se sabe, los cuales harían estas cosas, y siendo pocos, y los naturales tantos, serían muertos en las guerras".

Podríamos insistir en las citas, recorrer otras regiones como Huaylas, Recuay, Chavin, Cuenca, y, sobre todo, acumular autores o presentar ejemplos gráficos; pero no es preciso. La prueba definitiva de la antigüedad y de la calidad de las civilizaciones de la costa y de la sierra peruana ha sido hecha principalmente por los arqueólogos. Le resultó, pues, inútil a Garcilaso motejar de tribus bárbaras a las sociedades que poblaban el Perú antes del advenimiento triunfal de los Incas y que lo siguieron ocupando después, a pesar de la labor de dispersión de esos conquistadores. Fuera de los cronistas que conoció y desatendió, han hablado las tumbas y aparecieron en ellas las pruebas de culturas superiores.

En la propia Cuzco y sus alrededores, se hallaban restos de construcciones ciclópeas admirables, anteriores a los incas, infinitamente preferibles, como las artes de cerámica, de tejido, de escultura y de cincelado de esas razas, a cuanto hicieron los descendientes de Manco Cápac. Y esto lo proclaman hoy las colecciones de los museos. Lejos, pues, de ser las razas pre-incaicas de la costa y de la sierra, brutas, opacas e incapaces, correspondería considerarlas —toda proporción guardada— algo así como a los helenos del Perú. Los Incas, mejores guerreros y organizadores sociales, sagaces políticos y constructores de baluartes, palacios, calzadas y pueblos, serían los romanos del Imperio.

Manco Cápac.

La parte que cupo a los Incas en la civilización del antiguo Perú, fué considerable, más aún, preponderante; pero no exclusiva, y debe darse al César lo que de César, y no atribuir, como Garcilaso, a una nación, la obra que en el tiempo y en el espacio, como lo acabamos de recordar, fué patrimonio de muchas. Otro tanto debe decirse de los reyes incaicos, pues allí también altera Garcilaso la realidad. Endiosa a Manco Cápac como los indostánicos a Buda. Es la perfección ejemplar. Rodeado de tribus que le temen y veneran, legisla. Enseña a los serranos a sembrar y arar: los inicia en la ley moral, manda congregar las familias aisladas, en pueblos, y funda cien. Establece los curacas, pone penas a los adúlteros, homicidas y ladrones; y habría pronunciado la sentencia cristiana: *que hiciesen con todos lo que quisieran que todos hicieran con ellos, porque no se permitía querer una ley para sí y otra para los otros...*; ordena que los frutos de cada pueblo se guarden en común para dar a cada uno lo que hubiese menester; establece el culto del Sol, señala sitio para hacer un templo y proyecta casas de mujeres para el servicio del mismo.

En las páginas en que Garcilaso se ocupa de Manco Cápac, enumera, paralelamente a su acción externa, las creencias de los Incas, sus ritos y ceremonias, y su fe en la resurrección de las almas; detalla las mejores leyes, las prácticas administrativas y las ordenanzas sociales, especificando las jerarquías y los oficios. Concreta los conocimientos astronómicos de los Incas y, discurre sobre su poesía, sus artes, sus ciencias, sus médicos y filósofos. No asigna positivamente a Manco Cápac *todas* esas costumbres, algunas de las cuales fueron verdades con el tiempo; pero las entrelaza con hechos de *su* gobierno, sin decir que hubiesen sido posteriores, dejando así pensar que él las trajo e impuso. Muere Manco Cápac recomendando a sus hijos que sean mansos

y piadosos, que reduzcan los indios *por amor* y que los mantengan en justicia, sin consentir agravio entre ellos...

Ante tanta belleza, debemos hacer un esfuerzo para recordar que Garcilaso alude a naturales de las sierras del Perú del siglo X. Con razón, tachó Menéndez y Pelayo, la República ideal, imaginada por el Comentarista, de utopía comparable a las de Moore y Campanella. Tal fué claramente, el propósito del Comentarista: elevar a los ojos del mundo deslumbrado, una sociedad primitiva de sublimes cualidades. No existe desde luego coincidencia alguna entre sus fantasías y las informaciones que recogieron los demás autores en diversas épocas. Su versión artificial es solitaria y exclusiva, y no se limita al embellecimiento del primer Inca; extiende la influencia de él a los Incas siguientes para que se le atribuya el origen de todas las costumbres y leyes que se adoptaron después. Así, ofrecerá Manco Cápac el carácter sagrado propio del precursor de la dinastía, profeta de la religión, alma perpetua de la raza y evangelista inefable, dispuesto al sacrificio y aun al martirio por redimir a los pueblos bárbaros del Perú. Es el mito garcilacista; quiere en el tronco del árbol genealógico, un Buda.

Si Manco Cápac hubiese traído consigo las excelsitudes que Garcilaso le atribuye, éstas habrían pertenecido por fuerza a la sociedad de donde salía el precursor. Y es el caso que las culturas conocidas de los indígenas del Perú, de Norte a Sur, no explican el repentino surgimiento de estas superioridades en territorio incaico. Ellas se alcanzaron en siglos de lenta y progresista ascensión. Cuenta Betanzos, que en tiempos de Huiracocha, séptimo Inca, todavía existían *alrededor del Cuzco* más de doscientos caciques libres, señores de aldeas o provincias. En otras regiones, vivían en behetría, sin jefe en tiempo de paz, acudiendo al más valiente en los momentos de riña.

Todos los aspectos de la vida incaica, los refleja con igual fantasía. Habla de "herederos de señores de vasallos" y éstos eran buenamente hijos de los indiecitos que hacían de mandones. Con una pomposidad que mueve a risa, pero que no es ingenua sino calculada, alude a "presidentes de consejo de distrito", "ingenieros de acequias de agua", "abadesas" y desconsiderando el hecho de que no existía escritura, mienta "decretos", "peticiones" y "memoriales". Enumera "cabos de escuadra", "alféreces", "maeses de campo" y "decuriones", en vez de aplicar los nombres indígenas, con lo cual adultera la realidad sencilla de las jerarquías incaicas.

A los quipocamayos, a quienes se encargaba la conservación de lo que era factible guardar de los anales, en los quipus, y a los viejos que cantaban los yaravíes en los cuales reiteraban las tradiciones gloriosas, de cada uno de los reyes, los llama "sabios filósofos y doctores", y nos cuenta seriamente, como si lo hubiese visto, que el Inca se detenía tras de los postigos de las escuelas, escuchando las lecciones. Transforma los servidores de la dinastía, encargados de esas modestas funciones de maestros de kindergarten, en retóricos de academias: la escuela de niños en alto ateneo y presta al Inca postura de sultán de leyenda oriental, de esos que andaban de noche con sus califas por los barrios populares, en busca de filosóficas aventuras.

No se limita Garcilaso a embellecer las costumbres incaicas y a retrotraer las más avanzadas hasta los primeros tiempos históricos de la nación; no le basta refutar la existencia por todos los cronistas asegurada, de ciertas prácticas bárbaras, muy corrientes en las sociedades primitivas, ni le resulta suficiente poner en la picota a las tribus que no fuesen incaicas, para sobre su bajo nivel moral adjudicar una cultura gigantesca a la propia; acude a un plan más

cínico que los ya expuestos, en el propósito de sublimar a sus antepasados y atribuir a su imperialismo una misión civilizadora, desinteresada.

Los españoles cohonestaron su conquista de las Indias, con la autoridad que el Papa dió a sus Reyes, mediante la obligación de doctrinar a los indios y salvar sus almas, al convertirlos al cristianismo. Gracias a esa misión de la cruz, y únicamente a ella, eludían los conquistadores el baldón de ser meros usurpadores de tierras ajenas. Esta finalidad evangélica transformaba en guerra justa su entrada en poblaciones pertenecientes a infieles.

Tuvo Garcilaso la mirífica idea de prestar a sus parientes una misión idéntica, que en forma idéntica también, obrara a favor de ellos, a modo de justificativo de sus conquistas. Tan grande es la audacia que parece inverosímil, y sin embargo, existen las pruebas.

La virtud prestada al primer Inca la extiende a los doce, que convertirá en doce apóstoles, sosteniendo —como según lo dijo Valera— que "nunca hicieron guerra sino movidos por alguna razón que les parecía bastante, como era la necesidad que los bárbaros tenían de que los redujesen a vida humana y política".

En buena cuenta, llevaban a guerrear a millares de seres, y daban muerte a otros tantos, por celo apostólico y puros afanes pedagógicos... En su apasionado panegírico nos ofrece Garcilaso la oposición de dos falsedades: por un lado, los Incas divinizados, erigidos en precursores de San Francisco Solano o San Vicente de Paúl, y a sus pies las demás sociedades, costeñas o serranas, caricaturizadas como conglomerado caótico de fieras y monos.

No serían ya usurpadores, sino prosélitos del bien, ángeles de bondad dispuestos a sacrificarse para redimir las pobres "bestias" que poblaban el resto del Continente. La

expresión "doctrinar" vuelve con impertubable audacia. Afables y piadosos, se empeñaban en purificar a los bárbaros. Jamás son crueles con ellos.

Había hallado Garcilaso con ese espléndido artificio la manera de transfigurar el imperialismo de los Incas, que los llevó a extenderse en el espacio, arrebatando la soberanía de los demás régulos y la independencia de las tribus indígenas. Conviene que el lector repare en lo observado, pues ayudará a descubrir la superchería garcilacista, como revelan los rayos en los cuadros auténticos, los retoques engañosos.

El plan se componía de dos movimientos entrelazados y simultáneos, que para mayor claridad desenvolveremos y trataremos aparte; uno se refiere al carácter de la conquista incaica y el modo de proceder de los Reyes según Garcilaso; el otro a la técnica con que retrotrae las anexiones a los primeros incas y las distribuye a su antojo, usando allí, con el factor: *tiempo,* del mismo mecanismo de transposición aplicada por él antes a las costumbres.

Veremos repetirse las mismísimas escenas en cada guerra, *bajo cada uno de los doce Incas, y a través de siglos de dinastía.* A medida que el imperio se ensancha, topan los Reyes con nuevos vecinos. Deseosos de atraerlos, les envían por mensajeros requerimientos afables y sugestiones de sumisión en lo religioso, lo social y lo político. Si ese anhelo de unidad de señorío persuade a los convidados, el Inca los acoge con caricias, los uniforma y despacha parte de ellos a que vayan a entrematarse con otros, no atraídos todavía. Si osan preferir la libertad, los declara "atrevidos", "soberbios", "rebeldes", "desvergozados", "ingratos" y "pertinaces" —empleamos sus palabras textuales— y no pudiendo ganarlos por bien con su amenaza de amistad, se ve obligado, muy a pesar suyo, a valerse de la fuerza para

sacarlos de su barbarie, matando cantidad de ellos, sólo por vía de advertencia. Cuando después de las primeras escaramuzas o de sangrientas batallas, se entregan arrepentidos, entonces magnánimamente los consuela, misericordiosamente los abraza y le paga con dones de camisetas y usutas, la libertad perdida...

El tomo de las conquistas es extensísimo y las descripciones de ambientes, modalidades y costumbres que median entre una y otras, disimulaban la reiteración de las actitudes y palabras de los Reyes; pero al acercarse unas a otras esas parodias de escenas bíblicas, aparece un común denominador: *la premeditación*, desprendiéndose de ella con nitidez, el temerario propósito de Garcilaso, de asimilar sistemáticamente las finalidades y la conducta de los doce reyes conquistadores, a la misión apostólica de doctrineros católicos. Y su pluma es tan leve, que han pasado siglos sin que la artimaña y su aplicación fueran reveladas. Por el interés mismo de poner un fin radical a la audaz impostura que logró consagrar, extractaremos de la reseña de cada reinado, frases del Comentarista destinadas a comprobar lo dicho. Les opondremos luego las opiniones de los demás cronistas unánimes en su disentimiento.

Sinchi Roca (2.º Inca): "Este príncipe... propuso de aumentar su señorío, para lo cual hizo llamamiento de los más principales curacas que su padre le dejó, y a todos juntos les hizo una plática larga y solemne, y entre otras cosas les dijo: que en cumplimiento de lo que su padre, cuando se quiso volver al cielo, le dejó mandado, que era la conversión de los indios... y adoración del sol, tenía propuesto de salir a convocar las naciones comarcanas... les mandaba... tomasen el mismo cuidado, pues... *tenían la misma obligación de acudir al servicio del sol, padre común de todos ellos, y al provecho y beneficio de sus comarcanos,*

que tanta necesidad tenían de que los sacasen de las bestialidades y torpezas en que vivían, y pues en sí propios podían mostrar las ventajas y mejora que al presente tenían, diferente de la vida pasada... le ayudasen a reducir aquellos bárbaros... Los curacas respondieron: que estaban prestos y apercibidos para obedecer a su rey, hasta entrar en el fuego por su amor y su servicio... Llegado el tiempo salió el Inca bien acompañado de los suyos... convocaron a los indios, persuadiéndoles con buenas palabras, con el ejemplo, a que se sometiesen al vasallaje y señorío del Inca y a la adoración del sol. Los indios... fueron fáciles de obedecer al Inca y someterse a su imperio... En todos ellos hizo lo que su padre en los que redujo, que fué cultivarles las tierras y los ánimos para la vida moral y natural, persuadiéndoles que dejasen sus ídolos y las malas costumbres que tenían, y que adorasen al sol... Los indios le obedecieron y cumplieron todo lo que se les mandó y vinieron muy contentos con el nuevo gobierno del Inca Sinchi Roca, el cual, a imitación de su padre, hizo todo lo que pudo en beneficio dellos, con mucho regalo y amor".

Lloque Yupanqui (3.º Inca): "Puesto asiento en el gobierno de aquellos pueblos principales, así para su vana religión como para la hacienda del Sol y del Inca, se volvió al Cuzco, que no quiso pasar adelante en su conquista porque *estos Incas siempre tuvieron por mejor ir ganando poco a poco, y poniéndolo en orden y razón para que los vasallos gustasen de la suavidad del gobierno* y convidasen a los comarcanos a someterse a él, que no abrazar de una vez muchas tierras, que fuera causar escándalo y mostrarse tiranos, ambiciosos y codiciosos".

(Idem): "El Inca... pasó adelante hasta la nación y pueblo llamado Ayaviri. Los naturales estuvieron tan duros y rebeldes, que ni aprovecharon persuasiones ni promesas,

ni el ejemplo de los demás indios reducidos, sino que obstinadamente quisieron morir todos defendiendo la libertad, bien en contra de lo que hasta entonces había sucedido a los Incas, y así salieron a pelear con ellos sin querer oír razones, y obligaron a los Incas a tomar las armas para defenderse más que para ofenderlos... En Inca, porque las demás naciones no tomasen el mal ejemplo y se desvergonzasen a tomar las armas, quiso castigar aquellos pertinaces; envió por más gente, más para mostrar su poder que por necesidad que tuviese de ella, y entre tanto apretó a los enemigos... y tuvieron por bien rendirse. El Inca... después de haberles mandado dar una grave reprehensión de que se hubiesen desacatado... *los perdonó y mandó que los tratasen bien,* sin atender a la pertinacia que habían tenido".

Mayta Cápac (4.° Inca): "El Inca, por no venir a batalla... envió muchas veces a ofrecer a los enemigos grandes partidos de paz y amistad, mas ellos nunca los quisieron recibir antes de día en día se hacían más desvergonzados... el cual por excusar muertes de ambas partes... sufría el desacato de los enemigos con tanta paciencia, que ya los suyos se lo tenían a mal y le decían que a la magestad del hijo del Sol, no era decente permitir y sufrir tanta insolencia a aquellos bárbaros... El Inca templaba el enojo de los suyos con decirles que por imitar a sus pasados y por *cumplir el mandato de su padre el Sol, que le mandaba mirase por el bien de los indios, deseaba no castigar aquéllos con las armas...* Hasta que un día, vencido de la importunidad de los suyos, y forzado de la insolencia de los contrarios, que era ya incomportable, mandó apercibir batalla... venidos a las manos pelearon, de una parte y de otra, con grandísima ferocidad y coraje...

"Los Collas... viendo los que habían muerto, perdido el ánimo y el coraje que hasta entonces habían tenido, no

supieron qué hacer ni qué consejo tomar... En esta confusión, tomaron el camino más seguro, que fué el parecer de los más viejos, los cuales aconsejaron que, rendidos, aunque tarde, invocasen la clemencia del príncipe, el cual, aunque ofendido, imitaría la piedad de sus padres, de los cuales se sabían cuán misericordiosos habían sido con enemigos rebeldes y no rebeldes".

(Idem). "*El cual los recibió con mucha mansedumbre. Los Collas, puestos de rodillas, le dijeron que no venían a pedir misericordia, porque bien sabían que no merecían que el Inca la usase con ellos por su ingratitud y mucha pertinacia; que solamente le suplicaban mandase a la gente de guerra los pasase a cuchillo, porque fuesen ejemplo para que otros no se atreviesen a ser inobedientes al hijo del Sol como ellos lo habían sido.* El Inca mandó que un capitán de los suyos respondiese en nombre y les dijese *que su padre el Sol no lo había enviado a la tierra para que matase indios, sino para que les hiciese beneficios* sacándolos de la vida bestial que tenían... para que viviesen como hombres y no como brutos, *y que por cumplir este mandamiento andaba de tierra en tierra sin tener necesidad de ellos, atrayendo los indios al servicio del Sol; y que como hijo suyo, aunque ellos no lo merecían, los perdonaba* y mandaba que viviesen... que de allí adelante se enmendase... Dada esta respuesta, los mandó vestir y curar, y que los tratasen con todo el regalo posible".

Cápac Yupanqui (5.º Inca): "El Inca Cápac Yupanqui y sus maeses de campo, habiendo considerado la respuesta de los Umasuyos, acordaron que lo más presto que fuese posible diesen en sus pueblos para que tomándolos desapercibidos, domasen su atrevimiento y desvergüenza, con el miedo y asombro de las armas más que con el daño dellas, porque como se ha dicho, fué ley y mandato expreso del

primer Inca Manco Cápac para todos los reyes sus descendientes, que en ninguna manera derramasen sangre en conquista alguna que hiciesen, si no fuese a más no poder, y que procurasen atraer los indios con caricias y beneficios y buena maña...

"*El Inca respondió por su capitán, que él no había venido allí sino a quitar sinrazones y agravios, y a enseñar todas aquellas naciones bárbaras a que viviesen en ley de hombres y no de bestias*... el día siguiente vinieron todos los indios que estaban retirados en aquellas sierras, que eran más de doce mil hombres de guerra... y puestos de rodillas a su usanza, acataron al Inca y se entregaron por sus vasallos...

"El Inca, muy en contra del temor de los curacas, que entendían los mandaba degollar, los recibió con mucha clemencia, y les mandó decir que no se admiraba que como bárbaros mal enseñados no entendiesen lo que les convenía para su religión ni para su vida moral...

"Después, los caciques Cari y Chipana trataron entre sí las leyes del Inca, el gobierno de su casa y corte y de todo su reino, la mansedumbre con que procedía en la guerra y la justicia que a todos hacía sin permitir agravio a ninguno. Particularmente notaron la suavidad e igualdad que con ellos dos había usado, y cuán justificada había sido la partición de sus tierras. Todo lo cual bien mirado y consultado con los deudos y súbditos que consigo tenían, determinaron entre todos entregarse al Inca y ser sus vasallos...

"...le suplicaban hubiese treguas de ambas partes y que (entretanto que les enseñaban las leyes) el Inca y su ejército entrase en la provincia, con palabra que les diese de salirse y dejarlos libres si sus leyes no les contentasen; empero que si fuesen tan buenas como él decía, desde luego le adoraban por hijo del Sol y le reconocían por señor.

El Inca dijo que aceptaba la condición... aunque podía rendirlos por fuerza de armas; empero que holgaba de guardar el ejemplo de sus pasados que era ganar los vasallos por amor y no por fueza, y que les daba su fe y palabra de dejarlos en la libertad que tenían cuando no quisiesen adorar a su padre el Sol ni guardar sus leyes, porque esperaba que habiéndolas visto y entendido, no solamente no las aborrecerían, sino que las amarían y les pesaría de no haberlas conocido muchos siglos antes".

Inca Roca (6.º Inca): "Estas dos provincias abrazan entre sí muchas naciones de diversos nombres... que pasaban de cuarenta mil vecinos, con los cuales *gastó el Inca muchos meses (y aun dicen los naturales que tres años) por no romper y llegar a las armas, sino atraerlos por caricias y regalos.* Mas aquellos indios... belicosos y rústicos, estuvieron muchas veces a punto de romper la guerra. Empero, *la buena maña del Inca y su mucha afabilidad pudieron tanto, que al fin de aquel largo tiempo se redujeron a su servicio y abrazaron sus leyes* y admitieron los gobernantes y ministros que el Inca les dijo".

(Idem). "...llegó a los confines de las provincias Chuncuri, Pucuna y Muyumuyu, que eran las más cercanas a su reino. Envióles mensajeros... Los naturales se alteraron grandemente, y los capitanes mozos y belicosos tomaron las armas con mucho furor... Los más ancianos y mejor considerados, dijeron que mirasen que por la vecindad que con los vasallos del Inca tenían sabían años había que sus leyes eran buenas y su gobierno muy suave, que a los vasallos trataban como a propios hijos y no como a súbditos... y que en lo de sus dioses, sin que el Inca lo mandase les decía la razón que el Sol merecía ser adorado mejor que sus ídolos. Por tanto, que se allanasen y recibiesen al Inca por señor y al sol por su dios, pues en lo uno y en lo otro ga-

naban honra y provecho. Con estas razones y otras semejantes aplacaron los viejos a los mozos de tal manera, que de común consentimiento fueron los unos y los otros a recibir al Inca...".

Yahuar Huacac (7.º Inca): "...acordó hacer otra conquista de más honra y fama, que era reducir a su imperio unas grandes provincias que habían quedado por ganar en el distrito de Collasuyu, llamadas Caranca, Ullaca, Llipi, Chicha, Ampara, las cuales, demás de ser grandes, eran pobladas de mucha gente valiente y belicosa, por los cuales inconvenientes *los Incas pasados no habían hecho aquella conquista por fuerza de armas, por no destruir aquellas naciones bárbaras e indómitas, sino que de suyo se fuesen domesticando y cultivando poco a poco y aficionándose al imperio y señorío de los Incas, viéndolo en sus comarcanos tan suave, tan piadoso, tan en provecho de los vasallos como lo experimentaron todos ellos*".

Idem: "...como todos sus pasados se hubiesen preciado tanto de la afabilidad y mansedumbre, érale de suma pena ver al Príncipe de contraria condición... el Inca su padre, acordó desfavorecerlo del todo y apartarlo de sí con propósito, si no aprovechaba el remedio del disfavor para enmendar la condición, desheredarlo y elegir otro de sus hijos para heredarlo que fuese de la condición de sus mayores...".

Viracocha (8.º Inca): "Estando el Inca en la provincia Charca *vinieron embajadores del reino llamado Tucma, que los españoles llaman Tucumán, que está doscientas leguas de los Charcas al Sueste y puestos ante él le dijeron: Capa Inca Viracocha: la fama de las hazañas de los Incas tus progenitores, la rectitud e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mensedumbre de la real condición de todos vosotros, y las*

grandes maravillas de su padre el Sol nuevamente ha hecho por tí, han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra y aun pasan adelante. De las cuales grandezas aficionados los Curacas de todo el reino de Tucma, envían a suplicarte hayas por bien de recibirlos debajo de tu imperio y permitas que se llamen tus vasallos para que gocen de sus beneficios, *y te dignes de darnos Incas de tu sangre real que vayan con nosotros a sacarnos de nuestras bárbaras leyes y costumbres y a enseñarnos la religión que debemos tener...*

"El cual los recibió con mucha afabilidad... *Los embajadores, habiendo asistido algunos días a la presencia del Inca,* muy contentos de su condición y admirados de las buenas leyes y costumbres de la Corte, y habiéndolas cotejado con las que ellos tenían, *decían que aquellas eran leyes de hombres hijos del Sol, y las suyas de bestias sin entendimiento.*

"...dos días después de la batalla *salió con su gente en seguimiento de los enemigos, no para maltratarlos, sino para asegurarlos del temor que podían llevar de su delito... y de los mismos indios rendidos envió mensajeros que fuesen a sus provincias y pueblos y les dijesen cómo el Inca iba a perdonarlos y consolarlos y que no hubiesen miedo... Los indios, así los leales como los que se habían rebelado, quedaron admirados de ver la piedad y mansedumbre del Príncipe,* que no lo esperaban de la aspereza de su condición, antes habían temido que pasada la victoria había de hacer alguna grande carnicería. Empero, decían, que su dios el Sol le había mandado que mudase de condición y semejase a sus pasados".

Pachacútec (9.º Inca): "...en llegando (su hijo, y su hermano Inca Yupanqui) a los términos de Casamarca... enviaron un mensaje con los requerimientos y protestaciones acostumbradas de paz o de guerra... Los de Casamarca...

como gente valiente y belicosa... tenían apercibidas las armas y los bastimentos, y estaban fortalecidos en sus plazas fuertes...y así respondieron con mucha soberbia...que ellos no querían su amistad y menos su señorío...Así duró la guerra cuatro meses, por querer los Incas ir entreteniéndola por no destruir los enemigos, más que no por la pujanza dellos, aunque no dejaban de resistir con todo ánimo; empero, ya disminuídos de su primera bizarría. *Durante la guerra, hacían los Incas todo el beneficio que podían a sus enemigos por vencerlos por bien...Con estas y otras semejantes caricias, porfiadas en tan largo tiempo, empezaron los de Cassamarca a ablandar y amansar la ferocidad y dureza de sus ánimos* y volver en sí poco a poco, para considerar que no les estaba mal sujetarse a gente que pudiéndolos matar, usaba con ellos de aquellos beneficios...*y así enviaron luego sus embajadores, diciendo que por haber experimentado la piedad, clemencia y mansedumbre de los Incas, y la potencia de sus armas, confesaban que merecían ser señores del mundo... Por lo cual, arrepentidos de su dureza y avergonzados de su ingratitud de no haber correspondido antes a tantos beneficios recibidos, suplicaban al Príncipe y a su tío el General, tuviesen por bien de perdonarles su rebeldía... El Inca Cápac Yupanqui, en lugar del Príncipe, su sobrino, los recibió con mucha afabilidad y con muy dulces palabras* les dijo, que en nombre del Inca su hermano y del Príncipe su sobrino, los perdonaba y recibía en su servicio como a cualquiera de sus vasallos, y que de lo pasado no se acordarían jamás.

"...Los Incas, guardando su antigua costumbre de no destruir los enemigos por guerra, sino conquistarlos por bien, dejaron correr el tiempo hasta que los Yuncas se cansasen y se entregasen de su grado, y porque habían pasado ya dos meses, mandaron los Incas renovar su ejército antes que el

calor de aquella tierra les hiciese mal...*El Inca Cápac Yupanqui, viendo la rebeldía de los Yuncas y que se perdía tiempo y reputación en esperarlos tanto, y que para cumplir con la piedad del Inca su hermano bastaba lo esperado... les envió un mensaje* diciendo que ya él había cumplido con el mandato del Inca su hermano, que era que atrajese los indios a su imperio por bien y no por mal... por tanto, les enviaba a amonestar que se rindiesen al servicio del Inca dentro de ocho días, los cuales pasados les prometía pasarlos todos a cuchillo y poblar sus tierras de nuevas gentes que a ellas traería. Mandó a los mensajeros que dado el recaudo, se volviesen sin esperar respuesta. *Los Yuncas temieron el recaudo porque vieron que el Inca tenía demasiada razón, que les había sufrido y esperado mucho, y que pudiendo haberles hecho la guerra a fuego y a sangre, la había hecho con mucha mansedumbre* que había usado...Otro día fué el Curaca acompañado de sus deudos y otros nobles a besar las manos al Inca y a darle la obediencia personalmente. *El Inca holgó mucho con el Curaca Chincha por ver acabada aquella guerra que le había dado hastío y pesadumbre, y así recibió con mucha afabilidad al gran Yunca y le dijo muy buenas palabras acerca del perdón y de la rebeldía pasada, porque el Curaca se mostraba muy penado y afligido de su delito".*

Idem: "El grande y poderoso Chimu, habiendo oído el requerimiento del Inca, respondió diciendo que está aprestado con las armas en las manos para morir en defensa de su patria, leyes y costumbres...Hubo muchos muertos y heridos de ambas partes... fué la guerra más reñida que los Incas tuvieron hasta entonces...Entre tanto que la guerra se hacía tan cruel y porfiada, llegaron los veinte mil soldados que el príncipe pidió de socorro, con los cuales reforzó su ejército y reprimió la soberbia y altivez de Chimu, trocada ya en

tristeza y melancolía... y mostrando estar ya fuera de ella, *envió sus embajadores al Príncipe Inca Yupanqui diciendo suplicaba a su Alteza no faltase para los suyos y para él la misericordia y clemencias que los Incas hijos del Sol habían usado en todas las cuatro partes del mundo que habían sujetado, pues a todos los culpados y pertinaces como él, los había perdonado...* Con la embajada holgó mucho el Príncipe por haber acabado aquella conquista sin derramar la sangre que se temía; *recibió con mucha afabilidad los embajadores; mandólos regalar y decir que volviesen por su Curaca y lo llevasen consigo, para que oyese el perdón del Inca de su misma boca...*El bravo Chimu, domado ya de su altivez y soberbia, paresció ante el príncipe con otra humildad y sumisión, y derribándose por tierra, le adoró y repitió la misma súplica que con su embajador había enviado. *El príncipe...lo recibió amorosamente;* mandó a dos capitanes que lo levantasen del suelo y habiéndole oído le dijo que le perdonaba todo lo pasado y mucho más que hubiera hecho... Chimu, alentado y esforzado con la afabilidad y buen semblante que el príncipe le mostró, y con las palabras tan favorables que le dijo, le adoró de nuevo y respondió diciendo que *el mayor dolor que tenía, era no haber obedecido la palabra de tal señor luego que la oyó; que esta maldad, aunque ya su Alteza se la tenía perdonada, la lloraría en su corazón toda su vida...*".

Inca Yupanqui (10.º Inca) "El buen Inca Yupanqui... consultó con los de su consejo sobre hacer una brava y dificultosa jornada, que era hacia los Antis, al oriente del Cuzco...Tenía este deseo...por *conquistar las naciones que hubiese de aquella parte, para reducirlas a su imperio y sacarlas de las bárbaras e inhumanas costumbres que tuviesen*".

Túpac Inca Yupanqui (11.º Inca): "*...los recibió con mucha afabilidad y lástima de que se hubiesen dejado llegar*

a la extrema necesidad; mandó que los regalasen como a propios hijos...

"...en algunos recuentros se mostraron los de Huanucu belicosos y desverganzados, por lo cual los capitanes del Inca hicieron en ellos gran castigo, que los pasaban a cuchillo con mucho rigor, mas *el Inca los aplacó diciéndoles que no olvidasen la ley del primer Inca Manco Cápac, que mandaba sujetasen los indios a su imperio con halagos y regalos y no con armas y sangre...*".

(Túpac Inca Yupanqui) "...porque los enemigos viesen que *el haberles convidado con la paz, no había sido flaqueza de ánimo ni faltas de fueza, sino piedad y mansedumbre, tan acostumbrada por sus pasados, mandó reforzar la guerra de veras...* apretaron a los enemigos de manera que les convino pedir misericordia. *El Inca los recibió con mucha clemencia...*y así mandó a sus ministros que tratasen a los Huacrachucus como si fueran hermanos...".

Idem: "El Inca...fué contemporizando la guerra sin romperla de hecho por atraerlos con caricias y afabilidad conforme a la costumbre de sus antepasados...".

Huayna Cápac (12.º Inca): "...llegó al valle llamado Chimu, que es ahora Trujillo, hasta donde su abuelo el buen Inca Yupanqui dejó ganado y conquistado a su imperio, como queda dicho. De allí envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra a los moradores del Valle de Chicama y Pacasmayu, que está más adelante; los cuales como había años que eran vecinos de los vasallos del Inca, y sabían la suavidad del gobierno de aquellos reyes, había muchos días que deseaban el señorío dellos, y así *respondieron que holgaban mucho ser vasallos del Inca y obedecer sus leyes y guardar su religión*

"Dada esta orden, *el Inca se volvió a Tumpiz a otras cosas importantes al mismo gobierno, que no era otro el*

estudio de aquellos príncipes, sino cómo hacer bien a sus vasallos...".

Idem: "*Duró tanto la conquista de Quitu, porque los Reyes Incas, padre y hijo, no quisieron hacer la guerra a fuego y sangre, sino que iban ganando la tierra como los naturales la iban dejando y retirándose poco a poco.* Y aun dicen que durara más, si al cabo de los cinco años no muriera el rey de Quitu. El cual murió de aflicción de ver perdida la mayor parte de su principado y que no podía defender lo que le quedaba...sus capitanes se entregaron luego a merced del Inca Huayna Cápac, *el cual los recibió con mucha afabilidad y les hizo, merced de mucha ropa de su vestir, que era lo más estimado de los indios...y a la gente común mandó que tratasen con mucho regalo y amistad. En suma, hizo con los de aquel reino todas las generosidades que pudo para mostrar su clemencia y mansedumbre*".

Idem: "Los amotinados ... acordaron desamparar sus pueblos y casas y huir a los montes, y así lo hicieron todos los que pudieron...Los viejos que quedaron con las demás gente inútil, como más experimentados, trayendo a la memoria la generosidad de Huayna Cápac que no negaba petición que mujer alguna le hiciese, acudieron a una matrona Chachapuya natural de aquel pueblo Cassamarquilla, que había sido mujer del gran Túpac Inca Yupanqui... La matrona...salió a toda diligencia acompañada de otras muchas mujeres de todas edades... y fué al encuentro del Inca; al cual halló casi dos leguas de Cassamarquilla, y postrada a sus pies con gran ánimo y valor, le dijo: "Solo Señor, ¿dónde vas?...El Inca estuvo mucho rato suspenso, considerando las razones de la Mamacuna, y como a ellas se añadiese el clamor y lágrimas que con la misma petición las otras indias derramaban, *doliéndose de ellas y apagando con su natural piedad y clemencia los fuegos de su justa ira,*

fué a la madrastra y levantándola del suelo dijo:...Vuélvete en hora buena a los tuyos y perdónales en mi nombre, y hazles cualquiera otra merced y gracia que a ti parezca".

* * *

Como lo habrá observado el lector, los Incas todos, según Garcilaso, y cualquiera que sea la época, carecen de codicia, de crueldad, triunfan invariablemente, conquistan por el bien de los bárbaros y son divinamente mansos, clementes y acariciadores. Hemos citado al Comentarista. Daremos ahora la palabra a cronistas que años antes que él y después, dieron del carácter de los Incas y de las guerras, una visión ajustada a la tradición histórica.

Quipocamayos de Vaca de Castro: "A Mayta Cápac sucedió Cápac Yupanqui... A éste se le venían a la obediencia más por temor que por voluntad.

"Al tiempo que se ocupó (Túpac Inca Yupanqui) en la conquista de Chile...haciendo guerra cruel con ellos, lo apaciguó e hizo justicia de los alzados; de los más principales... los mandaba desollar los cueros y aforrar los tambores...".

Betanzos: "...fueron muertos de la parte de Inca Yupanqui más de 30.000 hombres y de los Chancas, que eran los enemigos, no quedó hombre a vida".

Cieza: Túpac Inca tuvo dificultades con los Chinchas y con los indios del Huarco, lo que fué causa para que alguna de las tribus de naturales de valles antes conquistados por el Inca, se rebelaran y luego lucharan con él tres años. "...pero al fin, al cabo de los tres años —dice Cieza— los del Guarco fueron enflaqueciendo, y el Inca que lo conoció, les envió de nuevo embajadores que les dijesen que fuesen todos amigos y compañeros, que él no quería sino casar sus hijos con sus hijas, y por el consiguiente, sotener en todo

confederación con gran igualdad y otras cosas dichas con engaño, paresciéndole a Túpac Inca que merescían grand pena por haberle dado tanto trabajo; y los del Guarco, paresciéndoles que ya podrían sustentarse muchos días, y que con las condiciones hechas por el Inca sería mejor gozar de tranquilidad y sosiego, concedieron en lo que el rey Inca quería; que no debieran, porque dejando el fuerte, fueron los más principales a le hacer reverencia, *y más pensar, mandó a sus gentes que los matasen a todos, y ellos con gran crueldad lo pusieron por obra, y mataron a todos los principales y hombres más honrados dellos que allí estaban, y en los que no eran, también se ejecutó la sentencia; y mataron tantos como hoy día lo cuentan los descendientes dellos y los grandes montones de huesos que hay son testigos,* y creemos que lo que sobre esto se cuenta es lo que veis escripto.

"...Inca Yupanqui...determinó de salir del Cuzco con mucha gente de guerra a lo que llaman Collao y sus comarcas... y anduvo hasta ser llegado al gran pueblo de Ayavire, adonde dicen que, *no queriendo venir los naturales dél en conformidad, tuvo cautela como, tomándolos descuidados, mató a todos sus vecinos, hombres y mujeres, haciendo lo mismo de los de Copacopa;* y la destrucción de Ayavire fué tanto, que todos los más perecieron, que no quedaron sino algunos que después quedaban asombrados de ver tan grande maldad y como locos furiosos, por las sementeras, llamando a los mayores suyos con grandes aullidos y palabras temerosas.

"Desde río de Mira se abaja hasta los grandes y suntuosos aposentos de Carangue; antes de llegar a ellos se ve la laguna que llaman Yaguarcocha, que en nuestra lengua quiere decir mar de sangre, adonde, antes que entrasen los españoles en el Perú, el rey Guaynacapa, por cierto enojo

que le hicieron los naturales de Carangue y de otros pueblos a él comarcanos, cuentan los mismos indios que mandó matar más de veinte mil hombres y echarlos en esta laguna; y como los muertos fuesen tantos, parescía algún lago de sangre, por lo cual dieron la significación o nombre ya dicho.

"Los Cañares estaban temerosos de Atahualpa... y como llegase cerca de los aposentos principales *cuentan muchos indios a quien yo lo oí, que por amansar su ira, mandaron a un escuadrón grande de niños y a otro de hombre de toda edad que saliesen hasta las ricas andas, donde venía con gran pompa llevando en las manos ramos verdes y hojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo, sin mirar injuria* pasada, y que con tantos clamores se lo suplicaron y con tanta humildad, que bastara a quebrantar corazones de piedra. Mas, *poca impresión hicieron en el cruel de Atahualpa, porque dicen que mandó a sus capitanes y gente que matasen a todos aquellos que habían venido, lo cual fué hecho".*

Lic. Matienzo: "Estos ingas fueron crueles. Uno de ellos hizo matar cinco mil hombres en un lugar junto a Payta y sacar los corazones y cercar la fortaleza de ellos".

Sarmiento: "A los que se le resistían, los asolaba totalmente".

Santillán: "El modo que, estos ingas tuvieron en conquistar y señorear fué, que llegando a una provincia enviaban sus mensajeros al curaca y señor della, y haciéndole saber que lo que pretendían dellos era tenerlos y mantenerlos en razón y justicia y defenderlos de quien mal les hiciese o quisiese tener guerra con ellos; y que supiesen cómo él era hijo del sol, y que él le enviaba a esto y a hacerles mercedes; que *si le admitían lo verían, donde no, que morirían todos".*

Discurso Anónimo: "Algunas veces acontescía haber rebeliones y alzamientos contra el Inga, con sus secuaces y favorecedores..., el cual, con mucha brevedad, apellidaba toda la tierra de indios y gentes de guerra, e acudía personalmente a ella, y con la multitud de gente que echaba a ella apaciguaba la tierra con mucha brevedad, y *hacía tal castigo en ellos y en sus secuaces, que no dejaba ninguno de ellos a vida, y de los más principales de ellos los mandaba desollar los cueros y hacia y aforrar los atambores con que celebraban sus fiestas;* estas figuras las hacía embalsamar la cabeza con el rostro y brazos con las manos, de suerte que quedaba la figura casi entera, y esto hacía para que quedara memoria del castigo que se hacía de los tales atrevidos, y mandaba asolar los pueblos hasta los cimientos, de suerte que no quedaba memoria de ellos perpetuamente, mas de el castigo que en ellos se había hecho".

Informaciones del Virrey Enríquez: "...supo y entendió este testigo de los dichos indios antiguo, que Inga Yupanqui, señor que fué deste reino, hizo cárceles en que fuesen metidos los delincuentes: dos perpetuas, y una para mientras se averiguaban los delitos, y otra gravísima y áspera, y la forma desto era unas cuevas debajo de tierra, todas incadas por lo bajo y alto y lados de pedernales agudos, de suerte que no pudiesen estar en ellas sin herirse por muchas partes, y en esta echaban los que no querían dar la obediencia y sujeción en las guerras, y tenían allí muchas sabandijas, leones, culebras y otras ponzoñas para que muriesen".

Cabello de Balboa: "Topa Inga... hizo prisioneros a Chuca-Chuca y a Chasuti-Coaquiri, que eran los principales jefes de esta rebelión. *Para aterrorizar a los sublevados, el Inga los condenó a muerte y mandó hacer tambores con su piel.*

"El Inga construyó una fortaleza en el país y mandó colgar de sus murallas tal número de prisioneros, que este lugar tomó el nombre de Guarco o patíbulo.

"El Inga... Recordando la manera cómo los Changas se habían conducido respecto de su padre algunos años antes, quiso dirigir contra ellos el primer esfuerzo de sus soldados... se dirigió hacia Andaguailas *y ejecutó tales crueldades durante su marcha, que hoy mismo los peruanos lo tienen como al hombre más bárbaro y más sanguinario que ha existido jamás.* El solo es quien merece el reproche de crueldad que algunas veces se ha dado a los Incas. Cuando llegó al territorio de los Chancas, los venció en muchos encuentros, *hizo perecer a todos los jefes y a todos los nobles de esa nación, y los reemplazó con sus hijos,* los cuales estaban subordinados a jefes enviados del Cuzco... Después de esta victoria llevó a cabo otras más fáciles sobre los Lucanas y sobre otras naciones, que estaban espantadas de la bárbara manera como el Inga trataba a los vencidos... Si sin temor algunos le reprochamos su crueldad y su afición al derramamiento de sangre, tampoco podemos pasar en silencio lo que había en él de bueno... Jamás hizo la guerra a una nación, sin hacerle antes dos o tres veces proposiciones de paz; sólo cuando se las rechazaban era que tomaba las armas; pero entonces su benignidad se cambiaba en crueldad".

P. Morua: "...volvió (Pachácutec) a Vilcas y edificó la fortaleza... bajó conquistando todas las tierras comarcanas hasta Quito y los Cañares y Huancavilcas, a los cuales hizo por remisos dar saco y sacar los dientes..."

P. Lizárraga: "Otras 25 leguas adelante entramos en el valle muy espacioso y abundante, llamado Tumipampa, donde ningunos naturales dejó el Inga, porque cuando iba conquistando estos reinos, llegando aquí le hicieron mucha

resistencia; pero, vencidos, a los que dejó con la vida, que fueron pocos, los transportó por acá árriba".

Poma de Ayala: "*...tenía (Pachacútec) tambores hechos de hombres principales,* los que fueron rebeldes y traidores, hecho todo el cuerpo entero, vestido a su traje, hecho tambor, y le llamaban a estos tambores runatinya, y estaba como si estuviese vivo y con su propia mano tocaba la barriga, y el tambor fué hecho de la barriga, *y de otros rebeldes hacían mates de beber chicha, de la cabeza, y flautas de los huesos, y de los dientes y muelas gargantillas*".

P. Oliva: "...estando el Inca para hacer esta jornada con otro ejército muy poderoso... porque tenía intento de llevarlo a fuego y sangre y de dejar poblado aquel reino de otra nación, adolesció de una grave y aguda enfermedad".

"No estaba del todo conquistado el reino de Chile, y así para sujetarlo hizo (Huayna Cápac) numeroso ejército que entregó para este efecto a Anamanya, orejón, que nombró por su general y con amplísima comisión y orden para que teniendo allanada la tierra, sacase la gente della a las partes del Perú y que la poblase con los que llevaba en su ejército; pero que *si no consintiesen en esto, lo llevase a fuego y sangre, de suerte que no quedase memoria de indio chileno*".

Montesinos: "*Llamóse este sitio de Cuenca antiguamente Tumipampa, que quiere decir "llano del cuchillo"... La causa porque le pusieron este nombre, fué porque estando el Inga en este paraje, descansando del largo viaje que hizo, y con tantos trabajos, con sus gentes, vieron por las sierras, cerca del ejército, grandes tropas de enemigos, que al son de muchas bocinas y otros instrumentos venían a inquietarlos...* Fueron los muertos sinnúmero; *los presos dicen los indios que pasaron de ocho mil. Otro día después de la victoria, mandó el Inga Huira Cocha pasarlos todos a cuchillo; y no paró en esto, porque mandó buscar los viejos y las vie-*

jas de aquella provincia y les hizo cortar las cabezas. Y por esto llamaron a este lugar Tumipampa".

Podríamos centuplicar los ejemplos; pero bastan para la prueba los insospechables testimonios ofrecidos. El imperio incaico se formó, como todos los que conoció el mundo, por razones de codicia y por medio de astucia, cálculos estratégicos, fuerza y desconsideración de los derechos ajenos. Comenzaban sus reyes, sabiamente, por proponer al Cápac amenazado una sumisión pacífica y le dejaban elegir entre esa alternativa o la guerra; pero si se negaba a reconocer la autoridad del Inca, asolaban sin merced sus pueblos, sobre todo cuando se prolongaba la resistencia. Dejaban el gobierno del territorio anexado al jefe o al hijo del jefe depuesto, y rodeándolo de fieles, seguían adelante, sacando tropas de entre ellos con el doble fin de tener rehenes que garantizasen la lealtad del fingido aliado y engrosar el ejército, sin despoblar la propia tierra. Por más condescendiente que fuera en apariencia la sumisión del vencido, significaba siempre el fin de la vida libre y odiosa obediencia al usurpador. Por eso surgían a menudo rebeliones, en que perecían los curacas ganados por el nuevo amo. Volvían entonces los Incas a mandar ejércitos, con orden de tomar crueles represalias. El juego era continuo en su reiteración: terror, sumisión, rebeldía, terror...

Todos estos métodos los perfeccionó Pachacútec con su organización previsora, dentro y fuera de lo adquirido, mas ni él, ni sus antecesores, ni sus descendientes, anduvieron, como lo describe Garcilaso, recorriendo costas y sierras, montes y pantanos, para enseñar a los bárbaros, que no tenían la suerte de ser incaicos, a vivir como hombres racionales. El imperio no lo formaron con palabras dulces, sino con anexiones. Fueron en sus buenas horas, moderados y a menudo magnánimos, pero nada más. La idea del apostolado,

es una simple trasposición del más bello principio moral del Nazareno, aprovechado por Garcilaso, para aplicarlo a los Reyes incaicos y embellecerlos con él.

Creemos haber dicho lo suficiente para probar la desconfianza que merecen los Comentarios. Resuelto a añadir o borrar, con tal de idealizar a sus antepasados maternos, construyó Garcilaso una república imaginaria e inventó la *misión* de una raza predestinada. Las conquistas fueron sacrificios y ellos, cruzados de una santa causa, en actitud de redentores, dispuestos a inmolarse por un apostolado divino. Con esta fabulación, procuraba Garcilaso enaltecer la política codiciosa de los Incas, afanados por extender el imperio y monopolizar el derecho de posesión y mando.

Analizamos su técnica de persuasión y principalmente —porque este trabajo no había sido hecho— las astucias de novela picaresca de que usó para atribuirse una autoridad superior, descalificar a los cronistas de que aprovechaba y dar a sus fantasías viso de primicias. No había por qué suponer que su versión de las conquistas fuese menos arbitraria. Acaso sea donde más luce su ingenioso desenfado.

Es digno de notarse que él, siempre precavido en la mención de fuentes, prescinde aquí por completo de ellas. Página tras página, alega *una* autoridad: "*los indios dicen...*" ¿Qué indios? ¿Los que él conoció y trató en el Perú a los veinte años? ¿A ellos debe la lista de guerras, de naciones, de localidades, de marchas de hechos y de leguas que ofrece? ¿En esos anónimos de hacía cuarenta o cincuenta años descansa su memoria? No es ficticia, en Cieza, Betanzos, Sarmiento o Cabello de Balboa la invocación; lo que anotan acaban de oirlo de indios, sea amautas, sea viejos que recordaban la tradición. Escribían en el Perú; él, en Córdoba de Andalucía, y para equipararse a ellos, utiliza una fuente que bajo su pluma es mera fantasía: *¡dicen los*

indios! Lo hemos descartado en nuestra versión de las conquistas, y señalaremos ahora la deliberada deformación de la suya.

La condena cabe en una frase: Garcilaso fué lógico consigo mismo. Leyes y costumbres que databan de Pachacútec o de Túpac Inca, las retrotrajo a Manco Cápac o las entremezcló con relaciones de hechos de otros reyes. Saltando la Edad Media que existe en toda sociedad indígena, entre la behetría inicial y la evolución paulatina del pensamiento hacia las *civitas,* atribuyó la barbarie y las prácticas que derivan de ella a *otras* razas que habían de ser civilizadas y doctrinadas por sus antepasados. Y reincide con las conquistas. Los Incas, surgidos de las cuevas de Paucartambo, resplandecientes y pomposos, ofrecen de golpe y desde el principio, uno por uno, en sus conquistas y en su acción gubernativa, la sabiduría de consumados estadistas, la dulzura caritativa de elevación moral de pontífices y la fatuidad de omnipotentes monitores, frente a "gente vilísima, tan mísera y apocada, que temen les ha de faltar la tierra y el agua, y aun el aire". O si no, "sucios, mal vestidos", "gente vil, poco menos que bestias"; "gente barbarísima en vida y costumbres". Los de Túmbez, como los de Quito y los demás costeños, debían "adorar al Inca y a sus ministros, por los beneficios que les hacían en sacarlos de ser brutos y hacerlos hombres..."; los de Manta "eran betetría sin ley ni gobierno" y más al sur, existía "gente más bárbara y bestial que toda las demás que por la costa hasta allí habían conquistado". Son invariablemente "salvajes", "fieras", "brutos" o "bestias", y cuando resisten, son "desvergonzados", "pertinaces" y "atrevidos".

Sabiendo que no se conocía entonces otra constancia de la progresión del imperio, sino la recogida de una tradición verbal siempre discutible, utiliza, sin mentarlas nunca, en

esta parte de su obra, las crónicas españolas o mestizas anteriores a él, para dar con los nombres de tribus y lugares, verosimilitud a la suya; y luego, desequilibra la cronología y se aparta de los historiadores, distribuyendo a su antojo entre los Reyes, conquistas y leguas de tierra anexada, como antes había repartido los progresos.

Cada uno, desde el primero, sale, triunfa, vuelve, conquista otra vez y deja a su pueblo nuevas tribus vencidas y provincias añadidas. No hay excepciones. Las más inteligentes y fidedignas autoridades, como son Betanzos, Polo de Ondegardo, Santillán, Sarmiento, el Padre Acosta, recibieron, trabajando en épocas diferentes (1540-1580), una información de los indios, muy semejante en un punto, y era que las principales conquistas habían sido cumplidas por los tres últimos Incas: Pachacútec, Túpac Inca y Huayna Cápac.

Otros cronistas, como los Quipocamayos de Vaca de Castro, Cieza de León, Cabello de Balboa y Morúa, no menos respetables que los anteriores, variaron levemente por haber recogido en su tiempo la noticia de que hubo ciertas conquistas hechas *antes* de los tres últimos Incas, y precisaron quiénes las habían realizado. Nos referimos exclusivamente a los cronistas del siglo XVI, pues los que escribieron después, recibieron casi todos, desdichadamente, la influencia de Garcilaso. Naturalmente, no se asemejan al orden arbitrario de Garcilaso. A él le ha sabido a bueno que cada uno de los Reyes, como los que martillan las horas en la catedral de Oxenstein, salga automáticamente de su nicho hacia el triunfo, desfile afablemente en sus andas de oro, gane con piedad y para el bien de los naturales anexados un trocito de espacio y pase sonriente y magnánimo al otro mundo. Habrían sido redentores los doce, grandes generales los doce y habrían dado los doce idénticos toques en el reloj de la historia...

Tampoco se parece la versión garcigalesca a la información de los autores que tocaron directamente o de paso la acción decisiva de los tres últimos Reyes. Cieza es en ese punto muy expresivo. Refiriéndose al gobierno, leyes y costumbres de los Incas, dice: "pondré en este lugar lo que yo entendí y tengo por cierto, conforme a la relación que dello tomé en la ciudad del Cuzco y de las reliquias que vemos haber quedado destas cosas todos los que en él Perú habemos andado... Y quiero que sepan los que esto leyeren, que entre todos los Incas, que fueron once, *tres salieron entre ellos* bastantísimos para la gobernación de su señorío, que cuentan y no acaban los orejones de loarlos: y éstos no se paresciero en las condiciones tanto como en el juicio; los cuales son Huayna Cápac, Túpac Inca Yupanqui, su padre, e Inca Yupanqui, padre del uno y abuelo del otro. Y también *se puede presumir, que como éstos fuesen tan modernos, que está el reino lleno de indios que conocieron a Túpac Inca Yupanqui, y con él anduvieron en las guerras, y a sus padres oyeron lo que Inca Yupanqui hizo en el tiempo de su reinado*... Dedica luego noventa páginas a las costumbres de los Incas y vuelve a lo que hubo desde Manco Cápac diciendo: "Y así, deste como de otros no dan mucha noticia los orejones, porque, como a la verdad, hicieron pocas cosas; porque *los inventores de lo escripto y los mas valerosos de todos ellos fueron Inca Yupanqui y Tupac Inca, su hijo, y Guayna Cápac, su nieto*..." Para muy por encima de los cuatro primeros reyes, por falta de información de los orejones, y comienza su referencia al quinto con estas palabras: "Paréceme, que destos Incas que al principio de la fundación del Cuzco reinaron en aquella ciudad, que los indios cuentan pocas cosas dello; y, cierto debe ser lo que dicen, que entre los Incas, cuatro o cinco dellos fueron [los que] tanto se señalaron y que ordenaron e hicieron lo que ya [he] escripto".

No deja de advertir, ni dejamos de reconocer, que la abundancia de recuerdos de los tres últimos debe atribuirse al hecho de que eran más modernos, como es verosímil que algunas hazañas de reyes descalificados, fueron omitidas adrede. Lo cierto es que los orejones descendientes de los ayllos imperiales le revelaron a Cieza, lo mismo que supo Polo de Ondegardo, lo mismo que le dijeron a Sarmiento, lo mismo que declararon los quipocamayos antes, lo mismo que figura en las Informaciones de Toledo y en el cotejo de éstas con la casi totalidad de los cronistas conocidos, lo mismo por fin que puede leerse en los extractos de crónicas contenidas en este volumen, o sea que *lo esencial* de la organización social, religiosa y política, y los triunfos capitales y decisivos de los Incas en las guerras de conquista, deben atribuirse a los tres últimos, sea cual fuere la actuación a veces brillante, a veces oscura, de los Reyes anteriores. Y en virtud de la concordancia de esos innumerables testimonios y de la contigüidad de la conquista castellana con hechos y hombres que los aborígenes alcanzaron a conocer por sí o sus padres y abuelos, esta seguridad es la mayor que tenemos; es acaso la única en que podemos fiar.

Esta es la visión garcilacesca de la conquista:

Manco Cápac, guerrero, filósofo y profeta, el mismo "lucero del alba" que vimos antes llevar sus santísimas doctrinas a las nativas tribus del Cuzco, no limita su acción a desplazarlas o suplantarlas; fiando de su amor, sale afuera por los cuatro rumbos, y funda *cien pueblos* en un espacio de cuarenta a cincuenta kilómetros de cada lado de la capital. Dirige las conquistas, por el Sur, hasta Urcos, por el Oeste hasta Limatambo, por el oriente hasta Paucartambo, precisamente en la región que los Incas tadaron tanto en dominar y en la cual, según los demás cronistas, tuvieron

infinitas dificultades en mantenerse. Tal es el exordio de la novela garcilacesca.[7]

Los Quipocamayos habían expresado por 1542 en sus declaraciones a Vaca de Castro, que Manco "fué el primero y principio de los Incas que con sus mañas y diligencias se hizo recibir y señoreó sin molestia de por guerra, ni armas. Fué señor de diez leguas a la comarca del Cuzco". No dicen, pues, que combatió, ni que arrolló, ni que fundó cien pueblos, ni que lo trastornó todo como amo y señor prepotente, sino que con autoridad natural consiguió le vinieran desde leguas a la redonda, reconociéndole por milagroso hijo del Sol. Los conceptos son muy distintos. Garcilaso presenta una figura invencible, semi-divina, algo así como una mezcla de Noé y Buda. En cambio, se desprende de los Quipocamayos una figura de hechicero astuto y magnético, que actuaba sobre los sentimientos supersticiosos de los indios, atrayéndolos fascinados.

Sinchi Roca, según los cronistas del siglo XVI, no salió del Cuzco ni aumentó; Garcilaso le atribuye haber avanzado la conquista veinte leguas más al Sur y es nuevamente solitario en esa interpretación. Coloca bien las tribus, por haberse inspirado seguramente, en todo lo geográfico de Cieza, quien precisa con prolijidad en su *Crónica del Perú* la posición de los indios encontrados en su camino. El Comentarista fantasea con las lenguas; no existe coincidencia entre ellas y los lugares que menciona, como no la hay entre las conquistas que inventa, los Reyes que las realizan y las épocas que alega.

Veinte leguas antiguas, desde Urcos, llevan hasta los

7 Nos dice a ese respecto el eminente padre de la arqueología americana, Max Uhle, que "el dominio atribuído al primer Inca, Manco Cápac, por Garcilaso, habría sido suficiente para unos cuatro o cinco de ellos todavía en el tiempo de Viracocha Inca". *Los orígenes de los Incas.* Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires, 1910.

Canchas; pero alude a Chuncara y a conquistas por el camino de Omasuyo, que como se sabe, comenzaba en Ayaviri y bordeaba el Lago Titicaca en la falda de la Cordillera. Menciona la posesión de Huacané y ese pueblo se encuentra a cerca de 60 leguas del Cuzco. En primer término, *no* asegura; advierte que *algunos indios dicen* que no pasó de Chuncara; pero que *otros* sí dicen que fué mucho más allá... ¿Qué indios? ¿A quién lo dijeron? ¿Cuándo, Y luego concluye afirmando con imperturbable aplomo de contemporáneo. "Que sea como dicen los primeros, o como afirman los segundos... *lo cierto es que ellos los ganaron*". A pesar de esta audaz rotundez, desechamos la certeza; ningún cronista reconoce semejante *blitzkrieg* de 300 kilómetros en tiempo del 2.° Inca.

Pero no se detiene allí. Avanza "no con pujanza de armas, sino con persuasiones y promesas" hasta el Río Callahuaya, en el Antisuyo, del otro lado de la Cordillera, amansándose también al parecer, los Antis. Pone por fin bajo su dominio toda la región comprendida entre la montaña y el Omasuyo, o sea el borde oriental del Titicaca, los Puquinas, Huancané —conquista que dura muchos años— y que le da Norte-Sur ochenta leguas de nueva posesión. Lo admirable es que todo esto sea "ganado sin guerra".

Los cronistas recusan semejante novelación de Garcilaso. Los Quipocamayos se limitan a decir que este 2.° Inca "tuvo la misma opinión y la maña de su padre, que también se hacía [pasar por] hijo del Sol". Le resultaba satisfactorio el oficio de hechicero; pero la incredulidad de alguna tribu, violentamente expuesta, debió moverlo a cambiar de actitud y fué "el primero que comenzó a conquistar y a señorear por armas y guerras". Ellos precisan los límites en que se detuvo: Andahuaylas al Occidente, defendida por los Chancas, y Vilcanota al Sur, por Canches y Canas.

Ambas distancias miden efectivamente alrededor de treinta leguas a la redonda y comarca del Cuzco". No yendo la línea por el Norte, ni por el Oriente, apenas alcanzaba a un tercio de círculo, no cubría la circunferencia.

Betanzos, que conoció a dichos Quipocamayos, no oyó hablar de esas conquistas, lo que mueve a pensar en la posibilidad de una confusión de tiempos. De todas maneras, es modesta la extensión que asignan a lo conquistado. En cambio, la que atribuye Garcilaso a este segundo Inca es fabulosa, y no coincide ni en su rumbo, ni por su intensidad con la que habían declarado los Quipocamayos. [8]

---

8 Mucho trabajo toma Riva Agüero para apoyar al comentarista en su aserto de que el segundo Inca conquistó extensamente a la redonda del Cuzco. Al citar a Polo de Ondegardo, corta la frase en dos partes y coloca la primera después de la segunda lo que complica la interpretación; pero ella es interpretación; pero ella es demasiado clara para considerarla una adhesión al sistema de Garcilaso. El Lic. Polo dice: "...y aunque Andaguaylas está treinta leguas del Cuzco, que es la provincia de los Chancas, no lo sujetaron ni metieron debajo de su dominio hasta el tiempo de Pachacuti Inga Yupangui Inga, que fué el que los desbarató, y desta historia y suceso está hecha relación en el capítulo de los pururunas, que fueron guacas que proceden y resultaron de aquella batalla donde los chancas fueron vencidos, que fué el fundamento de todas sus victorias. Y por esotra parte del Cuzco, hacia el camino de Collasuyo, también hay memoria cuando los Canas y Canchis, que están aún más cerca, fueron con los ingas a la guerra pagados, y no por vía de señorío, que fué en aquella misma batalla que venció Pachacuti Inga contra Uscovilca, señor de los Chancas. Y también hay memoria bastante cuando señorearon por este mismo camino hasta la laguna de Vilcanota, que es adonde empieza el Collao, y salen de aquella lagunilla dos poderosos ríos, que el uno vierte al mar del Norte y el otro a la del Sur, que fué adoratorio destos naturales y guaca señalada y universal. Y mucho tiempo pasó que los ingas no conquistaron más de hasta allí; digo mucho, en tiempo deste inga que venció los Charcas; y luego el sucesor empezó a conquistar por esta parte y así nunca estuvieron pacíficos aquellas provincias hasta el tiempo de Topainga, padre de Guaynacápac, y aun el mismo Guaynacápac tuvo por allí guerras e hizo grandes castigos".

Riva Agüero trae además a colación a modo de apoyo a los Quipocamayos de Vaca de Castro, que pueden en este punto haber servido al comentarista; al Padre Cobo, que se refiere al Cuzco y a la conveniencia de dilatar el reino, sin más; Santa Cruz Pachacuti, el Padre Oliva y Poma de Ayala, que se inspiran a menudo en Garcilaso, o se dan la mano con él en sus embellecedoras exageraciones, y por fin Gutiérrez de Santa Clara,

La disparidad es mucho mayor en el tercero y en el cuarto Incas, pues los Quipocamayos, que podían errar, pero no sufrían del delirio de grandezas, declaran que *Lloque Yupanqui* no aumentó "*porque en su tiempo tuvo muchas rebeliones*" ni tampoco Mayta Cápac "*porque siempre tuvo guerra con los suyos,* que cada día se alzaban". Frente a esa franqueza y a esa versión en todo igual, en lo relativo a estos dos Incas, a los cronistas que utilizamos para los gráficos, ¿qué novedades, totalmente solitarias, ofrece Garcilaso?

Según él, Lloque Yupanqui levanta un ejército de seis o siete mil hombres de guerra, ¡nada menos! En cambio, declaran los cronistas que no salió del Cuzco y *ninguno* le presta organización armada. El lo dirige hacia Orcosuyo, lo hace pasar por los Canas, que de inmediato se entregan, y lo introduce en Ayaviri, donde los indios "estuvieron tau duros y rebeldes, que no aprovecharon persuasiones ni promesas... y obligaron a los Incas a tomar las armas para defenderse más que para ofenderle". Empieza aquí la rutinaria edificación de los naturales, el "conquistar por bien", el castigar a los pertinaces "porque las demás naciones no se desvergonzasen a tomar las armas" y, por fin, la lucha, la victoria, la grave reprensión y el afable perdón... Conquista Pucará, Hatuncolla, Chucuito. Pomata, Zepita, pasando luego por el Sur de Titicaca para reducir los indios entre lo que sería hoy Calamarca y la cordillera. Muere, pues, el tercer Inca, con sus posesiones llevadas por el Sur hasta el paralelo 17 a ambos lados del Titicaca, faltando sólo un paso que dar para adueñarse sin resistencia, de los

---

que no es autoridad en temas incaicos y que no alude en forma alguna a conquistas *fuera* del Cuzco.

Como podrá comprobar el lector, acudiendo a los extractos de autores contenidos en el libro III de este volumen, no ofrecen la más leve coincidencia con las conquistas atribuídas por Garcilaso a Sinchi Roca.

Collas, que terminaban en 180... otra contradicción fundamental de los demás cronistas, que declaran esa región poblada por tribus muy belicosas que dieron mucho trabajo a los Incas en su avance hacia el Sur, siglos már tarde.

El cuarto Inca, Mayta Cápac, completa la obra del padre. Le asigna Garcilaso la conquista de Caquiaviri, Calamarca, Paria y Caracollo, todo lo que quedaba del Collao, todo lo que los demás cronistas atribuyen a la época muy posterior a Viracocha y de Pachacútec. Pero se le va la mano a Garcilaso. Mayta Cápac vence también a los Antis, por el Oriente; vuelve luego al Cuzco y después conquista por el Oeste los Chumbivilcas, los Parinacochas y los naturales del valle de Arequipa, reduciéndolos, como siempre, "con mucha felicidad de su parte y mucha suavidad de parte de los súbditos".

En resumen, Garcilaso atribuye a los Incas, a partir del cuarto Rey, parte del Cuntisuyo, del Antisuyo, toda la tierra de los Collas a ambos lados del Titicaca y el trozo norteño de la provincia de los Charcas, en total discrepancia con los cronistas anteriores.

No existe para un espíritu crítico, al tanto de los procedimientos de Garcilaso, equivalencia posible entre su exposición de las conquistas, y la coincidencia de las versiones formuladas por múltiples y fidedignos autores, sin exceptuar a los Quipocamayos.[9] No existe prueba plena, cate-

---

9 Lloque Yupanqui y Mayta Cápac "no aumentaron", dicen los Quipocamayos, y todos los cronistas del siglo XVI, que en tiempo de ellos o poco después se informaron en el Perú, coinciden en que *no* fueron tenidos por conquistadores, por los indios. Valientes y resueltos, lucharon para conservar lo adquirido en la región del Cuzco, pero nada más.

Riva Agüero exhuma al Padre San Román, Gutiérrez de Santa Clara y el Palentino, autoridades de escaso peso en materia de conquistas incaicas, para rastrear con diligente sutileza y muy buena voluntad indicios de la actitud belicosa de ambos reyes fuera del Cuzco.

Cita nuevamente a Poma de Ayala y Santa Cruz Pachacuti, que, como Garcilaso y después de él, llevan las conquistas de los cuatro primeros reyes

górica, definitiva, de lo que fué el orden progresivo de las conquistas; no hay modo de asegurar; *esto fué encadenándose así*, pero los cronistas del siglo XVI daban lo suyo como resultado de encuestas personales hechas en el terreno, entre indios viejos de las regiones del Perú. Gracias a esa cosecha podían formular versiones, casi "taquigráficas". Cieza habla de los indios, de los obispos y de los doctrineros con los cuales conversa en el camino. Sarmiento cuenta cómo provocaba discusiones entre bandos indígenas opuestos. Betanzos y el P. Lizárraga, aluden a veces al origen de sus conocimientos. Se siente el reflejo inmediato de lo oído por hombres que inquirían la historia en el lugar de los hechos, en buena época, entre hijos, nietos y analistas de los Reyes. Pero ¿qué significa bajo la pluma de Garcilaso "los indios dicen"? ¿Qué valor tiene esa expresión usada en Córdoba de Andalucía por un anciano, ausente cuarenta y tantos años de una extensa tierra, por la que apenas viajó, y eso siendo menor de veinte años? Ninguno para el lector, sólo es de provecho para el Comentarista que usa de esa rodela mágica para disimular tras ella una versión arbitraria e indefensa.

El gráfico de la situación bajo los cuatro primeros Reyes, representa en nuestro mapa la región del Cuzco, y nada más. Es, salvo la versión de los Quipocamayos, que juzgamos confusa en los dos primeros, la síntesis de las informaciones recogidas por las autoridades más inteligentes, entusiastas, ilustradas y rectas que hayan investigado el punto, en el Perú mismo, en el siglo XVI. No es brillante ese com-

---

más allá del Collao y de Charcas, y descubre en unas frases muy inocentes del Padre Cobo "lejanas alianzas y expediciones de Mayta Cápac", bastándole al distinguido historiador que este Inca se haya casado con la hija de un cacique Collagua y que dispusiese de un palacio en la tierra de su suegro, para deducir, sin más, que era porque "ejercía señorío en la tierra de la Coya!"

pás de espera; parece indicar debilidad; pero en los pueblos, como en los cuerpos jóvenes y en los árboles, tarda la savia en subir y en irradiar. Los Incas iban fortaleciéndose dentro, conservando con perpetua vigilancia y rigor, lo adquirido entre tribus valerosas, mal sometidas.

Garcilaso no quiso aceptar la realidad; distribuyó a su albedrío las conquistas. Desde los primeros, para que la dinastía toda fuera admirada, y como un abuelo ecuánime que reparte a sus nietos una torta, asignó fama por medio de hechos brillantes a cada uno de ellos. Eso era falso y él sabía que lo era; pero redondeaba su programa de idealización.

Tal igualdad rebaja a los grandes, sienta a los mediocres y es artificiosa. El desnivel entre los hombres, sea cual fuere su función, es casi ley biológica. Los cronistas desapasionados relataron los hechos y juzgaron los Reyes como lo oyeron, y así resulta el primer gráfico ajustado a una coincidencia de versiones autorizadas. Emperadores excepcionales como Pachacútec, Túpac Inca y Huayna Cápac, no fueron del agrado de Garcilaso, no convenían a *su* historia; era preciso que *todos* los Incas fueran grandes, y valientes, y corrigió al efecto la historia, presentando a todos cuellierguidos y con bustos voluminosos, al modo de Carlomagnos de baraja.

* * *

Antes de que los Incas hubiesen dominado la verdad, fuera del Cuzco, ya los cuatro primeros, según Garcilaso, habían conquistado la extensísima región del futuro imperio que dejamos indicada. El quinto *Cápac Yumanqui,* se consagra al Cuntisuyo, penetra por donde anduvieron ya sus antecesores, conquista a los Aymaraes, vecinos del Cuzco, a quienes perdona la molestia de no haberse entregado de inmediato, haciéndoles saber que "no había venido allí sino

a quitar sinrazones y agravios, y a enseñar todas aquellas naciones bárbaras a que viviesen en ley de hombres y no de bestias...". Invade luego a los Quechuas, igualmente vecinos del Cuzco, quienes lo recibieron de buen grado, diciéndoles que si no hubiese venido a reducirlos, *habrían ido a entregarse,* tan maravillosas eran las hazañas que de los Incas se referían... Poco después vuelve a recorrer lo que ganara Mayta Cápac por los términos de Arequipa y del valle de Quilca y acude de nuevo al Collao, bajando hasta Cochabamba y el valle de Chayanta en Charcas. Llegarían, así, los dominios de Cápac Yupanqui, 180 leguas de distancia del Cuzco al Sur, hasta Paucartambo y Callahuaya al Oriente y por la parte del Poniente, hasta el Mar del Sur; pero no pareciéndole suficientes esas victorias, hechas con simples apercibimientos o actos de presencia, resolvió enviar a su hijo, Inca Roca, a extenderlas. Este conquistó los Soras, los Rucanas (o Lucanas), los Nazcas y siguió luego por los valles de la costa hasta Quilca, cerca de Arequipa.

Las guerras relatadas por Garcilaso, son siempre teatrales, y resultan candideces increíbles: el Inca aparece con suntuoso cortejo y magníficamente enjaezado, dice en tono de protector bellas frases, ofrece amistad o guerra, y los indios, deslumbrados, se prosternan y lo veneran. Hemos indicado en un capítulo las sublimes finalidades que les atribuye; son abnegados redentores y sonrientes doctrineros, entre tribus *siempre* salvajes. Nadie ha dado a los Incas carácter menos guerrero. Ya no son seres humanos, sino marionetas cortadas en panales de miel, como esos caciques serviles de "llanas obediencias" que movidos por los dedos de Garcilaso se entregan al Inca, declarándole que si no hubiese venido a reducirlos a su servicio, habrían ido a entregarse voluntariamente; ¡tan grande era su impaciencia para desprenderse, en su favor, de su libertad!

La crónica de Garcilaso relativa a las conquistas de Cápac Yupanqui parece haberse inspirado, en parte, en los Quipocamayos, que le atribuyen —sin coincidir con las desaforadas conquistas del comentarista— una modesta ampliación por Vilcas, Soras y Parinacochas, a cuarenta o cincuenta leguas del Cuzco. [10]

Inca Roca, primer rey de los Hanan-Cuzcos, no aumentó, según los Quipocamayos; Garcilaso lo lleva hasta los Charcas, a quienes hace el requerimiento usual; ellos vacilan y él ataca "porque no tomasen ánimo y osadía viendo su mansedumbre y blandura...". Ellos entonces, sin luchar, "bajaron la soberbia y recibieron el yugo de los Incas". Nada más incierto; pero así los Charcas, que fueron los más constantes y más peligrosos adversarios de los cuzqueño, transfórmanse en los cromos de Garcilaso, en bueyes ansiosos de coyunda... Sigue Inca Roca triunfante siempre hasta Vilcas y la costa. Manda por el Oriente a su hijo Yahuar Huacac a la conquista del Antisuyo y esta tierra tropical, fragosa y salvaje poblada por indios belicosos, entre los cuales jamás pudieron arraigarse los Incas, ni los españoles, ni los peruanos, se abre para él entre arcos de flores como por encantamiento. Le dejan aumentar en nada menos que doscientos kilómetros hacia el Oriente y fundar pueblos... que no han dejado rastro.

El Inca Roca, insatisfecho con el reino de doscientas leguas de largo, imaginado por Garcilaso, resuelve prolongarlo hasta Pocona. "Los capitanes mozos y belicosos, tomaron las armas con mucho furor"; pero no le faltó al Inca

---

10 Anuncia Riva Agüero las conquistas de este Inca en un todo de acuerdo con los Quipocamayos de Vaca de Castro y Cieza en lo relativo a Vilcas, los Soras y Lucanas y Parinacochas. Y estamos muy de acuerdo con esa progresión. Lo sensible es que recusando con esa divergencia la absurda extensión llevada por el comentarista hasta el mar y hasta Cochabamba y Chayanta en Charcas, no exprese concretamente su disidencia.

su quinta columna. Los ancianos dijeron que los Incas trataban a los vasallos como a propios hijos, que su gobierno era muy suave, y que con entregarse "ganaban honra y provecho". Y ante esas expresiones de proselitismo la tribu se entrega y el Inca adquiere las provincias cercanas de Mizque y Chuquisaca "con la misma facilidad que las pasadas", la misma, en efecto, con que pasa Garcilaso la pluma sobre el papel... [11]

No podemos menos de confesar, que ante esa interminable lista de tribus cobardes, y de viejos pusilánimes que de Norte a Sur y de Oeste a Este entregan sin discusión a los Incas su soberanía; ante esa acumulación de situaciones contrarias a los sentimientos humanos, a la historia y a la la altivez de los indios peruanos y ante la injusticia con que rebaja Garcilaso a todas las tribus no-incaicas, nos maravillamos que haya habido jamás, y haya todavía, quien se avenga a prestar la menor fe a su relato de las conquistas y a la progresión territorial por él fraguada.

Yahuar Huacac, 7.º Inca, nada añadió a la corona según la mayoría de los cronistas, aun cuando los Quipocamayos creían que sujetó Chucuito, el Desaguadero y Omasuyo hasta Huancané, *exactamente lo que Garcilaso atribuía* al 2.º Inca. Con esto se demuestra de nuevo que ellos y él no coinciden en los conquistadores, ni en las épocas, ni en las conquistas. Además, imagina que este Rey ganó por medio de un hermano toda la tierra comprendida entre Arequipa y Atacama, y que preparaba una jornada a los Lipes al Sur de Charcas, cuando tuvo noticia de que los Chancas se habían rebelado y marchaban sobre el Cuzco. [12] Este hecho,

11 La diferencia entre los cronistas, particularmente los Quipocamayos y Cieza, con Garcilaso, acerca de la acción del Inca Roca, es considerable. Tampoco pugna Riva Agüero por la tesis del comentarista y se limita a mentar las diferentes versiones, sin emitir su propio juicio.

12 Riva Agüero halla coincidencias entre las declaraciones de los Quipocamayos y la versión de Garcilaso; pero denuncia su error el hecho de

como hemos visto, acaeció en realidad en tiempos de Viracocha y de su hijo Pachacútec. Garcilaso altera los tiempos para darle importancia a Viracocha. Introduce además con su constante afán de persuadir que los Incas eran queridísimos de las naciones que sujetaban a su ley, un desmentido a la historia. Pretende que "Yahuar Huacac se halló confuso con la certificación de la venida de los enemigos por la gran experiencia que tenían de *que no se había rebelado provincia alguna de cuantas se habían conquistado y reducido a su imperio desde el primer Inca Manco Cápac hasta el presente*". Ni en tiempo de Yahuar Huacac, ni antes, ni después, estuvieron los Incas libres de sediciones; lo expresan todos los cronistas. La razón es obvia y la ofrece Sarmiento, "*no ponían guarniciones en los pueblos que sujetaban, y así, en viendo la suya o por muerte del Inga que los había vencido, luego tornaban a procurar su libertad, y para ello tomaban las armas y se alzaban*".

que todo lo atribuído por los Quipocamayos al séptimo Inca, es lo que asigna Garcilaso al segundo. No puede ser mayor la divergencia.

Sufre además de una confusión al creer que Yahuar Huacac, por medio de su hermano, agregó a los dominios incaicos "las provincias de Carangas, Lipes y Chichas en las Charcas y Amparaes". Dice Garcilaso que *acordó hacerlo;* pero que *no lo hizo.* Nos sorprende, por tanto, que el distinguido historiador pase por alto la gran diferencia que media entre las declaraciones de los Quipocamayos, Cieza y Acosta, que detienen el reino en Huancané y el Desaguadero, y la versión de Garcilaso que lo lleva por el Sur hasta los Charcas. No sólo encuentra aceptable esta última, sino que le parece plausible la conquista de los Chicas y Lipes, o sea la vecindad de los Humahuacas y el valle de Jujuy. ¿En virtud de qué? Pues en virtud del pálpito de que "desquitando alguna exageración, no parece falso que por dichos confines se extendiera ya la influencia del imperio". Pero no se trata de influencia, sino de conquista. En realidad, en esa época, de acuerdo con los mejores cronistas del siglo XVI (Betanzos, Sarmiento y Cabello de Balboa), o no habían conquistado los Incas fuera de la región del Cuzco o habían llegado hasta el Desaguadero, Huancanó y gran parte del Cuntisuyo, sin alcanzar la costa (Quipocamayos, Cieza, Acosta). Dejemos que Garcilaso con su "lógica" y sus antojos prolongue los dominios hasta los Chichas, a la altura del paralelo 23, o sea a unos 450 kilómetros más al Sur de lo debido, pero las obras que realmente merecen la designación de "fuentes históricas" no apoyan esa fantasía, ni permiten a historiador alguno darle su aval.

Viracocha, 8.º Inca, vencedor de los Chancas, al heredar el llauto, envió tropas hacia Charcas, y cuenta Garcilaso que invadieron las tierras de los Carangas, Aullagas, Chichas y Lipes, muy al Sur, y que los redujeron "con más facilidad y menos peligros y muertes de las que al principio se había temido..." y después de batallas de poca importancia, "porque más fué querer los enemigos como belicosos tentar sus fuerzas, que hacer guerra descubierta a los Incas...". Estando Viracocha poco después en Charcas, coloca Garcilaso un discursillo en labios de obsequiosos indios del Tucumán, que coincide con su slogan en favor de los beneficios que resultaban para los indios, de entregarse a los Incas. No basta ya ninguno de los términos que usara cien veces antes; salen los piropos más extravagantes de boca de los diaguitas, que venían desde cerca de mil kilómetros al sur y que denigrándose espontáneamente, le dicen, cuánto (gracias a los muchos medios de información de que dispondrían entonces admiraban a los Incas e imploraban a los dioses porque los sacaran esos maravillosos Hijos del Sol de sus "bárbaras leyes y costumbres" para darles la suyas... Le hablaron de "la fama de las hazañas de los Incas, la rectitud e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, su piedad, clemencia y mansedumbre", etc., etc. Tantas virtudes ya oídas parecen pertenecer al propósito de una infalible panacea. Es la propaganda que Garcilaso martillea en el cerebro del lector. Terminaron por fin estos salvajes, su prosopopeya, ofreciendo a Viracocha sus personas y sus tierras, y anunciándole su deseo de recibirlo por Rey y adorarlo. Pareciéndoles esto poco, le declararon después de haber disfrutado unos días de su compañía y de sus leyes "que aquellas eran leyes de hombres hijos del Sol *y las suyas de bestias sin entendimiento*". ¡Cuánta vanilocuencia presta a

estos pobres indios Garcilaso! ¡Y qué heroica buena voluntad la de fanáticos contemporáneos para admitir semejantes patrañas!

Viracocha fué, a no dudarlo, buen conquistador, antes de que su hijo Pachacútec le sustituyera para salvar al Cuzco de los Chancas. Anexó tierras hasta el lago Titicaca por el Sur, llegando el reino en su tiempo a Vilcas y Parinacocha por el Oeste sin alcanzar el mar. Por el Noroeste, había ganado Huamanga, Acos y la comarca circundante. Tal deducimos de las versiones más autorizadas y tal lo marcamos en nuestro gráfico. Pero si los límites que presta el Comentarista a su reinado, hubiesen sido verdaderos, no habría realizado Pachacútec sino ínfima parte de la gran obra que le acuerdan los cronistas de todo tiempo. Garcilaso le atribuye a Viracocha haber llegado al Oriente hasta el pie de la cordillera nevada, olvidando que había asignado al Inca Yahuar Huacac una conquista de de 200 kilómetros entre los Antis; al poniente alcanzaba por Cuntisuyo el mar; al sur, Atacama y los Diaguitas de Tucumán, y en el Chinchasuyo hasta Huamanga y Acos. [13]

---

13 Riva Agüero vacila entre Viracocha y Pachacútec al tratar de la lucha de los Chancas contra el Cuzco por múltiples suposiciones que formula, algunas de las cuales, muy eruditas, son de verdadero interés. Sostiene la tesis de Garcilaso, de que fué el padre de Viracocha, Yahuar Huacac, el que huyó y dejó a su hijo defender el Cuzco, contra la opinión de los demás cronistas que atribuyen la huída a Viracocha, viejo y cansado, y el triunfo a Inca Yupanqui, después de Pachacútec. Intenta colocar a los Quipocamayos del lado de Garcilaso; pero éstos, aun siendo muy favorables a Viracocha, que ponen por encima de todos sus antecesores y todos sus descendientes, no mencionan para nada, ni en tiempo de Yahuar Huacac, ni en tiempo de Viracocha, la guerra de los Incas contra los Chancas, de manera que mal pueden servir de apoyo a la tesis de Garcilaso.

Comprendemos que este es un período confuso de la historia incaica. Lo deducimos del silencio de los Quipocamayos y de otros indicios. Lo que no puede aceptarse, es la dilatación que presta Garcilaso al imperio en tiempo de este rey, y que el señor De la Riva Agüero acepta para —enseguida lo veremos—, contrariarla al reconocerle a Pachacútec las conquistas que Garcilaso calla por haberlas atribuído a los antecesores.

Pachacútec, 9.º Inca, fué, según Garcilaso, uno de los más mediocres e inactivos reyes del Cuzco. Sólo le reconoce mansedumbre, precisamente lo que no tuvo. Es un hermano suyo, Cápac Yupanqui, quien se apodera de Xauxa y Tarma venciendo a los Huancas, es él quien reduce en la sierra norteña a los Huayllas, a los Conchucos, a los Huamachucos y a los Casamarcas y lleva los dominios incaicos por la Sierra hasta 7 grados al Sur del Ecuador, sin que Pachacútec intervenga más que en celebrar al regreso sus triunfos. Sigue luego la jornada de los Llanos. Acompaña el Emperador a su hermano y a un hijo en esa guerra; pero se queda en los Lucanas y no le corresponde honor alguno en la conquista de Ica, Pisco, Chincha, Huarco, Pachacámac, Rimac y los Chimús. No se mueve luego del Cuzco, "*donde entendió en lo que siempre había entendido, en confirmar las leyes de sus pasados y hacer otras de nuevo para el beneficio común*".

Esto es decir que Garcilaso, por sus exigencias de nivelador, y contrariamente a todos los *cronistas*, anula suavemente a Pachacútec, le niega triunfos, como la defensa contra los Chancas; la derrota de Chuchi Cápac, rey de los Collas y la victoria contra los hijos rebeldes de este gran caudillo; atribuye todas las anexiones a su hermano Cápac Yupanqui y a su hijo, Inca Yupanqui, y lejos de destacar las innovaciones políticas y estratégicas que determinan el arraigo del Estado, presenta la pálida figura de un viejo caduco, afanoso en dictar leyes caseras, desprovistas de influencia en el engrandecimiento del imperio. Vano es que distribuya las pocas conquistas que le reconoce entre el hermano Cápac Yupanqui y un Inca Yupanqui, que desplaza a Túpac Inca Yupanqui. Garcilaso olvida que este Emperador actuaba a poco más de cien años de distancia de la entrada de los españoles, que por lo tanto, su acción, al

transmitirse en los yaravíes, los quipus y la fresca tradición oral de la gente, sería fácilmente recogida por los cronistas. De nada sirve, pues, que deslavados hábiles y raspaduras desvanezcan en sus páginas la imagen de Pachacútec, la grandiosidad de su reinado y la trascendencia de Túpac Inca Yupanqui, su hijo, como príncipe conquistador.

Allí, en la relación de esa última época, la más brillante de la historia incaica, resalta la falsedad de la versión garcilacesca. Hay un acuerdo casi unánime entre los cronistas acerca de la acción solidaria de Pachacútec Rey y Túpac Inca Yupanqui Príncipe. Los Quipocamayos coinciden con los demás al asignar a Pachacútec y Túpac Inca Yupanqui, cuando éste era príncipe, la conquista del final de Charcas, Chichas y Diaguitas, y las poblaciones de Carabaya, los términos de Quito, la costa de Tarapacá en Chile, y en el Oriente la victoria sobre los Chuchos y los Mojos. [14]

---

14 Es difícil hallar explicación a los términos contradictorios perceptibles entre lo sostenido anteriormente por Riva Agüero, y lo que escribe en el capítulo sobre Pachacútec. Hasta llegar allí, había considerado que el "dilatar en algunas generaciones la expansión incaica" la haría "normal e inteligible y no insólita y milagrosa", y por tal rumbo construyó su personalísima hipótesis. Aceptaba, en consecuencia, que los primeros Incas habían iniciado las primeras conquistas y ratificaba en cada caso su conformidad con la progresión, caprichosa y arbitraria, del Comentarista. No dejaba de rastrear en las fuentes más desconcertantes, indicios de lo que pudiera servirle para robustecer un sistema diametralmente opuesto a la tradición de todos o casi todos los cronistas indígenas y españoles, más autorizados. Así, pues, hubo debido ocurrirle, al llegar a Pachacútec, lo mismo que a Garcilaso, o sea, que por haber distribuído tanta tierra entre los Incas anteriores, no le quedase sino restos insignificantes para el más ilustre de los conquistadores incaicos. Pero no pasa tal; por el contrario, al tratar de Pachacútec, siente el señor De la Riva Agüero el entusiasmo que inspira este Inca, y reconoce "que mereció, como sus mencionados pares, tal honor acumulatorio, por su largo y espléndido reinado de sesenta años, que dilató como ninguno las fronteras del Tahuantinsuyu. Fué, entre todos los Incas, el más célebre, el más temido y venerado, el más famoso conquistador; inventó, como dice Acosta, la mayor parte de los ritos y ceremonias del imperio; fué su legislador por excelencia. No es maravilla que le añadieran adquisiciones y glorias, porque eclipsó en el recuerdo a sus predecesores y continuadores".

Garcilaso, contrariamente a los Quipocamayos y a los demás cronistas, sustrae a Pachacútec la conquista de Chile para atribuir la anexión de Tarapacá y de Atacama a Yahuar Huacac. En cuanto a lo último, que llegaba hasta el Maule, y que fué ganada por Túpac Inca, según todos los cronistas, él tiene la audacia de inventar, así, *inventar,* un Rey Inca al que atribuye conquistas y a quien trae a punto para disminuir la acción de Túpac Inca, como antes le quitó victorias a Pachacútec para dárselas a reyes anteriores. No es Túpac Inca Yupanqui, quien tiene el honor de conquistar a Chile; es un *Inca Yupanqui* que lo intercepta; no es Túpac Inca quien lucha con los indios de Charcas y los Chiriguanaes, es Inca Yupanqui. Y por fin esta maravilla corona la fábula: Túpac Inca *no es hijo de Pachacútec, sino nieto* ¿Cómo ha podido producirse esto? ¿En qué se funda Garcilaso para oponer ese príncipe heredero al que unánime-

---

Más adelante, dice: "En el proceso histórico de los pueblos ascentes, después de las reñidas victorias iniciales, viene la edad grandiosa del apogeo y la dilatación, que consolida y extiende aquéllas, el luminoso cenit de la prosperidad sistematizadora y legisladora. Pachacútec la personifica en el imperio incaico, tras el esfuerzo alboral y decisivo de Huiracocha". Muy conformes estamos con tales conceptos, particularmente con lo de "esfuerzo alboral" al referirse a Viracocha; pero esto tira por el suelo el castillo de naipes de Garcilaso y repudia totalmente la acción que el Comentarista presta a Pachacútec. Riva Agüero acepta cómo los Quipocamayos de Vaca de Castro y otros, que "Conquistó hasta lo último de los Charcas y Diaguitas; en los Andes, Carabaya y Apolobamba, Chunchos, Mojos y el Paytiti, y toda la costa hasta Tarapacá. No le quedó cosa en costa que no la tuviese sujeta y debajo de su señorío, hasta los términos de Quito, y sobre todo al declarar "que dilató como ninguno las fronteras del Tahuantinsuyu".

No parece fácil establecer concordancia entre la anuencia del señor De la Riva Agüero a esa progresión, que es también la nuestra y la de los cronistas citados, y su crítica insistente anterior dirigida contra los que "preconizan la teoría de la fulminante difusión del poder de los Incas... el súbito milagro, la expansión rapdisima bajo Pachacútec y Tupac Yupanqui". ¡Qué otra cosa es esa "expansión rapidísima" sino la que él a última hora sostiene! Y no destacamos esa antinomia por el prurito de comprobar que no se puede repicar y estar en la procesión, sino como un indicio de que Riva Agüero le reconoce a Pachacútec la obra conquistadora que los cronistas fidedignos le atribuyen. Esto es lo que vale, tratándose de una autoridad como la suya.

mente señalan como príncipe en actividad bajo Pachacútec, y luego heredero, los Quipocamayos, de Vaca de Castro, Ondegardo, Cieza, Sarmiento, Cabello de Balboa, Acosta Santa Cruz Pachacuti, Poma de Ayala, Anello Olica y CIENTOS de testigos de las informaciones del Virrey Toledo? Pues en lo mismo de siempre: en la mala relación de los cronistas españoles, en su mala interpretación, en su crónico confusionismo. Hemos aquí el Q. E. P. D., en pocas líneas, suaves y compasivas: "Dejó por su universal heredero a Inca Yupanqui su hijo, y de la Coya Anahuarque, su legítima mujer y hermana... *A estos dos reyes, padre y hijo, confunden los historiadores españoles dando los nombres de ambos a uno solo*... Pues como los indios, contando las hazañas de sus reyes, y nombrando sus nombres dicen Pachacútec Inca Yupanqui, entienden los españoles que es nombre de un Rey sólo, y no admiten al hijo sucesor de Pachacútec, que se llamó Inca Yupanqui, el cual tomó ambos apellidos por nombre propio y dió el mismo nombre Inca Yupanqui a su hijo heredero. A quien los indios por excelencia y por diferenciarlo de su padre, llamaron Túpac... Inca Yupanqui, padre de Huayna Cápac, Inca Yupanqui".

Los Quipocamayos de Vaca de Castro, que no eran españoles sino indios, descalifican semejante falsedad, con la afirmación vertida sesenta años antes de que Garcilaso escribiera, de que fué noveno Inca "Inga Yupangue, a quien por otro nombre, llamaron Pachacuti Inga". era una sola persona.

La introducción de un Rey reinante entre Pachacútec y Túpac Inca Yupanqui es la mayor audacia de Garcilaso en su combate contra la verdad sabida. Porque aquí, sí, se trata de *verdad sabida*. A Túpac Inca, hijo de Pachacútec y padre de Huayna Cápac, lo conocieron los orejones del Cuzco que tuvieran más de sesenta años al llegar los españoles al

Perú. A tan corta distancia de los investigadores, no puede invocarse confusión. Los numerosos descendientes de ayllos reales que dieron a Sarmiento, en el Cuzco, en 1572 en reunión pública, los nombres de soberanos y panacas concretaron que un Amaro Topa era el *hijo mayor legítimo,* y ese cronista explica cómo, por voluntad de Pachacútec, desistió de sus derechos y rindió obediencia a Túpac Inca, ungido Rey en detrimento suyo. A esta condescendencia se debe, probablemente, que Amaro Topa figurara entre las momias reales descubiertas por Polo de Ondegardo; pero ninguno de los historiadores españoles lo indica como heredero reinante de Pachacútes; ninguno de los cronistas, *mestizos o indios:* los Quipocamayos, Santa Cruz Pachacuti, Poma de Ayala o Catari, lo señalan a él, o al Inca Yupanqui de Garcilaso, como corregente entre Pachacútec y Túpac Inca. [15]

---

15 Riva Agüero cree que Amaro Topa, hijo mayor de Pachacútec, que renunciara al trono, fué corregente durante las ausencias de su padre, y es posible que así haya sido; pero esto no autoriza a equipararlo a ese Inca Yupanqui que Garcilaso audazmente presenta entre Pachacútec y Tupac Inca, como Rey reinante y gran vencedor en... imaginarias conquistas. El maestro, en su afán de justificar al Comentarista, le busca apoyo de esta manera: "El receloso despotismo, la poligamia la vida de serrallo, producían sin cesar tragedias domésticas. Con tales dramas familiares debe relacionarse la sucesiva asociación al trono de los dos hijos preferidos, Amarú y Túpac. Un tiempo hubieron de ceñir ambos la borla en compañía de su padre, porque textos de antiguos cronistas, como Salcamayhua, nos muestran a los tres, en las solemnidades del Cuzco, asentados sobre iguales tronos o tiánas y coronados con iguales diademas...".

Santa Cruz Pachacuti Salcamayhua dice lo siguiente: "en donde el dicho Pachacuti Inca Yupanqui [se] sienta con su hijo Topa Inga Yupanqui, y Amaro Topa Inga, todos tres con iguales tiyanas de ruua, hechas de oro; todos los tres bien vestidos con sus cápac llaottos y mascapachas, y el viejo con su septro de suntorpaucar, hecho de oro, y el Topa Inga Yupanqui con su septro de ttopayauri, y el otro sin septro, solo con chambos pequeños de oro".

No estaba de más reparar el olvido contenido en la glosa de Riva Agüero, pues tiene evidente importancia: Amaro Topa tenía el atavío del padre y del hermano, *pero sin cetro.* Usaba champis, o sea macanas de oro, porque

El Inca Yupanqui imaginado, conquista Chile, hasta el Maule; vence a los Chuchos y a los Mojos, a más de doscientas leguas del Cuzco y lucha con los Chiriguanaes. Manda espías para conocer la tierra y ellos volvieron diciendo que era mala "y que los naturales eran brutísimos, peores que bestias...". El Inca se siente penetrado de conmiseración por estos hermanos lobos y "volviendo el rostro a los de su sangre real" dice en tono evangélico, sintiéndose sublime: "ahora es mayor y forzosa la obligación que tenemos de conquistar los Chiriguanaes, para sacarlos de las torpezas y bestialidades en que viven y reducirlos a vida de hombres, pues para eso nos envió nuestro padre el Sol".

Y así, ese fantasma regio construído de todas piezas por Garcilaso, asume a los ojos del lector deslumbrado, los

---

el otro atributo de poder no le pertenecía. No, no fué nunca Rey como presenta Garcilaso a su Inca Yupanqui.

Entre los Incas, los Príncipes ayudaban a sus padres, sea en las labores de chacras, de ciudad y de legislación. La hipótesis de Riva Agüero se ajusta, pues, a la historia y es plausible. Amaro Topa pudo, como hijo sin cetro, secundar en primer término a su padre y en segundo lugar a su hermano Túpac Inca durante sus ausencias, o con ellos, en funciones inferiores, siempre, a las que poseían los reyes. Por eso no es plausible que Túpac Inca fuera "regente subalterno" de Amaro Topa; pero esto es un detalle.

La confusión del distinguido historiador, es prestar coincidencia al Amaro Topa de los cronistas, con el Inca Yupanqui de Garcilaso. Dice él: "No es admisible hoy repetir, contra el sistema de los dos Yupanquis, la cansada cantilena de ser una equivocación de Garcilaso". En efecto, no es "equivocación", pues el Inca Yupanqui, rey reinante, autor de conquistas y de frases y actitudes edificantes, inventadas, es engendro, entre tantos otros, de la inagotable imaginación de Garcilaso.

Hubo duda entre los cronistas sobre cuál fué el nombre de ese hijo mayor que dejé sus derechos al hermano Túpac Inca, y no reinó. Betanzos señala un Yamqui Yupanqui; Santillán se equivoca en el orden de los reyes, y en vez de presentar a Pachacútec como hijo de Viracocha, lo hace ser heredero de Cápac Yupanqui. el Padre Acosta indica dos Túpac Inca Yupanqui, sin comentar más. Estos errores, como los de Pedro Pizarro y Las Casas, son confusiones de nombres; pero ningún cronista coincide con Garcilaso en atribuir reinado, conquistas, frases o actitudes a un Inca Yupanqui, hijo de Pachacútec y padre de Túpac Inca. No es posible, en modo alguno, apoyarse en esas vacilaciones contradictorias para validar la repudiable fábula del Comentarista.

sentimientos de un santo y la postura de un docto teorizante cristiano. Se exterioriza nuevamente, en este ejemplo, la voluntad del Comentarista de equiparar la acción de los Incas en sus conquistas, a la misión que después cumplieron en las mismas tierras, los misioneros de la Cruz, falsedad evidente, sólo comparable a la audacia de adulterar la Capaccuna, para introducir entre Pachacútec y Túpac Inca Yupanqui, un Rey que redujera la gigantesca estatura de ambos.

Túpac Inca Yupanqui fué de todos los soberanos, el más prestigioso conquistador, primero como Príncipe en tiempos de su padre, y durante su larga actuación imperial después. Los cronistas y múltiples testigos de las informaciones del Virrey Toledo, conocieron ese Inca, supieron de él por sus padres, certificaron que fué guerrero eminente y que sus hazañas dieron por resultado la anexión de inmensas extensiones de tierra. Es unánime el consenso, en que a él perteneció la conquista de Chile desde Tarapacá al Maule, la anexión pacífica de Tucumán, una gran campaña de exploración por los Antis, y el dominio del Chinchasuyo hasta Quito, donde tuvo de su mujer y hermana a Huayna Cápac.

Garcilaso, al tocar en sus comentarios ese Rey, se encuentra ante un hecho consumado: ha distribuído a *otros* lo que correspondía a Túpac Inca, y sólo le queda una fajita, que comienza en Cajamarca y termina entre los Cañaris y los Huancavilcas. Es una superficie de 75 leguas norte-sur en unas 50 leguas de ancho, de la costa a la cordillera. Entraban en esa conquista los Chachapoyas, los Huacrachucos, los Bracamoros, los Moyobambas, los Paltas, los Huancavilcas y los Cañaris. Pero Túpac Inca no llega, según Garcilaso, a Quito. Estando por Tumibamba, manda buscar al Príncipe Huayna Cápac, y este joven conquista Quito,y en seguida después, Quillacinga, Pasto, Otavalo

Caranques. La obra de Túpac Inca pierde así toda significación. Claro está que el Comentarista bien sabe cuánta trascendencia tuvo, de manera que, para disimular sus alteraciones, le consagra abundancia de páginas, y ocupándose en ellas de detalles pueriles, no deja de calificarlo de "gran Inca"; lo presenta como pater-familiae y lo hace morir servido y amado de los suyos, por "su piedad, clemencia y mansedumbre...". Pero si el lector se acerca a la obra que Garcilaso le presta, descubrirá que ya no es el asombroso conquistador y el estadista descrito por los demás historiadores sino una mediocridad. Con distribuir antojadizamente coronas entre reyes... que no salieron del Cuzco, ha encogido hasta el absurdo las hazañas y la acción superior de los dos únicos héroes de la dinastía. [16]

---

16 Volvemos a encontrar en las páginas de *Civilización Peruana* relativas a Túpac Inca, la misma contradicción señalada en el capítulo sobre Pachacútec. Recordaremos que el señor De la Riva Agüero, antes de analizar la obra conquistadora de cada Inca, y en defensa de la versión de Garcilaso, había escrito lo siguiente: "Los apasionados críticos de fines del siglo XIX y de los comienzos del actual, llevándose por el sentido literal de Cieza y Betanzos, por el Padre Las Casas y el resumen de las Informaciones de Toledo que compuso Sarmiento de Gamboa, preconizan la teoría de la fulminante difusión del poder de los Incas, lo que yo llamo de súbito milagro, la expansión rapidísima de Pachacútec y Túpac Yupanqui... y que de golpe, en sólo dos generaciones, llegaron a constituir el enorme imperio... Hay peruanista contemporáneo que cita en apoyo de la disparatada teoría de la expansión repentina y milagrosa la autoridad de las recordadas Informaciones de Vaca de Castro... Acerca de las conquistas de los Incas y la dilatación de su imperio, se afrontan dos teorías contrarias: la del que llamé estupendo prodigio, la repentina expansión de un país minúsculo que en dos o tres generaciones se ensancha hasta abarcar enormes territorios, y la tradicional y verosímil, que no es sólo de Garcilaso, y que reconoce la continua y paulatina propagación por guerras porfiadas y largas campañas, bajo muchos reinados sucesivos".

En sus conceptos bien claros, expresados en forma altisonante y vigorosa, impugna Riva Agüero a los escritores que no participan de su opinión, y creen en "la disparatada teoría" de que lo muy esencial de las conquistas incaicas se hizo en tiempos de Pachacútec y de Túpac Inca Yupanqui, consolidando luego Huayna Cápac el imperio. Para él, es Garcilaso quien tiene razón, y por consiguiente, adopta y defiende su progresión de las conquistas.

Sin embargo, a llegar a Pachacútec, da la espalda a ese artificioso sis-

Al recibir la borla Huayna Cápac y necesitando el comentarista atribuirle conquistas, no encuentra otro recurso sino inventar que los habitantes de los valles de Chicama, Pacasmayo, Zaña, Collque, Cinta, Tucmi, Sayanca, Mutupi, Puchin y Sullana, eran libres, siendo así que estos Chimus dependían de los Incas desde Pachacútec. Todo ocurre sin dificultad, pues "como había años que eran vecinos de los vasallos del Inca y sabían la suavidad del gobierno de aquellos Reyes, había muchos que deseaban el señorío dellos". Esto podía bastar como recurso; pero el comentarista desea embellecerlo. No sólo domina Huayna Cápac a los Chimus (veteranos desde siglos en el arte de traer agua de los montañas, sin la cual no hubieran podido vivir), sino que se

---

tema, y aun cuando parezca ambiguo, reconoce expresamente las conquistas que la tradición histórica presta a ese Inca. Lo hemos visto en la nota respectiva. Bien, pues; repite el mismo procedimiento con Túpac Inca Yupanqui, esto es, prescinde por completo de la versión del Comentarista. No la desmiente, no señala los errores de omisión, ni nombra siquiera a Garcilaso; pero reconoce honestamente a Túpac Inca todo lo qu los demás cronistas, menos Garcilaso, le atribuyen. Es decir, que para él, Pachacútec y Túpac Inca después de haber llegado a Viracocha, según los Quipocamayos, hasta Huánuco y Trujillo por el Norte y habérsele entregado los Pacajes, Carangas, los indios de Paria, de Huarina y parte de los Charcas", conquista lo siguiente: Pachacútec, hasta lo último de los Charcas y Diaguitas por el Sur; Carabaya, Apolobamba, los Chuchos, los Mojos y el Paytiti por el Oriente; toda la costa hasta Tarapacá por el Sur y hasta los términos de Quito por el Norte. En la Sierra le ganaron dos generales las provincias de Jauja, Tarma, Huánuco, Cajatambo, Huaylas y Conchucos, Cajamarca y Contumazá; venció en Ayaviri a los Collas sublevados y su hijo Túpac príncipe dominó a los Chachapoyas, los Paltas y los Cañaris. Túpac Inca reinante, conquista, según Riva Agüero, el Azuay y Tunguragua, gana la Tacunga, funda la ciudad de Quito y extiende su poderío por Otavalo y Caranqui. Le atribuye además el descubrimiento en esa época de las islas de Aya Chumbi y Niña Chumbi, que Sarmiento de asigna en el tiempo en que era Príncipe; y conquista por fin Chile y extiende las ganancias desde Coquimbo hasta el Maule; por el Oriente gana desde Paucartambo, hasta los Mojos y Santa Cruz.

Como se observará, leyendo el texto del cual han salido las notas anteriores, y este final, no existe coincidencia alguna entre las fantasías del Comentarista, y las conquistas atribuidas por Riva Agüero a Pachacútec y Túpac Inca.

queda para civilizar a los pobrecitos: "gastaron dos años más en cultivarles las tierras y sacar acequias para el riego, que no en sujetarlos...".

Fuera de esas conquistas, de... lo ya conquistado, hace Garcilaso pasear a Huayna Cápac, del Cuzco a Charcas, de Tucma a Chile, de Túmbez a Quito, de Cajamarquilla a Manta y a Quillacingas, sofrenando rebeliones, reduciendo tribus, haciéndolas desaparecer a veces, pues aunque "magnánimo" y "afable", mandaba degollar y tratar a sangre y fuego a los "desvergonzados" que se atreviesen a luchar por su libertad. Se sublevaron los naturales de la provincia de Carangue, y el Inca "mandó apercibir gente y capitanes que fuesen a castigar el delicto y la maldad de aquellas fieras...". "Los rebeldes, como bárbaros no quisieron rendirse" y Huayna Cápac, *después de su rendición*, mandó degollar quince mil, cuya sangre enrojeció una laguna que desde entonces se llamó Yahuarcocha: lago o mar de sangre. Este hecho, es uno de los más crueles que haya cometido un Inca, y así lo hemos documentado.[17] El fué, en ese caso, el salvaje. Sin embargo, tapando los innumerables casos de sedición que hubieron de reprimir los Reyes anteriores, Garcilaso le encuentra la disculpa de que fué por primera vez, y le da la razón.

"Hecho el castigo, el Inca Huayna Cápac se fué a Quitu, bien lastimado y quejoso de que en su reinado acaeciesen delitos tan atroces e inhumanos, que *forzosamente* requiriesen castigos severos y crueles, contra su natural condición y la de todos sus antecesores, que se preciaron de piedad y clemencia". Difícil fuera atribuir a las víctimas, con más audacia e injusticia, la atroz barbarie del verdugo.

Es muy pobre, y hasta torpe, en parte, el relato que

17 Levillier, Roberto: *Nueva crónica de la Conquista del Tucumán*. 3 vols.

ofrece del reinado de un Inca, cuya acción fué referida por millares de indios contemporáneos del Rey, a los soldados de Pizarro y a los cronistas, pues lejos de definir la recia personalidad de Huayna Cápac, y destacar que a él le tocó la difícil tarea de conservar lo habido por sus antecesores, la empequeñece al diluirla en acciones numerosísimas y secundarias, cuando no inciertas.

* * *

Garcilaso fué el apologista de los Incas, y lo fué mal, pues en vez de enaltecerlos como guerreros, disminuyó el valor de sus hazañas, al sindicar a los adversarios de flojos, brutos e inferiores, dispuestos desde tiempo a someterse a su yugo. Como lo hemos visto, las conquistas más arduas se resuelven a tambor batiente gracias a la varilla mágica de los Incas. ¡Los indios invadidos o amenazados, dotados de un sorprendente amor por las leyes cuzqueñas, les sacrifican con entusiasmo, nada menos que su libertad! ¡Todo esto sería enternecedor, si fuera admisible, y si tales paseos de Reyes no se asemejasen demasiado a esas cacerías preparadas en que abatir ciervos y jabalíes resulta tan fácil como bolear corderitos!

Es evidente que la técnica de los Incas en sus conquistas fué sagaz y práctica. Lejos de presentarse en actitud inflexible y con propósitos de destruir, ofrecían algo así como un pacto de amistad, por el cual *prometían* proteger, y los demás se entregaban. La finalidad era aumentar la extensión de sus dominios con poca efusión de sangre. Después apoderarse de la provincia codiciada, aprovechaban a los habitantes como más les convenía, utilizando a unos para guerras, a otros en trabajos para el Inca, y pagaban con cargos dentro de la jerarquía administrativa, a los resignados de importancia, cápacs o curacas que hallaban en esa

sombra de poder una compensación a la independencia perdida. Pero la amistad no existía, ni el amor, ni la dulzura, ni el afán de evangelizar a bárbaros, prestado por Garcilaso a esos indios. Bajo la mansedumbre aparente del vencedor satisfecho con sus victorias, latía a poca distancia la crueldad, aplicada en forma terrible cuando en vez de sonrisas suaves, se hacía necesario ganar a pulso lo ajeno.

Tal fué, según los cronistas fidedignos, la maquiavélica actitud de los Incas, con los pueblos que ambicionaban. Es, para esa sociedad primitiva, un título que la honra, el haber concebido el requerimiento de paz antes de entrar en guerra, y el presentar al adversario la disyuntiva, sin valerse de traiciones sorpresivas. No puede esperarse más de civilizaciones de esa época, pues aun en Europa, como lo demuestra una larga tradición histórica, emanaba casi siempre el derecho admitido, de un uso secular de la fuerza.

En suma, Garcilaso juzgó modesta la realidad, y la vistió de púrpura. Tenían pocas necesidades materiales los primeros Incas; bastábales su tierra. Sólo guerreaban por hombría, por superar a los demás cápacs, o para retener sus posesiones. Otros, después, alzaron la visual apuntaron más allá, y para imponer respeto y temor a las tribus vencidas, ensancharon hasta lo divino su aureola de hijos del Sol, se encaramaron en imponentes andas enchapadas de oro y crearon rangos: los príncipes a su lado, los deudos cerca, y a sus pies, la majada temblorosa. Los tucuiricos, con toda una jerarquía de subalternos, con picana o cencerro, respondían al Inca de los territorios dominados. Fué opresivo su yugo, inevitablemente, dentro y fuera del solar cuzqueño.

La generosidad de los Incas con los vencidos consistió en no quitarle la vida, por lo menos a todos, pero dejaban en su tierra fortalezas llenas de tropas de confianza, y a mano los chasquis para correr al Cuzco a pedir refuerzos

cuando fuere necesario. Si el pueblo contaba con diez mil, veinte mil o cincuenta mil sobrevivientes, sacaban los Incas una buena proporción que llevaban consigo a lo lejos a pelear contra otros enemigos, o mandaban al Cuzco para que allí los utilizarían en obras públicas o en lo que mejor pareciera.

Ese pueblo conocería los beneficios de una superior organización social; sería como si le hubiesen asegurado sus comodidades materiales, pero no era libre, sino una cosa en manos del vencedor; no pasarían ya sus hijos por trances de hambre o sed; no les faltaría ropa, ni calzado, ni armas, ni aposento; pero sufrirían la imposición de un culto y de una lengua que no eran suyos. Así cumplida la incaización del pueblo, partía el ejército vencedor dejando a los nuevos colaboradores como postrados por una epidemia de disentería. Al cabo de unos años de este nuevo orden, comenzaban los cuchicheos y estallaban las rebeliones. Y por tal causa vemos a cada rey más afanado en prevenirlas y más apremiado por ellas a medida que se iba extendiendo el imperio.

Garcilaso creó un ambiente de majestuosa espiritualidad. Suprimió la lenta y natural evolución que acompaña a las culturas. Convirtió una civilización rudimentaria de idólatras, y en más de un concepto, bárbara, en república renacentista. El pueblo fué, desde Manco Cápac hasta Huyna, refinado en sus costumbres, amoroso en la paz y suave en la guerra. La sola presencia del rey resultaba, según esa mitología, suficientemente divina para rendir a los enemigos. Todo lo ennobleció el apostolado incaico por él inventado, de redimir a los demás indios. Sustituyó la avaricia de anexiones por altruismo, la coacción armada por entrega espontánea de admiradores; la rabia de desesperados por colaboración entusiasta, el aparato de terror y de opresión por compasión sublime, y quitada así la visión de la guerra con sus atropellos de fuerza, sus codicias, sus crueldades y su priva-

ción de libertad, dió la impresión de que todo fué alcanzado por los vencedores con la mano tendida, sonrisa afable y el voluntario consentimiento de los subyugados.

El tono persuasivo, casi eclesiástico, con que hábilmente envolvió a los Comentarios; el arte y la finura mental, que resaltan en la obra contribuyeron a que la audaz novelación pasase durante siglos por auténtica imagen del pueblo incaico.

Garcilaso procedió por amor; así lo entendemos; pero es deplorable que creyendo insuficientes para deslumbrar al mundo, la capacidad guerrera, el genio organizador, el grado de cultura social y el sentido constructivo de sus parientes maternos, juzgara necesario borrar su verdadera fisonomía y redibujarla con medidas sobrehumanas, que, naturalmente, la falsean.

Mayor aproximación a la verdad ofrece Sarmiento de Gamboa.

Historia Indica de Sarmiento de Gamboa

Este evocador de hazañas guerreras, es uno de los contados cronistas que consagró por entero un estudio a la cronología de los Incas y a sus conquistas. No goza, sin embargo, de la notoriedad que corresponde al valor del escrito. No lo protegió la suerte; murió lejos de España y olvidado y su *Historia Indica* sufrió vicisitudes sólo comparables en su injusticia, a las de su propia fama. [18]

Hallábase en Nicaragua, sin rumbo, de regreso de su viaje con Alvaro de Mendaña a las islas Salomón, y con idea de embarcar para España, cuando tuvo noticia de la

18 La edición inglesa de Markham, contribuyó a divulgar la crónica, pero sus deficiencias, unidas a la autoridad de la *Hakluyt Society*, deformaron, desde el comienzo de la biografía de Sarmiento, la visión de la realidad. Véase *Don Francisco de Toledo*, tomo III, CXCVII y siguientes.

llegada de don Francisco de Toledo a Panamá. Fué a saludarle, y decidió con ello su destino, pues ingresó en la comitiva del Virrey, entrando así en Lima, en noviembre de 1569.

No tardó el Virrey, que era gran catador de hombres, en reconocer las capacidades del cosmógrafo-navegante, y lo llevó desde 1570 en su visita para que fuese graduando las alturas de la tierra. Así destacaba el Virrey al Consejo de Indias la importancia de la tarea científica confiada a Sarmiento: "Y porque en estos reinos del Perú, el primero de todos los desasosiegos dél fué la disención y enemistad de Almagro y Hernando Pizarro, acerca de la división de sus gobernaciones sobre si el Cuzco caía en la del Marqués o en la de Almagro, y esto procedió de no estar bien hecha la demarcación de la tierra, también se ofrece cada día tener necesidad de esta verdadera demarcación, y se ofrecerá para la división de obispados y otras gobernaciones y corregimientos, y no la hay hecha de manera que por ella se pueda regir seguramente Vuestra Alteza y los gobernadores que acá estuvieren, y por esto, y por andar yo en persona ahora el reino, para que con mayor testimonio se pueda entender, he mandado a un cosmógrafo hábil que venga conmigo, que es el Capitán Pedro Sarmiento, hombre docto en esta profesión, para que vaya graduando y demarcando la tierra, como lo hace con diligencia". [19]

Sarmiento participó de las andanzas del Virrey y su séquito por Jauja, Huamanga y Cuzco cuando se hacían las informaciones entre los indios, recogiendo entre los quipocamayos y los representantes de los ayllos, y enviando al Rey, la historia de la dinastía incaica y la sucesión de las conquistas en la formación del imperio. Tuvo después actuación de modesto alférez en la campaña de Vilcabamba,

19 *Papeles de Gobernantes del Perú*, vol. III, pág. 445.

mandada por Martín Hurtado de Arbieto, Juan Alvarez Maldonado, Valenzuela, Camargo, Martín de Loyola, Alonso de Mesa, Serra Leguizamón y otros jefes de jerarquía mayor que la suya.

Hacia 1571, circulaban ya en copias manuscritas, o en impresos, las obras de los Quipocamayos de Vaca de Castro, de Betanzos, de Cieza, del P. Molina (de Chile) y del P. Las Casas; eran conocidas las crónicas de Oviedo, de Estete, de Xerez, de López de Gómara. de Zárate y del Palentino, sobre la conquista y las luchas civiles. Toledo pudo asimismo informarse de lo que sabían sobre las costumbres y el gobierno de los indios, dos de los hombres que fueron luego sus mejores asesores: el Licenciado Polo de Ondegardo y el Licenciado Juan de Matienzo, llegado muchísimo antes que él al Perú. Leyó seguramente los escritos del Licenciado Hernando de Santillán, que tanto actuó en la época del Marqués de Cañete. Por fin platicó en el Cuzco y en Charcas con los Padres Acosta, Lizárraga y Molina. [20]

No halló en los trabajos ya publicados una descripción geográfica completa de América, ni las particularidades de las provincias, ni mapas de ellas, ni la prehistoria de los Incas, ni la historia de éstos, ni una relación que le mereciera fe, de la conquista castellana. Y concibió, decenas de años antes de Herrera, de Garcilaso y de Cobo, un amplio cuadro de esos siglos de vida indígena y del ambiente en que los castellanos fueron abriéndose paso. Así lo definía en una de sus cartas. La primera parte había de ser "...la descripción y sitio de lo que es y está entre estos dos mares del Sur y del Norte, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Nombre de Dios por entrambas costas con autoridad de testigos que lo han navegado, y dispuesto ante Juez, y asimis-

20 Véase la bibliografía de estos autores en *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú*, vol. II, págs. 513 y siguientes.

mo la descripción de la tierra por provincias distintas que hay enmedio de estas dos mares, y toda la mayor parte desto se ha hecho con verificación muy cierta de lo que está descubierto debajo del amparo de Vuestra Magestad por los caciques y visitadores y corregidores que están y han estado repartidos por todo el reino, que me lo han enviado descripto en lienzo de pintura y con anotaciones autorizadas de lo que es y hay en cada provincia, lo que está ahora debajo del amparo de Vuestra Magestad y (lo que) está de guerra".

"Por la deposición y noticia de los que han entrado y por estas disposiciones y descripciones, se ha ido sacando este mapa universal que digo, así de la tierra como de las costas. Cerca de cinco años ha que se va haciendo con la más verdadera y cierta relación que se ha hecho en esta tierra después que se descubrió, y para ello se han juntado todas las crónicas que se han escrito e imprimido, apuntando lo que de ellas ha sido verdad y lo que ha sido falsedad...".

"La segunda parte es del estado que tenía esta tierra, ritos, idolatrías y gobierno antes que fuese tiranizada de los doce ingas por legítima subcesión a su modo, que hubo desde Mango Cápac que fué el primero, hasta Guascar que fué el último. Esta parte se ha hecho con autoridad de Juez ante quien depusiesen, y recogido también para ello todos los cuadernos y libros que andaban de mano escritos para esto, que no eran pocos ni con pocas falsedades, de los que por curiosidad, así religiosos como legos han querido escribir a su fantasía y como hombres que no habían de tener testigos en contrario".

"La otra parte es de la tiranía y gobierno y conquista que tuvieron doce Incas en *ochocientos* años que duró su poder y sucesión, según y cómo y por la orden que envié a Vuestra Magestad en cuatro lienzos de pintura, que entre estas dos partes se hizo la verificación y probanza que to-

caba al derecho de Vuestra Magestad, con el autoridad de testigos y secretarios y juez y lenguas que Vuestra Magestad vería, de la llaneza del título que Vuestra Magestad tenía a esta tierra, y de la libertad que antes de la tiranía y señorío de los Ingas tenían los naturales destas provincias, viviendo en behetría la mayor parte de todos ellos, y sin señores ni caciques más de los que elegían para las guerras civiles de entre ellos, y cómo en habiendo paz quedaban estos caudillos sin dominio ninguno y cómo en este estado comenzaron a ir subjetando y tiranizando los Incas, y cómo antes que se acabase su tiranía entraron los cristianos...".

La cuarta parte es la descripción e historias de los españoles, y la más falta de verdades en lo que estaba escrito y más dificultosa de sacarla en limpio, y que podía ser de más utilidad. Todas las crónicas desto impresas se han recogido como a Vuestra Magestad escribí, y se tomaron todos los testigos, así de algunos de los trece que quedaron en la Gorgona esperando que el Marqués don Francisco Pizarro volviese a España, como de los de Caxamarca que entonces hubo, que de cuatro años a esta parte ya no quedan vivos sino solos dos en este reino. Tomáronse también muchos de los que después de la batalla de Caxamarca vinieron de Tangarara y los pobladores antiguos, con el autoridad y solemnidad de juramento que pareció que era necesario. Esto se va acabando, con no poca dificultad y trabajo...". [21]

La amplitud de la historia ideada por el Virrey, en la cual entraban también descripciones geográficas, demuestra el afán de su espíritu científico por asegurar la verdad. Señala además una finalidad de aplicación administrativa: la de conocer cómo fué el pasado para apreciar con justeza las posibilidades de adaptación de los indios a su nueva convi-

21 Cartas de Toledo al Rey, en *P. G. P.* Vol. IV.

vencia, dar leyes adecuadas en lo posible a sus buenas tradiciones y modalidades, estructurar con esos elementos de juicio una obra social, cristiana y duradera.

Los trozos llegados a nosotros, son, de acuerdo con la definición del Virrey, la segunda y tercera partes; pero el cronista las incluyó en una sola que llamó: "*Segunda parte de la Historia General llamada Indica, la cual por mandado del Excmo. Sr. don Francisco de Toledo, Virrey, Gobernador y capitán general de los reinos del Perú y Mayordomo de la Casa Real de Castilla, compuso el capitán Pedro Sarmieneo de Gamboa*".

En ella informa sobre las fábulas de los indios anteriores a los Incas, las bahetrías, los primeros pobladores del valle del Cuzco, el desalojo de ellos por los Incas y las hazañas avasalladoras de la dinastía, desde Manco Cápac hasta Huáscar.

Este fragmento de la historia total, fué enviado por el Virrey al Soberano en 1572, por intermedio de Gerónimo Pacheco, pero se perdieron cuatro paños, o sea cuadros y mapas, en los cuales, según el escribano Alvaro Ruiz de Navamuel, estaban escritos y pintados "los bultos de lo ingas, con las medallas de sus mujeres y ayllos en las cenefas, la historia de lo que sucedió en tiempo de cada uno de los ingas y la fábula y notables que van puestos en el primer paño que ellos dicen de Tambo Toco, y las fábulas de las creaciones de Viracocha, que van en la cenefa del primer paño, por fundamento y principio de la historia, cada cosa por sí distintamente escripto y señalado de la rúbrica de mí, el presente secretario; y la declaración y prevención para la inteligencia de la historia, y los rumbos y vientos para la demarcación de los sitios de los pueblos, que es puesto por el capitán Pedro Sarmiento".

Sarmiento, gracias a la ayuda oficial, pudo no sólo recurrir a los Quipocamayos y a los descendientes de los ayllos imperiales, sino también valerse de interrogatorios en los pueblos. Así describe el excelente método empleado: "...examinando de toda condición de estados, de los más prudentes y ancianos de quien se tiene más crédito, saqué y recopilé la presente historia, refiriendo las declaraciones y dichos de unos a sus enemigos, digo del bando contrario, porque se acaudillan por bandos, y pidiendo a cada memorial por sí de su linaje y del de su contrario. Y estos memoriales, que todos están en mi poder, refiriéndolos y corrigiéndolos con sus contrarios y últimamente ratificándolos en presencia de todos los bandos y ayllos en público, con juramento por autoridad de juez, y con lenguas expertas generales, y muy curiosos y fieles intérpretes, también juramentados, se ha afinado lo que aquí va escrito".

Sarmiento debió utilizar lealmente, en 1572, los datos recogidos en esa forma objetiva, pues si hubiese introducido falsedades, las crónicas anteriores y posteriores, alimentadas en análogas fuentes de quipus y tradiciones cantadas, las habrían desmentido. Ahora bien; somo podrá comprobaolr el lector en el Libro III de este tomo, en la comparación que facilitamos de la *Historia Indica* con trozos de los Quipocamayos, Betanzos, Cieza de León, Cabello de Balboa, Acosta, Morúa, Garcilaso, Santa Cruz Pachacuti, Poma de Ayala, Oliva, Montesinos y Cobo, relativos a la sucesión de conquistas, encuadra Sarmiento cumplidamente, no obstante ineludibles variantes, dentro de la línea histórica seguida por los más acreditados cronistas. Y así resulta fidedigno en la relación de los hechos, como quiera que es el más amplio y prolijo de todos los que hayan tocado estos temas. Repite lo oído en sus interrogatorios sin exceptuar fábulas y edades inadmisibles. Ninguna crónica se hizo con

móviles más científicos, ni medios más rigurosos de controlar.

Ha sido tachado de "acérrimo destructor" de los Incas[22] y esa apasionada calificación ha ido difundiéndose sin razón, ni justicia. Si tal fuera cierto, no hubiese revelado con más detalles que nadie las innovaciones implantadas por Pachecútec para mejorar lo existente en su patria, ni se habría explayado, como lo hizo complacido, en la técnica y en la organización creada por este Inca y Túpac Yupanqui para extender sus posesiones, arraigarlas y darles cohesión de Imperio. Y estas son dos grandes evidencias entre otras muchas, de su imparcialidad.

Sarmiento, antes que comentarista, fué un simple divulgador de la historia y pugnó por alcanzar la máxima aproximación a la verdad. Sorprendió a los americanistas, pues aun cuando coincidiese en los puntos esenciales con autoridades estimadas, constituía la más fuerte divergencia conocida con Garcilaso; pero no fué apologista de los Incas ni buscó ennegrecerlos. Cuando le decían los testigos que tal Rey había usurpado tierras ajenas, que tal otro fué mediocre, que éste destruyó cruelmente pueblos y que aquél aniquiló todos los miembros, grandes y chicos, de una tribu, jamás inventó; repitió la noticia recibida, adjetivando a veces en forma severa; pero como puede verse en las confrontaciones, coincidiendo en lo esencial con cronistas fidedignos. Del mismo modo, anotó rigurosamente cuanto oyera acerca de los pensamientos de algunos Incas, de sus costumbres y de sus creaciones personales superiores, y no omitió ni tampoco atenuó los aspectos favorables. Por el contrario, se detuvo en ellos, más extensamente que ningún

22 Lo fué particularmente por los señores de la Riva Agüero, Urteaga, Ainsworth Means y Valcárcel. Véase *Crítica de críticas* en el vol. II de *Don Francisco de Toledo,* págs. XXVI y siguientes.

otro cronista: Fuera de las versiones que refleja al describir la acción guerrera y política de cada Inca, éstas son los que recoge y apunta acerca del carácter de ellos:

Manco Cápac: "Y dicen que era hombre de buena estatura, seco, camprestre, cruel, aunque franco...". Mayta Cápac: "Fué este Maypa Cápac valiente y el que empezó a valer por armas desde Mama Guaco y Manco Cápac", Inca Roca: "Este Inga Rosa... al principio de su ingazgo mostró bríos y valor... amó tanto a sus hijos, que se olvidaba por ellos del pueblo y hasta de su persona". Yahuar Huacac: "Este fué gentil hombre y de muy hermoso rostro". Viracocha: "Este inga fué industrioso y inventor de ropas y labores pulidas, a que llaman en su lengua Viracocha tocapo, que es como entre nosotros el brocado". Pachacútec: "Y así pusieron secretamente los ojos en el tercero de los legítimos, llamado Cusi, que después fué llamado Inga Yupanqui, porque entendían de él que era llano y afable y daba fuera desto muestras de ánimo y de altos pensamientos". Túpac Inca Yupanqui: "Fué franco, piadoso en la paz y cruel en la guerra y castigos, favorecedor de pobres, animoso y varón de mucha industria, edificador. Fué el mayor tirano (conquistador) de todos los Ingas". Huayna Cápac: "Fué valiente, aunque cruel". Atahualpa: "Fué prudente y sagaz y valiente". Y el cotejo de estas apreciaciones con las de otros escritores, ratifica la fe que merece la versión de Sarmiento y prueba su ecuanimidad.

Es de todo punto erróneo, invocar sistema, doctrina, prejuicio antagónico o propósito interesado, al referirse a Sarmiento. No era ideólogo, ni fué filósofo, sino cosmógrafo y navegante. Le pidió Toledo que reconstituyera la historia del Perú bajo los Incas, y cumplió su mandato con la inteligencia, la prolijidad y la sincera sencillez que ponía en todo lo suyo. Vilipendiar a los Incas, ¿por qué?

¿Para justificar qué política, para beneficiar a quién? Otra acusación inconsistente que se le dirige, es haber falseado la historia, atribuído el grueso de las conquistas incaicas a los tres últimos reyes y disminuído así la duración del señorío imperial sobre las naciones conquistadas. Deformó Garcilaso *todo:* conquistas, tiempos, costumbres, distancias, modalidades, llevado por sus sentimientos apasionados de descendiente de la raza incaica a idealizarlo todo, pero ¿qué podía llevar a Sarmiento a alterar la tradición oída? ¿Qué conclusión especial podría extraer ningún jurista de su versión y la de otros muchos, de que fueron los tres últimos monarcas quienes formaron el imperio? ¿En qué se opondría tal conclusión a la que puediera desprenderse de una progresión territorial lenta, larga, pareja e ininterrumpida como la inventara Garcilaso? ¿Qué ventaja sacarían los Reyes de España de la primera versión, opuesta a la segundo? Hay quien sostiene que Sarmiento reducía las principales conquistas a los últimos años de la sociedad incaica para perfeccionar la legitimidad de los títulos posesorios españoles. Lejos de ser tal, la verdad, consignó 3519 años para la primera edad y una duración de 968 para el espacio comprendido entre Manco Cápac y Huáscar, contrariamente a la gran mayoría de los cronistas, que sólo atribuyen a la dinastía incaica un reinado de 250 a 450 años. Somos de parecer que el cargo formulado contra Sarmiento procede de un insuficiente aprecio por la obra de Pachacútec, así como deriva la fe en el orden de conquistas sostenido por Garcilaso, de un erróneo concepto de lo que fué la extensión positiva, o sea la extensión humanamente aprovechable y realmente aprovechada, del Imperio.

* * *

Es sensible, que obra tan superiormente concebida como

la *Historia Indica,* no diera por siglos los frutos augurados. Cuán distinta y más plausible fuera la noción universal acerca de los Incas y sus conquistas, si apareciese la crónica de Sarmiento antes de la república imaginaria de Garcilaso y de tanta otra versión trunca o superficial, escrita después, pero publicada antes. No era ese su destino. Fracasó la ilusión de que serviría su labor investigadora a los cronistas futuros y a los juristas del Consejo de Indias. Quedaron los pobres papeles en rincones de archivo, sin provecho para nadie, tres siglos, hasta hallar el original de la *Historia Indica,* un señor Meyer, de Göttingen, al catalogar, en 1893, los manuscritos de la Universidad.

El libro había caído en buenas manos, pues lo pasó el descubridor casual al Doctor R. Pietschmann, y este maestro le consagró años de estudio editándolo en castellano, en 1906, con un prólogo en alemán, minucioso y honesto, de una extensión casi equivalente a la crónica misma. La transcripción de ésta, acometida con respetuosa voluntad, se hizo con algunos traspiés debido a incompleto dominio de las sutilezas de la lengua. Señalamos unos cuantos en nota, corrigiendo otros de paso, sin referirnos a la primera edición para no recargar con nimiedades esta segunda.

La bibliografía del profesor Pietschmann nada deja que desear. No hay autoridad en la materia, crónica, ensayo de arqueólogo o documentación publicada hasta 1906, que él no haya leído. Cita fuentes y hace gala de su versación en castellano antiguo al señalar las variaciones con que los cronistas escribieron los nombres incaicos de gentes y lugares. Y esa misma prolijidad del prólogo se repite, en forma a veces excesiva, en las notas al pie de las páginas del texto. Será siempre sensible que haya limitado su búsqueda a los libros impresos, pues la lectura en los archivos de las informaciones completas, sólo publicadas en frag-

mentos por Jiménez de la Espada, así como la correspondencia original de Toledo, entonces ignorada, le habría servido admirablemente para perfeccionar su visión de la vida incaica, comprender la idiosincracia del Virrey y captar lo que fué el Perú del siglo XVI.

De todas maneras, gracias a su dedicación e imparcialidad, acertó Pietschmann mejor que sus contemporáneos en la justa interpretación de la *Historia India.* Tenemos a la vista, al formular estos comentarios, una traducción del prólogo, donde respalda, antes que nadie, la buena fe de Sarmiento: "Es errónea la suposición de que el objeto perseguido por Toledo al encomendar a Sarmiento la Historia del Perú, era no sólo para encubrir las exigencias de España respecto de la posesión legítima de sus conquistas, sino también para disimular un acto que será siempre una de las más graves acusaciones dirigidas contra Toledo: la ejecución del último Inca". Y concretando con toda exactitud las fechas de Markham, poco después, había de confundir —al punto de achacarle a Sarmiento haber omitido toda mención de la campaña de Vilcabamba y la muerte de Túpac Amaru— recuerda que "tales medios de disculpa eran prematuros el 10 de marzo de 1572 (fecha en que se enviaba la obra a España) pues cuando Sarmiento escribía el penúltimo capítulo de su trabajo Túpac Amaru no había sido ejecutado... y Toledo y quienes le rodeaban no tuvieron noticia de la muerte de Tito Cusi hasta la iniciación de la campaña de Vilcabamba a fines de *abril* de 1572". Exactísima es esta precisión de fechas que Markham pudo aprovechar, si no hubiese sido tan superficial en sus juicios y en su manera de documentarse.

Pietschmann afirma que la crónica fué compuesta con informaciones fidedignas y advierte que Sarmiento se apoya en ellas, al punto de repetirlas a veces textualmente. A su

juicio, era propósito del Capitán probar que los Incas no eran señores naturales del Perú, y que formaron el imperio gracias a conquistas sucesivas. Censura, con toda razón, la severidad con que juzga los hechos políticos de esos reyes, mas recuerda que a pesar de esos excesos verbales, hizo la prueba ofrecida "sin violentar, ni el tema, ni la tradición". Bastaba que se atuviera a repetir lo que le confiaban los representantes de los ayllos, dado que "los jefes de las orgullosas familias cuyos antepasados habían sido algo así como los obreros de una voluntad divina; o los únicos señores, no habrían comprendido por qué causa hubiesen de disimular que sus antepasados conquistaron para sí, inmensas extensiones de tierra gracias a su inteligencia, su astucia y hechos heroicos de armas". Y agrega con todo acierto: "¿Qué ideas tenían ellos, de principios, de buenas costumbres de Estado y de los derechos de los pueblos, como para admitir que los medios con que obtuvieron (sus antepasados) el triunfo, pudiesen considerarse ilegales?" En resumen, no tenían por qué disimular, ni mentir, y sus deposiciones deben considerarse fidedignas.

Pitschmann no ha leído a Garcilaso sin provecho, pues le dirige en seguida esta alusión: "el consabido hermoseamiento correspondió a la generación a que pertenece Carcilaso". Reconoce exagerada la severidad de Sarmiento, mas insiste en que a pesar de la que usa al comentar las conquistas de los Incas, "no tiene ésta efecto en los detalles del cuadro general", "ni adultera la verdad de los hechos históricos, ni atenúa el valor de la crónica".

En conjunto, estima Pietschmann que Sarmiento "ha representado su punto de vista con mesura" y lo atribuye al hecho de que sentía genuina admiración por los altos pensamientos y "la voluntad de alcanzar algo grande", de que dieron prueba los Incas. No se limita a ese elogio, sino

que comparando, deplora que "en épocas en que las fuentes de información eran más recientes y ricas, no procedieran (los otros cronistas) con prolijidad igual a la suya, y que Cieza de León, por ejemplo, en su inapreciable obra, no haya dado más detalles sobre los acontecimientos históricos del tiempo de los Incas".

Otro tanto podríamos decir de Betanzos, de Gómara, del Palentino, de Acosta y de los propios peruanos Santa Cruz Pachacuti y Poma de Ayala, pues ninguno de ellos trabajó en la evocación de los hechos de guerra incaicos con la profundidad, la paciencia y el interés de Sarmiento. Acaso sean los resúmenes de los Quipocamayos de Vaca de Castro y de Cabello de Balboa, las únicas obras capaces de equipararse por sus detalles, a la que comentamos.

Atribuye Pietschmann trascendencia a las fuentes de Sarmiento, pues al acudir éste a las tradiciones conservadas desde siglos por cada ayllo de la nobleza del Cuzco, creó una historia gracias a la cual sería fácil discernir después cuáles eran las crónicas apoyadas en igual origen y cuáles las que se valieron de antecedentes distintos.

Terminan los juicios de Pietschmann sobre la *Historia Indica* y su autor con estas palabras, en que graba el maestro, como en una estela recordatoria, su pensamiento definitivo: "*Debemos reconocer, si queremos ser justos, que antes de Sarmiento no describió nadie el nacimiento de los Incas y la formación de su imperio de manera más sintética y clara, ni con mayor espíritu crítico*".

* * *

Fué uno de los primeros cuidados de Sarmiento, significar cuáles eran sus fuentes, advirtiendo desde el comienzo, que no teniendo escritura los Incas, los que no conocían los quipos y yaravíes, pudieran creer que la historia era

falsa. Y así explica que ellos tenían "una curiosidad muy buena, y cierta, y era que unos a otros, padres a hijos, se iban refiriendo las cosas antiguas pasadas, hasta sus tiempos, repitiéndoselas muchas veces como quien lee lección de cátedra". En esos anales, que eran condensados en los cantos llamados yaravíes, entraban números de gentes, pueblos, provincias, batallas y hasta días, meses y años. Pero no se fiaban exclusivamente de la memoria y "las cosas más notables, que consisten en número y cuerpo notábanlas, y ahora las notan, en unos cordeles, a que llaman quipo, que es lo mismo que decir racional o contador. En el cual quipo dan ciertos nudos, como ellos saben, por los cuales y por las diferencias de los colores distinguen y anotan cada cosa como con letras. Es cosa de admiración ver las menudencias que conservan en aquestos cordelejos, de los cuales hay maestros como entre nosotros del escribir". A esos quipos y a los guardianes de ellos, llamados quipocamayos, acudió Sarmiento y no sólo acogió las versiones de unos y otros, sino que sometió cada versión de uno, al otro, y viceversa, para alcanzar la conformidad, o sacar enseñanza de la controversia que se produjera. Así es como pudo al final ratificar sus conclusiones ante todos los bandos y ayllos, y sus analistas.

En la verificación de la Historia Indica, ordenada por el Virrey Toledo y realizada en el Cuzco a fines del mes de febrero de 1572, cuarenta y dos indios (de los cuales, treinta y seis descendientes de los doce ayllos reales) declararon solemnemente que la historia concordaba con la tradición, "porque, como ellos no tenían escritura como los españoles, no tenían cómo conservar entre sí estas antigüedades si no era diciéndolo de lengua en lengua y de edad en edad y de unos a otros... Y solamente enmendaron algunos nombres de algunas personas y lugares y otras cosas livianas, las

cuales el dicho señor Alcalde de Corte mandó que se pusiesen como lo decían los dichos indios, y así se pudieron. Y con las dichas enmiendas todos los dichos indios de una conformidad dijeron que la dicha historia está buena y verdadera, conforme a lo que ellos saben e oyeron decir a los dichos sus pasados; porque lo han conferido y tratado entre sí y averiguádola desdel principio hasta el fin y que *creían que ninguna otra historia que se haya hecho será tan cierta y verdadera como ésta, porque nunca se ha hecho tan diligente examinación, ni se les ha preguntado a ellos nada, que son los que pueden saber la verdad*".[23]

No quisiéramos dejar entender al lector que por tal razón es infalible la versión de Sarmiento. Fuera de las debilidades de memoria y la fragilidad de semejante manera de conservar los recuerdos del pasado, vino otro hecho a limitar la certeza en la tradición oral, y en los quipos. Nos cuenta el mismo Sarmiento, que en la época de Pachacútec, o sea a mediados del siglo XIV, habría llamado este Inca a una reunión de quipocamayos de la región incaica y de las naciones conquistadas por él, que fueron muchas, y que después de averiguarles las antigüedades de su historia "hízolo todo pintar por su orden en tablones grandes y deputó en las Casas del Sol una gran sala adonde las tales tablas, que guarnescidas de oro estaban, estuviesen como nuestras librerías... Y desta manera se vino averiguar todo lo de sus pasados y a quedar tan manual a toda suerte de gentes, quel día de hoy los indios menudos y los mayores generalmente lo saben...".

Cieza hace notar en varias partes de su obra, las deficiencias de la tradición, volcada por los Incas en sus quipus y en sus yaravíes. Y es evidente que tres resultan pro-

23 *Don Francisco de Toledo*, vol. III, pág. 157.

bables: 1.°, que hubiese grandes olvidos o lagunas; 2.°, que algunos reyes hubiesen alterado por pasión o vanidad los hechos ocurridos; 3.°, que desde Pachacútec no quedase más tradición oficial que la establecida por *él* en la Casa del Sol.

Se sienta al leer a los Quipocamayos, a Betanzos, a Cieza, a Sarmiento y Cabello de Balboa, que ellos sacaron su información de los quipus y de los indios viejos que les parecía de más confianza y que a veces nombran. Su historia es, pues, un trasunto fiel de lo que entre 1540 y 1576, tenían los mismos naturales por cierto, del gobierno y de las conquistas de sus antepasados.

Recuerda Cieza que aún vivían indios en su tiempo a quienes había tocado la suerte de conocer a Túpac Inca Yupanqui y de andar con él en las guerras. Estos viejos habían oído a sus padres lo que hizo Pachacútec, y sabían más de éste que de lo sucedido a los progenitores, acaso por haberse perdido mucho, a pesar de los quipus.

Nos da el mismo cronista detalles aún más amplios al referirse a la transmisión de la ciencia histórica. "Y es también de saber —dice que, sin esto, fué costumbre dellos y ley muy usada y guardada, de escoger cada uno, en tiempo de su reinado, tres o cuatro hombres ancianos de los de su nación, a los cuales, viendo que para ello eran hábiles y suficientes, les mandaban que todas las cosas que sucediesen en las provincias durante el tiempo de su reinado, ora fuesen prósperas, ora fuesen adversas, las tuviesen en la memoria, y dellas hiciesen y ordenasen cantares, para que por aquel sonido se pudiese entender en lo futuro haber así pasado; con tanto questos cantares no pudiesen ser dichos ni publicados fuera de la presencia del señor, y eran obligados estos que habían de tener esta razón durante la vida del rey, no tratar ni decir cosa alguna de lo que a él tocaba,

y luego que era muerto, al sucesor en el imperio le decían... "*Sábete que las cosas que sucedieron a tu antecesor son éstas*: y luego, en diciendo esto, los ojos puestos al suelo y bajadas las manos, con gran humildad, le daban cuenta y razón de todo lo que ellos sabían... Y así, dicho esto, luego que por el rey era entendido, mandaba llamar a otros de sus indios viejos, a los cuales mandaba que tuviesen cuidado de saber los cantares que aquéllos tenían en la memoria, y de ordenar otros de nuevo de lo que pasaba en el tiempo de su reinado...".

Betanzos había procedido de análoga manera, como se desprende de estas explicaciones al Virrey Antonio de Mendoza: "aunque no sea volumen muy alto, ha sido muy trabajoso, lo uno porque ni le traduje y recopilé siendo informado de uno sólo, sino de muchos, y de los más antiguos y de crédito que hallé entre estos naturales". El modo de informarse es el mismo descripto por Cieza: "Pachacútec... mandó... que luego se hiciesen cantares, los cuales cantasen... mamaconas y yanacomas en los loores de los hechos que cada uno destos señores en sus días ansi hizo, los cuales cantares ordinariamente todo tiempo que fiestas hubiese cantasen... Comenzando primero el tal cantar e historia e loa de Manco Cápac... para que de aquella manera hubiese memoria dellos y sus antigüedades".

* * *

Los predecesores de Sarmiento habían extendido su pesquisa a todos los aspectos de la vida incaica, así la política y la social y familiar, como la guerrera; pero él circunscribió su estudio a la recopilación de los antecedentes relativos a las conquistas y a la sucesión de los monarcas, tocando los otros puntos, sólo de paso.

Se dedicó, como los demás, y acaso más que ellos, a

la evocación de las complejas fábulas relativas al origen de los Incas. La versión recibida y transmitida por él se asemeja a la que antes divulgaron los Quipocamayos de Vaca de Castro, Betanzos y Cieza, y la que después de él recogieron Cabello de Balboa y otros cronistas, de fuentes autóctonas. Resulta impresionante el monto de datos, grandes y pequeños, que recolectó acerca de las diferentes épocas de los naturales del Perú, desde el diluvio hasta el momento en que Viracocha se dispone crearlo todo en la tierra por segunda vez, e inicia la reconstrucción, en Tiahuanaco.

Le dijeron los indios que habían mediado 3519 años entre la primera edad y la llegada de los Incas al valle del Cuzco, y lo deja expresado tal cual, sin comento, ni alusión a dudas. Es digno de advertirse que en toda la obra glosa poco, y salvo excepcionales circunstancias, estampa lisa y llanamente lo que sus testigos respondieron a sus preguntas, dejándole a ellos la responsabilidad de inverosimilitudes de tiempos y edades, y el eco de lo que era para los ayllos la *Capaccuna.*

Como los Quipocamayos, como Betanzos, como Cieza, como Cabello de Balboa, acudió a quienes sabían interpretar quipus y yaravíes; pero él, además, confrontó personalmente lo oído con interrogatorios de testigos calificados. No podía ir más allá en la búsqueda de la verdad, ni la pretendía; y nada dentro de lo que él dice, impresiona como ajustado a una doctrina preconcebida o a una parcialidad deliberada.

La odisea conquistadora de los Incas comienza con los ocho hermanos, que saliendo de unas aberturas del cerro de Tambotoco, en el asiento de Pacaritambo, marchan sobre el Cuzco. No llegan de primera intención; siembran algún tiempo en Huanacancha, pasan a Tamboquiro y luego a Pallata, donde permanecen algunos años. Muévense por fin

hasta el cerro de Huanacauri, y habiendo perdido a Ayar Ucho y Ayar Cache, entran en el valle del Cuzco los seis restantes, cuyos nombres: .Manco Cápac, Ayar Auca, Mama Ocllo, Mama Guaco, Mama Cura y Mama Raua, conservó la tradición. El jefe *Manco Cápac,* tomó por mujer principal a su hermana Mama Ocllo y tuvo de ella un hijo: Sinchi Roca. Pensó que siendo candorosos los naturales y él fuerte y capaz, debía sujetarlos, buscar todas las tierras fértiles de la comarca y tomarlas.

En los alrededores del Cuzco habían poblado "antiquísimamente", algunas parcialidades llamadas Guallas, Sahuaseras y Alcabizas. Todas ellas vivian con sus bandos adictos y sólo reconocían por jefe a su cinche en la hora de las contiendas, que eran continuas entre ellos, por nimiedades de vecinos y desconsideración del derecho ajeno. Entre los Collas, como en los Chinchas y los Chimus, existían sociedades, dotadas de cierta organización social, contaban con obreros hábiles para edificar palacios y templos, y artífices expertos en alfarería, tejidos y metales; pero Manco sólo halló entre los indígenas del Cuzco, fuera de construcciones antiguas realmente notable, behetrías rudimentarias.

Según la fábula, llegó a apoderarse del Cuzco, paulatinamente, tomando primero las tierras y aguas de los Huallas, luego las de los Sahuaseras, cuyo cinche, Copalimayta, venció, pudiendo así poblar en Indicancha. Agrega Sarmiento que "como Mango Cápac quisiese entablar sus fuerzas, para que no pudiese ser impedida su tiránica intención, procuraba de allegar gente a sí suelta y holgazana, haciéndoles franquezas de lo ajeno, y para sustentarlos tomaba las tierras a todos sin distinción. Y como hubiese tomado las de los Guallas y de los Sauaseras, quiso también tomar las de los Alcabizas. Y puesto caso que los Alcabizas le habían dado algunas, el Mango Cápac quiso e intentó to-

mársela̹s todas o casi todas... Y sobre esto vinieron a reñir, y como los de Mango Cápac eran más y más diestros, forzaron a los Alcabizas a que les dejasen las tierras quellos quisieron, y les hicieron que los sirviesen como a señores...".

Dejando así asentado su linaje en el Cuzco, murió poco después Manco Cápac, viejo de 144 años según le dijeron los indios a Sarmiento. Había introducido antes de morir algunas prácticas de las que fueron poco a poco estableciéndose con los siglos, y que existían cuando llegaron los españoles. Instituyó la cápac-cocha, que es sacrificar dos niños, macho y hembra, al ídolo Huanacaure; estableció el uso de armar caballeros a los hijos, horadándoles las orejas; las danzas del Cápac-Raymi, la costumbre de llorar a los muertos y varias otras ceremonias y bailes; ordenó que los diez ayllos venidos con él, y los demás de su linaje formasen algo así como un cuerpo de guardia permanente para él y sus descendientes, cuyas funciones se transmitirían de padre a hijo. Creó las insignias del cetro y del sunturpaucar. Hizo la casa del Sol. Dejó además ordenado "que su hijo mayor y de su mujer legítima, que era su hermana, sucediese en el Estado y si hubiese hijo segundo, a éste diese cargo que tuviese cuidado de amparar a todos los demás hijos y parientes, y quellos le reconosciesen por cabeza para sus necesidades, y se apellidasen de su nombre y él tuviese cargo de los favorescer y sustentar, y para esto les dejó hacienda. A esta parcialidad o bando o linaje llamó ayllo, ques lo mismo que linaje. Y si faltase hijo segundo, y aunque lo hubiese, si era incapaz de gobierno, lo encargasen al pariente más cercano y de más habilidad".

Lo difícil es desentrañar, y acaso no se descubra ya nunca, si Manco Cápac inventó verdaderamente estas prácticas, o si las trajo consigo de donde viniera; pero como

se desprende de las declaraciones de los descendientes de los ayllos, tal debió ser en un más, en un menos, enmedio de las incertidumbres y las inseguridades de sus orígenes, la modestísima realidad con que inició la dinastía su glorioso destino.

Sarmiento, como Betanzos, Cieza y Cabello de Balboa, recogió de los indios la tradición de que Manco Cápac no señoreó fuera del Cuzco. Harto tendría, en efecto, con imponerse y contener las revueltas de los primitivos ocupantes; y debe entenderse por Cuzco, la ciudad y la comarca inmediata.

Los Quipocamayos, confundiendo "amistades precarias" con "domino", declararon que *señoreó,* sin necesidad de guerras, diez leguas a la redonda, lo que resulta inaceptable, como lo es que *Sinchi Roca,* heredero del primer Inca, haya dominado *hasta treinta leguas a la redonda y aún más* llegando por el Oeste hasta Andahuaylas, o sea venciendo a los Chancas, Betanzos, que se informaba en esa época, supo por los indios que Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Cápac Yujanqui, Mayta Cápac, Inca Roca y Yahuar Huacas, no extendieron la superficie adquirida por Manco Cápac; Cieza no presta conquista alguna a Sinchi Roca, ni a Lloque Yujanqui y señala que ya en tiempos de este tercer Inca con buenas mañas que para ello tenían, *allegaba a su amistad* muchas gentes de las comarcas de su ciudad"; pero una cosa es respetuosa *amistad,* y otra *señorío.* No atribuye guerra alguna fuera del Cuzco a Mayta Cápac, sino haber reñido con los Alcavizas, vencido esa tribu y distribuído sus tierras entre sus allegados.

Le dijeron los indios a Sarmiento que Sinchi Roca no fué hombre de guerra, y que no aumentó lo que su padre ganó, como tampoco Lloque Yupanqui, que no salió del Cuzco. Agrega luego, al referirse a este Inca, que se comunicó

con algunas provincias llamadas Guaro, Guamay Samo, Pachachulla, Viracocha, los Ayarmacas de Tambocunca y los Quilliscaches. Estas referencias tienen un significado importante, cuando las confirma otro autor. Comunicarse, significaba entrar en relaciones con otras tribus en forma amistosa, gestionar alianzas y, en suma, ofrecer paz o guerra. Tales tanteos a distancia solían ser preludios de futuras conflagraciones o de pacíficos avances territoriales, casi siempre efímeros, ratifica Cabello de Balboa a Sarmiento algunos años después, aseverando que Lloque Yupanqui "gobernó con tanta prudencia y acierto, que el eco de su sagacidad atrajo bajo su dominación un gran número de caciques y de gente. Los más poderosos de estos jefes eran Guamán-Samo, cacique de Guaro, y Pachachulla Viracocha... Tambo Vincays y Quilliscache, jefe de los Ayarcaches, vinieron también a someterse a él..."

Por los términos usados por los indios al referir a Sarmiento la historia de sus antepasados, se advierte que cada rey, según su ánimo, buscaba antes de intentar a lo lejos imponerse por la violencia, el sometimiento pacífico de las tribus, o su amistad, o su alianza; la fórmula propuesta variaba según la potencia del requerido, y en realidad, el resultado era más de apariencia que de hecho. Al tratar del 4.° Inca, dice Sarmiento: "...fué este *Mayta Cápac* valiente, y el que empezó a valer por armas desde... Mango", con lo cual reconoce claramente que fué conquistador. Cabello de Balboa ratifica lo dicho, haciéndose eco de la leyenda relativa a la fuerza hercúlea de Mayta Cápac y al dominio que ejercía sobre las tribus vecinas: "Este joven príncipe..., divirtiéndose un día con los hijos del cacique de Allcay-Vilcas, los hirió tan gravemente que sus padres concibieron un odio mortal contra los Ingas..." Mayta Cápac, habiendo sido atacado por una banda de dicho cacique, "causó entre éstos

tal pavor, que vinieron a someterse e implorar perdón... El eco de esta victoria se esparció hasta las tribus más lejanas y sus jefes se apresuraron a buscar la alianza con un guerrero tan valiente... Desde aquella época Mayta Cápac no emprendió nuevas guerras". Es interesante observar, deteniéndonos en lo ocurrido hasta el 4.° Inca, que los cronistas de la primera época, en relación directa con los indios, habían recogido, salvo Betanzos, informaciones capaces de probar que la labor inicial de estos Incas fué muy dura. No consistió sólo en el envío de gente para descubrir las buenas tierras averiguar cómo eran las tribus, e inquirir qué probabilidades tenían de vencerlas; tenían que afrontar en los alrededores de sus lares, la penosa tarea de defender su prestigio contra tribus más sojuzgadas que sometidas, que se revolvían en horas oportunas frente a su duro dominio. Lloque Yupanqui, según los Quipocamayos, "no aumentó, porque en su tiempo *tuvo muchas rebeliones* de los que había heredado, y tuvo el señorío en puntos de perder. Harto hizo en sustentar lo que de sus padres había heredado".

Mayta Cápac se encontró en situación análoga: "no aumentó cosa alguna, *porque siempre tuvo guerra con los suyos, que cada día se le alzaban*". Después del intento de fusión de razas sometidas, y gracias a embajadores enviados con toda solemnidad, o a espías despachados en secretos, tenían los Incas elementos suficientes para apreciar los medios defensivos de sus vecinos, saber dónde podían apretar, dónde requerir puntos de apoyo, y en caso de resistencia, proceder de acuerdo con la relatividad de las fuerzas en juego, en cada caso. Se advierte el hecho con *Cápac Yujanqui,* el 5.° Inca. Anuncia Sarmiento: "fué el primero que salió a conquistar fuera del valle del Cuzco, porque sujetó por fuerza los pueblos de Cuyumarca y Ancasmarca, cuatro le-

guas del Cuzco". Según los Quipocamayos, había conquistado Vilcas, los Soras, los Aymaraes, Condesuyos, Parinacocha y las comarcas...", es decir, casi todo Condesuyos, mas no los Chancas. Así lo hemos señalado en el gráfico relativo a Cápac Yupanqui. El Inca Roca, que inicia la dinastía de los Hanan-Cuzcos, mucho tuvo que hacer para sostenerse en el trono, y si bien conservó lo habido, poco aumentó. Es evidente que los primeros Incas fueron buenos guerreros y supieron triunfar; pero no sacaban partido de sus victorias, porque no aseguraban lo ganado, de manera que cada Rey intentaba recuperar lo perdido por el antecesor sin avanzar mayormente en el especio. Era una tarea con su flujo y reflujo. Y así duró hasta que Pachacútec creara, como veremos, los métodos por los cuales formó, extendió y apuntaló el imperio, hasta límites antes desconocidos.

Destaca Sarmiento esa acción guerrera reiterada de los reyes y explica el porqué aparece, a veces sin comentarios, en las páginas de los cronistas, la mención de luchas con pueblos ya dominados por Incas anteriores. "Y así esta es la causa, [por] que decimos muchas veces que un pueblo fué subjetado por diferentes ingas, como [los de] Mohina y Pinagua, que, aunque fueron desterrados y subjetados por Inga Roca, también los oprimió Yaguar Guaca y consiguiente Viracocha y su hijo Inga Yujanqui. Y era tanto lo que cada pueblo pugnaba por su libertad con sus cinchis y sin ellos, queste procuraba subjetar a aquel y el otro al otro, especialmente en el tiempo de los ingas, que aun dentro del mismo Cuzco los de un arrabal llamado Carmenga traían guerra con los de otro arrabal, llamado Cayocache. Y así se ha de entender, que, puesto que los siete ingas precedesores de Viracocha Inga, aunque por el poder que tenían de los ayllos, tenian temorizados a los del Cuzco y algunos de los

muy cercanos del Cuzco, no les duraba más el servirlos de cuanto les tenía la lanza encima, porque al momento que podían, se acogían a las armas, apellidando libertad; la cual, aunque con gran riesgo y muertes, sustentaron, aun los de dentro del Cuzco, hasta el tiempo del Viracocha Inga".

Los Quipocamayos, Betanzos y Cieza no recogieron información alguna apreciable sobre *Inca Roca,* pero Sarmiento y Cabello de Balboa acudieron a mejores fuentes. Según ellos, habría conquistado este 6.º Inca a los pueblos llamados Muyna o Moina y Pinahua, matando a los conches Muyna Pongo y Huamán Topa, y haciendo prisioneros "a muchos otros que habían querido independizarse", nueva prueba del espíritu de rebelión a que antes aludimos. Sometió asimismo a los Mascas, conquistó a Caytomarca, y según Cieza, tuvo una batalla en Pomatambo, lugar de Condesuyo, donde quedó vencedor.

Yahuar Huacac, 7.° rey, habría llegado, según los Quipocamayos, hasta la costa, sujetando además la tierra de Chucuito, hasta el desaguadero; pero parecen haber confundido su reinado con el de otro Inca, pues Betanzos y Cabello de Balboa no le atribuyen nada notable, Sarmiento limita sus conquistas a diez pueblos en los alrededores del Cuzco y Cieza lo ignora completamente, llamando 7.° rey al Inca Yupanqui.

En la época del *Inca Viracocha* se inician las acciones que llevarían a su talentoso hijo Pachácutec a imperar en la tierra del Perú. Con el tiempo, habían ido formándose en ella feudos de toda dimensión. Los Incas dominaban en una parte del Cuntisuyo. A pesar de lo que dijeran los Quipocamayos, no les pertenecían los Chancas, que seguían fuertes en la sierra central, por Andahuaylas y contornos; reinaba Guzmango Cápac entre los Conchucos de Caxamarca; mandaba Chincha Cápac desde Ica hasta el sur de Huarmey;

Chimu Cápac, según Cabello de Balboa, gobernaba por el norte, desde ese puerto hasta Túmbez, y según los Quipocamayos de Nazca hasta Puerto Viejo. En el Collao y en Charcas, tenían poder los Canas, los Canches y los Collas, con sus Cari, Zapana y Chuchi Cápac, tan soberbios como los Incas y tan codiciosos como ellos, y así en Cuntisuyo como entre los Chachapoyas, los Cañaris, los Huancavilcas, los Puruahes, los Quitus y los Pastos ocupaban fuertes cinches, los valles fértiles de la sierra y de los llanos.

Los Quipocamayos, siempre prematuros en sus asignaciones de conquistas, atribuyen a Viracocha y a príncipes de su familia una irradiación victoriosa que habría alcanzado por el Sur hasta los Carangas y Pacajes de Charcas y por el Norte hasta Huánaco en la sierra y Trujillo en la costa. Según ellos, "mandó y ordenó —ese Inca— muchas cosas que hasta hoy día se guardan. La primera ordenanza fué que la lengua quichua fuese la general en todo el reino, del Cuzco para abajo, por más clara y fácil que otra ninguna, y porque todas las lenguas [eran] allegadas a esta quichua como la portuguesa o la gallega a la castellana, y mandó que los hijos de los curacas de todo el reino asistiesen en el Cuzco, así para que deprendiesen la lengua general, como para saber y entender cosas convenientes para ser curacas y gobernadores y saber mandar y gobernar; y desde Canas y Canches para arriba (debe entenderse, hacia el Sur) hasta el último de los Charcas y todo Condesuyo les dió por lengua general la lengua aymará, por ser muy común y fácil. Asimismo mandó y ordenó que todos los indios de todo el reino de cualquiera suerte y calidad que fuesen, así hombres como mujeres, de cada pueblo y en cada lugar, tuvieran su señal e insignia en la que cada uno vestía y en el traje de la cabeza su señal y muestra, los unos muy diferenciados de los otros, para que cada uno por la

señal e insignia del traje fuese conocido de adonde era natural, con pena de la vida que ninguno fuese osado de ponerse en el traje, insignia del otro; y esto mandaba ejecutar severísimamente. Esto fué guardado y cumplido muy puntualmente hasta el día de hoy. Ansimesmo ordenó que ningún indio fuese osado de tomar mujer si no fuese por mano del curaca o del gobernador, puesto que el inga, y esto hacía para que cualquier indio trabajase de merecer que le diesen mujer y chácaras. Y ordenó que hubiese topos de lenguas en los caminos reales por medida de varas. que ellos llaman "chotas". Ansimesmo mandó que todos los caminos reales se poblasen de "chasques", en cada topo cuatro chasques para que con los mandatos y proveimientos del inga, en breve tiempo puedan correr la tierra. Ansimesmo ordenó y mandó que los curacas y principales con toida su familia y súbditos comiesen en la plaza para que los caminantes y pobres e impedidos al trabajo alcanzasen de los mantenimientos. Ansimesmo mandó que en cada pueblo hubiese grandes chácaras de comunidades para los depósitos; y los mitimaes que nuevamente les traían a poblar, mandaba que los naturales de la tal provincia les hicieran las casas y dos años de ayuda en sus chácaras; y les mandaba dar ración de los depósitos del inga, por dos años, de socorro".

"Este Viracocha Inga fué gran republicano y ordenó muchas otras cosas que por excusar prolijidad no se ponen aquí, aunque muchas cosas queste inga hizo se han atribuído a otros subcesores y descendientes déste, no siendo ansí".

Betanzos parece haber desconocido la acción de Viracocha, y sólo alude a la invasión de los Chancas y las huída del Inca a Xaxiquaguana, mientras su hijo Yupanqui triunfaba de las tropas de Uscovilca.

Cieza atribuye a Viracocha haber bajado conquistando

hasta el Collao, venciendo de paso a los Canches en Combapata, lo que traje de inmediato la sumisión de los Canas. Después habría dejado la gobernación a su hijo Inca Urco.

Los Quipocamayos de Vaca de Castro parecen haber exagerado la importancia de Viracocha, y es asimismo verosímil, que el ayllo de Pachacútec, interesado en destacar la obra de ese gran Inca, haya popularizado una versión por la cual se ampliaba su acción, a la vez que se dejaba el reinado mal concluído de Viracocha, en la sombra. Así se explica que Sarmiento, informado de mala manera, sólo mencione conquistas de pequeños pueblos en torno al Cuzco, a siete u ocho leguas de distancia, como Pacaycacha, Mohina, Pinahua, Casacancha, Rondocancha, Mollaca, Socma, Chiraques y Xaxiquaguana.

Cabello de Balboa se acerca a la versión de Cieza, describe la guerra de Viracocha con los Chancos y la prisión de los cinches Tomaiguaraca y Astoguaraca por el hijo del Inca, quien los condena a muerte "y en seguida mandó hacer de su cráneos, vasijas de beber". Guerreó asimismo contra Cuyo Cápac, quien se había rebelado; invadió su territorio y lo castigó, yendo luego en su marcha más allá de la región cuzqueña, hasta Vilcabamba, sometiendo a todos los naturales a su paso. Al regresar el príncipe Yupanqui a la capital, supo que su padre la había desamparado y huído a Xaxiquaguana por miedo a los Chancas que volvían al ataque. El organizó la defensa y los venció, quedando su padre desterrado. Según el mismo cronista, había matado a su hermano Inca Urco, coronándose luego, con el consentimiento general de los cuzqueños. Otros escritores difieren de ese punto. Los Quipocamayos creyeron que Betanzos oyó que deseaba dejar la borla a su hijo mayor Inca Urco; pero ante la insistencia de los orejones de la defensa del Cuzco, por Inca Yupanqui, volvió a la capital y coronó Inca a este

hijo suyo; Sarmiento varía levemente en su versión, refiriendo que Viracocha, pasando por sobre Inca Roca, su hijo mayor, habría querido nombrar sucesor suyo a su hijo bastardo Inca Urco, pero todos habían puesto los ojos en Inga Yupanqui "porque entendían dél que era llano y afable y daba fuera desto muestras de ánimo y de altos pensamientos" y lo alzaron por Inca contra la voluntad del padre.

De este recorrido por la tierra peruana con los primeros Incas, y de los procedimientos dispares de unos y otros, para atraer a las pequeñas behetrías y a los Cápacs de extensos territorios, se desprende que habían llegado en la época de Viracocha, a mantener cierta estabilidad en sus dominios hasta los contrafuertes de los Andes y la provincia de Vilcabamba por el Norte hasta los Canas, los Canches, Chucuito y Chuquiabo por el Sur. Al Este no habían cruzado la Cordillera Oriental, y por el Oeste, sin piseer todo el Cuntisuyo, ni llegar a la costa, habrían dominado a los Chancas, avasallado a los Soras y Lucanas y obtenido alianzas pacíficas de los Quichuas y Chumbivilcas. [24]

Más que la sensación positiva del poder político de los Incas, experimentaban las naciones indígenas, la irradiación de su prestigio. Algunos los temían y se acercaban a ellos para colocarse bajo su amparo y asegurarse una supervivencia semi-libre, contra las tribus que odiaban. Otras se agazapaban silenciosamente, a lo lejos, creyendo que aislarse y no intervenir en sentido alguno era política propicia; otros, más lúcidos, organizaban fuerzas para resistir. No hubo entre los Cápacs quien propusiera confederación para atacar el poder creciente de los Incas, y así beneficiaron de esa incapacidad de unión. Después de los Chancas, no fueron ya agredidos en el Cuzco.

24 Consúltese en el mapa anexo, el gráfico relativo a la situación de los Incas en tiempo de Viracocha.

Las divergencias de parece entre los cronistas que fueron los primeros en cruzar la tierra y averiguar directamente de los naturales, los pormenores de su historia, son más bien efecto de multiplicidad de interpretaciones, que contradictoria información originaria, siendo muy probable que algunos, como los Quipocamayos, hayan dado erróneamente valor de conquista a expediciones que sólo consiguieron abrirse paso hasta puntos lejanos, pero sin arraigarse en ellos, como por ejemplo esa victoria del segundo Inca contra los Chancas, a la que atribuyeron prematuramente, como consecuencia, la expansión de treinta leguas a la redonda, y proceden de igual manera con los triunfos de señorío, que por los cuatro puntos cardinales imputan a Viracocha, contrariamente a los datos recogidos por otros cronistas del siglo XVI.

La impresión que brota de las fuentes, añadida al análisis de los hechos de los tres emperadores, nos conduce a pensar que los primeros Incas, los conocidos, y los que Pachacútec escamoteó, superiores a los demás jefes en capacidad ofensiva, habían conseguido con su discontinuo martilleo sobre los pueblos que los rodeaban, una progresión territorial que sólo habría de afirmarse hasta lo irresistible, el día en que posase la borla en la cabeza de un gran guerrero que fuese también eximio organizador y político excepcional.

* * *

Pachacútec, ex-príncipe Yupanqui, hijo de Viracocha, fué para los Incas lo que Felipe de Macedonia para los griegos, y para perfección de símil, ni le faltó un hijo, Tupác Inca Yupanqui, que extendiera, como Alejandro, los dominios de su padre en forma prodigiosa. Pachacútec triunfó, como Felipe, porque tenía condiciones personales superiores; porque las naciones sometidas a cápacs o a cinches, per-

manecieron desunidas en vez de aliarse contra él, y porque consolidaba en el acto sus avances. Anfítolis, Medona, Faraos, Olinto, Fócida, Termopilas, Bizancio, Megara y por fin Tebas y Atenas, cayeron en otros tiempos por esas razones, conquistadas, una por una, por haber aprovechado Felipe de la imprevisión de los aislacionistas tomados sorpresivamente sin armas, después de haber negado el peligro, y preferido una actitud de inmovilidad con la cual creían eludir todo riesgo.

El imperio comienza con Pachacútec. El dilata por los cuatro puntos cardinales el territorio incaico, y es también el primero en *imperar* en la tierra del Perú, con un concepto clarísimo, que dió a conocer, de predominio por competencia con los demás cápacs y eliminación de todos ellos. El había de ser el amo incontestable, el amo de amos, el Emperador. Con tal norma, erigió su obra sobre bases de enemistad, y lanzó fuera de los límites incaicos un reto a todas las naciones. Ellas podían ser amigas, estando con él, o enemigas si no acataran su jefatura, si no accediesen a su voluntad o rechazaran sus exigencias de colaboración, entre las cuales fué la más rotunda el arrastre de hombres a la acción guerrera, que llamaban... ¡común! Una de las grandes habilidades de Pachacútec fué atraer las tribus a las buenas, o someterlas a la fuerza para aprovecharlas como instrumentos de consolidación del imperio o medios de extensión territorial. Sus guerras perseguían, pues, en parte, la recolección de soldados. Calculaba que gracias a ella, sería aplastante la superioridad numérica de sus tropas, indiferente el desgaste y seguro el triunfo.

El Inca inició su fábrica con tal finalidad en vista y encendió el espíritu de la comunidad creada, transformándola en un Estado imperialista, avasallador, comprometido integralmente en una audaz ascensión de potente y perpe-

tuo dinamismo, de la cual no se volvía sino venciendo. Veremos, en consecuencia, cómo buscó, por medio del trasiego de razas, la imposición de una lengua común, las obligatorias prestaciones de servicio militar, el mimetismo del traje, el culto al Sol, las grandes vías de comunicación, una previsora organización social, el modo de unir como con una piel las partes antes dispersas de un todo fluctuante, articulándolo inteligentemente en un ágil y viviente cuerpo imperial. El título de Pachacútec a la gloria, es haber tenido esa audaz idea, y otro mayor haberla llevado a buen puerto, a costa, claro está, de la desdicha de los pueblos, envueltos en sangrientas e incesantes guerras.

Betanzos, cuyo manuscrito se interrumpe al llegar a este Inca, nos trae el concepto que revela esos propósitos: "Ya que Inca Yupanqui se vido señor, en la orden y manera que ya la historia os ha contado... mandó que todos los señores de la ciudad del Cuzco y los demás caciques y principales se juntasen en la plaza, los cuales así fueron juntos. Y allí todos, díjoles, que él tenía noticia en torno de aquella ciudad había mucha y muy gran cantidad de pueblos y provincias, y para él, que tenía fuerzas, *que era mal vivir con poco;* que tenía pensado y ordenado de se partir de aquella ciudad de allí en dos meses, a buscar, adquirir y sujetar los tales pueblos y provincias a la ciudad del Cuzco, y quitar los nombres que cada señorcillo de los tales pueblos y provincias tenían de Cápac, *y que no había de haber sino sólo un Cápac, y que éste lo era él;* y que si caso fuese que, andando en la tal conquista, él topase algún señor con quien él probase sus fuerzas y le sujetase, que él holgaría de le servir, de lo cual él no tenía temor, porque el sol, como ya vían, era con él; para la cual jornada tenía necesidad de cien mil hombres de guerra, que para aquellos dos meses se los tuviesen juntos en aquella ciudad del Cuzco, con sus

armas y los demás proveimientos que necesario les fuese para la tal jornada a lo cual le respondieron que ellos estaban prestos de le dar la tal gente y servir con ella, y que asimismo harían con sus personas...".

Los indios tuvieron ante ese Inca, después de derrotar a los Chancas, la intuición de una grandeza que todo lo alteraría y le pusieron y le pusieron el nombre de Pachacútec, que según los Quipocamayos significa *mudamientos de tiempo.* Betanzos lo interpreta *vuelta de tiempo;* Sarmiento lo traduce el *volvedor de la tierra,* y agrega que al recibir la borla fué llamado *hijo del sol, señor, vuelta de la tierra.* Acaso tuvieron sus súbditos, al así nombrarlo, la certeza de que él abría una nueva era. En realidad, la acepción más segura es la de los Quipocamayos de Vaca de Castro, más expertos en lengua quichua que cualquier cronista primitivo o escritor moderno. Y tan cierto es que implicaban con ese término el de *reformador* o sea hombre de tiempos nuevos, que los indios llamaron años más tarde Pachacútec al Virrey Toledo, al ver cómo lo revolvía y rehacía todo.

Al hacerse cargo de la corona este Inca, eran más considerables sus ambiciones que sus dominios; pero inventó una técnica con la cual creaba fuerzas para imponer uniformidad de vida a posesiones aun separadas unas de otras. Por eso fué su labor organizadora tan minuciosa, amplia y constructiva: consumó con sus victorias en el espacio, la grandeza del imperio y elaboró simultáneamente el complicado engranaje destinado a asegurar su perduración en el tiempo.

La astucia, enderazada a darle la suma del poder sobre propios y extraños, fué atribuirse autoridad divina, proclamar que su destino dimanaba de la voluntad de Viracocha Pachayachachi, y hacerse venerar como de esencia celestial. Elevaba con esa aureola su estatura de preferido del Creador por encima de todos los demás régulos o cinches, y gra-

cias a la credulidad indígena, se adjudicaba para el porvenir el uso plausible de oráculos y augurios tendientes a imponer entre los suyos, sin asomo de resistencia, capitales sacrificios.

Polo de Ondegardo define con precisión lo imaginado y sus efectos. Al referirse a la batalla de Pachacútec con los Chancas, y al anterior triunfo de éstos, dice: "antes que saliesen del Cuzco le dijo su madre haber soñado que la razón de la victoria de los Chancas había sido que se hacía en el Cuzco más veneración al Sol que a Pachayachachi, que era el Criador universal, y que prometiese que de allí adelante se harían más sacrificios y más ordinarios a aquellas estatuas, y que fuese luego contra los Chancas y que él les daría la victoria y le enviaría del cielo gente que le ayudase; finalmente, con este título fué y venció y de allí quedó aquella imaginación de los pururaucas, de que se hizo relación, que fé una de las cosas más importantes que los Ingas tuvieron para hacerse señores, y después siempre su título fué ésto, inventar cada día más géneros de sacrificios y obligar a ellos a todos los que metían debajo de su dominio y dar a entender que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de dioses, y así no había en toda ella fuente, ni pozo, ni pared que no dijesen que tenía misterio, como parece en la manifestación de los adoratorios de aquella ciudad y carta que de ellos manifestaron, que pasan de cuatrocientos y tantos.[25]

El Padre Acosta, años después, dió una versión con más detalles. "Inga Yupanqui, para hacerse señor, inventó y dijo, que estando él solo y muy congojado, le había hablado el Viracocha criador, y quejándosele que siendo el señor universal... no le daban obediencia debida, antes hacían ve-

25 *Del linaje de los Incas, y cómo conquistaron.* Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú, vol. IV, por Urteaga y Romero. Lima, 1917.

neración igual al Sol y al trueno, y a la tierra, y a otras cosas... Y para que creyesen que esto era verdad, que aunque los Changas eran tantos y estaban victoriosos, que él le daría victoria contra ellos y le haría señor, porque le enviaría gente que, sin que fuese visto, le ayudase. Y fué así, que con este apellido, comenzó a hacer gente, y juntó mucha cantidad y alcanzó la victoria, y se hizo señor, y quitó a su padre y a su hermano el señorío, venciéndolos en guerra. Después conquistó los Changas. Y desde aquella victoria estatuyó que el Viracocha fuese tenido por señor universal... y desde aquel tiempo se puso la estatua de Viracocha más alta que la del Sol y del trueno y de las demás guacas... Habida, pues, la victoria de los Changas, declaró a sus soldados que no habían sido ellos, los que habían enviado, y que nadie pudo verlos sino él, y que éstos se habían convertido después en piedras, y convenía buscarlos, que él los conocería. Y así juntó de los montes gran suma de piedras que él escogió, y las puso por guacas, y las adoraban... y ésta llamaron Pururaucas, las cuales llevaban a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda, y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto, que con ella alcanzó victorias muy notables". [26]

Veamos, pues, cuáles fueron éstas.

* * *

Los Quipocamayos, después de atribuir a Viracocha, lo que los demás cronistas anotan al haber de Pachacútec, poco tienen que decir al tocar el capítulo que corresponde a ese Inca, si no es significar que él renovó las conquistas hechas según ellos, por el padre, Quito al Norte, Tarapacá y los Diaguitas al sur, y el mar al oeste. En el oriente ha-

26 *Historia Natural y moral de las Indias*, por el P. Acosta, libro IV, Cap. XXI. Sevilla, 1950.

bría logrado "con dádivas y halagos" atraerse la amistad de los indómitos Chuchos y Mojos. Agregan, además, que "puso de nuevo mitimaes en reformación de la gente de guarnición puestos por sus antecesores para asegurar la tierra... fué muy severo y gran justiciero... el primero que inventó sacrificios al Sol de criaturas y niños y mujeres y doncellas y mozuelos de ocho a diez años, y no habían de tener lunar ni cosa señalada para los sacrificios".[27]

Cieza se extiende en la obra de conquista de Pachacútec, de la cual recibió abundante información. Según él, este Inca llevó la gloria incaica al pináculo, fuera de la obra superior de unificación que tanto admiraron los españoles al apoderarse del imperio... Dijéronle los indios que atrajo a su servicio al señor de Andahuaylas, Hastu Guaraca; venció a los de Curampa; los Soras, los naturales de Vilcas y los de Huamanga. En señor de Andahuaylas, confederado ya con él, fué por su mandato hasta Chucuito, cuyos naturales venció, y otro capitán fué a la provincia de Condesuyo, saliendo también victorioso. Ya al regresar al Cuzco triunfante de esas expediciones, "de todas partes acudían señores y capitanes a le servir con los hombres ricos de los pueblos y tributaban con grande orden y hacían otros servicios personales". El éxito enaltecía su personalidad. Sus capitanes fueron luego elevando el imperio hacia el norte, llegaron a Huamanga y desde allí recibieron de paso, en su marcha por Chinchasuyo, la obediencia de Azángaro, Parcos, Picoy, Acos y otros pueblos, y más tarde el sometimiento de los Huancas de Xauxa y de Tarama.[28]

---

27 *Discurso de la descendencia y gobierno de los Incas*, pág. 20, en Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú, por Urteaga y Romero. Lima 1920.

28 Vol. V de la Biblioteca Hispano Ultramarina, *Del señorío de los Incas*. Madrid, 1880.

Pachacútec sujetó Ayavire con crueldades terribles, puso en su señorío los pueblos que confinan con el Titicaca y acaparó la comarca del Collao. Después de vencer a los Yanahuaras y Chumbivilcas de Cuntisuyo, fué en persona a los Antis, pasando la cordillera oriental. Luchó y sobrevivió, sin establecer dominio. Algunos indios de esas regiones selváticas, calientes y casi impenetrables, le reverenciaron; pero otros se metieron en la espesura de las selvas, y otros le negaron vasallaje. Dejó sembrada en un rincón una pequeña extensión de cosa y volvió, para enfrentar a los Collas, rebelados en Chucuito y Hatuncolla durante su ausencia. Su hijo Túpac Inca Yupanqui los venció en Pucará y poco después le dejó Pachacútec el mando de todas las entradas.

Sarmiento da noticias más detalladas que los anteriores cronistas sobre las guerras de Pachacútec con los Chancas, y cita una frase de este Inca particularmente notable por el propósito que revela, de atribuir un sitio en su imperio a las fuerzas espirituales, y pretender que él luchaba por mandato de ellas. Dijo a un mensajero de sus adversarios, en respuesta a un reto de éstos: "Volved, hermano, y decid a Astoyguaraca, vuestro cinche, que Inga Yupanqui *es hijo del Sol* y guarda del Cuzco, ciudad del Ticci Viracocha Pachayachachi, *por cuyo mandado yo estoy aquí guardándola.* Porque esta ciudad no es mía, sino suya, y que si él quisiere darle la obediencia al Ticci Viracocha y a mí en su nombre, que le recibiré honrosamente. Y que si de otra manera le pareciese, se podrá llamar señor o inga. Mas que entienda, quél no venía allí para gastar tiempo en demandas y respuestas, sino a librarle por las manos; que la victoria el Ticci Viracocha la daría a quien él quisiese". Pronto tuvo lugar el encuentro entre las largas lanzas de los Chan-

cas y las hondas, porras, hachas y flechas de los Incas, y estos últimos triunfaron.

Confirma Sarmiento las victorias habidas por Pachacútec contra los Ayarmacas y los cinches de Qllantay Tambo, Huancara, Aymaraes y otras provincias de Cuntisuyo. Llegó así a los Soras, que redujo de nuevo, y a los Acos, situados más al norte. Como lo dijimos antes, al aludir a ese monarca, existían al sur y al noroeste, reyes poderosos de los que podía depender la supremacía futura del Perú; eran los Collas, gobernados por Chuchi Cápac, los Chinchas y Chonchucos, por Guzmango Cápac, los Chimos por Chimo Cápac, los indios de Tomebamba por Pisar Cápac y los Chachapoyas, por Chuqui Sota.

El encuentro con Chuchi Cápac fué en Hatuncolla, a orillas del Titicaca, siendo vencido el Colla y traído triunfalmente al Cuzco. La victoria era de consideración, pues concreta Sarmiento que Chuchi Cápac "tenía opresas más de ciento y sesenta leguas de norte-sur, porque era cinche, o como él se nombraba, cápac, o Copacápac, de veinte leguas del Cuzco hasta los Chichas y todos los términos de Arequipa y la costa de la mar hacia Atacama y las montañas sobre los Mojos". De golpe, pues, agregaba Pachacútec al imperio una faja extensa que los acercaba a Charcas, evitando a la vez el peligro de ser atacado simultáneamente por el sur y el norte.

Descartado el primer riesgo, invadieron Chinchasuyo, dos de sus hermanos y un hijo, los que en poco tiempo, con un ejército de setenta mil hombres, alcanzaron Caxamarca, venciendo al caudillo Guzmango Cápac y a su aliado Chimo Cápac. No mandó Pachacútec matar a esos régulos, sino que los dejó sometidos, en sus tierras, con la condición de que las tendrían por él, lo que aceptaron.

Con sólo dos grandes victorias, se extendió así el im-

perio, por el norte, hasta la comarca de Túmbez y por el sur hasta el dominio de los Charcas.

Otra revuelta de los Collas obligó a Pachacútec a enderezar contra ellos, y los venció, dos veces más, quedando dueño de sus tierras hasta Potosí, y bajando hasta la frontera de los diaguitas, por los Chinchas de Tucma. Ya viejo encargó a su hijo menor la conquista del norte de Chinchasuyo. Túpac Inca pasó guerreando con un gran ejército por Xauxa, atacó los Huaylas, luego los Chachapoyas, los Paltas y los Cañares, en la primera campaña, y la segunda vez agregó al imperio Tomebamba, cuyo cinche, Pisar Cápac, se había confederado con Pillaguaso, cinche de Quito. Los Cañares y los Quitus fueron vencidos después de recios combates. Fué luego Túpac Inca hasta la costa y venció en los alrededores de Túmbez y Guayaquil a los Huancavilcas de Manta y la Puna, navegando después y descubriendo las islas Ayachumbi y Niñachumbi, que Sarmiento de Gamboa reconoció en 1567, por orden del gobernador Lope García de Castro.

Al volver Túpac Inca al Cuzco, a los seis años de su salida, halló ya muy cansado a su padre, el que en seguida presenciar su triunfo murió, viejo de 125 años, según le aseguraron ingenuamente los indios a Sarmiento.

Cabello de Balboa confirma las victorias de Pachacútec contra los Chanchas, los Soras y Lucanas, y ratifica asimismo la conquista del Collao, pero añadiendo a propósito de la de Chuchi Cápac el dato de interés de que lo hizo inmolar al Sol y que fué el primer sacrificio humano ofrecido por los Incas *con ocasión de sus victorias.*

Las referencias de este cronista acerca de las conquistas de Pachacútec y las que este Inca mandó realizar a su hijo Túpac Yupanqui no difieren de las señaladas en los autores antes citados; pero hallamos en ellas, concretado el

plan de Pachacútec de consolidar sus progresos, con la erección, en la tierra invadida, de fortalezas destinadas a arraigar la autoridad incaica. Era izar, como pabellones, una flamante y personal expresión de soberanía. Así son las que mandó edificar en Cajamarca, Quichicaxa, Aznay, Tiocaxas y Tomebamba, por los Conchucos, los Cañares y los Puruhaes. Hizo también construir a los quiteños un pucará en su tierra y otros a los Chimbos en Machalla y a los tumbecinos en Túmbez, dejando siempre, para asegurarlos, tropas suyas y mitimaes.

* * *

Pachacútec, que realizó gran parte de sus conquistas a través de campañas bien concertadas por él, mientras otras eran llevadas a cabo por hemanos e hijos, se preocupó de instituir las reformas precisas para conservar los frutos de sus victorias. Los reyes anteriores parecen haber vivido al día. Regesaban al Cuzco con el régulo adversario, atado, o con su cabeza en la punta de una lanza, o su piel transformada en tambor, o con una caravana de prisioneros y trofeos para pisarlos en la ceremonia del triunfo: habían hecho sentir su poder a las naciones vencidas. Y a menudo, al regresar los vencedores a sus tierras se soltaban las tribus aparentemente sometidas, matando, cuando podían, a los delegados del Inca, y así se esfumaba un señorío como de sueño, perpetuamente renovado y perpetuamente ilusorio. El amor propio complacido, el reconocimiento —nominal— de la autoridad incaica, alcanzado allá a lo lejos, parecían satisfacciones suficientes, a los triunfadores. Pachacútec concibió la supremacía guerrera rotunda, la exaltación de su dinastía y la creación de un estado noble, soberbio y perdurable. Con él acaba ese juego flúido y evanescente, como de agua en cestillo. Para asestar sus golpes con las espaldas resguardadas, fortaleció la región del Cuzco, in-

ventó la manera de dar carácter permanente y hegemonía a sus conquistas y acrecentó su propia autoridad.

Según datos recogidos por Sarmiento, dió a su capital el trazado grandioso que tenía al llegar los españoles; mandó edificar las casas de comunidad y públicas de cantería muy pulida, y como juzgase que carecía de sementeras suficientes, hizo en las laderas vecinas unos escalones de dos mil pasos y más de cantería, los llenó de tierra y los hizo sembrar, aumentando así los mantenimientos para el pueblo. esto no le pareció bastante, por lo cual despobló todos los sitios dos leguas alrededor del Cuzco, y aplicó sus tierras a la capital, para que tuviera propios con qué sustentarse.

Embelleció luego la Casa del Sol, cuyo patio cercó con una cenefa de oro y realzó la majestad del culto, imponiendo nuevos ritos e ídolos que dotó de tierras, ganados y mujeres. Para enaltecer la memoria de sus predecesores, desenterró sus cuerpos, los guarneció de oro, los puso en el templo e hizo celebrar en su honor grandes fiestas y representaciones de la vida de cada uno de ellos.

Bastan esas medidas de Pachacútec, para advertir la superioridad espiritual, y el largo alcance de su visión. Eran deliberadamente impuestas para rodear de autoridad a los Hijos del Sol y divinizarlos como seres sobrenaturales, ante el propio pueblo, engendrando a la vez en las naciones extrañas, un terror religioso, encaminado a la sumisión. Así es como exigió "que nadie le viniese a ver que no le adorase y trajese algo en las manos que le ofreciese, y que esta costumbre se guardase para con todos sus descendientes".

Otra medida suya fué entreverar los pobladores del imperio, sabiendo que el destierro en masa de los vencidos paralizaba su rebeldía futura. Nos proporciona Sarmiento los pormenores de esa operación: "señaló personas que fue-

sen por todas las provincias que tenían sujetas y las tanteasen y marcasen y se las trajesen figuradas en modelos de barro natural. Y así se hizo. Y puestos los modelos y descripciones delante del inga, tanteólos, y considerados llanos y fortalezas mandó a los visitadores que mirasen bien lo quél hacía. Y luego empezó a derribar las fortalezas que le parecía, y aquellos pobladores mudábalos a sitio llano, y a los del llano pasábalos a las cuchillas y sierras, tan lejos unos de otros y cada uno tan lejos de su natural, que no se pudiesen volver a él. Y luego mandó que fuesen los visitadores que hiciesen de los pueblos lo que habían visto hacer en las descripciones dellos. Fueron y hiciéronlo. Y hecho mandó a otros que fuesen a los mismos pueblos y que juntamente con los tucuricos, sacasen de cada pueblo algunos hombres mancebos con sus mujeres. Y hecho así, trajeron al Cuzco de todas las provincias, de un pueblo treinta, y de otro ciento, y a más y menos conforme a la cantidad de cada pueblo. Y presentados estos entresacados delante del inga, mandó que los llevasen a poblar en diferentes partidos: a los que era de Chinchaysuyo que los poblasen en Andesuyo, y a los de Condesuyo en Collasuyo, tan lejos de sus naturalezas que no se pudiesen comunicar con sus parientes ni naturales... A estos tales llamó el inga mitimaes, que quiere decir traspuestos o mudados. Y les mandó aprender la lengua de los naturales donde los poblaban y que no olvidasen la lengua general, que era la lengua quichua".

Estos mitimaes de toda la tierra, unidos entre sí, y con los incas, por el idioma común, tenían el derecho de entrar a toda hora en las casas de los naturales, y era su función avisar de lo que pudiese perjudicar al Inca "el cual —agrega Sarmiento— como sabía el mal que hacía, temíase de todos en general, que sabía que ninguno le servía de su

voluntad, sino forzado". Por supuesto, no se refiere Sarmiento a los Incas propiamente dichos, sino a las naciones extrañas sujuzgadas por la fuerza, o el miedo. Así es como nos informa él mismo: "...en todas las fortalezas que eran de alguna importancia, puso guarniciones de los naturales del Cuzco, o de cerca...".

Todo esto es muy natural, y tanto esta quinta columna de incorporados flamantes, como su empleo en la peligrosa vanguardia, en las batallas, uniformados por la vestimenta y las armas, escuadran cumplidamente dentro de la tradición histórica universal.

Cieza indicó antes de Sarmiento esos mismos progresos: "Tiénese por muy cierto de los mitimaes que [se] usaron desde Inca Yupanqui...y aunque otros algunos indios dicen que fueron puestos estos mitimaes desde el tiempo de Viracocha Inca, padre de Inca Yupanqui... torno [a] afirmar haberlo inventado Inca Yupanqui, y así lo creo y tengo para mí...". Añade luego: "mandó poner las *postas* y que hablasen una *lengua* todos los súbditos suyos, y que fuesen hechos *los caminos reales,* y *los mitimaes*". "...entre ellos había espías que siempre andaban escuchando lo que los naturales hablaban o intentaban, de lo cual daban aviso a los delegados, o con priesa grande iban al Cuzco a informar dello al Inca. Con esto, todo estaba seguro, y los mitimaes temían a los naturales, y los naturales a los mitimaes, y todos entendían en obedecer y servir llanamente. Y así en los unos o en los otros había motines o tramas o juntas, hacíanse castigos; porque los Incas, algunos dellos fueron vengativos y castigaban sin templanza y con crueldad".

"Y porque la fuerza de la guerra no estuviese en una nación, ni presto supiesen concertarse para alguna rebelión o conjuración, sacaban para soldados destas capitanías mitimaes de las partes y provincias que convenían los cuales

eran llevados adonde digo, y *tenían sus fuertes, que son pucaraes,* para defenderse, si tuviesen necesidad...".

Tanto Las Casas como Garcilaso, quisieron difundir la idea de que el gobierno de los Incas era blando; acaso fué tal el de los primeros, pero los emperadores que exigían sacrificios a sus hermanos e hijos, eran por fuerza duros. En cuanto a los vencidos o sumisos que perdían su independencia y debían, además, para congraciarse con el vencedor someterse al cambio de tierra, clima, dioses, idoma; pagar tributos de mancebos, mujeres y niños, alimentos y ropa, o servir de carne de flechazo, donde lo dispusiera la voluntad del Inca, ¿qué les quedaba sino odio? Ante la perspectiva de ser llevados tras de los conquistadores en sus perpetuas guerras, preferían algunos, depués de un tiempo, exponer la vida en su suelo, a perderla a lo lejos, contra desconocidos. De ahí las sublevaciones, nacidas del rencor.

Con los métodos de Pachacútec, la resistencia no desapareció totalmente, pero se hizo peligrosa y vana. La organización ágil, fijaba en profundidad los avances y permitía el rápido traslado de refuerzos, desde las reservas, a los puntos envueltos en motines. Y el destierro de multitudes o la ejecución de rebeldes acababa con poblaciones enteras, reemplazadas en su solio por otras más dóciles.

No sólo edificó por todos los lados baluartes de piedra; acercó el Cuzco a ellos. Cuatro magníficas vías salían de la capital y se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales, repitiendo Pachacútec, sin saberlo, la táctica de los romanos en Europa. Otros unían los llanos con el interior en cientos de leguas.[29] No las terminó todas; pero al sustituirse en el Perú, el dominio de España al de los Incas, encontraron los blancos realizada esa idea de Pachacútec desde Tulcán hasta

---

29 Véase en el mapa anexo los caminos del Inca indicados con una línea roja.

el Maule por la costa y los Llanos, y hasta el Cuzco, Collao, Charcas y los Huarpes por la Sierra. Otras calzadas transversales unían al Cuzco con Chincha, Nazca y Arequipa.[30] Las describieron cronistas y viajeros que, como Cieza y el Padre Lizárraga, no regatearon su admiración.

La inteligencia práctica de Pachacútec dispuso tambos en los caminos para que las grandes distancias se atravesasen sin riesgos de desamparos; albergues además para los chasquis, situados a poca distancia unos de otros, y en trechos mayores, en las ciudades, aposentos para los reyes, pucaraes para los soldados y depósitos de armas, ropa y bastimentos. No perdieron ya los Incas, como antes, las conquistas consumadas, y el prolijo engranaje descripto les dió en tres generaciones, esa sucesión de tierras adquiridas y conservadas, que formaron definitivamente el imperio.

Betanzos, Cieza y casi todos los cronistas coinciden en la reseña de estas innovaciones y señalan su autor. Para el Padre Molina del Cuzco, el Inca Yupanqui "fué el primero que empezó a poner cuenta y razón en todas las cosas". El Padre Morua se expresa con elogios aun mayores: "Inga Yupanqui, que por otro nombre se llama Pachacuti, noveno rey,... fué mil belicoso y esforzado, de gran ingenio, curioso y gran republicano; fué el que puso la tierra en mucho concierto y orden". Y el Padre Cobo, que hace gala de precisión y sobriedad, le prodiga estas loas: "Fué este rey el más valiente y guerrero, sabio y republicano de todos los Ingas; porque él ordenó la república con el concierto, leyes y estatutos que guardó todo el tiempo que duró de entonces hasta la venida de los españoles... Acompañó Pachacútec su gran saber con un gran corazón y ánimo esforzado con que alcanzó victorias; de suerte que fué igualmente bien afortunado en la guerra y en la paz. Extendió

30 Idem, los caminos marcados con línea roja punteada.

mucho su reino con muchas y grandes provincias que conquistó por sí y por medio de sus capitanes". "Habiendo este rey acrecentado su Imperio con tantas y tan dilatadas provincias, se dió en lo que le quedó de vida a ilustrarlas con edificar en los principales pueblos dellas magníficos templos y palacios y algunos fuertes castillos".

Es indudable que el gran Inca creó con su industriosa cautela un estado invencible, ya, para los demás indígenas. La continuidad del esfuerzo en el espacio, secundado durante su larga vida por hermanos e hijos, abrió una nueva era. Y cuando bien se consideraba como apuntaló con sus innovaciones sociales, políticas y religiosas, sus dominios, no sorprende la inmensidad de éstos, ni la rapidez con que fueron ganados. El impulso dado a la asimilación de pueblos y a la organización por Túpac Inca y Huayna Cápac, concluyó configurando el imponente imperio que descubrieron los castellanos.

* * *

Los Quipocamayos dedican escasas líneas a la acción de *Túpac Inca Yupanqui,* contrariamente a los demás cronistas; pero le atribuyen haber completado el allanamiento de los términos de Quito, iniciado por Pachacútec y además recuerdan su conquista de Chile y las dificultades que tuvo con las tribus chilenas, por lo que "haciendo guerra cruel con ellas, las apaciguó e hizo justicia de los alzados; de los más principales los mandó desollar los cueros y aforrar los atambores para que hubiese memoria del castigo que se hacía de tales atrevidos".

Cieza, refiere que Túpac Inca comenzó su acción personal de rey, con la conquista de Quito. Juntó un ejército de doscientos mil hombres, con soldados recogidos en todos sus dominios, tomó el camino del Chinchasuyo, entró en

Vilcas, pasó por Xauxa, subió hasta Caxamarca, por la sierra siempre, y quiso conquistar a los Chachapoyas, que como los Bracamoros, más al norte, le dieron gran trabajo.

En su marcha, tuvo pendencias con los Cañares y después de vencerlos, sacó más de quince mil que mandó de mitimaes al Cuzco. Atravesó luego Tiquizambi y La Tacunga, y según se informó Cieza, habría fundado la ciudad de Quito con la idea de que fuese para el Norte lo que el Cuzco para el Sur, expresándolo así: "El Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino; por otra ha de ser el Quito. En tal forma defendería con más facilidad el extenso Chinchasuyo, y le sería cómodo ampliarlo gracias al nuevo punto de apoyo.

Túpac no intentó pasar más allá por entonces, sino asegurarse, después de las poblaciones serranas sometidas, las de los llanos. Como Pachacútec, enviaba mensajeros ofreciendo paz, y si le recibían con ella, daba presentes, encubriendo con sonrisas su resuelta decisión de imponerse; mandaba en seguida construir fuertes y colocaba mitimaes; pero si le resistían, iban escuchas y mirones para averiguar qué mantenimientos tenían, e inquirir de dónde podían recibir socorros para ocupar los pasos. Si estallaba por necesidad la lucha, era cruelísimo. Su paso de Túmbez a Pachacámac significó, pues, para las naciones yungas que atravesó, pérdida de libertad por coacción, y obediencia. Vieron aparecer gobernadores del Inca y con ellos la ingeniosa organización de postas, calzadas y demás medidas políticas que las cercaban, dificultando todo intento de rebeldía. Por otra parte, disminuyó Túpac Inca las posibilidades de tal contingencia por parte de los chimus, sacando los más altivos para enviarlos a regiones de clima similar al suyo o al Cuzco, "donde labraban plata y oro en joyas, vasijas y vasos, y lo que más mandado les era".

Pasó luego de Pachacámac a Xauxa por un camino que en tiempos de Cieza aun se veía en la sierra de Pariacaca, en la vecindad de Huarochiri, y volvió al Cuzco. Pero quedó con deseos de terminar la conquista de los Llanos, y sabían que aun le quedaba por someter al Cápac de Chincha, que tenía fama de poderoso y de soberbio. Después de descansar un tiempo en su capital, formó un nuevo ejército y pasó por el camino de Huaytara hasta los Nazcas, que le esperaban en pie de guerra; pero al verlo con su nutrida tropa se doblegaron, aceptando pagarle tributo. De allí fué a Ica, cuyos indios también allanó, y se encontró por fin a los treinta mil hombres del Rey de Chincha, quien a pesar de su poderío, aceptó, al oír las melosas promesas de hermandad de Túpac, una paz de sumisión. Fué luego al Huarco, donde los naturales, dispuestos al combate, le aguardaban "teniendo en a sus vecinos, porque así se habían amilanado y sin ver por qué, dado la posesión de sus tierras a rey extraño y con mucho ánimo se juntaron, habiendo hecho casas fuertes y pucaraes en la parte pertinente para ello".

Tres años duró la guerra, que terminó de manera cruel e indigna. Los indios de Huarco iban debilitándose en su resistencia, y cuando al cabo de este tiempo, cuenta Cieza, les mandó Túpac emisarios proponiéndoles "sostener en todo, confederación con gran igualdad, y otras cosas dichas con engaño... concedieron en lo que el rey Inca quería, que no debieran, porque dejando el fuerte, los más principales a le hacer reverencia, y sin más pensar, mandó a sus gentes que los matasen a todos... y mataron tantos, como hoy día lo cuentan los descendientes dellos y los grandes montones de huesos que hay son testigos...".

Al volver, proyectó Túpac extender sus tierras por el Sur, lo que le era fácil, pues pudiendo sacar hombre de las

sierras desde Quito al Cuzco, y de la costa, desde Guayaquil hasta Pisco, ¡qué nación era parte para enfrentarse a los doscientos mil hombres que él en pocas semanas reunía! Anduvo, pues, por sus dominios del Collao, atravesó, sometiéndolas, a las tribus aun no conquistadas de Charcas, e hizo por todos lados edificar pucaraes. Cruzó el Tucma montañoso, amistándose con él los Diaguitas, sin tratar de resistir. Traspuso la cordillera, entró en Chile y después de una lucha de algunos años con Chillis y Araucanos, puso sus mojones en el Maule, dejó gobernadores y regresó al Cuzco.

Sarmiento refiere que el primer acto de Túpac Inca, al asumir el mando, fué convocar a los cinches de las provincias anexadas, confederadas o tributarias, para saber cuáles se mantenían en obediencia. Por otra parte, bastaba que una tribu se negara a enviar al Inca astas o pájaros raros, para que él, ofendidísimo, la mandara castigar. La consecuencia de tal reunión fué la guerra con los Antis, pues éstos habían aceptado ser amigos de los Incas, manteniéndose a la vez libres y sin intromisiones en su tierra.

En la época de Pachacútec, habían penetrado los Incas entre los Antis y los Chuchos, mas sin someterlos. Fiaban estos salvajes de que sus montañas impotentes, intransitables, húmedas y debilitantes, los protegerían siempre, como efectivamente fué. Los Incas perdieron y ganaron batallas, tomaron prisioneros que llevaron consigo, cruzaron en varios sentidos el territorio, consiguiendo obediencias temporarias de algunos jefes, sin nunca ejercer sustancial dominio. Sólo fué para ellos zona de influencia, pues la defensa natural de los yungas orientales, salvajes, sodomitas y antropófagos, fué la cordillera, de un frío glacial en las alturas, seguido en la otra vertiente, por un calor tropical agobiador, y una vegetación que volvía a cerrarse sobre los

caminos abiertos, dificultando el contacto permanente y la rapidez de los socorros para las guarniciones de la frontera. Ese obstáculo de la naturaleza no dejó a los Incas disfrutar de la gran lonja de tierra, como si fuese porpiedad suya. Y así dijeron los Quipocamayos, de Túpac: "*lo que no podía* por armas y guerra, *los trajo a sí* con halagos y dádivas, que fueron las provincias de los Chunchos, Mojos y Andes" pero esa seducción fué relativa.

Túpac había ordenado a los Antis que le dieran para el servicio de la Casa del Sol, unas astas de palma para lanzas. Estos consideraron ofensiva la imposición y se sublevaron. El Inca resolvió castigarlos. Los Opataries fueron los primeros vencidos. "Mas —nos dice Sarmiento— como la montaña de arboleda era espesísima y llena de maleza, no podían romperla, ni sabían por dónde habían de caminar para dar en las poblaciones que abscondidas mucho, estaban en el monte. Y para descubrirlas subíanse los exploradores en los árboles más altos, y adonde vían humos, señalaban hacia aquella parte. Y así iban abriendo el camino hasta que perdían aquella señal y tomaban otra. Y desta manera hizo el inga camino por donde parece imposible poderse hacer... Entró, pues, Topa Inga y los capitanes dichos en los Andes, que son unas terribles y espantables montañas de muchos ríos, adonde padeció grandísimos trabajos, y la gente que llevaban del Pirú, con la mudanza del temple de tierra, porquel Pirú es tierra fría y seca y las montañas de los Andes son calientes y húmedas, enfermó la gente de guerra de Topa Inga y murió mucha. Y el mismo Topa Inga, con el tercio de la gente quél tomó para con ella conquistar, anduvieron mucho tiempo perdidos en las montañas sin acertar a salir a un cabo ni a otro, hasta que Otorongo Acachi [se] enocntró con él y lo encaminó".

Una vez traspuestas las montañas, vencieron a los Ma-

nosuyos, los Manaries, los Chiponahuas, y los Chunchos; pero apenas iniciada esa dura labor de conquista, le llegó al Inca la noticia de que se sublevaban los Collas. Esto era grave. Abandonó, pues, la empresa, para castigar a aquellos rebeldes.

En sus persecuciones llegó hasta los Charcas y resolvió seguir hacia adelante. Atravesó los Diaguitas de Tucma, que vinieron a ofrecerse; penetró en Chile, probablemente por San Francisco a la altura de Copiapó, peleó con los caciques Michimalongo y Tangalongo, dominó los Chillis de Coquimbo, y venciendo a los Araucanos llegó hasta el Río Maule, donde puso sus mojones. La extensión de tierra agregada a su imperio, estaba compuesta principalmente de despoblados como los de Tarapacá y Atacama, salares inmensos, como los de Coypasa, Uyuni, Atacama, Arisaro, Pintados, etc.; pampas estériles, altas sierras, travesías arenosas, lagunas, desiertos, punas y pantanos. Tal es esa zona árida de cerca de 800.000 $Km.^2$ que por la costa se extiende desde el Sur de Arica, en el paralelo 19, para terminar en el valle de Copiapó en 27°'20; y que por el centro corre desde el lago Poopo, en el mismo paralelo, hasta Calingasta en 32°.[31]

Sarmiento define a Túpac Inca Yupanqui: "franco, piadoso en la paz y cruel en la guerra y castigos, favorecedor de pobres, animoso y varón de mucha industria, edificador". Y después de estas loas añade: "fué el mayor tirano de todos los ingas". Entendiéndose por *tirano,* como lo hemos demostrado: *usurpador de tierras ajenas*[21] significaba este final que ninguno de los Reyes conquistó tanto como Túpac Inca Yupanqui, que ninguno contribuyó tanto a extender el imperio, o sea que fué entre todos los Incas, un muy eficaz guerrero. El Virrey Toledo y los cronistas recogieron im-

31 Consúltese el mapa citado.

presiones idénticas entre los testimonios de los indios y las reflejaron en sus escritos.

* * *

Túpac fué como su padre, además de conquistador imperialista y valiente, un sagaz organizador. Heredó de Pachacútec el sentido social de dirigente y de político, siendo su esencial preocupación la de perfeccionar el sistema por el cual se obtendría de las naciones sometidas un concurso considerable y permanente de hombres y de trabajo. Hizo erigir sobre antiquísimos cimientos, con obreros de todas partes, la fortaleza del Cuzco y concluir la Casa del Sol, embelleciendo las paredes de ese templo con chaperías de oro, plata, esmeraldas y turquesas. Fué el primero en conformar un censo, y para mayor vigilancia poner coto a las rebeldías que de continuo se producían, estableció mandones nuevos. Antes había impuesto Pachacútec los tucuiricos; Túpac subdividió el poder, creando el *chunga curaca,* que tenía cargo de diez hombres; el *piscapachac,* de cincuenta; el *pachac,* de cien; el *piscapachaca,* de quinientos; el *guaranga,* de mil, y el *unu* de diez mil. Sobre éstos tenía mando el *tucuirico* o gobernador "que todo lo entiende y lo ve" y además puso el *michu,* que tenía especiales funciones como perceptor de tasas y tributos. En Xauxa y en Tiahuanaco, tenía dos gobernadores o superintendentes generales llamados *suyoyoc-apo.*

Santillán, antes de Sarmiento, había escrito: "Después que Topa Inga Yupangui, habiendo conquistado la mayor parte de aquel reino, se volvió al Cuzco, hizo allí junta de todos los señores de la tierra... Y lo primero que hizo fué dividir todo lo que estaba debajo de su señorío en cuatro partes o reinos... Y para el gobierno de cada parte y reino destos, nombró un Cápac... Hizo asimismo el dicho Inga

otra división de su tierra para tener mejor cuenta, y de cada cuarenta mil vecinos hizo una *guamán*, que quiere decir provincia, y en cada una puso un gobernador que residía en ella y le llamaban Tocricoc, que quiere decir que lo mira todo... y para tener más particular noticia de todos, hizo otra división y dió cargo de cada cien indios a un curaca, al cual llamaban señor de pachaca; y entre cada diez curacas destos escogía el más hábil para mandar y más hombre, y hacíale curaca sobre los otros nueve, y éste tenía cargo de los nueve curacas y de su gente, y los mandaba, y ellos le obedecían y estaban sujetos; a éste llamaban curaca de guaranga, que dice señor de mil indios. Y cada un señor de pachaca ponía un mandón que le ayudase cuando él estuviese ausente, y para el gobierno de todo un valle donde había muchos guarangas, ponía un señor sobre todos que llamaban huño, el cual era gobernador sobre los curacas de pachaca y de guaranga, y ellos le obedecían como a señor. Y para las cosas tocantes al tributo del Inga, y para ver si sus mandatos y régimen que él ponía se guardaban, era sobre todos el Tocricoc; por manera, que cada indio obedescía al curaca de pachaca, y el pachaca al de guaranca y el de guaranga al huño y todos al Tocricoc". Pero no bastaba crear jefes; era preciso dar cohesión al sistema defensivo puesto en sus manos. Túpac trazó, como su padre, caminos por las punas y por las sierras, elevó pucaraes de trecho en trecho y los dotó de guarniciones permanentes comunicadas entre ellas. Esa unión hacía su fuerza.

Según Sarmiento, reglamentó minuciosamente y puso a los pueblos, pesados tributos, al punto "que ninguno era señor de una mazorca de maíz, ques su pan para comer, ni de una ojota, que es su zajato déstos, ni de casarse, ni de más ni de menos, sin expresa licencia de Topa Inga".

En su tiempo, se apretaron otros muchos tornillos. Pa-

chacútec había sido el primero en imponer obligaciones de servicio a los indios; pero Túpac repartió las tasas conforme a lo que cada provincia producía. Lope de Atienza confirma la información de Sarmiento: "Para más aprovecharse Topainga de todo lo que hubiese en la tierra, y tenerla del todo rendida y subjeta... en llegando a cualquier provincia, les pedía cuenta de todo lo que había en la tierra, la cual le daban sin faltar en cosa alguna, y habiendo de pasar adelante, les dejaba sus libros de cuenta, que son unos cordeles de cáñamo delgados que ellos llaman quipos... Desta manera quedaban tan rendidos, que ni oveja paría, ni animal se moría de los que a su cargo quedaban, en que no hubiese mucha cuenta".

Nos recuerda el Padre Cobo que existía otro tributo permanente, generalizado y harto penoso, cual era el de los sacrificios de la cápac-cocha: "a los tributos referidos se añadía el de sus propios hijos, que, de grado o por fuerza, eran compelidos a contribuir para matar en sus abominables sacrificios; crueldad tanto más inhumana cuanto la inocencia de los de aquella edad menos la merece... esta bárbara contribución cargaba sobra sola esta gente flaca, y a la verdad, ella sola era mucho más terrible e incomportable que ninguna... no sólo para los cuitados inocentes, que como simples corderillos eran llevados al matadero, sino también para sus afligidos padres, que por duros y bárbaros que fuesen, en fin eran padres, y no dejaba de obrar en ellos la naturaleza del afecto paternal que ni aun a los brutos animales niega. La derrama deste tributo infantil que mandaba el rey hacer cada año, era sin más limitación que las demás contribuciones, en la cantidad que le placía. Habían de ser todos estos niños de nueve o diez años para abajo, y cuantos varones así se recogían, eran sacrificados; y matábanlos ahogándolos con un lazo, o dándoles garrote, y

luego los enterraban, y a veces los embriagaban antes de hacerlos morir".

Eran numerosas las causas de estos sacrificios, y Polo de Ondegardo las precisó; era "por la salud del inga si caía enfermo, o si fallecía para enviarle servicio, o si iba personalmente a la guerra para que tuviese victoria, o si había notable eclipse de sol o de la luna, o si temblaba la tierra, en aquella fiesta principal a que ellos llamaban Tyry, que por esta razón se hacía, o por la pestilencia, o por otras muchas ocasiones que el demonio por sus viejos o hechiceros les decía tener necesidad de estos sacrificios... finalmente, era grande el número de mujeres que se sacaban en cada un año para estos efectos, sin tenerse respeto a cuyas hijas fuesen más de la elección y disposición del Apopanaca... sin poder reclamar sus padres ni quejarse por alguna vía ni aún, según afirman, mostrar tristeza porque se las llevasen...".

Entró Túpac Inca en los detalles del trabajo de los indios, de la manera más prolija, ordenando que dispusieran de tres meses para sus sementeras. Debían destinar los demás a las del Sol, los huacas y el Inca y todas las obras que se hacían en el imperio; inició también las reducciones que los españoles copiaron después, estimando con razón que le era fácil al curaca vigilar las gentes en "pueblos juntos y ordenados" que dispersos por breñas y valles a gran distancia unos de otros. El fué quien ordenó el encerramiento en casas especiales, de doncellas de doce años arriba, las cuales, según Sarmiento, eran sacadas "para casar por mano del Tucuirico apo o por mandato del inga, el cual cuando algún capitán iba a conquistas o venía con victoria, repartía de aquellas a los capitanes y soldados y a otros criados que le servían...".

Fué particular preocupación de Pachacútec y Túpac

Inca, ordenar también las obligaciones del culto, los ritos y demás detalles religiosos. Nos dicen los *Servidores de los últimos Incas* que Túpac Inca mandó establecer "los ayunos e instituyó sacrificios para el sol, la luna y la tierra, guacas y estrellas, porque todo esto adoraban". Santillán, tan preciso y seguro en sus informaciones, nos confirma que "La adoración de las guacas, según la relación que parece más cierta, es moderna introducción por Topa Inga... y los que dellos eran señores y reinaban tenían todo su estudio y vigilancia en dar a entender a los que les eran súbditos y a los que querían conquistar, que eran más que hombres y que sabían cosas sobrenaturales y que hablaban con el Hacedor de todas las cosas, y que tenían más comunicación con él que la demás gente, y que eran hijos del Sol. Y esto hacían y persuadían debajo de un género de religión y de poner la fuerza de su imperio en la observancia del culto y veneración de las cosas que adoraban y de poner gran vigor y estrecheza en sacrificarles y guardar muchas ceremonias, con lo cual se hacían no sólo obedecer de todos los que conquistaban, pero les adoraban en vida y después de muertos".

El Padre Molina de Chile, señala con claridad la astuta manera con que engañaban los Incas a su crédula grey, haciéndose pasar por seres sobrenaturales, para obtener de ellos el más completo acatamiento. No sólo se les llamaba Cápac Inga, que quiere decir "solo Señor", sino que apreciaban más otro título que les daban "por excelencia y con gran acatamiento que era *Indecturri* que quería decir *hijo del Sol,* porque el Inga daba a entender que era hijo del Sol... y con este título se hacía adorar y gobernaba principalmente en tanto grado, que nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad... aunque hubiese de matar cien mil indios, no había ninguno en su reino que le osase decir

que no lo hiciese. A todo lo que el Inga decía le respondían: "¡Oh Inga!" como si dijesen "es muy bien, Inga" y nadie salía, ni osaba salir, aunque fuese la segunda persona, so pena que había de morir por ello".

Entre los cronistas, varían las edades atribuídas a Túpac Inca Yupanqui. Los Quipocamayos, y Sarmiento, le asignan más de 80 años; Cabello de Balboa oyó decir que gobernó 30 años y murió viejo sin tener edad para ello; Santa Cruz Pachacuti no indica años, pero asevera que falleció siendo ya muy viejo; Poma de Ayala fantasea como de costumbre, diciendo que murió en el Cuzco de edad de doscientos años...".

Túpac Inca Yupanqui había tenido de su hermana Mama Ocllo un hijo, que nació en Tomebamba, en la provincia de los Cañares, durante una de sus conquistas. Llamábase Cusi Vallpa, o Tito Cusi Gualpa; pero púsosele de sobrenombre Huayna Cápac, que significa *mancebo rico y valeroso,* siendo así conocido en la historia.

* * *

Huayna Cápac no aumentó mayormente los dominios incaicos y demostró en cambio su capacidad en conservar lo habido, tarea harto penosa, dado que el imperio se había extendido desmedidamente hacia el Sur y hacia el Norte, y gran distancia del Cuzco, entre indígenas cuyos abuelos y padres, después de haber rendido homenaje a los Incas, como auténticos hijos del Sol, habían visto a éstos cambiarles sus costumbres y sus ritos, aprovecharlos para sus guerras y en sus obras públicas, e imponerles su ley sin ninguna satisfacción propia, y en cambio, con el dolor muy agudo de pérdida de libertad.

Túpac Inca Yupanqui conoció los efectos de estos sentimientos de rebeldía, tan naturales en quienes no habían

sufrido hasta entonces una sujeción comparable a la que los Emperadores, por necesidad de disciplina social, y ansias de unidad, habían impuesto a los heterogéneos componentes de un imperio. Pagaban con esas incesantes inquietudes el precio de las tierras usurpadas y el dominio de las naciones sometidas. Muy claro era también que les sería cada vez más difícil sostener el formato alcanzado. Y Huayna Cápac, fué quien más sufrió de subversiones. Con la mayor hegemonía alcanzada, aumentaba la amenaza de disgregación.

En su tiempo se rebelaron los Chiriguanaes, al Oriente, Chile al Sur y Quito al Norte, hasta los Pastos y Quillacingas. Esto explica también, por qué este Inca, que las referencias de cronistas pintan afable y clemente en tiempos de paz, fué tan cruel en sus guerras de represión; jugaba en ellas desesperadamente el prestigio y la suerte de su dinastía.

Aumentó el territorio por el Norte, eso fué todo. Y sin embargo, dicen de él los Quipocamayos, que trabajó más que ninguno de sus antecesores, no porque innovara sino porque entendía en tener pacífica la tierra, tanto por los llanos de la costa como por las serranías. En la breve descripción de sus guerras de Quito, muestran una vez más el procedimiento usado por los Incas, de sacar hombres de todas las regiones para invadir a otra ahogando por el número cualquier resistencia. "...dió orden de ir a Quito y llevó la cantidad de indios que bastaba para la guerra, Chunchos, Mojos, Chichas y Chubies (¿Xurias?)... y grande ejército de la otra gente. Diegon luego sobre Guayaquil y la isla de la Puná y toda aquella comarca, y la conquistó y pacificó y dejando recaudo en ella de gente de guarnición, pasó a Quito, y teniendo guerra cruel en ella la ganó y conquistó".

A la muerte de su padre salió Huayna Cápac del Cuzco, según cuenta Cieza, con cincuenta mil hombres y fué a

ponerse en contacto con las naciones del Cuntisuyo. Atravesó los Chancas, los Soras y los Lucanas, poniendo orden por donde pasaba, y fué luego al Collao. Lo recorrió en toda su extensión, alcanzó el Tucumán, de donde mandó contra los Chiriguanaes tropas que volvieron huídas y mermadas, y entró en Chile, asentando allí sus reales un año, para afianzar entre las tribus de uno y otro lado de la cordillera el dominio de su raza.

Poco después volvió al Cuzco y se dirigió con un gran ejército hacia Quito. Pretendió en la sierra dominar a los Chachapoyas y a los Bracamoros. Con los primeros, le fué mal al principio; pero consiguió dominarlos, siendo después rechazado por los otros, que no pudo inducir a la amistad, ni vencer. Volvió a subyugar Guayaquil, subió a los Huambracunas, y quiso ocupar las tierras en torno al Río Angasmayo. Allí, las tribus de Otavalo, Cayambi, Cochesqui y Caranqui hicieron una confederación con los Quijos Niguas y Cayapas para defenderse, y rechazaron los presentes que les mandó Huayna Cápac, sabiendo que eran anzuelos para avasallarlos. En toda la región comprendida entre la línea equinoccial y dos grados al norte, cundió la guerra.

Acorralaron al Rey en un pucará. Este, consiguió refuerzos de Quito e hizo frente a sus valientes adversarios. Cieza cuenta así la lucha: "...al cabo e algunos días, salió y dió en los enemigos con gran coraje. Y afirman, que llegados sus capitanes y gente, les hizo la guerra, la cual fué cruel, y estuvo la batalla dudosa; mas al fin, los del Cuzco se dieron tal maña, que mataron gran número de los enemigos, y los que quedaron fueron huyendo. Y tan enojado estaba dellos el rey tirano, que de enojo porque se pusieron en arma porque querían defender su tierra sin reconocer subjeción, mandó a todos los suyos que buscasen

todos los más que pudiesen ser habidos... y junto a una laguna que allí estaba, en su presencia, mandó que los degollasen y echasen dentro; y tanta fué la sangre de los muchos que mataron, que al agua perdió su color y no se veía otra cosa que espesura de sangre... y la laguna le quedó por nombre el que hoy tiene, que es Yaguarcocha, que quiere decir "lago de sangre".

Ya destruídas las más esforzadas naciones del Norte, hizo las paces o atrajo a Pastos y Quillacingas, y allí puso los mojones septentrionales de su imperio, muriendo en aquel entonces, sin ser anciano, de una epidemia de viruelas.

Cieza de León pinta a Huayna Cápac como se lo describieron los viejos que pudieron fácilmente conocerlo, puesto que dicho Rey murió por 1525, y él escribía antes de 1550. Era "de no muy gran cuerpo, pero doblado y bien hecho; de buen rostro y muy grave; de pocas palabras; de muchos hechos; era justiciero y castigaba sin templanza. Quería ser tan temido, que de noche le soñaran los indios... oía a los que le hablaban bien y creíase muy de lijero, privaron con él muchos los aduladores y lisonjeros, que entre ellos no faltaban (ni hoy deja de haber) y daba oídos a mentiras, que fué causa que muchos murieron sin culpa".

Sarmiento coincide con Cieza en sus informaciones sobre la acción de Huayna Cápac, dando detalles más numerosos y precisos sobre su pacificación de Charcas, Chiriguanaes y Chile, y confirmando las incidencias de sus obstinadas guerras con los Cayambis, Caranquis y Huambracunas, hasta la matanza de Yaguarcocha. Según lo que le dijeron los indios, murió este Emperador en 1524, a los ochenta años, en Quito, de una enfermedad de calenturas, atribuyendo otros su fin a viruelas o sarampión.

Cabello de Balboa ofrece algunos detalles menos conocidos acerca de la guerra de Huayna Cápac con los Ca-

ranquis. El Rey había sido impotente para dominar a éstos, y abandonaba la región en busca de refuerzos; pero furioso con ios orejones que habían huído los primeros, les dijo cuanto pensaba, haciéndoles ver que fueron los yanaconas quienes le salvaron la vida, que casi pierde por culpa de ellos, sus deudos. "Estos sufrían impacientemente estas humillaciones que obscurecían su antigua reputación de valor... Mihi, que era general de su nación y de todo el ejército, tomó la palabra y les dijo: "...no pierde ocasión de reprocharos vuestra huída... Ha suprimido nuestras raciones; nos aleja de su persona; no nos invita ya a sus fiestas; es claro que quiere continuar sus conquistas sin nosotros... Regresemos al Cuzco... Seguido de los bravos que quieran acompañarme entraré en Mullu-Cancha y me llevaré la imagen del Sol; pongamos en él nuestra confianza y nos protegerá..." Huayna Cápac les siguió hasta el santuario; se supone que les dirigió un discurso afectuoso para responder a sus quejas... El Inga hizo a Mihi y a los otros jefes regalos que consistían en mujeres y alhajas. Desde esa época los Orejones volvieron a gozar del favor del Inga y fueron mejor alimentados y mejor tratados que antes".

No difiere de los cronistas citados en su descripción de las guerras de Huyna Cápac, y atribuye su muerte, acaecida a los 33 años de haber tomado la borla, a una enfermedad que le afectó yendo por el camino entre La Puna y Quito, por 1525.

Sobre el fin de Huayna Cápac, el único cronista en dar detalles dramáticos, es Santa Cruz Pachacuti. No hay seguridad de que sean exactos; pero son de interés. "...a horas de comer llega un mensajero de manta negro, el cual besa al Inga con gran reverencia, y le da un putti, o cajuela, tapado y con llave, y el Inga manda al mismo indio que abra, el cual dice que perdone, diciendo que el Hacedor

le mandaba abrir sólo el Inga; y visto por el Inga la razón, la abre la cajilla y de allí sale como mariposas y papelitos volando o esparciendo hasta desaparecer el cual había sido pestilencia de sarampión, y así... muere el general... con otros, todas las caras llenas de caracha. Y visto por el Inga, manda hacer una casa de piedra para esconderse, y después se esconde en ella tapándose con la misma piedra, y allí muere".

Cobo trae una variante diciendo que "estándose el Inca en la provincia de Quito, dió a los suyos una enfermedad de viruelas, de que murieron muchos. El Inca, de miedo, se encerró a hacer sus ayunos como acostumbraban en semejantes necesidades... Estando muy enfermo, despacharon sus criados dos postas al templo de Pachacama a preguntar qué harían para la salud del Señor. Los hechiceros... consultaron al ídolo, el cual les respondió que sacasen al Sol al Inca y luego sanaría. Hiciéronlo así y sucedió lo contrario, que en poniéndolo al Sol, al punto se murió...".

* * *

En suma, Pachacútec, Túpac Inca y Huayna Cápac, dieron en 130 años de continua actuación, como príncipes y luego Incas, orden, método, estructura y contenido ideológico a la gran máquina social creada.[32] Muchas tribus se-

32 Philip Ainsworth Means, señaló en 1917, con gráficos, en *An outline of the Culture Sequence in the Andean Area* el desarrollo del imperio según Sarmiento comparado con Garcilaso.

Encuentra insuficiente, como de la Riva Agüero, el tiempo transcurrido entre Pachacútec y la llegada de los españoles, para explicar la existencia de las construcciones existentes en el Perú, error que proviene de haber calculado ese lapso de tiempo, 55 años en vez de 130. Estima que la victoria de los Incas contra los Chancas y los Chimus no podía ser obtenida sino por un imperio poderoso, anterior a Pachacútec, con lo que se opone a la coincidencia de los cronistas que desde los Quipocamayos de Vaca de Castro, Cieza y Polo de Ondegardo, hasta Cabello de Balboa, atribuyen a este Emperador y a Túpac Inca, Príncipe, las conquistas de Charcas, Chile y

guían sordamente rebeldes, pero otras fueron prestando con el tiempo a las normas impuestas el respeto que acuerdan los indios a sus tradiciones. Bastaron, pues, esos tres Incas inteligentes y constructivos para dar al núcleo originario de Manco Cápac, algo ampliado por Cápac Yupanqui y Viracocha, esos caracteres de civilización y esa dilatación territorial considerable, que tan justamente admiraron los españoles al entrar en contacto con el reino de Atahualpa.

Chinchasuyo. Piensa, que a Sarmiento le interesaba acortar el tiempo de la dominación incaica, y la realidad es exactamente inversa. Recibió de los naturales la información de que los Reyes habían reinado 968 años, extensión de tiempo muy grande, que ninguna otra autoridad les reconoce, y él honestamente lo repitió.

Por fin, manifestó Means su preferencia por Garcilaso, porque se apoyaba en el "valiosísimo" testimonio del Padre Valera. Sin entrar a discutir la generosidad desacertada del adjetivo, sorprende sobremanera semejante alegación, pues dicho cronista no es utilizado por el Comentarista *una sola vez* en el capítulo de las conquistas. Como lo sabemos, para proceder más libremente en la distribución antojadiza de éstas, cita como única fuente el vago, anónimo e inconfrontable: *los indios dicen.*

El ilustre antropólogo e historiador, Dr. Jijón y Caamaño, ha refutado ya en un estudio suyo (*Los Orígenes del Cuzco*, Quito, 1934), con argumentos de etnólogo y de arqueólogo, la opinión del señor Means, y sintetizado la suya en esta forma: "Si mirando, ya no el panorama reducido de la historia del Incario, sino uno más vasto, en el que se cumpla la sucesión de imperios, en lo que hoy es el Ecuador, Perú y Bolivia, desde el de los Tiahuanaquenses, pasando por el de Atacameños y Chinchas, hasta el de los Incas, se observa que la civilización andina, que es una, no obstante la diversidad de estilos... había llegado al tiempo de los Incas *a su última faz de desarrollo,* a la madurez completa... mientras las instituciones sociales, convirtiendo al hombre en autómata, concentraban la vida de un inmenso pueblo en la de una ciudad santa y la de ésta en el grupo estrecho del Inca y sus generales... La cultura andina en el siglo XVI era una civilización en la postrera etapa de su desarrollo, en el ocaso. Ahora bien; *si esto era así, no sólo es comprensible, sino conforme a las leyes de la historia, que al llegar a este estado surgiera de ella un hombre extraordinario, que en un impulso violento estableciera la hegemonía del núcleo más preparado, sobre los demás, que se encontraban en igual grado de desarrollo, y ese genio parece fué Pachacuti Inca Yupanqui.*

"La versión según la cual el acrecentamiento del Imperio fué rápido y sólo posterior al vencimiento de los Chancas, cuenta en su favor con el testimonio de los más respetables autores que conocieron y trataron a los descendientes inmediatos de los últimos monarcas".

IV. Conclusiones

Al extender Túpac Yupanqui los dominios incaicos hasta la provincia de Chile en el Sur, y hasta Quito en el Norte, asolando las comunidades que no querían sujetársele, puso debajo de su obediencia esas tierras, y usurpó el gobierno de ellas.

Antes de Túpac Inca Yupanqui, no eligieron los naturales señores o caciques que los gobernasen en tiempos de paz. Tenían sus diferencias entre pueblos y pueblos, y cuando llegaban a las manos, seguían ambas partes a sus indios más valientes, llamados cinches. Los obedecían mientras duraba la guerra; pero una vez terminada, volvían éstos a ser como los demás de la behetría.

Túpac Inca Yupanqui fué el primero en instituir el orden de curacas y principales que existía cuando entraron los españoles. El colocaba en esos cargos a quien quería, eligiendo siempre los de mejor entendimiento para gobernar.

Así como daba los cargos, los quitaba, poniendo a otros de mayor habilidad. Cuando se morían los curacas sin dejar hijos capaces de gobernar, proveía a otro indio, y éste se quedaba con el cargo hasta que el Inca cambiara de parecer, y sin que hijos o parientes del muerto lo contradijesen; pero cuando el curaca muerto tenía hijos con habilidad y entendimiento para gobernar, nombraba el Inca uno, sin tomar en cuenta que fuese el mayor o el menor.

Huayna Cápac, sucesor de Túpac Inca Yupanqui, guar-

dó el mismo orden en el modo de proveer los oficios y cargos, así como lo tuvieron después Huáscar y Atahualpa.

Los Incas y curacas se hacían enterrar en lugares escondidos, con parte de sus riquezas, creyendo que habían de resucitar en cuerpo y alma, porque había de venir un Viracocha que revolviese la tierra.

Los cuerpos de los incas muertos tenía servicio situado de indios, chacras y ganados para su comida, y en ciertas oportunidades los sacaban en ceremonias y les daban de comer y beber como si fuesen vivos.

Los naturales adoraban dioses y particularmente al Viracocha, que tenían por Hacedor de todas las cosas; al Sol y a Huanacauri, de quien decían los Incas que descendían; a Pachacámac y a los cuerpos de Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac y otras criaturas, y les ofrecían lo que tenían, como oro, plata, ropa, chacras, tierras, ganados y servicio de indios e indias, que se ocupaban en cuidar de sus ídolos. Los camayos tenían a su cargo estos bienes.

Los Incas tenían por costumbre sacrificar a sus dioses e ídolos las niñas y niños más hermosos y que no tuviesen defecto alguno en su cuerpo, mandando los Incas buscar esas criaturas en cada provincias para hacer los sacrificios, lo cual era cosa especialmente dedicada a pedir que los Incas tuviesen salud, buenos maizales y éxito en todo.

Conociendo los Incas la inclinación y naturaleza de los indios a estar en la holganza, procuraban con mucho cuidado ocuparlos, así para que no estuviesen ociosos, como para evitar que con esa inacción se alzásen con la tierra. Cuando no había cosas útiles que hacer, les mandaba ejecutar trabajos superfluos, como era echar ríos por unas partes y por otras, elevar paredes largas a ambos lados de los caminos, o construir escaleras de piedra. Esto lo hacían, estimando que era el mejor modo de gobernarlos y al efecto

les ponían a cada diez indios, y aun a cada cinco un mandón.

Los naturales necesitaban de curador para los negocios graves que se les ofreciesen, así de su alma como de sus haciendas, porque si no hubiera quien los guiase y gobernase, se perderían y serían engañados en todo, así en sus almas como en sus haciendas, porque no sabían por sí lo que les convenía, ni tampoco administrar sus bienes, y que por esta causa eran muchas veces engañados.

En tiempo de Huayna Cápac había muy poco coca en la tierra y sólo la tenían los Incas, en unas chácaras muy pequeñas, y cuando querían hacer un gran regalo a sus principales curacas y criados, les daban unas petaquillas de ella.

Los Incas hacían labrar todas las minas de oro, plata e ichma que se descubrían en la tierra, y enviaban a los indios a trabajarlas dondequiera se hallasen. Los curacas y caciques daban cada año al Inca oro en polvo y tejuelos de oro y plata, y vasos de oro, y con ellos iban embajadores para darle cuenta de lo que quisiera saber de cada provincia.

El gran valor de las *Informaciones*, la importancia de esta fuente de conocimientos sobre las expresiones más esenciales de la vida incaica radica en el hecho de que fué obtenida en forma pública y oficial. Así, al comparar sus resultantes, con versiones de origen privado y algunas administrativas, quedarán fiscalizados los conceptos contenidos en unas y otras. En Don Francisco de Toledo, tomos II y III hemos tomado en cuenta para el trabajo decomprobación, las crónicas de eclesiásticos como el P. López de Gómara, Molina (del Cuzco y de Chile), Las Casas, Atienza, Román y Zamora, Cabello de Balboa, Acosta, Morúa, Oré, Lizárraga, García, Avila, Avendaño, un Jesuita Anónimo, Arriga, Oliva, Calancha, Montesinos, Cobo; cronistas de sangre indígena: Valera, Garcilaso, Santa Cruz Pachacuti,

Poma de Ayala; hombre de guerra: Estete, Oviedo y Valdés, Betanzos, Cieza de León, Zárate, el Palentino, Sarmiento de Gamboa; funcionarios como Damián de la Bandera, Antonio de Herrera; jurisconsultos: Licenciados Polo de Ondegardo, Santillán, Matienzo, Falcón, Rocha, y además relaciones anónimas y testimonios mixtos de españoles e indígenas, en las informaciones de los Quipocamayos a Vaca de Castro, las del Virrey Enríquez y las de los últimos servidores de los Incas.

Puede advertirse en la lista de autoridades citadas, que no debemos únicamente a conquistadores, en sus cartas, o en sus probanzas de méritos y servicios, o en sus relatos; ni tampoco a letrados, oidores de Audiencia o funcionarios civiles, el conocimiento de los primitivos peruanos. Exactamente, como en México, la mitad, casi, de los cronistas fueron religiosos. Anduvieron por tierras incaicas, yungas, collas, chiriguanaes, diaguitas, araucanas, juries y comechingonas, enterándose de los orígenes de las tribus, anotando sus lenguas, observando su manera de ser y viviendo entre ellos para enseñarles los preceptos de Cristo y ser sus consejeros y defensores.

Cuando España conquistó el Perú, descubrieron sus soldados y misioneros que en todo el territorio ocupado por tribus heterogéneas dominadas por los Incas, se hablaba quechua. En efecto, desde el Inca Pachacútec se impuso a los vasallos la lengua general llamada *runa-simi*. Otra práctica suya consistía en arrancar de raíz, de sus lares, grupos de indios vencidos y llevarlos a otro extremo del imperio. Así fueron desterrados cañaris de la vecindad de Quito al Cuzco; los aymarás, que eran de cuna serrana, pasaron a la hoya del Titicaca; olleros y plateros yungas se mandaron al Cuzco y muchos collas fueron transportados a Arequipa. Estos proscriptos, algunos de los cuales

habían de ser más tarde dóciles aliados de los españoles contra los antiguos enemigos de su nacionalidad, recibieron el nombre *mitimaes,* y contribuyeron sin duda alguna a crear la mezcla engañosa de vocablos que hoy descubren los sabios, como "mitimaes", verbales, en los cientos de dialectos desparramados en el continente americano. Usaban el quechua por la fuerza, pero conservaban su habla propia e igual cosa acontecía con sus artes e industrias; así se explican tantas semejanzas en los idiomas y en la alfarería. Lo difícil, hoy es distinguir entre ellas, qué pertenece a las afinidades de origen y cuánto a la acción de convivencias casuelas. España contaba con dos posibilidades: 1.º; imponer el castellano; 2.º conservar la lengua general esparcida por los Incas, y crear cátedras para que frailes y sacerdotes la aprendieran y enseñasen con ella la religión cristiana a los indios. En el siglo XVI prosperó esta última fórmula.

Toledo se interesó por la vida de trabajo del indio como por su vida moral. Juzgó que lo único eficaz en esa época para enseñarles la doctrina, era conservar la *runasimi* impuesta por los Incas, y para atender esa exigencia, pidió al Rey la creación de cátedras de quechua en la Universidad de Lima, y autorización para imprimir un catecismo en esa lengua. El Virrey llevó sus medidas más lejos. Instituída la cátedra, mandó hacer ordenanzas por las cuales quedaba prohibido graduar de bachiller o de licenciado a quien no hubiese cursado cierto tiempo en dicha cátedra y supiese la lengua general. Difícil sería que con tantas provisiones y rigores, no se difundiese el quechua hasta los rincones más apartados del Virreinato, máxime no siendo la obra realizada el resultado de medidas ocasionales de gobernantes, sino la voluntad del Rey, que desde Madrid perseguía el descargo de su conciencia anteponiendo a toda

política el deber moral de cristianizar a los indígenas de América.

Gracias a esos doctrineros nos quedan recuerdos de los hechos, vocabularios y gramáticas de dialectos, de casi todas las naciones autóctonas, conocemos tradiciones, cultos, supersticiones y leyendas; ciencias, costumbres sociales y familiares. Sus relatos son, en la mayoría de los casos, dignos de fe, precisamente por llevarlos la intención de ser útiles, al ser veraces. Agradezcamos, pues a esos beneméritos su contacto inteligente con las generaciones autóctonas, pues lograron clasificar en medio de la diversidad y descifrar secretos de cada nación, salvando así la esencia del patrimonio espiritual precolombino.

El gobierno del Virrey Toledo fué uno de los más movidos, y fecundos de la historia del Perú y marca en ella el paso del caos a la estructuración social destinada a regular en forma humanitaria la convivencia entre indígenas y castellanos, a extender la obra evangelizadora de los doctrineros, a establecer las normas del trabajo y a exigir a las Audiencias, como a los encomenderos y Cabildos, el acatamiento a las leyes, el respeto a ciertos privilegios de las comunidades, y amparo del natural. Esas reformas no se cumplieron todas en su tiempo, pero de entonces arrancan, y una vez marcado el rumbo, fué más fácil a los sucesores sujetar a la grey, por existir ya la costumbre de contemplar al Poder Real, con miedo a las sanciones.

La obra de Toledo es esencialmente arquitectónica. Aun cuando contribuyeran sus antecesores a erigir y sostener la primera maquinaria administrativa del Virreinato, demasiadas veces debieron enfrentarse a las dificultades creadas por la conquista, las guerras civiles y el problema doble de acomodo de los indígenas a la vida cristiana y de los castellanos a las exigencias legalistas para elaborar

fuerzas jurídicas y sociales o estabilizarlas. En todo el período comprendido entre la partida de La Gasca del Perú y el gobierno de Lope García de Castro, prevaleció antes que la atención a normas la aprensión de las revueltas con que amenazaban los encomenderos, si el gobernante exigía para los indios las libertades inherentes a sus derechos

Donde otros como Cañete, Nieva y García de Castro habían transigido Toledo fué inflexible en sus años de autoridad. Hubo para ello de sacrificar la propia salud y exponer la vida, recorriendo durante cinco años su distrito, haciendo frente a descontentos de toda laya, castigando sin clemencia a rebeldes y descomedidos, y llegando en su afán de reformas, hasta Charcas, para resolver el trabajo en las minas, las tasas y participar de la acción represiva de los habitantes de la región contra los chiriguanaes. Y antes, como lo hemos visto, había mandado levantar en tierra incaica las *Informaciones*, escribir la Historia de sus Reyes y Conquistas, reducir los indios a pueblos y componer para ellos ordenanzas. Fué uno de sus perpetuos desvelos proteger al natural contra las codicias de encomenderos, caciques, mercaderes, doctrineros y soldados, en las relaciones del trabajo con la mano de obra, cosechando con esa dignificante labor la rencilla de las instituciones, órdenes y personalidades que hubieron de sentir el efecto de su severidad moralizadora. Salvo excepciones conocidas de hombres de talento como Matienzo, Fray Pedro Gutiérrez Fórez, Sarmiento de Gamboa, Polo de Ondegardo y algunos otros, no halló el Virrey sino hostilidad en la implantación de sus nobles reformas.

Las informaciones que le sirvieron de pauta para comprender la vida incaica en el pasado, y ajustar en lo posible a sus normas utilizables las que él había de introducir en sus ordenanzas, constituyen una documentación que hacía

falta divulgar en su totalidad. La confrontación de sus resultados con los pareceres de cronistas ha dado al lector los medios de juzgar de su veracidad y de su valor.

La comparación de la *Historia Indica* con los demás cronistas, habla en favor de su exactitud y permite formular sobre la cronología del Imperio las conclusiones siguientes:

La sucesión de los Incas reinantes desde Manco Cápac habría sido Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Cápac, Cápac Yupanqui, Inca Roca, Yahuar Huacac, Viracocha, Inca Yupanqui (Pachacútec), Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac y Huescar. Somos de parecer, que hubo varios Reyes antes de Viracocha, cuyos nombres habría borrado Pachacútec de la Capaccuna por no haber sido gloriosos sus hechos.

Desde Manco Cápac a Huáscar habrían transcurrido alrededor de ocho siglos. La tradición verbal conservada en los cantares y panacas, y las relaciones anotadas en los quipus, no permitieron a los jefes de familia que contestaron las preguntas de Sarmiento, distribuir ese lapso de tiempo de manera satisfactoria y soslayaron la dificultad atribuyendo a la mayoría de los soberanos edades absurdas.

La única cronología con alguna probable exactitud, estaría integrada por Viracocha, Pachacútec, Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac y Huáscar, en un período de doscientos años aproximadamente. En los seis siglos restantes sería ocupado el incanato por reyes que no gobernaron tantos años como le dijeron a Sarmiento, y otros cuyas huellas se perdieron.

Los primeros reyes, siendo advenedizos en la región del Cuzco, lucharían duramente en los comienzos para sostenerse en la ciudad. Dirigirían después campañas de conquista fuera de los valles circundantes y poco a poco irían desalojando a los ocupantes o los someterían. Procurarían

robustecer sus fuerzas antes de buscar expansión, pues por los cuatro puntos cardinales, se oponían otras naciones populosas, como vallas, a sus empuje revolucionario e imperialista.

Los primeros Reyes llegarían a veces en sus correrías agresivas, o en sus represalias, hasta una parte de la distancia que los separaba de los Chancas, de los Quechuas, de los Collas y de los Antis, e iniciarían gestiones de alianza con tribus estratégicamente situadas cerca de esas naciones; pero harto trabajo tuvieron en conservar unidad en lo ganado; aumentar la población incaica, contrarrestar en la propia casa subversiones y defenderse contra ataques de gentes de fuera.

Acaso concibió Viracocha la extensión de los dominios ya ocupados, por medio de una penetración vigorosamente sostenida contra cinches aislados que no sabían ayudarse unos a otros y dejaban anexar sucesivamente todos los pueblos.

El reinado de Pachacútec, consecutivo al ya brillante de Viracocha, marcaría la fecha decisiva en que se inicia el imperio; la introducción previsora de métodos destinados a conservar las naciones sometidas y a impedir las rebeliones; las normas religiosas y reales destinadas a dar al pueblo incaico la conciencia de la divinidad de sus reyes y un empuje sin precedente para conquistar por los cuatro suyos.

Los procedimientos de Pachacútec perfeccionados en seguida por Túpac Inca Yupanqui, eran todos de un ingenio extraordinario: el envío de abastecimientos, y el rápido socorro en caso de dificultades en guerras propias o por sediciones; los depósitos pueblos, para que en cada gran cabeza de provincia y en los caminos hubiesen armas, provisiones y ropa; los palacios que mantenían a lo lejos el prestigio de los amos y se utilizaban a la vez como baluartes y

guarnición; la lengua general, por medio de la cual se acercaban los vencidos a la raza conquistadora, aun cuando conservasen su habla propia; la expulsión de los mitimaes, recurso supremo que emplearon los Incas para disminuir la capacidad de resistencia o enemistad de sus adversarios, aumentar las propias tropas, y procurar mano de obra abundante en los lugares adecuados; la organización decimal de jefes y subjefes, contra la cual era difícil consumar cualquier propósito agresivo sin que los Reyes los parasen a tiempo.

La impresión de los españoles al invadir el imperio, fué que todo era incaico. No distinguieron de inmediato que bajo las exteriorizaciones de un poder único, habían conservado las naciones doblegadas, su propia personalidad. Las disidencias de Atahualpa y Huáscar, y los primeros contactos, pronto les revelaron esa circunstancia favorable. Los pueblos no-incaicos acogieron con agrado o con indiferencia, al nuevo conquistador que les ofrecía, contra la paz, una oblea de libertad. Reconocerían sin duda que el gobierno del Inca era previsor, tutelar y en cierto modo, considerado; pero añoraron hasta la muerte, como sus padres, la tierra abandonada. La unidad del imperio era, pues, más extendida que profunda, y ese hecho facilitó la penetración de los blancos.

La investigación de Toledo y los resultados obtenidos acerca de los ritos y costumbres, y la cronología de los Reyes y sus conquistas, no surtieron en España el efecto que él esperaba. No alteraron los conceptos del Consejo de Indias o el Rey acerca de los descendientes de los Incas, sus títulos y los derechos de los curacas; pero su esfuerzo no fué estéril. El material recogido por él fué la base segura en que apoyó las grandes reformas con que dejó protegido al indio y estructurado el Perú, principalmente sus ordenanzas famosas, que vivieron siglos porque no eran meras

teorías de jurista, sino resultado de experiencia ajustada al medio. Inquiría, y a la vez, obraba. Así, mientras averiguaba cuál era el título de los Incas al señorío del Perú, cuál el orden de sus conquistas, cuáles sus costumbres familiares y religiosas, cuál el derecho de los curacas a la sucesión de los cacicazgos, compelía a los encomenderos, oidores, caciques, frailes y curas a respetar los derechos de los indios, y congregaba a éstos en pueblos para asegurar su evangelización, vigilar su trabajo, su régimen de vida y su legislación, transformando su saber en provisiones ejecutivas de inmediata aplicación, que Felipe II aplaudió y mantuvo, aún después de la muerte de su Virrey.

Acaso haya sido su acción esencial, el evitar que el curaca se sintiera impune en virtud de la distancia y del aislamiento. Al reducir a los indios en pueblos, reconcentró de nuevo lo que desde la brusca irrupción española se había dispersado. Fué por su visita, y por su encuesta, como llegó a palpar los más íntimos resortes del mecanismo incaico; fué por sus ordenanzas como llegó a legislar en forma adecuada. Sabía que en la época de los Incas, sobre todo después de Pachacútec, no debían los indios moverse de sus ayllos sin la anuencia de los curacas, ni podían éstos acordarla sin la de un jefe superior. Por medio de censos, conocía el Inca la densidad de las poblaciones, el estado de los abastecimientos, las necesidades de cada región, la posible distribución de los ejércitos, la estadística de las mitas, el número de trabajadores en las minas, en los campos y en las obras públicas.

Al disgregarse el Imperio se descompuso esta notable organización y mientras fueron introduciéndose los españoles desde la periferia hacia el centro, volvían los ayllos de mitimaes, libres ya, de los lugares a que fueron trasladados, a su solar nativo; las tribus apegadas a su suelo, no

se habían movido o regresaron después de los primeros impulsos de temor. Otras, las más huyeron para escapar del trabajo de las minas o de las encomiendas, y vagaban por punas y barrancas, montes y lugares inaccesibles. ¿Cómo, en tales condiciones civilizar? Se imponía volver a la reducción de los indios en comunidades, dándoles para ello tierras y campos trazando pueblos nuevos cuando los viejos no convinieran, tal como antes lo hicieron los Incas. Gobernantes y virreyes advertían esta necesidad; pero nada hacían para satisfacerla, atemorizados por las profecías de sedición de los encomenderos si tocaran a los indios, amenaza que propalaban para seguir beneficiando de ese caos, gracias al cual, libres de fiscalización oficial, usaban de ellos arbitrariamente y sin pagarles. Esto lo refería Toledo recordando que fué costumbre en el Perú "amedrantar a los que gobiernan acá y allá, para que a los indios los dejen con sus idolatrías, borracheras y mancebas, para que los *españoles y caciques los puedan mejor tiranizar y disfrutar con riesgo de sus vidas, y que no hubiese atalaya de su paga, justicia y buen tratamiento...*".

El único hombre que se atrevió a ello fué el Virrey. Bajo su personal mediación se elevaron en la región del Cuzco, en Jauja y Huamanga, nuevas aldeas indígenas, y tal fe tenía en la virtud social de la vida en común, que aplicó el mismo principio a los españoles y fundó villas en Huancavélica, en Oropesa, en Pisco, en el valle de Curahuasi, en el de Larecaja y en Cochabamba, dando a los pobladores sitios para casas, tierras de labranza y huertas. Y en las reducciones, como antes en los ayllos incaicos, volvieron los curacas a establecer su dominio. Apoyándose con su sabiduría en el instinto de propiedad, que crea tendencias conservadoras, escribía Toledo al Rey: "... la mayor fuerza que para su seguridad acá se entiende, es que

haya muchos pueblos, porque las casas y raíces que en ellos tiene los pobladores les hace desear la paz y quietud...". Esto lo hizo estando en el Cuzco. Más tarde desenvolvió ideologías de mayor trascendencia, apoyándose en razones estratégicas, y a ellas debieron su existencia Tomina, Tarifa, Santa Cruz de la Sierra, San Francisco de Alava, Salta y Jujuy.

B I B L I O G R A F I A

I. Crónicas y relaciones utilizadas
(Por orden cronológico)

ESTETE, Miguel de: *El descubrimiento y la conquista del Perú.* Mss. original A. de I. Sevilla, 1534.

XEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco.* 1534). Colección de libros que tratan de América, raros o curiosos. Vol. I. Madrid, 1891.

QUIPOCAMAYOS DE VACA DE CASTRO: *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas* (1542-44). Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, por Urteaga y Romero. Lima, 1920.

BETANZOS, Juan de: *Suma y narración de los Incas, que los indios llamaron Capaccuna* (1551). Biblioteca Hispano - Ultramarina. Vol. V, por Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1880.

LOPEZ DE GOMARA, P. Francisco: *Historia de las Indias.* (1554). *Historiadores primitivos* de las Indias Occidentales. Volumen II, por A. González Barcia. Madrid, 1749.

CIEZA DE LEON, Pedro de: *Del señorío de los Incas* (1552). Biblioteca Hispano - Ultramarina. Vol. V, por M. Jiménez de la Espada. Madrid, 1880.

MOLINA, P. Cristóbal de (de Chile): *Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú...* (1552?) Colección de documentos inéditos para la historia de Chile. Vol VII, por J. T. Medina. Santiago de Chile, 1895.

ZARATE, Agustín de: *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). Historiadores primitivos de las Indias Occidentales. Vol. III, por A. González Barcia. Madrid, 1749.

OVIEDO Y VALDES, Gonzalo Hernández de: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Oceano* (1535 - 1557). Academia de la Historia. Madrid, 1851-1855.

DE LA BANDERA, Damián: *Relación general de la disposición y calidad de la Provincia de Guamanga* (1557). Relaciones Geográficas de Indias. Vol. I, por M. Jiménez de la Espada. Madrid, 1881.

LAS CASAS, Fray Bartolomé de: *De las antiguas gentes del Perú* (1561-62). Colección de libros españoles raros o curiosos. Volumen XXI, recopilación de la Apologética Historia, por M. Jiménez de la Espada. Madrid, 1892.

ANONIMO: *Pareçer acerca de la perpetuidad y buen gobierno de los indios del Perú* (1563-1564). La imprenta en Lima. Vol. I, por J. Toribio Medina. Lima.

MATIENZO, Lic. Juan de: *Gobierno del Perú* (1566). Por el

Dr. José Nicolás Matienzo, Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1910.

POLO DE ONDEGARDO, Lic. Juan: *Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros* (1571). *Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*. Vol. XVII. Madrid, 1872.

EL PALENTINO, Diego Hernández: *Primera y Segunda parte de la Historia del Perú*. Sevilla, 1571.

J. IMBELLONI: *Pachakuti IX* (El Inkario Crítico). Buenos Aires, 1946.

A. POSNANSKY: *El pasado prehistórico del Perú*. La Paz, 1940.

S. CANALS FRAN: *Prehistoria de América*. Buenos Aires, 1950.

S. CANALS FRAN: *Los aborígenes de América*.

L. BANDRU: *L'Empide Socialiste des Incas*. París, 1915.

S. ZAVALA: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*. Madrid, 1935.

R. ZORRAGUIN: *La organización judicial argentina Becú, en el período hispano*. B. Aires, 1952.

Fr. R. C. GONZALEZ: *Francisco de Vitoria. Estudio bibliográfico*. Buenos Aires, 1946.

Fr. M. AGIA: *Servidumbres personales en Indias*. Sevilla, 1946.

Fr. C. BAYLE: *El Protector de indios*. Madrid, 1945.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro: *Historia Indica* (1572). Prólogo por R. Levillier.

SANTILLAN, Lic. Fernando de: *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas* (1572?). Tres relaciones de antigüedades peruanas por M. Jiménez de la Espada. Madrid, 1879.

ATIENZA, P. Lope de: *Compendio historial del estado de los indios del Perú* (1572?). La Relición del Imperio de los Incas. Apéndices. Vol. I, por J. Jijón y Caamaño. Quito, 1931.

MOLINA, P. Cristóbal de: *Relación de las fábulas y ritos de los Ingas* (1573-1575). Mss. original. Biblioteca Nacional de Madrid.

ROMAN Y ZAMORA, Fray Gerónimo: *Repúblicas de Indias* (1575). Colección de libros raros y curiosos que tratan de América. Vols. XIV y XV. Madrid, 1897.

ANONIMO: *Discurso de la sucesión y gobierno de los Incas*. (158?). Juicio de límites entre el Perú y Bolivia. Vol. III, por Víctor M. Maurtua. Madrid, 1906.

VIRREY MARTIN ENRIQUEZ: *Información acerca de las costumbres que tenían los Incas del Perú antes de la conquista española en la manera de administrar justicia...* (1582). Gobernantes del Perú. Cartas y papeles. Vol. IX. Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino, dirigida por Roberto Levillier. Madrid, 1925.

ANONIMO: *Relación sobre el modo de gobernar de los Incas*. (1583?). La Imprenta en Lima. Vol. I, por J. T. Medina.

SERVIDORES DE LOS ULTIMOS INCAS: *Relación del origen y gobierno que los Ingas tuvieron y del que había antes que ellos señoreasen a los indios deste reino y de qué tiempo y de otras cosas que al gobierno convenía* (1583?). Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, 2.ª serie,

Vol. III, por Urteaga y Romero. Lima, 1920.

FALCON, Lic.: *Representación hecha por el Licenciado Falcón en Concilio Provincial, sobre los daños y molestias que se hacen a los indios* (1583?). Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú. Vol. XI, por Urteaga y Romero. Lima, 1918.

CABELLO DE BALBOA, P. Miguel: *Historia del Perú* (1576 a 1586?). Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Vol. II, 2.ª serie, por Urteaga y Romero. Lima, 1920.

VALERA. P. Blas: Según Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*. (1585-1589?). Lisboa, 1609.

ACOSTA, P. José de: *Historia natural y moral de las Indias*. (1589). Sevilla, 1590.

MORUA, Fray Martín de: *Historia del origen y genealogía de los Reyes Incas del Perú* (1590). Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Vol. IV, 2.ª serie, por Urteaga y Romero. Lima, 1922.

ORE, Fray Luis Jerónimo de: *Símbolo Católico Indiano*. Lima, 1598.

GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro: *Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias*. (1600?). Colección de libros y documentos referentes a la historia de América. Vol. IV, por Manuel Serrano y Sanz. Madrid, 1905.

LIZARRAGA, Fray Reginaldo de: *Descripción breve del reino del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. (1605). Nueva Biblioteca de autores españoles. Vol. XV. Madrid, 1909.

GARCIA, Fray Gregorio: *Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. (1607). Madrid, 1729.

GARCILASO DE LA VEGA: *Primera parte de los Comentarios Reales*. Lisboa, 1609. Historia General del Perú. Córdoba, 1616.

AVILA, P. Francisco de: *Relación acerca de los pueblos de indios de este arzobispado, etc.* (1601). La Imprenta en Lima, Vol. I, por J. T. Melina.

SANTA CRUZ PACHACUTI YAMQUI, Joan de: *Relación de antigüedades deste reino del Pirú*. (1613?). Tres relaciones de antigüedades peruanas, por M. Jiménez de la España. Madrid, 1879.

HERRERA, Antonio de: *Descripción de las Indias Occidentales*. (1610-1615). Madrid, 1730.

AVENDAÑO, Fernando de: *Relación sobre idolatrías*. (1617). La Imprenta en Lima. Vol. I, Por J. T. Medina.

POMA DE AYALA, Felipe Guaman: *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. (1580-1620?). Edición del Instituto de Etnología de París, por el Prof. Paul Rivet, 1936.

OLIVA, P. Anello: *Historia del Perú y varones insignes en santidad*. (1613). Por Pazos Varela, y Varela y Orbegoso. Lima, 1895.

ANONIMO: *Relación del Jesuíta*. (1615-1621). Tres relaciones de antigüedades peruanas, por M. Jiménez de la Espada. Madrid, 1879.

ARRIAGA, P. Pablo José de: *Extirpación de la idolatría del Pirú*. Lima, 1621.

CALANCHA, Fray Antonio de la: *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*. Barcelona, 1638.

MONTESINOS, Lic. Fernando: *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú.* (1644). Colección de libros españoles raros o curiosos. Vol. XVI, por M. Jiménez de la Espada. Madrid, 1882.

COBO, P. Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo.* (1653). Por M. Jiménez de la Espada, edición de la Sociedad de Bibliófilos andaluces. Sevilla, 1893.

ROCHA, Dr. Diego Andrés: *Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, México, Santa Fe y Chile.* (1681). Colección de libros raros o curiosos que tratan de América. Vols. III y IV. Madrid, 1891.

II. Autores Contemporáneos

AINSWORTH, Means Prilip: *An outline of the Culture Sequence in the Andean Area.* 1917.

BOMAN, Eric: *Antiquites de la Region Andine.* Paris, 1908.

COLECCION DE LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO ARGENTINO.

DOMINGUEZ, Manuel: *El Chaco Boreal.* Asunción, 1925.

DUNBAR, Temple Ella: *La descendencia de Huayna Cápac.* Lima, 1945. *Los Bustamante Carlos Inca. La familia del autor del lazarillo de ciegos caminantes.* Lima, 1947.

DE LA TORRE Y DEL CERRO, José: *El Inca Garcilaso de la Vega.* Madrid, 1935.

FINOT, Enrique: *Historia de la Conquista del Oriente Boliviano.* Buenos Aires, 1939.

GANDIA, Enrique de: *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay.* Buenos Aires, 1931.

GIBSON, Charles: *The Inca Concepto of Sovereignty and tre Spanish Administration in Peru.* Texas, 1948.

JIJON Y CAAMAÑO: *Notas acerca de los Incas en el Ecuador.* Quito, 1918. *Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura.* Quito, 1920.

KOHN, Franz: *Fundamentos de Fisiografía Argentina.* Buenos Aires, 1922.

KARSTEIN, Rafael: *A totalitarian State of the Past. The civilization of the Inca Empire in Ancient Peru.* Helsingfors, 1949.

LATCHMAN, R.: *La agricultura precolombiana en Chile y los países vecinos.* Chile, 1936.

LOREDO, Rafael: *Alardes y Derramas.* Lima, 1942.

LEVILLIER, R.: *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán.* 3 vols. Lima, Madrid, 1926-1932. *Papeles de Gobernantes del Perú.* 14 vols. Madrid, 1921-1926. *(Cartas del Virrey Toledo),* Vol. 3 a 7. *Audiencia de Lima,* 1 tomo. Madrid, 1922. *Audiencia de Charcas,* 3 tomos. Madrid, 1922. *Don Francisco de Toledo, Supremo Organizador del Perú.* 3 vols. Madrid. 1935-1936.

MIRO QUESADA, Aurelio: *El Inca Garcilaso.* Lima, 1945.

PAPE. E.: *Karte von Mittel und Nord Peru und Ecuador.* Hamburgo, 1930.

PORRAS BARRENECHEA. Raúl: *El cronista indio Felipe Huaman Poma de Ayala.* Dima, 1948. *Los cronistas del Perú.* (1528-1650). Lima, 1945.

PULGAR VIDAL, Javier: *Histo-*

ria y Geografía del Perú. Lima, 1946.

RAIMONDI, Antonio: *El Perú*. Lima, 1874.

RIVA AGÜERO, José de la: *La Historia en el Perú*. Lima, 1910. *Civilización peruana*. Lima, 1937.

ROMERO, Emilio: *Geografía del Pacífico Sudamericano*. México, 1947.

SAN ROMAN, Francisco de: *Desiertos y Cordilleros de Atacama*. Santiago de Chile, 1883.

SANTIESTEBAN OCHOA, Julián: *Los cronistas del Perú*. Lima, 1946.

UHLE, Max: *Los orígenes de los Incas*. Buenos Aires, 1910.

URTEAGA Y ROMERO. *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*. Lima, 1917.

VALCARCEL, Luis E.: *Ruta cultural del Perú*. México, 1945.

WOLF: *Geografía y Geología del Ecuador*. Leipzig, 1892.

PUBLICACIONES
DE LA
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

OBRAS PUBLICADAS:

1 *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo I, 1944.—24×17 cms., XII+844 págs., 17 ilustraciones; rústica.—*AGOTADO*.

2 Florentino Pérez Embid: *El almirantazgo de Castilla hasta las Capitulaciones de Santa Fe*.—24×17 cms., XVI+186 págs. y 4 ilustraciones; rústica, con sobrecubierta.—*AGOTADO*.

3 Manuel Giménez Fernández: *Las Bulas Alejandrinas de 1943 referentes a las Indias*.—24×17 cms., XVI+258 págs. y 5 ilustraciones; rústica, con sobrecubierta.—40 pesetas.

4 *Memoria de Gobierno de José Fernando de Abascal y Sousa, virrey del Perú*. Edición de Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano; estudio preliminar de V. Rodríguez Casado.—Dos tomos de 20×13 cms., CLII+1.084 páginas, tela, con sobrecubierta.—120 pesetas.

5 José Antonio Calderón Quijano: *Belice*, 1663?-1821.—Prólogo de Vicente Rodríguez Casado.—22×16 cms., XIV+504 págs., 32 láminas; tela, con sobrecubierta.—80 pesetas.

6 P. Venancio D. Carro, O. P.: *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*.—Dos tomos de 22×16 cms., 934 págs.; tela, con sobrecubierta.—*AGOTADO*.

7 Antonio Rumeu de Armas: *Colón en Barcelona*.—24×17 cms., XII+86 págs., rústica.—*AGOTADO*.

8 Emiliano Jos: *Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de D. Fernando Colón*.—24×17 cms., XVIII+164 págs., 6 ilustraciones; rústica.—*AGOTADO*.

9 *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo II, 1945.—24×17 cms., XVIII+936 páginas.—*AGOTADO*.

10 Constantino Bayle, S. J.: *El protector de indios*.—24×17 cms., VIII+176 págs.; rústica.—*AGOTADO*.

11 Manuel Guitérrez de Arce: *La colonización danesa en las Islas Vírgenes*.—24×17 cms., VIII+152 págs., 6 láminas; rústica.—40 pesetas.

12 Guillermo Lohmann Villena: *El arte dramático en Lima durante el Virreinato*. 22×16 cms., XX+648 págs., tela, con sobrecubierta.—*AGOTADO*.

13 P. Luis Alonso Getino, O. P.: *Influencia de los dominicos en las Leyes Nuevas*. 24×17 cms., VIII+94 págs.; rústica.—*AGOTADO*.

14 *Las Leyes Nuevas*, 1542-1543.—Reproducción fotográfica. Transcripción y notas de Antonio Muro Orejón.—24×17 cms., XXI+26 págs.; rústica.—*AGOTADO*.

15 Guillermo Céspedes del Castillo: *La avería en el comercio de Indias*.—24×17 centímetros, VIII+188 págs., 8 láminas; rústica.—*AGOTADO*.

16 Antonio Matilla Tascón: *Los viajes de Julián Gutiérrez al golfo de Urabá*. 24×17 cms., VII+84 págs., 4 láminas; rústica.—*AGOTADO*.

17 Vicente Palacio Atard: *El Tercer Pacto de Familia*.—Prólogo de V. Rodríguez Casado.—22×16 cms., XVIII+380 págs., 8 láminas; tela, con sobrecubierta. 80 pesetas.

18 José Luis Múzquiz de Miguel: *El Conde de Chinchón, virrey del Perú.*—22×16 centímetros, 336 págs., 10 láminas; tela, con sobrecubierta.—100 pesetas.

19 Florentino Pérez Embid: *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas.*—22×16 cms., 376 págs., 35 láminas (dos en color); tela, con sobrecubierta.—100 pesetas.

20 Alvaro del Portillo y Díez de Sollano: *Descubrimientos y expediciones en las costas de California.*—22×16 cms., 542 págs., 24 láminas; tela, con sobrecubierta.—100 pesetas.

21 *Memoria de gobierno de Manuel Amat y Junient, virrey del Perú.* Edición y estudio preliminar de Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez Embid. 20×13 cms., CXII+846 págs., 12 láminas; tela, con sobre ubierta —100 pesetas

22 F. Javier de Ayala: *Ideas políticas de Juan de Solórzano.*—22×16., cms., XVI+584 págs.; tela, con sobrecubierta.—80 pesetas.

23 Guillermo Lohmann Villena: *El Conde de Lemos, virrey del Perú.* 22×16 centímetros, XVIII+474 págs., 11 láminas; tela, con sobrecubierta.—100 pesetas.

24 Domingo Lázaro de Arregui: *Descripción de la Nueva Galicia.*—Edición y estudio de François Chevalier. Prólogo de John Van Horne.—24×17 centímetros, LXXIV+164 págs., 4 láminas; rústica.—50 pesetas.

25 Fray Miguel de Agia: *Servidumbres personales de indios.*—Edición y estudio preliminar de F. Javier de Ayala.—24×17 cms., LIV+144 págs.; rústica, con sobrecubierta.—50 pesetas.

26 *Memoria de gobierno de Joaquín de la Pezuela, virrey del Perú.*—Edición y prólogo de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.—20×13 centímetros, XLVI+912 págs., 3 láminas; tela, con sobrecubierta.—100 pesetas.

27 Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez Embid: *Construcciones del virrey Amat.*—22×16 cms., XII+312 págs., 58 láminas; en rústica.—60 pesetas.

28 Ernesto Schafer: *El Consejo Real y Supremo de las Indias en la administración colonial.*—25×17 cms., XVIII+680 págs., una lámina; tela, con sobrecubierta. 110 pesetas. Tomos I y II: 300 pesetas.

29 José Rumazo: *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI.*—24×17 cms., XII+268 págs., 12 láminas; rústica.—*AGOTADO.*

30 Vicente Palacio Atard: *Areche y Guirior: Observaciones sobre el fracaso de una visita al Perú.*—24×17 cms., VIII+106 págs.; 5 láminas; rústica.—30 pesetas.

31 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo III, 1946. 24×17 cms., XVI+1.306 páginas, 59 láminas; rústica.—*AGOTADO.*

32 Julia Herráez S. de Escariche: *Don Pedro Zapata de Mendoza, gobernador de Cartagena de Indias.*—24×17 cms., VIII+138 págs., 6 láminas; rústica. 40 pesetas.

33 Manuel Giménez Fernández: *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispanoamérica.*—24×17 cms., VIII+156 págs.; rústica.—40 pesetas.

34 Guillermo Céspedes del Castillo: *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata.*—24×17 cms., VIII+216 páginas, 6 láminas; rústica.—*AGOTADO.*

35 Antonio Rumeu de Armas: *Los viajes de John Hawkins a América (1562-1595).*—22×16 cms., XX+486 págs., 26 láminas; tela, con sobrecubierta. 100 pesetas.

36 Diego Angulo Iñiguez: *El gótico y el Renacimiento en las Antillas. Arquitectura, escultura, pintura, azulejos, orfebrería.*—24×17 cms., VIII+102 páginas; 81 ilustraciones; rústica.—*AGOTADO.*

37 Fernando Díaz Venteo: *Las campañas militares del virrey Abascal.*—22×16 centímetros, VIII+460 págs.; tela, con sobrecubierta.—80 pesetas.

38 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo IV, 1947. 24×17 cms., XVIII+804 páginas, 44 láminas y numerosas ilustraciones; rústica.—150 pesetas.

39 *Estudios Americanos.* Revista cuatrimestral.—25×17 cms., rústica. Volumen I, 1949, 842 págs.; números 1 al 4.—*AGOTADO.*

40 Gonzalo Díaz de Iraola: *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna.* Prólogo de Gregorio Marañón. 24×17 cms., XVI+102 págs., 20 láminas; rústica, con sobrecubierta.—55 pesetas.

41 Octavio Gil Munilla: *Malvinas. El conflicto anglo español de 1770.*—24×17 centímetros, VIII+154 págs.; rústica.—*AGOTADO.*

42 P. Pedro de Leturia, S. J.: *La Encíclica de Pío VII (30 de enero de 1816) sobre la Revolución Hispanoamericana.*—24×17 cms., VIII+94 págs.; rústica. 40 pesetas.

43 Manuel Giménez Fernández: *Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España.*—24×17 cms., VIII+144 páginas; rústica.—40 pesetas.

44 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo V, 1948. 24×17 cms., XVI+820 páginas, 28 láminas; rústica.—150 pesetas.

45 Juan Cascajo Romero: *El Pleito de la curación de la lepra en el Hospital de San Lázaro de Lima.*—24×17 cms., VIII+118 págs., 6 láminas; rústica.—40 pesetas.

46 Alonso Borregán: *Crónica de la conquista del Perú.* Edición y prólogo de Rafael Loredo.—24×17 cms., 124 págs.; rústica.—40 pesetas.

47 Carlos Molina Argüello: *El Gobernador de Nicaragua en el siglo XVI.*—22×16 centímetros, XII+256 págs., 4 láminas; rústica.—50 pesetas.

48 Diego de Trujillo: *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú.* Edición, prólogo y notas de Raúl Porras Barrenechea.—24×17 cms., XIV+124 págs.; rústica.—40 pesetas.

49 Alonso de Santa Cruz: *Crónica de los Reyes Católicos* (hasta ahora inédita). Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo. Dos volúmenes de 22×16 cms., I de CCC+367 páginas; II de X+646 págs.; en rústica.—180 pesetas.

50 Guillermo Lohmann Villena: *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII.*—22×16 cms., XVII+466 páginas, 9 láminas; rústica, con sobrecubierta.—80 pesetas.

51 *Catálogo de documentos de la Sección novena del Archivo General de Indias,* dirigido por Cristóbal Bermúdez Plata. Tomo I.—125 pesetas.

52 Julia Herráez S. de Escariche: *Beneficencia de España en Indias.*—22×16 centímetros, VII+182 págs., 4 láminas; en rústica.—40 pesetas.

53 Emiliano Jos: *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino.*—22×16 centímetros, XII+168 págs., 7 láminas; en rústica.—25 pesetas.

54 Octavio Gil Munilla: *El Río de la Plata en la Política Internacional. Génesis del Virreinato.*—22×16 cms., XXIV+464 págs., 8 láminas; rústica.—80 pesetas.

55 Enrique Marco Dorta: *Cartagena de Indias.*—32×22 cms., XXIV+326 páginas; en tela, con sobrecubierta.—250 pesetas.

56 José Pulido Rubio: *El Piloto Mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla.* 22×16 cms., VIII+984 págs., en rústica.—75 pesetas.

57 Rodrigo de Carvajal y Robles: *Fiestas de Lima.* Edición y prólogo de Francisco López Estrada.—22×16 cms., 24+198 páginas, 2 láminas; rústica.—30 pesetas.

58 Florentino Pérez Embid: *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco.*—22×16 cms., 156 páginas, 5 láminas; rústica.—50 pesetas.

59 *Estudios Americanos.* Revista cuatrimestral. Volumen II, 1950. (Números 5, 6 y 7).—*AGOTADO.*

60 José Antonio Calderón Quijano: *Fortificaciones en Nueva España.*—34×24 centímetros, XXXVIII+338 págs., 183 figuras; en tela, con sobrecubierta.—300 pesetas.

61 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo VI, 1949.—24×17 cms., XXIV+875 páginas; en rústica.—150 pesetas.

62 *Estudios Americanos.* Revista trimestral. Volumen III, 1951. (Números 8, 9, 10 y 11).—25×17 cms., 160 págs. cada número; rústica. Número suelto, 17 pesetas.

63 Martín Gusinde: *Fueguinos.* Traducción de la obra *Urmenschen im Feuerland*, por Diego Bermúrez Camacho.—22×16 cms., X+400 págs., 70 láminas; en rústica.—75 pesetas.

64 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo VII, 1950.—24×17 cms., XVI+608 páginas, 8 láminas; rústica.—150 pesetas.

65 Antonio Muro Orejón: *Cristóbal Colón. El original de la capitulación de 1492 y sus copias contemporáneas.*—24×17 cms., 12 págs., 8 fotograbados; rústica. 20 pesetas.

66 Enrique Marco Dorta: *Fuentes para la Historia del Arte Hispano-Americano.* 24×17 cms., XXIII+370 págs., 12 grabados; en rústica.—75 pesetas.

67 Francisco Morales Padrón: *Jamaica española.*—22×17 cms., XXXII+504 páginas, 22 láminas; en tela, con sobrecubierta.—100 pesetas.

68 Gabriel Porras Troconis: *Historia de la Cultura en el Nuevo Reino de Granada.*—22×16 cms., X+562 págs.; rústica.—75 pesetas.

69 *Estudios Americanos.* Revista trimestral. Volumen IV, 1952. Números 12, 13, 14 y 15.—25×17 cms., 200 págs. cada número; rústica. Número suelto, 17 pesetas; suscripción anual, 60 pesetas.

70 José María Mariluz Urquijo: *Ensayo sobre los juicios de residencia indianos.* 22×16 cms., XX+320 págs.—60 pesetas.

71 Manuel Giménez Fernández: *El plan Cisneros-Las Casas para la reformación de las Indias.*—22×16 cms., XXIV+776 págs., con 30 láminas; tela, con sobrecubierta.—160 pesetas.

72 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo VIII, 1951.—24×17 cms., XII+658 páginas; rústica.—150 pesetas.

73 *Estudios Americanos.* Revista mensual. Vol V. (Números 16, 17, 18, 19 y 20). Número suelto, 17 pesetas. Suscripción anual, 150 pesetas.

74 *Estudios Americanos.* Revista mensual. Vol. VI. (Números 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27). Número suelto, 17 pesetas. Suscripción anual, 150 pesetas.

75 Fernando de Armas Medina: *Cristianización del Perú.*—22×16 centímetros, XXVIII+640 págs. Con mapas y fotograbados; tela, con sobrecubierta.—120 pesetas.

76 Antonio de León Pinelo: *El Gran Canciller de las Indias.* Edición, estudio y notas de Guillermo Lohmann Villena.—22×16 cms., CLXXXVI+232 páginas. Rústica, con sobrecubierta.—70 pesetas.

77 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo IX, 1952. 24×17 cms., XVI+780 páginas; con mapas y fotograbados.—150 pesetas.

78 Patricio Peñalver Simó: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos.*—20×13 cms., XXXII+168 págs.—30 pesetas.

79 Francisco Elías de Tejada: *Las doctrinas políticas de Raimundo de Farias Brito.* 20×13 cms., 196 páginas.—30 pesetas.

80 Carlos López Núñez: *Horizonte doctrinal de la Sociología Hispano-Americana.* 20×13 cms., 164 páginas.—30 pesetas.

81 *Estudios Americanos.* Revista mensual. Vol. VII. (Números 28, 29, 30, 31 y 32). Número suelto, 17 pesetas. Suscripción anual, 150 pesetas.

82 Balthasar de Tovar: *Compendio Bulario Indico.* Edición y estudio preliminar de Manuel Gutiérrez de Arce.—18×25 cms., LIII+558 págs.—140 pesetas.

83 Juan Ignacio Larrea: *La Santa Sede y el Ecuador.*—22×16 cms., XII+176 páginas.—40 pesetas.

84 Ladislao Gil Munilla: *Descubrimiento del Marañón.*—16×22 cms., XVI+176 páginas.—80 pesetas.

85 Agustín de Asís Garrote: *Bartolomé Herrera.*—20×13 cms.; 148 pág.—30 ptas.

86 José Vila Selma: *Rómulo Gallegos.*—20×13 cms.; 196 pág.—30 pesetas.

87 Manuel Tejado Fernández: *Aspecto de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos.*—16×22 cms., 348 págs.—60 pesetas.

88 *Anuario de Estudios Americanos.* Tomo X.—150 pesetas.

89 *Estudios Americanos.* Vol. VIII. (Publicados los números 33-34, 35-36 y 37). Número suelto, 17 pesetas. Suscripción anual, 150 pesetas.

EDICIONES EN PRENSA:

Francisco Morales Padrón: *El comercio canario-americano (siglos XVI, XVII y XVIII).*

Roberto Levillier: *Los Incas.*

Eugenio Sarrablo Aguareles: *El Conde de Fuenclara, embajador y virrey de Nueva España.*

Balthasar de Tovar: *Compendio Bulario Indico.* Edición y estudio preliminar de Manuel Gutiérrez de Arce. (Tomo II).

Francisco Elías de Tejada: *El pensamiento político de los fundadores de Nueva Granada.*

Agustín de Asís: *Ideas socio-políticas en Alonso de Polo (El Tostado).*

José Ramón Rodil: *Memoria.* Edición, estudio preliminar y notas de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.

Vicente Rodríguez Casado: *La Monarquía Española del Barroco.*

Cedulario Americano del siglo XVIII. (Colección de disposiciones legales indianas desde 1680 a 1800, contenidas en los Cedularios del Archivo General de Indias, tomo I). Edición, estudio y comentarios por Antonio Muro Orejón.

Colección completa de los Códigos Civiles Contemporáneos, por la Sección de Derecho Contemporáneo de la E. E. H. A. (Tomo I. Argentina, Brasil, Colombia, Perú y Venezuela).

PROXIMAS PUBLICACIONES:

Enrique Sánchez Pedrote: *Nueva Granada en tiempo de Caballero y Góngora.*

Manuel Luengo Muñoz: *Perlas del Caribe.*

Eugenio Sarrablo Aguareles: *El Conde Fuenclara, embajador y virrey de Nueva España.*

Francisco X. Mencos Guajardo-Fajardo: *La Arquitectura Hispano-Americana en la Capitanía General de Guatemala.*

Mondragón: *Crónica de la Orden de la Merced en Indias.* Edición, estudio preliminar y notas de Fernando de Armas.

EDICIONES DEL ANTIGUO CENTRO DE HISTORIA DE AMERICA:

Ernesto Schafer: *Las rúbricas del Consejo Real y Supremo de las Indias desde la fundación del Consejo en 1534, hasta la terminación del reinado de los Austrias.* 31×22 cms., 64 págs., con láminas y texto explicativo: rústica.—35 pesetas.

Ernesto Schaffer: El Consejo Real y Supremo de las Indias. Tomo I. *Historia y organización del Consejo y de la Casa de la Contratación de las Indias.*—25×17 centímetros, XVIII+436 págs., 4 láminas; tela, con sobrecubierta.—Se vende con el tomo II, editado por la Escuela, al precio de 300 pesetas los dos tomos

PUBLICACIONES PERIODICAS DE LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS

Volumen I, 1944 (agotado).
" II, 1945 (agotado).
" III, 1946 (agotado).
" IV, 1947.
" V, 1948.
" VI, 1949.
" VII, 1950.
" VIII, 1951.
" IX, 1952.
" X, 1953
" XI, 1954 (en preparación).

ESTUDIOS AMERICANOS

Tomo I, 1949 (comprende los números 1 al 4). Agotado.
" II, 1950 (números 5, 6 y 7). Agotado.
" III, 1951 (números 8, 9, 10 y 11).
" IV, 1952 (números 12, 23, 14 y 15).
" V, primer semestre de 1953 (números 16, 17, 18, 19 y 20).
" VI, segundo semestre de 1953 (números 21, 22, 23-24, 25, 26 y 27).
" VII, 1954 (números 28, 29, 30, 31 y 32).
" VIII, 1954 (publicados los números 33-34, 35-36, 37 y 38).

COLECCION "MAR ADENTRO"

Títulos publicados:

Patricio Peñalver Simó: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos.*
Francisco Elías de Tejada: *Las doctrinas políticas de Farias Brito.*
Carlos López Núñez: *Horizonte doctrinal de la Sociología Hispano Américana.*
Agustín de Asís Garrote: *Bartolomé Herrera.*
José Vila Selma: *Rómulo Gallegos.*

Pedidos a la Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli, 4. Madrid.

